

NUNCA APARTES LA MIRADA

LA MEJOR NOVELA DE SUSPENSO QUE HE LEÍDO EN CINCO AÑOS.
STEPHEN KING

MÁS ACCIÓN Y MÁS GIROS QUE EN UN SACO LLENO DE VÍBORAS... TE VUELA LA CABEZA.
EVENING TELEGRAPH

Nunca apartes la mirada

Linwood Barclay
Nunca apartes la mirada

Título original: Never Look Away

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

ISBN 978-87-428-1228-0

Para Neetha

—

—Está completamente fuera de circulación.

—Busca una llave.

—Ya te he dicho que le he revisado los bolsillos. No está la llave de las esposas.

—¿Y la combinación? Tal vez la anotó en algún sitio y la tiene en la cartera o en otra parte.

—¿Acaso crees que es idiota? ¿Que va a anotar la combinación y llevarla encima?

—Pues corta la cadena, entonces. Cogemos el maletín y más tarde vemos cómo lo abrimos.

—Parece más resistente de lo que pensé. Me llevará una hora cortarla.

—¿No puedes quitarle la mano de dentro de la esposa?

—¿Cuántas veces quieres que te lo diga? Voy a tener que cortarla.

—Pero si acabas de decir que te va a llevar una eternidad cortar la cadena.

—No me refería a la cadena.

Prólogo

—Tengo miedo —dijo Ethan.

—No hay nada de qué tener miedo —respondí; me volví hacia atrás, desde mi posición detrás del volante y extendí un brazo para liberarlo de la silla para niños. Tanteé debajo de la bandeja donde había estado apoyando los brazos y abrí la hebilla.

—No quiero subirme —dijo. Más allá de la entrada del parque, las cimas de cinco montañas rusas y una vuelta al mundo, asomaban como cumbres tubulares.

—No vamos a subirnos a las montañas rusas —le recordé por enésima vez. Comenzaba a preguntarme si la excursión habría sido una buena idea. La noche anterior, después de que Jan y yo volvimos de nuestra excursión a Lake George y pasé a recoger a Ethan por la casa de mis padres, le había costado tranquilizarse. Pasaba de la emoción por venir al parque al miedo de que los carritos de la montaña rusa descarrilaran en el punto más alto. Tras arroparlo en su cama, me acosté junto a Jan y pensé en sacar el tema de si Ethan estaría realmente preparado para pasar un día en el parque Cinco Montañas.

Pero ella estaba dormida, o al menos fingía estarlo, de manera que no lo hice.

Por la mañana, Ethan se mostró muy entusiasmado con la excursión. No hubo mención de pesadillas sobre montañas rusas. Durante el desayuno, hizo muchas preguntas sobre cómo funcionaban, por qué no tenían una locomotora delante, como un tren. ¿Cómo subían las cuestas sin locomotora?

Sus miedos no volvieron a aflorar hasta que pasadas las once de la mañana, entramos en el aparcamiento, que ya estaba casi completo.

—Solo iremos a los juegos más pequeños, los carruseles, los que te gustan —le aseguré—. Ni siquiera te permitirían subir a las montañas rusas grandes. Solo tienes cuatro años. Es necesario tener ocho o nueve y ser así de alto. —Extendí la mano a más de un metro del suelo.

Ethan miró mi mano con desconfianza; no parecía convencido. No creo que lo que lo asustara fuera solo la idea de subir a una de esas montañas rusas monstruosas. El solo hecho de estar cerca de ellas y oír el rugido y el traqueteo de los coches resultaba bastante amedrentador.

—Todo va a estar bien —dije—. No voy a permitir que te suceda nada.

Ethan me miró a los ojos, decidió que era digno de confianza y me permitió elevar la barandilla acolchada por encima de su cabeza. Se liberó de las correas, que le despeinaron el pelo fino y rubio cuando le rozaron la cabeza. Le puse las manos debajo de los brazos, para levantarlo, pero se retorció, diciendo “Yo puedo” y se deslizó al suelo del coche y salió por la puerta abierta.

Jan estaba en la parte posterior, bajando la sillita de paseo del maletero del Accord y desplegándola. Ethan se encaramó en la silla antes de que estuviera trabada en la posición abierta.

—Epa... aguarda —dijo Jan.

Ethan vaciló, aguardó hasta escuchar el sonido de la traba y luego se acomodó en el asiento. Jan volvió a inclinarse dentro del maletero.

—Deja, yo cargaré con algo —dije, y me dispuse a coger una mochila.

Jan estaba abriendo una bolsa pequeña que estaba junto a la mochila, que en realidad era una nevera portátil blanda. Dentro había un bloque refrigerante y media docena de cajitas de zumo, con pajitas envueltas en celofán adheridas a los costados. Me alcanzó uno de los zumos y dijo:

—Dáselo a Ethan.

Lo cogí mientras ella terminaba y cerraba el maletero. Cerró la cremallera de la nevera portátil y la colocó en la cesta que estaba en la parte posterior de la sillita de paseo mientras yo despegaba la pajita de la caja pegajosa de zumo. Alguna otra caja debía de tener una pérdida, o tal vez era esta misma. Inserté la pajita en el orificio.

Tras alcanzársela a Ethan, le advertí:

—No la aprietes. Te salpicarás toda la ropa con zumo de manzanas.

—Lo sé —respondió él.

Jan me tocó el brazo. Era un sábado cálido de agosto y ambos vestíamos pantalones cortos, camisetas sin mangas y zapatillas deportivas, pues nos aguardaban largas horas de caminata. Jan se había puesto una gorra con visera; llevaba el cabello negro recogido en una coleta que asomaba por la parte posterior de la gorra. Gafas oscuras le protegían los ojos.

—Ey —dijo

—Ey —repuse.

Me atrajo hacia ella, por detrás de la silla de paseo para que Ethan no pudiera ver.

—¿Estás bien? —preguntó.

La pregunta me desconcertó. Yo había estado por preguntarle lo

mismo.

—Sí, claro, estoy bien.

—Sé que ayer las cosas no salieron como esperabas.

—No pasa nada —repuse—. Algunas pistas terminan no dando resultados. Suele suceder. ¿Y tú? ¿Te sientes mejor, hoy?

Asintió de manera casi imperceptible; el movimiento de la visera fue el único indicio de su respuesta.

—¿Seguro? —insistí—. Lo que dijiste ayer, sobre el puente...

—Mejor no...

—Pensé que tal vez estuvieras sintiéndote mejor, pero cuando me dijiste eso...

Apoyó el dedo índice sobre mis labios.

—Sé que ha sido difícil vivir conmigo últimamente y lo lamento.

Me esforcé por sonreír.

—Oye, todos pasamos por malas épocas. A veces existen motivos obvios, otras veces, no. No puedes controlar cómo te sientes. Ya pasará.

Vi un destello en sus ojos, como si tal vez no compartiera mi confianza.

—Quiero que sepas que te agradezco... la paciencia —dijo. Una familia que buscaba un sitio para aparcar pasó junto a nosotros en una camioneta enorme y Jan le dio la espalda al ruido.

—No hay problema —dije.

Jan inspiró profundamente, como para purificarse.

—Vamos a pasar un gran día —dijo.

—Es lo único que deseo —repuse y permití que me atrajera hacia ella—. Sabes, sigo pensando que no sería mala idea ver a alguien de manera regular para...

Ethan giró en la silla de paseo para poder vernos. Dejó de succionar la pajita y dijo:

—¡Vamos!

—Tranquilo —repuse.

Volvió a acomodarse en la silla, moviendo las piernas hacia arriba y hacia abajo.

Jan se inclinó y le dio un beso rápido en la mejilla.

—Hagamos que el pequeñín se divierta.

—Sí —dije.

Me apretó el brazo una última vez, luego cogió el manillar de la silla de paseo.

—Muy bien, amigo —le dijo a Ethan—. Allí vamos.

Ethan extendió los brazos hacia los costados, como si volara. Ya había terminado el jugo y me entregó la caja para que la arrojara en una cesta. Jan buscó una toallita húmeda cuando él se quejó de que

tenía los dedos pegajosos.

Faltaban varios cientos de metros para la entrada principal, pero ya se veía una fila de gente en la taquilla. Jan, con gran astucia, ya había comprado las entradas por internet y los había impreso unos días antes. Me hice cargo de la silla de paseo mientras ella revolvía en bolso buscándolos.

Ya casi habíamos llegado a la puerta cuando Jan se detuvo en seco.

—Demonios —dijo.

—¿Qué?

—La mochila —respondió—. La he dejado en el coche.

—¿La necesitamos? —dije. Estábamos a buena distancia del coche.

—Contiene los bocadillos de manteca de cacahuate y el protector solar. —Jan siempre se cuidaba de embadurnar a Ethan para que el sol no lo quemara. —Voy corriendo. Tú sigue, te alcanzaré.

Me entregó dos entradas, uno de adulto y uno de niño y se guardó uno para ella.

—Creo que hay una heladería unos cien metros dentro del parque, a la izquierda. ¿Nos encontramos allí?

—Me parece bien —respondí. —Jan se volvió y comenzó a trotar hacia el coche.

—¿Dónde va mami? —preguntó Ethan.

—Olvidó la mochila —repuse.

—¿Con los bocadillos? —preguntó.

—Así es.

Ethan asintió, aliviado. No quería ir a ningún sitio sin provisiones, sobre todo provisiones en forma de bocadillos.

Entregué mi entrada y el de Ethan en la puerta, pasando junto a la fila de gente que aguardaba para adquirirlas y entramos en el parque. Nos encontramos con varios puestos de comida basura y de venta de gorras, camisetas, pegatinas y folletos del parque Cinco Montañas. Ethan pidió una gorra y le dije que no.

Las dos montañas rusas más cercanas, que se habían visto enormes desde el aparcamiento, ahora se asemejaban directamente al Everest. Dejé de empujar la sillita de paseo, me arrodillé junto a Ethan y señalé. Él levantó la mirada y contempló un trenecito de coches que subía lentamente la primera cuesta y luego descendía a toda velocidad; los pasajeros gritaban y agitaban los brazos.

Ethan la miraba con ojos enormes de asombro y temor. Cogió mi mano y me la apretó.

—No me gusta eso —dijo—. Quiero ir a casa.

—Ya te lo he dicho, amiguito, no te preocupes. Nosotros iremos a

unos juegos que están en el otro extremo del parque.

El parque estaba repleto. Cientos, si no miles de personas se movían alrededor de nosotros. Padres con niñitos pequeños y niños de más edad. Abuelos que arrastraban a sus nietos o se dejaban arrastrar por ellos.

—Creo que aquella debe de ser la heladería —dije, señalando un local justo delante de nosotros.

Me ubiqué detrás de la silla de paseo y comencé a empujarla.

—¿Crees que es demasiado temprano para un helado? —pregunté.

Ethan no respondió.

—Ethan, ¿acaso le estás diciendo que no a un helado?

Al ver que no respondía, me detuve para echarle un vistazo. Tenía la cabeza caída hacia atrás y hacia un lado y los ojos cerrados.

El pequeño se había quedado dormido.

—No lo puedo creer —dije por lo bajo. No habíamos llegado ni al primer carrusel y el niño ya estaba en coma.

—¿Todo bien?

Me volví. Jan había vuelto; le caía una gota de sudor por el cuello. Llevaba la mochila colgando del hombro.

—Se ha quedado dormido —dije.

—Bromeas —respondió.

—Creo que se desvaneció tras dirigirle una mirada a esa —dije, señalando la montaña rusa.

—Tengo algo en el zapato —se quejó Jan. Maniobró la silla de paseo hasta un muro bajo de hormigón que rodeaba un jardín. Se sentó sobre el muro y colocó a Ethan, en la silla, a su izquierda.

—¿Quieres compartir un cono? —preguntó. —Estoy muerta de sed.

Adiviné lo que estaba pensando. Podríamos compartir algo rico ahora, mientras Ethan dormía. Él comería todo tipo de comida chatarra antes de que terminara el día, pero esto sería algo solo para nosotros dos.

—¿Bañado en chocolate? —pregunté.

—Sorpréndeme —repuso; apoyó el pie izquierdo sobre la rodilla derecha. —¿Necesitas dinero?

—Tengo —dije, palmeándome el bolsillo trasero. Me volví y fui hasta el puesto de helados. Vendían esa crema suave y blanca que sale de una máquina. No era lo que más me apetecía –me gustan los helados de verdad- pero la chica que me tomó el pedido le puso un rizo creativo en la cima. Le pedí que lo bañara en chocolate, y este se adhirió como una segunda piel al helado.

Mordí un bocado pequeño y rompí el baño de chocolate; me arrepentí de inmediato. Debería haber dejado que Jan comiera el

primer bocado. Pero decidí compensarlo con mi actitud durante la semana. El lunes, le traería flores. Más adelante en la semana, llamaría a una niñera y llevaría a Jan a cenar. Este asunto por lo que estaba pasando Jan... tal vez era culpa mía. No había sido lo suficientemente atento. No me había esforzado lo suficiente. Si eso era lo que se necesitaría para que Jan se recuperara, aceptaba el desafío de buen grado. Podría volver a encarrilar nuestro matrimonio.

No me esperaba ver a Jan viniendo directamente hacia mí cuando me volví. Aunque llevaba gafas oscuras, pude ver que estaba alterada. Le caía una lágrima por la mejilla y tenía la cara contraída en una mueca de terror.

¿Por qué demonios no estaba empujando la sillita? Miré más allá, donde creía que había estado sentada.

Corrió hasta donde estaba y me colocó las manos sobre los hombros.

—Solo aparté la mirada un segundo —dijo.

—¿Qué?

—El zapato —dijo, con voz temblorosa, quebrada—. Me estaba quitando... la piedra... me estaba quitando la piedra del zapato y luego miré... me volví y ...

—Jan, ¿qué dices?

—Se lo han llevado —dijo, en un susurro, casi sin voz—. Me volví y no...

Yo ya había pasado junto a ella, corriendo en dirección hacia donde los había visto juntos por última vez.

La sillita de paseo no estaba.

Subí al muro bajo sobre el que Jan había estado sentada y oteé la multitud.

Es solo un malentendido. No es lo que parece. Aparecerá en un segundo. Alguien se llevó la silla de paseo por error.

—¡Ethan! —grité. La gente que pasaba me dirigió una mirada y siguió caminando. —¡Ethan! —volví a gritar.

Jan estaba de pie debajo de mí, mirando hacia arriba.

—¿Lo ves?

—¿Qué sucedió? —le pregunté—. ¿Qué demonios sucedió?

—Ya te lo he dicho. Aparté la mirada un segundo y ...

—¿Cómo pudiste hacer algo así? ¿Cómo pudiste quitarle los ojos de encima?

Jan trataba de hablar pero no le brotaban las palabras de la boca. Cuando estaba por preguntarle por tercera vez cómo podía haber permitido que sucediera, me di cuenta de que era una pérdida de tiempo.

Pensé, de inmediato, en esa leyenda urbana que se escuchaba

habitualmente.

—Me enteré por un amigo de un amigo —narraba la persona de turno— que una familia de Promise Falls estaba en Florida, en uno de los parques temáticos de Orlando y alguien se llevó su niñito o niñita; lo llevaron al lavabo y le cortaron el pelo y le cambiaron el aspecto y lo sacaron del parque, pero nunca salió en los periódicos porque los dueños del parque no quieren publicidad negativa.

Nunca se había comprobado la verdad de esa historia. Nunca.

Pero ahora...

—Regresa a la entrada principal —le dije a Jan, tratando de hablar con tranquilidad—. Si alguien quiere llevárselo, tendrá que pasar por allí. Seguramente habrá gente de seguridad del parque. Díselo. —Todavía tenía el helado en la mano. Lo arrojé a la basura.

—¿Y tú qué harás? —preguntó Jan.

—Iré a buscarlo por allí —respondí, señalando más allá del puesto de helados, donde estaban los sanitarios. Tal vez alguien había llevado a Ethan al baño de hombres.

Jan se alejó corriendo. Giró la cabeza, y me hizo el gesto del móvil contra la oreja, indicándome que la llamara si averiguaba algo. Asentí y eché a correr en dirección contraria.

Mientras me dirigía a la entrada del baño de hombres, no dejaba de mirar la multitud. Cuando entré, sin aliento, me encontré con el eco de las voces de niños, adultos y secadores de manos de aire caliente que retumbaba contra los azulejos. Un hombre sostenía a un niñito, más pequeño que Ethan, sobre uno de los mingitorios. Un anciano se lavaba las manos en uno de los lavabos. Un adolescente de unos dieciséis años movía las manos debajo del secador.

Pasé corriendo junto a ellos hasta los compartimientos. Había seis en total, y todos tenían la puerta abierta menos el cuarto. Golpeé la puerta, pensando que se abriría.

—¿Quién es? —gritó un hombre desde dentro—. ¡Un minuto!

—¿Quién está allí? —grité.

—¿Qué coño quieres?

Espié por la rendija entre la puerta y el marco y vi a un hombre corpulento sentado sobre el retrete. Me tomó solo un segundo darme cuenta de que estaba solo.

—¡Déjame en paz —gritó el hombre.

Salí corriendo del baño; resbalé sobre unas baldosas mojadas. Cuando estuve afuera, otra vez bajo el sol y vi a toda la gente circulando, me sentí abrumado.

Ethan podía estar en cualquier parte.

No sabía adónde ir, pero caminar en cualquier dirección me parecía mejor idea que quedarme allí. Así que corrí hasta la base de la

montaña rusa más cercana, La Bestia, donde vi a unas cien personas esperando para abordar. Escudriñé la fila, buscando nuestra sillita de paseo o un niño sin silla.

Seguí corriendo. Por delante estaba Aventuras en Niñolandia, el sector del parque Cinco Montañas destinado a juegos para niños que eran demasiado pequeños para las montañas rusas enormes. ¿Tenía lógica que alguien se hubiera robado a Ethan para traerlo aquí a los juegos? No. A menos que se tratara de algún error, como que alguien hubiera cogido la sillita de paseo y se la hubiera llevado sin mirar al niño que iba sentado en ella. En una oportunidad, estuve a punto de hacerlo en el centro comercial; estaba pensando en otra cosa y todas las sillas de paseo eran parecidas.

Más adelante, una mujer baja y excedida de peso, de espaldas a mí, empujaba una silla que se parecía mucho a la nuestra. Corrí más rápido y me detuve delante de la silla para poder ver al niño.

Era una niñita con un vestido rosado, de unos tres años; tenía la cara pintada con lunares rojos y verdes.

—¿Algún problema, señor? —quiso saber la mujer.

—Lo siento —dije; no terminé de decir las palabras y ya estaban mirando a la gente, mirando, mirando.

Vi otra silla de paseo. Azul, con una bolsa pequeña dentro de la cesta trasera.

La sillita estaba sola. Sin nadie cerca. Desde donde estaba yo, no podía ver si estaba ocupada.

Por el rabillo del ojo, vi que un hombre con barba se alejaba corriendo.

Por favor, por favor, por favor…

Corrí hasta la silla, me detuve delante, miré hacia abajo.

Ni siquiera se había despertado. Seguía con la cabeza hacia un lado, los ojos cerrados.

—¡Ethan! —dije. Me incliné, lo levanté de la silla y lo abracé. —¡Ethan! ¡Dios mío, Ethan!

Lo aparté para mirarle la cara: parecía a punto de llorar.

—Ya está —dije—. Ya está, papá está aquí.

Caí en la cuenta de que no estaba alterado porque se lo hubieran llevado, sino porque lo había despertado de la siesta.

De todas formas, volví a repetirle que todo estaba bien. Lo abracé y le acaricié la cabeza.

Cuando volví a alejarlo de mí, el labio inferior dejó de temblarle; señaló la comisura de mi boca y preguntó:

—¿Comiste chocolate?

Yo reía y lloraba al mismo tiempo.

Tardé un instante en recuperarme, luego dije:

—Tenemos que buscar a tu madre, hacerle saber que está todo bien.

—¿Qué sucede? —preguntó Ethan.

Busqué el móvil, y pulsé el marcado rápido del número de Jan. Sonó cinco veces y pasó a buzón de voz.

—Lo tengo —dije—. Estoy yendo hacia el portón de entrada.

Ethan nunca había viajado a tanta velocidad en la sillita. Extendió los brazos y rió mientras yo corría entre la gente. Las ruedas delanteras se sacudían de tal manera que tuve que volcar la silla hacia atrás, lo que lo hizo reír todavía más.

Cuando llegamos a la entrada me detuve y miré alrededor.

—Creo que voy a subir a la montaña rusa —anunció Ethan—. Soy grande.

—Aguarda un minuto, amiguito —dije, paseando la mirada por la multitud. Cogí el teléfono otra vez y dejé un segundo mensaje: —Oye, estamos aquí, en la entrada. ¿Dónde estás?

Caminé hasta el centro de la calle, justo dentro de los portones, donde la fila de gente se estrechaba para entrar y dirigirse directamente a los juegos.

Jan no podría dejar de vernos aquí.

Me ubiqué delante de la silla para que Ethan pudiera verme.

—Tengo hambre —dijo—. ¿Mami no vino? ¿Se fue a casa? ¿Dejó la mochila con los bocadillos?

—Aguarda un momento —dije.

—¿Me das uno de manteca de cacahuates solamente? No quiero los que tienen mermelada.

—Ten paciencia un minuto ¿sí? —Yo tenía el móvil en la mano, listo para atender en el momento en que sonara.

Tal vez Jan estaba con los de seguridad del parque. Eso era algo bueno, por más que ya hubiéramos encontrado a Ethan. Porque alguien en el parque se estaba llevando niños ajenos, lo que no estaba bien.

Aguardé diez minutos antes de volver a llamar al móvil de Jan. Sin respuesta. No dejé mensaje esta vez.

—No quiero quedarme aquí —dijo Ethan—. Quiero ir a un juego.

—Aguarda, compañero —dije—. No podemos irnos sin tu mamá. No sabrá dónde encontrarnos.

—Pues que nos llame —dijo Ethan, moviendo las piernas con impaciencia.

Un empleado del parque, reconocible por sus pantalones color caqui y camisa con el logo de Cinco Montañas, pasó caminando junto a nosotros. Lo cogí del brazo.

—¿Eres de seguridad? —pregunté.

Me enseñó una pequeña radio que tenía en la mano.

—Puedo comunicarme con ellos.

Le pedí que llamara para preguntar si alguien de seguridad estaba ayudando a Jan.

—Necesito decirle que encontré a nuestro hijo —expliqué.

La voz que se escuchó por la radio sonó estridente.

—¿Quién? No, no tenemos ninguna información al respecto.

—Lo siento —dijo el empleado del parque y siguió su camino.

Yo trataba de contener el pánico. Algo estaba muy mal.

Alguien trata de llevarse a tu hijo. Un hombre de barba huye.

Tu esposa no aparece en el punto de encuentro.

—No te preocupes —le dije a Ethan, mientras escrutaba la multitud—. Estoy seguro de que aparecerá en cualquier momento. Y luego nos divertiremos.

Pero Ethan no respondió. Se había vuelto a quedar dormido.



PARTE UNO

DOCE DÍAS ANTES

UNO

—¿Hola?

—¿Señor Reeves? —dije.

—¿Sí?

—Habla David Harwood del periódico *Standard* —dije.

—Sí, David. —Ese era el problema con los políticos. Los llamabas “señor” y ellos te llamaban por tu nombre y te tuteaban. No importaba si se trataba del presidente de los Estados Unidos o de un funcionario de poca monta de la comisión de utilidades. Para ellos siempre eras Bob o Tom o David. Nunca el señor Harwood.

—¿Cómo está usted? —pregunté.

—¿Qué necesitas? —quiso saber.

Decidí contrarrestar el mal modo con encanto.

—Espero no haber llamado en mal momento. Entiendo que acaba de regresar... ¿cuándo fue, ayer?

—Ajá —respondió Stan Reeves.

—Y fue un viaje de ¿qué? ¿De investigación?

—Exacto —repuso.

—¿A Inglaterra?

—Sí. —Era como querer extraerle información con un sacacorchos. Tal vez se debiera a que yo no le caía demasiado bien. No le agradaban los artículos que había estado escribiendo sobre lo que podía terminar siendo la nueva industria de Promise Falls.

—¿Y qué pudo averiguar? —pregunté.

Suspiró, como resignado a tener que responder por lo menos a un par de preguntas.

—Descubrimos que en el Reino Unido, hace un tiempo que ya funcionan prisiones que no dependen del estado. A comienzos de la década del noventa, se creó la cárcel de Wolds, gestionada por privados.

—¿El señor Sebastian lo acompañó en su recorrido por prisiones de Inglaterra? —pregunté. Elmont Sebastian era el presidente de Star Spangled Corrections, la compañía multimillonaria que quería construir una prisión de gestión privada justo fuera de Promise Falls.

—Creo que estuvo presente durante parte de la recorrido —respondió Stan Reeves—. Ayudó a facilitar algunos asuntos para la delegación.

—¿En la delegación había otros miembros del concejo de Promise

Falls? —pregunté.

—Como seguramente ya sepas, David, el concejo me encomendó a mí la tarea de viajar a Inglaterra para ver cómo eran las operaciones allí. Había un par de personas de Albany, desde luego, y un representante del sistema penitenciario estatal.

—Muy bien —repuse—. ¿Y cuál fue el resultado del viaje, en resumen?

—Confirmamos mucho de lo que ya sabíamos. Que las penitenciarías de gestión privada son más eficientes que las de gestión pública.

—¿No se debe eso en gran medida a que les pagan a su gente mucho menos de lo que el estado paga a sus empleados sindicalizados y les ofrecen muchos menos beneficios que en el estado?

Un suspiro cansado.

—David, eres un disco rayado.

—No es una opinión, señor Reeves —objeté—. Es un hecho muy bien documentado.

—¿Sabes qué otra cosa es un hecho? Que cuando están metidos los sindicatos, al estado le sale carísimo.

—También es un hecho —proseguí—, que las cárceles de gestión privada han tenido un índice más alto de violencia contra los guardias y violencia entre prisioneros, debido en gran parte a que emplean poco personal. ¿En Inglaterra sucedía lo mismo?

—Eres igual a esos santurrones de Thackeray que pierden el sueño cuando un preso ataca a otro. —Algunos miembros del cuerpo docente de la Universidad Thackeray se habían unido para luchar contra el establecimiento de una prisión de gestión privada en Promise Falls. La causa se estaba volviendo célebre en la institución educativa. Reeves continuó: —Si un prisionero le clava una navaja a otro ¿quieres explicarme de qué manera perjudica a la sociedad?

Anoté las palabras textuales. Si Reeves llegaba a negarlo más adelante, lo tenía registrado en mi grabadora digital. El asunto era que publicar ese comentario solo lograría que su popularidad aumentara.

—Pues perjudicaría a los que operan la prisión —respondí—, ya que el estado les paga por cada convicto. Si comienzan a matarse entre ellos, pierden los fondos. ¿Qué opina de los grupos a favor de la corporación Star Spangled Corrections que ejercen presión en el congreso pidiendo penas más duras, en particular condenas más largas para varios delitos? ¿No hay intereses detrás de eso?

—Debo ir a una reunión —respondió.

—¿La compañía Star Spangled Corrections ya se ha decidido por un predio? Tengo entendido que el señor Sebastian está evaluando varios sitios.

—No, no hay nada decidido todavía. En la zona de Promise Falls, hay varios sitios posibles. Verás, David, esto significa muchos empleos. ¿Comprendes? No solo para la gente que trabajaría allí, sino para muchos proveedores locales. Además, es probable que una penitenciaría aquí reciba convictos de otras zonas, lo que significa que las familias vendrían a visitarlos, se alojarían en hoteles locales, les comprarían a comerciantes locales, comerían en restaurantes locales. Lo entiendes ¿verdad?

—O sea, sería como una atracción turística —dije—. Podrían poner la prisión cerca del nuevo parque de atracciones, quizá.

—¿Siempre has sido un gilipollas o es algo que enseñan en la escuela de periodismo? —preguntó Reeves.

Decidí encarrilar la conversación.

—Star Spangled va a tener que presentarse ante el concejo para que apruebe la rezonificación de cualquier sitio que elijan. ¿Usted cómo planea votar al respecto?

—Tendré que evaluar las ventajas de la propuesta y votar de manera objetiva según el resultado —dijo Reeves.

—¿No le preocupa que la gente perciba que su voto ya puede estar decidido?

—¿Pero por qué alguien tendría esa percepción? —dijo Reeves.

—Pues por Florencia, en primer lugar.

—¿Florencia? ¿Qué Florencia?

—Su viaje a Florencia. Usted prolongó su viaje. En lugar de regresar directamente desde Inglaterra, pasó varios días en Italia.

—Eso fue… parte de mi viaje de investigación.

—Ah, no lo sabía —dije—. ¿Podría decirme qué penitenciarías visitó en Italia?

—Seguramente pueda hacer que alguien te envíe la lista.

—¿No puede decírmelo ahora? ¿Puede, por lo menos, decirme cuántas prisiones italianas visitó?

—Así, de memoria, no —repuso.

—¿Más de cinco?

—No lo creo.

—Menos de cinco, entonces —dije—. ¿Más de dos?

—No tengo esa…

—¿Visitó alguna penitenciaría en Italia, señor Reeves?

—Hay veces en las que se logra lo que uno quiere lograr sin necesidad de ir a las cárceles. Se organizan reuniones y encuentros en otros sitios…

—¿Con qué funcionarios penitenciarios italianos se reunió en otros sitios?

—No tengo tiempo para esto, realmente.

—¿Dónde se alojó en Florencia? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta.

—En el Maggio —respondió Reeves en tono vacilante.

—Seguramente se haya cruzado con Elmont Sebastian mientras estuvo allí.

—Creo que me lo encontré un par de veces en el vestíbulo, sí —repuso.

—¿No se alojó usted en al hotel como invitado del señor Sebastian, de hecho?

—¿Invitado? Estuve allí como huésped del hotel, David. Tienes que verificar la información que manejas.

—Pero el señor Sebastian, o sea la compañía Star Spangled, para ser más precisos, le pagó el vuelo a Florencia y la estancia, ¿no es así? Usted tomó el avión en Gatwick el día...

—¿Qué coño es esto? —dijo Reeves.

—¿Tiene un recibo de su estancia en Florencia? —pregunté.

—Seguramente pueda encontrarlo si lo busco, pero ¿quién conserva todos los recibos?

—Hace solamente un día que ha regresado. Si tiene el recibo, seguramente podrá encontrarlo.

—Mira, mis recibos no son de tu incumbencia.

—Entonces si escribo un artículo que dice que Star Spangled Corrections le pagó la estancia en Florencia, usted podría hacer aparecer el recibo para demostrar que estoy equivocado.

—Estás lanzando acusaciones con bastante descaro, sabes.

—La información que tengo muestra que su estancia, incluyendo impuestos y entradas para la Galería de la Academia y los consumos del minibar suma tres mil quinientos veintiséis euros. ¿Es correcta?

El concejal no respondió.

—¿Señor Reeves?

—No lo sé —respondió en voz baja—. Puede ser cierto, tendría que verificarlo. Pero te equivocas si crees que el señor Sebastian pagó estos gastos.

—Cuando llamé al hotel para que me confirmaran si su cuenta la pagaría el señor Sebastian, me aseguraron que estaba todo cubierto.

—Debe de haber un error.

—Tengo una copia de la factura. Se cargó a la cuenta del señor Sebastian.

—¿Cómo demonios obtuviste eso?

No pensaba decírselo, pero una mujer a la que no le agradaba Reeves me había llamado desde un número oculto ese mismo día para contarme el asunto de la cuenta del hotel. Supuse que trabajaba en la municipalidad o en las oficinas de Elmont Sebastian. No logré que me

diera su nombre.

—¿Está diciendo que el señor Sebastian no le pagó los gastos? —pregunté—. Tengo su número de tarjeta Visa aquí conmigo. ¿Desea que verifiquemos?

—Eres un hijo de puta.

—Señor Reeves, cuando esta propuesta para la prisión sea presentada ante el concejo, ¿tiene intención de declarar que existe conflicto de intereses, en vista de que ha aceptado un obsequio de la compañía que quiere construir la prisión?

—Eres un pedazo de mierda ¿lo sabes? —dijo Reeves—. Un verdadero pedazo de mierda.

—¿Eso es un "no"?

—Un maldito pedazo de mierda.

—Lo tomaré como una confirmación.

—¿Quieres saber lo que realmente me molesta?

—¿Qué cosa, señor Reeves?

—Esta actitud prepotente de alguien como tú, que trabaja para un periódico que se ha convertido en una puta broma. Tú y esos cretinos de la universidad Thackeray -y cualquier otro que esté de vuestro lado- os rasgáis las vestiduras por una posible tercerización de la gestión de una cárcel, mientras que vosotros tercerizáis el periodismo. Recuerdo cuando el *Standard* de Promise Falls era un periódico que la gente respetaba. Por supuesto, eso fue antes de que la circulación se hiciera pedazos, cuando tenían periodistas cubriendo los sucesos locales, antes de que la familia Russell comenzara a encargar tareas de cobertura a otros países, antes de que contrataran a periodistas de la India, por el amor de Dios, para que vieran reuniones del comité por internet y escribieran lo que sucedía por una fracción de lo que les costaría pagarle a periodistas locales para que hicieran ese mismo trabajo. Un periódico que hace algo así y cree que puede seguir llamándose periódico vive en un mundo de fantasía, amigo.

Cortó la llamada.

Dejé el lapicero, me quité los auriculares y pulsé el botón de pausa de la grabadora digital. Me sentí muy orgulloso de mí mismo hasta ese momento.

El teléfono no había estado sobre la base más de unos diez segundos cuando volvió a sonar. Me llevé los auriculares a la oreja sin colocármelos sobre la cabeza.

—*Standard*. Habla Harwood.

—Hola. —Era Jan.

—Hola —repuse—. ¿Cómo va todo?

—Bien.

—¿Estás en el trabajo?

—Ajá.

—¿Qué sucede?

—Nada. —Jan hizo una pausa. —Estaba pensando en esa película. ¿Sabes a cuál me refiero? ¿Esa en la que trabaja Jack Nicholson?

—Necesito más información —repuse.

—Esa en la que él tiene fobia a los gérmenes y siempre se lleva cubiertos desechables al restaurante?

—Ah, sí, ya sé cuál es —dije—. ¿Estabas pensando en eso?

—¿Recuerdas la escena en la que va al consultorio del psicólogo? ¿Y está lleno de gente sentada allí en la sala de espera. Y él dice esa frase que usaron para el título, dice: ¿Y si no se pone mejor que esto?

—Sí —repuse en voz baja—. La recuerdo. ¿Estás pensando eso?

Ella cambió de actitud.

—¿Y qué me cuentas de ti? ¿Qué primicia tienes, Woodward?

DOS

Tal vez antes hubo indicios de que algo no estaba bien y yo había sido demasiado estúpido como para captarlos. Tampoco sería el primer periodista que se cree un agudo observador de la actualidad pero no tiene la menor idea cuando se trata del frente doméstico. Con todo, me parecía que el estado de ánimo de Jan había cambiado prácticamente de la noche a la mañana.

Estaba tensa, con mal talante. Factores ligeramente irritantes que antes no la hubieran afectado ahora se convertían en cargas mayores. Una noche, cuando nos disponíamos a preparar almuerzos para el día siguiente, estalló en llanto al descubrir que nos habíamos quedado sin pan.

—Todo me resulta demasiado —me dijo aquella noche—. Siento que estoy en el fondo de un pozo y no puedo salir.

Al principio, porque soy hombre y no sé –ni quiero saber, realmente- qué sucede con las mujeres en el sentido fisiológico, pensé que podía tratarse de algo relacionado con las hormonas. Pero muy pronto comprendí que era más que eso. Jan estaba desanimada, y no quiero hacer de eso un diagnóstico clínico. Deprimida. Pero deprimida no necesariamente significa que padecía una depresión.

—¿Es por el trabajo? —le pregunté una noche en la cama, mientras le acariciaba la espalda. Jan, junto con otra mujer, administraba la oficina de Refrigeración y Calefacción Bertram. —¿Ha sucedido algo en el trabajo? —La reciente ralentización de la economía hacía que menos personas compraran aires acondicionados o calderas nuevas, pero eso significaba que había más trabajo de reparación para Ernie Bertram. Y en ocasiones Jan y Leanne Kowalski, la otra mujer, no se ponían de acuerdo en asuntos laborales.

—En el trabajo todo está bien —respondió.

—¿Es por algo que he hecho? —pregunté—. Si es así, dímelo.

—No has hecho nada —dijo Jan—. Es... no lo sé. A veces desearía poder hacer que todo desapareciera.

—¿Qué desapareciera qué cosa?

—Nada —repuso—. Duérmete.

Un par de días más tarde, le sugerí que hablara con alguien. Comenzando por nuestro médico de cabecera.

—Quizá pueda darte algún medicamento o algo —dije.

—No quiero tomar drogas —dijo Jan y añadió enseguida—: No

quiero ser alguien que no soy.

Después del trabajo, el día que Jan me llamó al periódico, fuimos juntos en coche a buscar a Ethan a casa de sus abuelos.

Mis padres, Arlene y Don Harwood, vivían en una de las partes más antiguas de Promise Falls, en una casa de ladrillos de dos plantas, construida en la década del cuarenta. La compraron en el otoño de 1971, cuando mi madre estaba embarazada de mí y vivían allí desde entonces. Después de que mi padre se jubiló, hace cuatro años, de su trabajo en el departamento de construcción de la municipalidad, mi madre habló de venderla, con el argumento que no querían tanto espacio, ni tener que cortar el césped y mantener el jardín y estarían muy bien en un condominio o en un apartamento, pero papá no quiso saber nada. Enloquecería encerrado en un condominio. Tenía su taller en la parte posterior, en un garaje para dos coches separado de la casa, y pasaba más tiempo allí que dentro de la casa, sin contar las horas en que dormía. Nunca estaba sin hacer nada, siempre encontraba algo que reparar o desarmar y volver a armar. Las bisagras de las puertas solo chirriaban una vez. Papá prácticamente llevaba encima un envase de lubricante WD40 a todas horas. Una ventana trabada, una canilla que goteaba, un retrete que no cortaba, una puerta con la manilla floja, nada de eso tenía la menor oportunidad de sobrevivir en nuestra casa. Papá siempre sabía con exactitud qué herramienta necesitaba y podría haber entrado en su garaje con los ojos vendados y puesto la mano sobre ella sin dudar.

—Me vuelve loca —solía decir mamá—, pero en cuarenta y dos años de casados creo que ni un solo mosquito ha entrado en la casa por un agujero en un mosquitero.

El problema de papá era que no podía entender por qué los demás no eran tan diligentes con sus deberes como él. Era intolerante con los errores ajenos. Como inspector de construcción de la municipalidad, era un grano en el culo para todos los contratistas y desarrolladores urbanos de Promise Falls. A sus espaldas, lo llamaban Don Harduro. Cuando se enteró de eso, mandó a imprimir tarjetas con su nuevo apodo.

Le resultaba difícil no compartir sus conocimientos sobre cómo hacer de este un mundo mejor, en todos los sentidos.

—Cuando dejas que las cucharas se sequen así, sin ponerlas hacia abajo, el agua te las termina manchando —le decía a mi madre, con una de las cucharas en cuestión en la mano.

—Desaparece de aquí —respondía Arlene y Don protestaba por lo bajo y se marchaba al garaje.

Sus peleítas enmascaraban un profundo amor mutuo. Papá jamás olvidaba un cumpleaños ni un aniversario ni un Día de los

Enamorados.

Jan y yo sabíamos, cuando durante la semana dejábamos a Ethan con sus abuelos para ir a trabajar, que no correría ningún peligro. No habría cables eléctricos pelados ni químicos tóxicos al alcance de sus manos, ni bordes de alfombras levantados con los que pudiera tropezar. Y lo que les pagábamos era menos de lo que nos costaría cualquier parvulario de la zona.

—Mamá me llamó después de que llamaste tú —le dije a Jan, que conducía su camioneta Jetta. Eran casi las cinco y media. Nos habíamos encontrado en casa para poder ir a buscar a Ethan juntos, en un solo coche.

Jan me miró, no dijo nada, así que proseguí.

—Me dijo que papá realmente se pasó esta vez.

—¿Te dijo por qué?

—No, supongo que quería crear sespense. Hoy hablé con Reeves y le pregunté sobre la factura de su hotel en Florencia.

—¿Cómo viene esa historia? —preguntó Jan, sin que su voz sonara demasiado interesada.

—Una mujer me hizo una llamada anónima. Tenía buena información. Lo que necesito saber es cuántos otros miembros del concejo están aceptando sobornos u obsequios o lo que sea de esta corporación de penitenciarías privadas a cambio de sus votos cuando haya que aprobar la rezonificación.

—Y tú que creías que se acabaría todo el divertimento cuando Finley se retiró de la política. —Se refería a nuestro antiguo alcalde, cuya noche pasada con una prostituta adolescente no les había caído bien a los votantes. Tal vez, si fueras Roman Polanski, podrías follarte a alguien de un tercio de tu edad y ganar un Oscar de todos modos, pero si eras Randall Finley, una fechoría así hacía añicos tus intenciones de postularte para el Congreso.

—Pues sí, así es la política —comenté—. Cuando un imbécil sale de escena seis más pugnan por llenar la vacante.

—Si consigues escribir la historia, ¿la publicarán? —preguntó Jan.

Miré por la ventanilla. Cerré el puño y lo golpeé suavemente contra mi rodilla.

—No lo sé —dije.

Las cosas habían cambiado en el *Standard.* Seguía perteneciendo a la familia Russell; había una Russell en la silla del director y varios más en la sala de periodistas y en los otros departamentos. Pero el compromiso de la familia con la seriedad del periódico se había modificado en los últimos cinco años. Actualmente, debido a la caída en cantidad de lectores e ingresos, la preocupación principal era sobrevivir. El periódico siempre había empleado a un reportero en

Albany para que cubriera las noticias estatales, pero ahora dependía de los cables. La sección literaria semanal había sido reducida a la última página de la sección Estilo. El humorista gráfico, extremadamente talentoso para satirizar y arponear a los funcionarios locales había sido despedido y ahora, para llenar el hueco en la página del editorial, utilizábamos viñetas de dibujantes de agencias de noticias nacionales que seguramente nunca habían escuchado hablar de Promise Falls ni pisado la ciudad. Ah, sí, no olvidemos los editoriales. Solíamos tener dos por día, escritos por miembros del personal. Ahora teníamos una sección llamada “Lo que opinan los demás”, un muestreo de editoriales de distintas partes del país. No teníamos opinión propia más que tres o cuatro veces por semana.

Ya no teníamos un crítico de películas. Las críticas se tercerizaban a periodistas independientes. Habían cerrado la sección de tribunales y solamente se cubrían los juicios de mayor interés periodístico, siempre y cuando nos enteráramos que se estaban llevando a cabo, claro.

Pero el indicador más alarmante de nuestra decadencia era la externalización de los reporteros. Yo no lo había creído posible, pero cuando los Russell se enteraron de cómo un periódico de Pasadena lo había logrado, no perdieron un minuto. Comenzaron con algo tan simple como el entretenimiento. ¿Por qué pagarle a alguien local entre quince y veinte dólares la hora para escribir lo que sucede en la ciudad cuando se puede enviarle por correo electrónico la información a alguien en la India que te escribirá el artículo por siete dólares la hora?

Cuando los Russell descubrieron lo bien que funcionaba eso, se volvieron más audaces. Varias comisiones municipales tenían transmisiones en vivo por internet. ¿Para qué enviar a un reportero? ¿Para qué pagarle a uno de ellos para que las mirara desde la oficina? ¿Por qué no conseguir que un tipo llamado Patel, en Mumbai, mirara las transmisiones, escribiera lo que veía y luego enviara la historia por correo electrónico a Promise Falls, en el estado de Nueva York?

El periódico buscaba ahorrar dinero de cualquier manera posible. Los ingresos por publicidad estaban en caída libre. La sección de clasificados había prácticamente desaparecido, derrotada por sitios web como Craiglist. Muchos de los clientes del periódico se estaban volviendo más selectivos y elegían espacios más caros en la radio y la televisión en lugar de anuncios de página entera o media página. ¿Cuál era el problema, entonces, de contratar reporteros que nunca habían pisado la ciudad para que cubrieran sucesos locales? Si servía para ahorrar dinero, era una buena idea.

Si bien encontrar esa mentalidad entre los que manejaban el

periódico no era sorprendente, nadie en la sala de redacción pensaba de esa manera. Al menos, hasta el momento. Como me había dicho el día anterior Brian Donelly, el editor de noticias sobre la ciudad y, lo que era más importante aún, el sobrino del dueño: "¿Cuán difícil puede ser transcribir lo que dicen en una reunión? ¿Acaso vamos a hacer un mejor trabajo solo porque estamos sentados allí? Algunos de estos tipos en la India son unas fieras para tomar apuntes.

—¿Nunca te cansas de esto? —preguntó Jan, mientras encendía el limpiaparabrisas para limpiar las gotas de una llovizna ligera.

—Sí, claro, pero no tiene sentido discutir con Brian.

—No hablo del trabajo —dijo Jan—. Hablo de tus padres. Es decir, los vemos todos los días. Son muy agradables, pero hay un límite. Es como que nos están asfixiando.

—¿A qué viene todo esto?

—Sabes que nunca se trata solamente de dejar a Ethan o recogerlo. Hay que someterse al interrogatorio. "¿Cómo os ha ido? ¿Qué hay de nuevo en el trabajo? "¿Qué vais a cenar?" Si directamente lo enviáramos a la guardería infantil, a nadie le importaría un rábano, lo entregarían en la puerta y podríamos irnos a casa.

—Ah, pero qué bien suena. Un sitio donde no tienen ningún interés por nuestro hijo.

—Tú me entiendes.

—Mira —dije, sin querer discutir, pues no estaba seguro de qué sucedía realmente—. Sé que casi todos los días sales de trabajar antes que yo y te ha tocado venir a recogerlo, pero en un mes más ya no será necesario. Ethan ingresará en el jardín de infancia, lo que significa que no tendremos que llevarlo a casa de mis padres todos los días, lo que a su vez significa que no tendrás que someterte a este interrogatorio diario que de repente te molesta tanto. —Meneé la cabeza. —Tampoco es que podamos turnarnos y llevarlo a casa de *tus* padres.

Jan me fulminó con la mirada. Me arrepentí del comentario de inmediato y deseé poder desdecirme.

—Lo siento —dije—. Eso fue un golpe bajo.

Jan no respondió.

—Lo siento.

Jan puso el intermitente y subió por la entrada de la casa de mis padres.

—Veamos qué es lo que ha hecho tu papá.

Ethan estaba en la sala, mirando la serie de dibujos animados *Padre de Familia.* Entré, apagué el televisor y le dije a mi madre, que estaba en

la cocina.

—No puedes permitirle ver eso.

—Es un dibujo animado —respondió, por encima del ruido del agua del grifo.

—Recoge tus cosas —le dije a Ethan y me dirigí a la cocina, donde mamá estaba delante del fregadero, de espaldas a mí. —En un episodio el perro quiere tener sexo con la madre. En otro, el bebé la ataca con una ametralladora.

—Ay, vamos —repuso ella—. Nadie haría un dibujo animado así. Te estás convirtiendo en tu padre. —Le di un beso en la mejilla. —Estás demasiado tenso.

—Ya no existen *Los Picapiedra* —dije—. En realidad, los dibujos animados actuales son mejores. Pero muchos de ellos *no* están dirigidos a un público de cuatro años.

Ethan entró en la cocina, arrastrando los pies. Se lo veía cansado y algo perplejo. Me sorprendió que no pidiera comida. Seguramente mamá ya le habría dado algo.

Jan, que había entrado unos segundos después de mi, se arrodilló frente a Ethan.

—Hola, hombrecito —dijo. Miró dentro de su mochila. —¿Estás seguro de que tienes todo?

Él asintió.

—¿Dónde está tu Transformer?

Ethan lo pensó un momento, luego echó a correr hacia la sala.

—¡Entre los cojines! —chilló.

—¿Qué ha hecho papá esta vez? —pregunté.

—Pues va a terminar muerto —dijo mamá, mientras sacaba una olla del fregadero y la ponía a secar sobre el escurridor.

—¿Qué?

—Está afuera en el garaje. Dile que te enseñe su último proyecto. Jan, ¿cómo te ha ido en el trabajo, hoy? ¿Todo bien?

Crucé bajo la llovizna ligera hasta el garaje. El portón doble estaba abierto. El Crown Victoria azul de papá, uno de los últimos sedanes grandes fabricados en Detroit, estaba estacionado dentro. En la entrada se veía el Taurus de quince años de mi madre. Ambos coches tenían sillas de seguridad en la parte trasera para cuando transportaban a Ethan.

Cuando entré, papá estaba ordenando la mesa de trabajo. Es más alto que yo cuando está erguido, pero se ha pasado la mayor parte de la vida mirando hacia abajo –inspeccionando cosas, buscando herramientas- por lo que se le han redondeado los hombros de manera permanente. Sigue teniendo todo el pelo, lo que como hijo me resulta reconfortante aunque haya comenzado a encanecer cuando solo tenía

cuarenta años.

—Hola —dijo.

—Mamá dice que tienes algo para enseñarme.

—Pues que no se meta en mis asuntos.

—¿De qué se trata?

Hizo un movimiento con la mano, que no sé si fue para quitarle importancia al asunto o para rendirse. Pero cuando abrió la puerta del lado del pasajero y sacó algo comprendí que estaba a punto de enseñarme su último proyecto.

Vi varios trozos de cartón blanco, del tamaño aproximado de una hoja de papel para imprimir. Parecían ser los cartones que vienen dentro de las camisas nuevas. Papá guardaba todas esas cosas.

Me entregó la pequeña pila y dijo:

—Échale un vistazo.

Escrito sobre cada cartón, con rotulador negro grueso, en mayúsculas, se leía una frase diferente, entre las cuales estaban: “¿SE TE HA ROTO EL INTERMITENTE?” “¡NO TAN CERCA!” “LUZ TRASERA FUNDIDA”, “LUZ DELANTERA FUNDIDA”, “LA VELOCIDAD MATA”, “¡PARE SIGNIFICA PARE!” y “¡DEJA EL TELÉFONO!”

Se parecían a las tarjetas con mensajes que mostraban los apuntadores en el programa de televisión de Johnny Carson

—El de NO TAN CERCA lo hice con letras más grandes porque tienen que poder verlo a través de la ventana trasera, y yo estoy en el asiento delantero. Pero si los tengo pegados detrás de mí, es probable que lo vean.

Me quedé mirándolo, mudo.

—¿Cuántas veces has visto a un imbécil hacer alguna estupidez y deseaste poder decírselo? Guardaré estos letreros en el coche, elegiré el que me sirve, lo mostraré por la ventana y tal vez la gente comience a darse cuenta de sus errores.

Recuperé el habla:

—¿Piensas instalar cristales a prueba de balas?

—¿Qué?

—Si muestras esto, alguien te disparará.

—Pero ¡qué locura!

—Bien, entonces supongamos que eres tú. Vas por la calle y alguien te muestra un letrero así.

Papá me miró.

—Eso no sucedería nunca. Soy buen conductor.

—Sígueme la corriente.

Se mordió los labios durante un segundo.

—Creo que intentaría hacer caer al imbécil que me lo muestra en

una zanja.

Le quité los letreros de las manos y los rompí, uno por uno, por la mitad y luego los dejé caer en el cubo metálico de residuos. Papá suspiró.

Jan salió por la puerta trasera con Ethan. Fueron hasta el coche de Jan y ella lo sentó en la silla y comenzó a abrochar las correas de seguridad.

—Pues nos vamos, por lo visto —dije.

—El problema contigo —dijo papá—, es que tienes miedo de remover el avispero. Como con esa prisión nueva que quieren construir. Eso sí que sería un gran avance para la ciudad.

—Sí, claro. Quizá podamos construir instalaciones para almacenar residuos nucleares, ya que estamos.

Subí al Jetta junto a Jan. Ella retrocedió y giró el coche en dirección a nuestra casa. Tenía la mandíbula apretada y no me miraba.

—¿Todo bien? —pregunté.

Jan no habló durante todo el trayecto hasta casa, y muy poco durante la cena. Más tarde, dijo que acostaría a Ethan, cosa que por lo general hacíamos juntos.

Subí cuando ella estaba arropando a nuestro hijo.

—¿Sabes quién te ama más que nadie en el mundo? —le dijo.

—¿Tú? —dijo Etahn con su vocecita.

—Exacto —susurró Jan—. Recuérdalo.

Ethan no dijo nada, pero me pareció escuchar que movía la cabeza sobre la almohada.

—Si alguien dijera alguna vez que no te amo, no sería verdad. ¿Lo comprendes?

—Sí —repuso Ethan.

—Pues duerme bien y nos veremos por la mañana ¿vale?

—¿Puedo tomar agua? —dijo Ethan.

—Basta ya. Vete a dormir.

Entré en nuestro dormitorio para no estar allí en el pasillo cuando Jan saliera.

TRES

—Échale un vistazo a esto —dijo Samantha Henry, una reportera de asuntos generales que se sentaba junto a mí en la sala de redacción del *Standard.*

Hice rodar la silla hacia ella y miré el monitor del ordenador. Me acerqué lo suficiente como para poder leer, pero no tanto como para que pudiera pensar que le estaba oliendo el pelo.

—Esto acaba de entrar de uno de esos tíos de la India, que ha estado mirando una reunión de la comisión de planeamiento sobre una propuesta de desarrollo de viviendas. —La comisión estaba cuestionando al desarrollador por lo pequeños que parecían ser los dormitorios en los planos. —Hazme el favor de leer este párrafo, dijo Samantha, señalándolo con el dedo.

—“El señor concejal Richard Hemmings expresó consternación por el hecho de que las habitaciones no alcanzaban los requerimientos necesarios para el revoleo de un gato. —Me quedé mirando la pantalla y sonreí. —Debería llamar a mi padre y preguntarle si eso está escrito en el código de edificación: “Un dormitorio debe tener el tamaño suficiente para que si una persona se encuentra de pie en el centro del mismo, con un gato cogido de la cola, la cabeza del animal no golpee ninguna de las cuatro paredes cuando la persona lo revolea con el brazo extendido.”

—Todos los días llegan cosas como esta —se quejó Samantha—. ¿Qué mierda creen que están haciendo? ¿Viste la corrección que hicimos el otro día?

—Sí —repuse El municipio no era dueño de graneros y ningún empleado municipal había cerrado realmente las puertas después de que los caballos se habían marchado. Ya bastante mal estaba que los reporteros de la India no estuvieran familiarizados con el lenguaje coloquial estadounidense, pero cuando los errores pasaban inadvertidos por el escritorio de edición y corrección, la cosa estaba muy, muy mal.

—¿Acaso no les importa? —preguntó Samantha.

Empujé la silla para alejarme del monitor, me eché hacia atrás y entrelacé los dedos detrás de la cabeza. Siempre me sentía ligeramente más relajado cuando me alejaba de Sam. El asunto que tuvimos había ocurrido hacía mucho tiempo, pero si empiezas a compartir el monitor demasiado seguido la gente habla.

Sentí que el respaldo de la silla iba a ceder, de manera que cambié el peso hacia adelante y apoyé las manos sobre los apoyabrazos.

—¿Y te lo preguntas?

—Nunca vi nada como esto —dijo—.Hace quince años que estoy aquí. Le pedí un bolígrafo a la asistente del editor y me dijo que primero quería ver el que estaba vacío. Te lo juro por Dios. Vas al baño de mujeres y la mitad de las veces no hay papel higiénico.

—Escuché que los Russell quieren vender —dije—. Era el rumor principal que corría por el edificio. —Si logran bajar los costos y mostrar que el periódico da ganancias, les será más fácil quitárselo de encima.

Samantha Henry puso los ojos en blanco.

—En serio, ¿quién va a comprarnos con este clima imperante?

—No digo que vaya a suceder. Solo que escuché rumores.

—No puedo creer que vayan a venderlo. Ha pertenecido a la misma familia durante generaciones.

—Sí, pero la generación que lo dirige ahora es muy distinta de la de diez años atrás. Hoy en día a ningún miembro de la dirección le corre tinta por las venas.

—Madeline solía ser reportera —dijo Samantha, refiriéndose a nuestra directora. No era necesario que me recordara cómo Madeline había comenzado a trabajar en el periódico.

—Solía —repuse.

Por todo el país se estaban cerrando periódicos y todos estaban nerviosos. Pero a Sam, en particular, le preocupaba su futuro. Tenía una hija de ocho años y no tenía marido. Se habían separado años atrás y él nunca había contribuido con un centavo para mantener a su hija. Era un antiguo periodista del *Standard* y se había marchado a trabajar para un periódico de Dubai. Es difícil perseguir a un tipo que te debe dinero cuando está en el otro extremo del planeta.

En los primeros tiempos después del divorcio, cuando su hija era pequeña, Sam se mostró valiente. Saldría a flote. Seguiría su carrera y criaría a su hija. En aquel entonces no nos sentábamos uno al lado del otro, pero nos cruzábamos a menudo. En la cafetería, en el bar después del trabajo. Cuando no estábamos intercambiando quejas sobre editores que nos habían recortado historias, Sam se abría y me contaba lo difícil que estaba la situación para Gillian y ella.

Creo que pensé que podía rescatarla.

Sam me agradaba. Era sensual, graciosa, intelectualmente desafiante. Y Gillian me caía bien. Sam y yo comenzamos a pasar mucho tiempo juntos. Yo dormía en su casa varias noches por semana. Me consideraba más que un novio. Era su caballero de armadura reluciente. Era el que iba a solucionarle la vida.

Lo tomé muy mal cuando cortó conmigo.

—Esto va demasiado rápido —me dijo—. Así fue como la cagué la vez pasada. Por avanzar demasiado rápido y no pensar bien las cosas. Eres un gran tipo, pero...

Caí en una mala racha de la que creo que no salí hasta que conocí a Jan. Y ahora, muchos años después, todo estaba bien entre Sam y yo. Pero ella seguía siendo una madre sola que siempre había tenido que luchar.

Vivía con lo justo. En ocasiones, no llegaba a fin de mes. Hacía años que cubría los asuntos laborales, pero el periódico ya no podía permitirse asignar reporteros a temas específicos, de manera que ahora dependía de las asignaciones generales y no tenía forma de predecir las horas que trabajaría. Eso complicaba mucho la cuestión de las niñeras. A menudo se desesperaba por conseguir a alguien que cuidara a su hija cuando le caía una asignación de último momento.

Yo no tenía las preocupaciones financieras urgentes de Sam, pero Jan y yo hablábamos a menudo de qué otra cosa podría hacer si me quedaba sin trabajo. El seguro por desempleo tenía una duración determinada. Hacía algunas semanas habíamos contratado un seguro de vida, por lo que yo –y Jan también, para el caso- tenía actualmente más valor muerto que vivo. Si el periódico cerraba, me pregunté si no me convendría más arrojarme debajo de un tren para que Jan cobrara trescientos mil dólares.

—¿David, tienes un segundo?

Giré en la silla. Era Brian Donnelly, el editor de asuntos locales.

—¿Qué sucede?

Hizo un movimiento de cabeza en dirección a su despacho, así que me puse de pie y lo seguí. El modo en que me obligó a ir detrás de él, sin volverse ni conversar durante el trayecto, me hizo sentir como un cachorro al que lo arrastran con una correa invisible. Yo todavía no había cumplido cuarenta años, pero me daba cuenta de que Brian era parte de la nueva casta del periódico. Con veintiséis años, ya estaba en un puesto directivo, tras impresionar a los jefes, no con credenciales periodísticas, sino con sus conocimientos de negocios. Todo era "mercadotecnia" y "tendencias", "presentación" y "sinergía". Cada tanto hablaba del espíritu de la época pero usaba la palabra "z*eitgeist*" para referirse a él; yo no podía contenerme e invariablemente le respondía "Salud", pues sonaba como un estornudo. Los editores de deportes y entretenimiento también tenían menos de treinta años y los que trabajábamos en el *Standard* desde hacía más de diez años teníamos la sensación de que el control del periódico estaba pasando a manos de niños.

Brian se sentó detrás de su escritorio y me pidió que cerrara la

puerta antes de sentarme.

—Este asunto de la prisión —dijo—. ¿Qué es lo que tienes?

—La compañía le pagó a Reeves unas vacaciones en Italia después del viaje a Inglaterra —repuse—. Supuestamente, cuando Star Spangled presente su propuesta ante el concejo, él votará a favor.

—*Supuestamente.* O sea que todavía no está envuelto en un conflicto de intereses ¿verdad? Porque todavía no se ha votado. Si se abstiene o algo así ¿qué es lo que realmente tenemos?

—¿Qué estás diciendo, Brian? Si un policía acepta un soborno de una banda de ladrones para que mire hacia otro lado, no hay conflicto hasta el momento en que asaltan el banco?

—¿Eh? —dijo Brian—. No estamos hablando de un asalto a un banco, David.

A Brian no se le daban bien las metáforas.

—Estoy tratando de explicar un argumento.

Brian meneó la cabeza, como si estuviera tratando de borrar de su cerebro los últimos diez segundos de conversación.

—En lo que respecta a la factura del hotel, específicamente —dijo —, ¿estamos cien por cien seguros de que Reeves no la pagó? ¿O de que le devolverá el dinero a Elmont Sebastian? Porque en tu historia —dijo, mirando la pantalla del ordenador y moviendo el cursor—, no aparece como negándolo abiertamente.

—Me llamó pedazo de mierda, en vez.

—Tenemos que darle la posibilidad de que explique el asunto antes de publicar esto —dijo Donnelly—. Si no lo hacemos, podría iniciar acciones legales.

—Le he dado la posibilidad de hacerlo —dije—. ¿A qué viene todo esto?

—¿Qué? ¿A que viene *qué cosa*?

Sonreí.

—No pasa nada. Lo entiendo. Te está presionando La Que Manda.

—No deberías referirte a la directora de ese modo —objetó Brian.

—¿Porque es tu tía?

Tuvo la delicadeza de sonrojarse.

—Eso no tiene nada que ver con este asunto.

—Pero tengo razón. La señora Plimpton ha bajado línea —dije.

Si bien su apellido de soltera era Russell, Madeline Plimpton había estado casada con Geoffrey Plimpton, un conocido agente inmobiliario de Promise Falls que había muerto de una aneurisma dos años atrás, a los treinta y ocho años.

Madeline Plimpton, a los treinta y nueve, era la directora más joven de la historia del periódico. Brian era el hijo de su hermana mayor, Margaret, que nunca había demostrado interés por los

periódicos y, en cambio, había perseguido su sueño de poseer una propiedad digna de la visita anual de Mejores Casas y Jardines de Promise Falls. Su casa figuraba todos los años en la lista, y jamás me atrevería a sugerir, ni por un segundo, que se debía a que ella era la presidenta del programa de visitas.

Brian nunca había trabajado como periodista, así que no se podía culparlo por no comprender la emoción de pillar a una rata como Reeves con las manos en la masa. Pero Madeline, cuando todavía usaba el apellido Russell, había trabajado como reportera de asuntos generales conmigo, hacía más de una década. No por mucho tiempo, claro. Era parte de su curso acelerado de aprendizaje del negocio familiar y muy pronto comenzó a subir de categoría. Fue editora de entretenimiento, luego editora general asistente, luego editora general, todo con el objeto de pasar a ser directora una vez que su padre, Arnett Russell, se jubilara, cosa que había hecho hacía cuatro años. Resultaba deprimente que Madeline, que había estado en las trincheras, aunque solo fuera por poco tiempo, le diera la espalda al periodismo y eligiera andar en puntillas alrededor de la historia sobre Reeves.

Al ver que Brian no negaba que su tía estuviera manejando los hilos, dije:

—Quizá debería ir a hablar con ella.

Brian levantó las manos.

—Eso sería una muy mala idea.

—¿Por qué? Tal vez pueda defender mejor esta historia que tú.

—David, escúchame, confía en mí, no es un buen plan. Ella está a un tris de...

—¿De qué?

—Nada.

—No. ¿Está a un tris de qué?

—Mira, estamos en una nueva época ¿entiendes? Un periódico es más que un proveedor de noticias. Somos una... una... entidad.

—Una entidad. ¿Cómo en *Viaje a las estrellas*?

Brian lo pasó por alto.

—Y las entidades tienen que sobrevivir. No se trata solo de salvar el mundo, David. Queremos publicar un periódico. Un periódico que dé ganancias, que tenga posibilidades de seguir vivo de aquí a un año o de aquí a dos años. Porque si no ganamos dinero, no vas a tener dónde publicar tus historias, por más importantes que sean. Actualmente no podemos permitirnos publicar nada que no esté verificado hasta en el más mínimo detalle. Tenemos que estar muy seguros antes de publicar algo, es todo lo que voy a decirte.

—¿Está a un tris de qué, Brian? ¿De despedirme?

Meneó la cabeza.

—No, no, no podría hacer eso. Necesitaría un motivo. —Suspiró —. ¿Qué te parecería pasarte a la sección Estilo?

Me eché hacia atrás en la silla, mientras absorbía las implicaciones de lo que Brian acababa de decir. Antes de que pudiera responder, él agregó:

—Es un movimiento lateral. Seguirías con tu trabajo de reportero, pero sería sobre las últimas tendencias, cuestiones de salud, la importancia de utilizar el hilo dental, ese tipo de cosas. Nada por lo que pudieran demandarnos.

Inspiré y exhalé varias veces.

—¿Por qué está tan preocupada Madeline por la historia de la cárcel? Si yo estuviera escribiendo sobre otro Walmart que desembarca en la ciudad, podría entender que se ponga de los nervios por la pérdida de dinero de anuncios, pero dudo de que la corporación Star Spangled Corrections vaya a publicar anuncios de página entera sobre ofertas semanales. "¡Patentes de automóvil con descuento del 50%!" O tal vez: "¿Necesitas que piquen tus piedras?" Llama a la Penitenciaría de Promise Falls." Venga, Brian, ¿por qué está tan preocupada Madeline? ¿Acaso se cree la historia de que esto creará puestos de trabajo? ¿Y que eso aumentará las suscripciones?

—Sí, hay algo de eso —admitió Brian.

—¿Y algo más?

Ahora fue Brian el que inspiró y exhaló lentamente. Estaba sopesando si contarme algo o no.

—David, mira, no digas que te lo conté, pero lo cierto es que si se construye esta penitenciaría aquí, el *Standard* podría pagar todas las deudas y comenzar de nuevo. Todos nos sentiríamos mucho más seguros respecto de nuestros puestos de trabajo.

—¿Por qué lo dices? ¿Van a hacer que los convictos escriban los artículos? ¿Les permitirán cubrir las noticias locales gratis como parte de su rehabilitación? —Mientras lo decía, pensé: *No lo digas tan fuerte. Si les das la idea a los jefes...*

—Nada de eso —respondió Brian—. Pero si el periódico le vendiera a la corporación Star Spangled las tierras para construir la prisión, la situación mejoraría ostensiblemente.

Quedé boquiabierto durante unos diez segundos. Qué estúpido había sido. ¿Cómo no se me había ocurrido eso? La familia Russell era dueña de ocho hectáreas en la parte sur de Promise Falls de las que siempre se había dicho que servirían para construir un nuevo edificio para el *Standard*. Pero los rumores habían cesado hacía unos cinco años cuando las ganancias comenzaron a mermar.

—Hostias —dije.

—No fui yo el que te lo dije —me recordó Brian—. Y si le dices una palabra de esto a alguien, seremos hombres muertos los dos, ¿entendido? ¿Comprendes ahora por qué cualquier cosa que publiquemos tiene que estar verificada con sumo cuidado? Si descubres algo bueno, realmente bueno, Madeline no tendrá otra opción que publicarlo, porque si no lo hace, el canal de televisión se enterará y lo hará público o tal vez se entere el *Times Union* de Albany.

Me levanté de la silla.

—¿Qué vas a hacer, David? Dime que no harás ninguna estupidez.

Paseé la mirada por su despacho, como si lo estuviera estudiando para una remodelación.

—No sé si esta habitación se adapta al código de revoleo de gatos, Brian. Tal vez quieras verificarlo.

Me senté ante mi escritorio y refunfuñé durante media hora. Samantha Henry me preguntó cinco veces qué había sucedido en el despacho de Brian, pero no le presté atención. Estaba demasiado enfadado como para hablar. A pesar de la advertencia de Brian, estaba considerando seriamente entrar en el despacho de la directora y preguntarle si esto era lo que realmente quería, que si teníamos que renunciar a nuestros principios para salvar el periódico, ¿merecía el periódico que lo salváramos?

Al final, no hice nada.

Tal vez así serían las cosas en adelante. Llegabas, escribías los suficientes textos como para llenar el espacio, sin importar de qué se trataran, aceptabas tu cheque y te marchabas a casa. Había trabajado en un periódico así, en Pennsylvania, antes de volver al de mi ciudad natal. Siempre habían existido periódicos de esa naturaleza. Yo había sido tan inocente como para creer que el *Standard* nunca se convertiría en uno de ellos.

Pero éramos igual que todos los demás. Lo que nos sucedía a nosotros les estaba sucediendo a innumerables periódicos a lo largo y ancho del país. Lo que podría comprarnos algo de tiempo era el as en la manga de la familia Russell: un predio gigantesco que esperaban venderle a uno de los conglomerados de penitenciarías más grandes del país.

Si las cosa no salían bien aquí, tal vez podría conseguirme un empleo como boqui. ¿No era así cómo llamaban los convictos a los guardias?

Cogí el teléfono y pulsé el botón de marcado rápido de Calefacción y Refrigeración Bertram. Ya que no podía salvar al periodismo, podría ponerle un poco de esfuerzo a mi matrimonio, que

últimamente había estado dando muestras de desgaste. Una voz que no era la de Jan, dijo:

—Bertram. —Era Leanne Kowalski. Tenía la voz perfecta para alguien que trabaja en una empresa de aire acondicionado. Gélida.

—Hola, Leanne —dije—. Habla David. ¿Está Jan?

—Aguarda. —Leanne no estaba para cháchara.

La línea pareció quedar muerta, luego Jan atendió:

—Hola.

—Leanne está de buen humor, hoy.

—Ni me lo digas.

—¿Qué te parece si les pedimos a mis padres que se queden con Ethan un par de horas más y salimos a cenar? Los dos solos. Y alquilamos una película para más tarde. —Hice una pausa. —Me gustaría ver *Fuego en el cuerpo*. —Era la película preferida de Jan. Y yo nunca me cansaba de las escenas ardientes entre William Hurt y Kathleen Turner.

—Podría ser —respondió.

—No pareces muy entusiasmada.

—No, en realidad sí —dijo Jan, más animada—. ¿Qué idea tenías para la cena?

—No lo sé. ¿Preston's? —Una parrilla. —¿O el Clover? —Un sitio algo caro, pero si la industria periodística iba a morir, tal vez deberíamos aprovechar para ir mientras todavía pudiéramos hacerlo.

—¿Qué te parece el de Gina? —dijo Jan.

Nuestro sitio preferido de comida italiana.

—Perfecto. Si vamos a eso de las seis, no tendremos que reservar, pero averiguaré por las dudas.

—De acuerdo.

—Puedo pasar a recogerte por el trabajo y luego buscaremos tu coche.

—¿Y si solo quieres emborracharme para después poder aprovecharte de mí?

Esa se parecía más a la Jan que conocía.

—En ese caso te llevaré al trabajo por la mañana.

Cuando tomaba un atajo por la sala de prensa en camino hacia el aparcamiento, divisé a Madeline Plimpton.

La sala de prensa era lo que más le daba al edificio la sensación de ser un verdadero periódico. Era la sala de máquinas de un buque de guerra. Y si el *Standard* dejaba de ser un periódico en algún momento, estas imprentas monstruosas, que movían el papel continuo a aproximadamente quince metros por segundo y podían imprimir sesenta mil ejemplares por hora, serían lo último que quedaría en pie,

lo último en abandonar el sitio. Ya habíamos perdido la sala de composición, donde las páginas del periódico solían componerse y pegarse con adhesivo. Desapareció cuando los editores comenzaron a componer las páginas en la pantalla de un ordenador.

Vi a Madeline arriba en las "tablas", como se les decía en la jerga a las pasarelas que corrían por los costados y por entre las imprentas, que en realidad no tenían rodillos gigantescos sino docenas y docenas de rodillos pequeños que llevaban a las interminables hojas de papel continuo por una ruta que subía y bajaba hasta que milagrosamente aparecían al final de la línea como un periódico perfectamente armado. La maquinaria había estado en mantenimiento y un tipógrafo con mono de trabajo le estaba enseñando a Madeline las entrañas de una parte de las imprentas, que iban de un extremo de la sala de treinta metros de largo hasta el otro.

No quería dejar pasar esta oportunidad de hablar con ella directamente, pero sabía que no debía subir por los escalones de metal. Los tipógrafos eran sensibles con esas cosas. No eran tan duros como antes, pero los hombres –y el puñado de mujeres- que manejaban y reparaban las imprentas eran activos miembros del sindicato. Si alguien de otra área del periódico subía a las tablas sin permiso de ellos –sobre todo los directivos- de pronto se volvía mucho más fácil mantener una conversación. Las imprentas se detenían en seco. Y no volvían a ponerse en marcha hasta que los intrusos se marchaban.

Pero los tipógrafos, si bien seguían siendo una fuerza a ser tenida en cuenta, se habían ablandado con los tiempos. Sabían que los periódicos estaban atravesando un período difícil del que tal vez nunca se recuperarían. Y a las personas que trabajaban en esa sala les caía bien Madeline Plimpton. Siempre se le había dado bien eso de conectar con los empleados, y conocía los nombres de todos los que trabajaban allí.

Madeline vestía su traje de editora: falda azul oscura hasta la rodilla y una chaqueta al tono que no solo era inmune a la tinta de las imprentas sino que hacía resaltar su pelo rubio plateado. En algunos sentidos era una curiosidad. Vestía ropa de diseñadores caros, pero me preguntaba si en el fondo, aquí sobre las tablas, no se habría sentido más cómoda con los jeans ajustados que había usado cuando trabajaba como reportera. Le quedarían tan bien ahora como en aquel entonces. Solamente había visto envejecer a Madeline desde el momento en que murió su marido y aun así, había logrado conservar un rostro casi sin arrugas.

Logré que me viera cuando miró hacia abajo.

—David —dijo. Por lo general, el ruido era atronador, pero las

imprentas no estaban operando en ese momento, por lo que pude escucharla.

—Madeline —respondí. Teniendo en cuenta que habíamos trabajado juntos años atrás en la sala de redacción, nunca se me había ocurrido tratarla de usted ni llamarla de otra manera que no fuera por su nombre de pila. —¿Tienes un minuto?

Ella asintió, le dijo algo al tipógrafo y descendió la escalera de metal. Sabía mejor que nadie que conversar sobre las tablas no era una buena idea.

Una vez que estuvo en el suelo, dije:

—La historia sobre Reeves es sólida.

—¿Cómo dices? —repuso.

—Mira —dije—. Comprendo lo que sucede. Nos gusta la idea de la cárcel nueva. No deseamos hacer olas. Nos portamos bien, minimizamos la oposición local al proyecto y les vendemos la tierra que necesitan para poder construir la prisión.

Vi un destello en los ojos de Madeline. Tal vez se daría cuenta de que Brian me lo había contado. Pues a la mierda con Brian.

—Pero esto terminará volviéndosenos en contra más adelante, Madeline. Tal vez los lectores no se den cuenta enseguida, pero con el tiempo, comenzarán a notar que ya no nos interesan las noticias sino que somos un sistema de reparto de gacetillas de prensa, algo que impide que el folleto de la tienda Target se moje, un sitio donde el alcalde puede ver una foto de sí mismo entregándoles un cheque a los Boy Scouts. Seguiremos informando sobre los accidentes automovilísticos e incendios y tendremos el artículo anual sobre los disfraces de Halloween más populares y cuáles son las resoluciones de Año Nuevo que las figuras de prominencia local piensan hacer, pero no ya no seremos un periódico. ¿Qué sentido tiene hacer todo esto si ya no nos importa lo que somos?

Madeline me miró a los ojos y logró esbozar una sonrisa algo apesadumbrada.

—¿Cómo van las cosas, David? ¿Cómo está Jan?

Ella era así. Podías enfurecerte con ella y te respondería con una pregunta sobre el estado del tiempo.

—Madeline, te pido que nos dejes hacer nuestro trabajo —dije.

La sonrisa se le borró.

—¿Qué te ha sucedido, David? —preguntó.

—Creo que una mejor pregunta sería: ¿Qué te ha sucedido a ti? —repuse—. ¿Recuerdas la vez en que ambos cubríamos esa toma de rehenes, en la que un tío tenía a la esposa y al hijo y amenazaba con matarlos si la policía no se retiraba?

No respondió, pero supe que la recordaba.

—¿Recuerdas que nos ubicamos entre la policía y la casa y vimos todo lo que sucedía, cómo la policía entraba por asalto y molía a palos al sujeto, aun tras comprobar que no estaba armado? Casi lo mataron. ¿Y el artículo que escribimos después, donde contamos todo como sucedió realmente, aunque sabíamos que iba a ser un escándalo para la policía, cosa que por supuesto, fue así? ¿Recuerdas la sensación?

La expresión de sus ojos se suavizó ante el recuerdo.

—La recuerdo. —Hizo una pausa. —La echo de menos.

—A algunos de nosotros todavía nos importa esa sensación. No queremos perderla.

—Y yo no quiero perder este periódico —respondió Madeline Plimpton—. Tú te acuestas por la noche preocupado por si tu historia se publicará o no. Yo me acuesto preocupada por si habrá un periódico donde publicarla. Puede que ya no esté sentada en la sala de redacción, pero sigo estando en la trinchera.

No supe qué responder a eso.

Aparqué delante del local de Bertram pasadas las cinco y media de la tarde. Leanne Kowlaski estaba en el aparcamiento como si estuviera esperando a alguien.

La saludé con un movimiento de cabeza cuando bajé del Accord y me dirigí a la puerta.

—¿Qué tal, Leanne? —dije—. La había visto suficientes veces como para saber que no me convenía preguntárselo.

—Me iría mucho mejor si apareciera Lyall —respondió. Leanne era una de esas personas que parecen operar solamente dentro de dos estados de ánimo: enfadada y molesta. Era alta y delgada, de caderas estrechas y pechos pequeños, lo que mi madre llamaría “una flaca escuálida”. Tenía aspecto de necesitar algo de carne sobre los huesos. Llevaba el pelo negro corto, con algunas mechas más claras y tenía un flequillo que se apartaba constantemente de los ojos.

—¿Estás sin coche, hoy? —pregunté. Por lo general veía un viejo Ford Explorer aparcado junto al Jetta de Jan cuando yo pasaba por allí.

—El coche de Lyall está en el taller, así que tomó prestado el mío —respondió—. No sé dónde coño está. Tendría que haber llegado hace media hora. —Meneó la cabeza y puso los ojos en blanco con expresión de impaciencia. —Madre mía.

Le dirigí una sonrisa incómoda y abrí la puerta del local; me golpeó una oleada de aire acondicionado.

Jan estaba apagando el ordenador y colgándose el bolso del hombro.

—Leanne está de excelente humor —comenté.

—Ni me hables del tema —repuso Jan.

Ambos miramos por la ventana al mismo tiempo. El Explorer de Leanne acababa de llegar a gran velocidad. Vi la cara redonda de Lyall detrás del parabrisas, los dedos como salchichas apretados sobre el volante. Algo se movía dentro y tardé un instante en darme cuenta de que era un perro grande.

En lugar de subir al asiento del pasajero, Leanne fue hasta la puerta del conductor y la abrió con violencia. Estaba muy alterada y gritaba y movía las manos. No podíamos oír lo que decía y a pesar de la curiosidad que sentíamos, no queríamos salir y correr el riesgo de quedar atrapados en el medio de la escena.

Lyall se apeó del asiento del conductor. Era un hombre fornido, casi calvo y la camiseta sin mangas le dejaba a la vista las axilas. Pasó por delante del Explorer, mientras Leanne seguía gritándole por encima del capó.

—Ha de ser divertido ser Lyall —dije, mientras Lyall abría la puerta del lado del pasajero y subía.

—No sé por qué Leanne sigue con él —comentó Jan—. Lo único que hace es quejarse. Pero, ¿sabes una cosa? Creo que ama a ese infeliz.

Leanne subió detrás del volante, puso el Explorer marcha atrás y levantó polvo cuando salió a toda velocidad. Justo antes de que Leanne pusiera el coche en movimiento, vi que Lyall la miraba. Me hizo pensar en un perro apaleado, justo antes de tomar la decisión de desquitarse.

Gina nos acompañó hasta nuestra mesa. Su restaurante tenía unas veinte mesas, pero era temprano y solamente tres de ellas estaban ocupadas.

—Señor Harwood, señora Harwood, qué gusto volver a veros —dijo. Gina era una mujer regordeta de unos sesenta y cinco años cuyo restaurante era leyenda en la zona de Promise Falls. Ella, y nadie más que ella, poseía la receta de la mágica salsa de tomate que acompañaba casi todos los platos. Era de esperar que la tuviera escrita en algún sitio, por las dudas.

—¿A qué hora les dijiste a tus padres que buscaríamos a Ethan? —preguntó Jan cuando llegó nuestro *minestrone*.

—Entre las ocho y las nueve.

Ella sostenía la cuchara en la mano derecha y cuando extendió la mano izquierda para coger la sal, la manga se le deslizó hacia atrás unos centímetros, dejando al descubierto algo blanco alrededor de su muñeca.

—Son muy buenos con él, realmente —dijo.

Sonaba como una concesión, tras la forma en que había hablado sobre mis padres hacía un par de días.

—Sí —concordé. Lo que tenía alrededor de la muñeca parecía ser una venda.

—Tu mamá está en buen estado. Tiene mucha energía todavía —dijo Jan—. Es juvenil para su edad.

—Mi papá está bastante bien, también, salvo que... pues ya sabes, está medio loco.

Jan no dijo nada por unos segundos.

—Es bueno saber que si algo... si algo me sucediera a mí, o a ti, podrían ayudar mucho.

—¿De qué estás hablando, Jan?

—Es bueno tener todo en orden, nada más.

—Nada te va a ocurrir a ti ni a mí —dije—. ¿Qué es eso que tienes en la muñeca?

Dejó la cuchara dentro del plato y tiró de la manga hacia abajo.

—No es nada —dijo.

—Parece una venda.

—Me hice un pequeño corte —dijo.

—Déjame ver.

—No hay nada para ver —dijo. Pero yo ya había extendido el brazo y la había cogido de la mano. Le levanté la manga. La venda tenía unos tres centímetros de ancho y le rodeaba la muñeca por completo.

—¿Dios mío, Jan, qué has hecho?

Ella se liberó de un tirón.

—¡Suéltame! —exclamó, en voz lo suficientemente alta como para que la gente de las otras mesas y Gina, que estaba junto a la puerta, miraran en nuestra dirección.

—De acuerdo —dije en voz baja y retiré la mano. Sin levantar la voz, proseguí: —Cuéntame qué sucedió.

—Estaba cortando vegetales para Ethan y se me resbaló el cuchillo —dijo—. Tan simple como eso.

Podía entender que alguien se lastimara el dedo mientras cortaba zanahorias, pero ¿cómo hacía el cuchillo para elevarse hasta llegar a la muñeca?

—Olvídalo —dijo Jan—. No es... no es lo que parece. Te juro que fue un accidente.

—Por Dios, Jan —dije, meneando la cabeza—. Últimamente, no lo sé, estoy preocupadísimo por ti.

—Pues no tienes que preocuparte —respondió con aspereza y se concentró en la sopa.

—Lo estoy. —Tragué saliva. —Te amo.

Dos veces estuvo a punto de hablar pero se contuvo. Por fin, dijo:

—A veces pienso que sería más fácil para ti si no tuvieras dos personas por quien preocuparte. Si estuvieras solo con Ethan.

—¿Pero de qué coño hablas?

Jan no respondió.

Yo estaba frenético de preocupación, pero algo enfadado, también:

—Jan, respóndeme con sinceridad. ¿En qué estás pensando últimamente? Estás teniendo… no sé cómo decirlo… ¿pensamientos de autodestrucción?

Ella siguió mirando la sopa, aunque sin tomarla.

—No lo sé.

Tuve la sensación de que habíamos llegado a un momento crucial. Uno de esos momentos de la vida en que sientes que se mueve la tierra debajo de tus pies. Como cuando te llaman para decirte que han ingresado de urgencia en el hospital a uno de tus seres queridos. Cuando te llama el jefe para decirte que ya no te necesitarán. O como cuando estás en el consultorio de un médico y está mirando tu historia clínica y te dice que es mejor que te sientes.

Estás a punto de enterarte de algo que va a hacer que todo lo que suceda de allí en adelante sea distinto de todo lo que ha sucedido hasta ese momento.

Mi esposa está enferma, pensé. Algo le ha sucedido. Algo se ha roto dentro de ella. Algo falla en sus circuitos.

—Que no lo sabes, dices —comenté—. Entonces podrías estar pensando en lastimarte de algún modo.

Sus ojos parecían asentir.

—¿Hace cuánto que tienes esta clase de pensamientos?

Jan empujó los labios hacia afuera, luego se los mordió, mientras pensaba en la pregunta.

—Hace una semana aproximadamente. Los pensamientos van y vienen, no sé por qué los tengo y no puedo deshacerme de ellos. Pero siento que soy una carga tremenda para ti.

—Eso es absurdo. Eres todo para mí.

—Soy un lastre para ti, como un ancla.

—Pero qué locura. —Enseguida me arrepentí por haber utilizado esa palabra. —Mira, si te has estado sintiendo así desde hace una semana, ¿por qué ha sido? ¿Ha sucedido algo? ¿Hay algo que no me hayas contado?

—No, nada —respondió sin convicción.

—¿Ha sucedido algo en el trabajo? —Después de ver a Leanne vapulear a Lyall, me pregunté si estaría tratando mal a Jan, de algún modo. —¿Es por Leanne? ¿Te está haciendo la vida imposible a ti

también?

—Siempre… siempre ha sido difícil de manejar, pero he aprendido a lidiar con ella —dijo Jan—. No lo puedo explicar. Simplemente comencé a sentirme así. A sentir que soy una carga, que no tengo propósito.

—Pero qué absurdo —dije—. ¿Sabes qué pienso? Que deberías hablar con…

—No quiero escuchar esto —dijo Jan.

—Pero si hablas con…

—¿Qué, para que me encierren en algún manicomio?

—Por el amor de Dios, Jan. Ahora estás directamente paranoica. —De nuevo, elegí una palabra que debería haber evitado.

—¿Paranoica? ¿Crees que eso es lo que me pasa?

Intuí que Gina se acercaba.

—¿Es lo que te gustaría ¿no? —dijo Jan, volviendo a elevar la voz —. Deshacerte de mí para siempre.

Gina se detuvo y ambos la miramos.

—Perdonad —dijo Gina—. Solo quería… —Señaló los platos de sopa. —… Llevármelos, si es que ya habéis terminado.

Asentí y Gina se llevó los platos.

A Jan, le dije:

—Creo que deberíamos ir a casa y…

Pero ella ya estaba empujando la silla hacia atrás.

CUATRO

No dormí mucho aquella noche. Intenté hablar con Jan de camino a casa y antes de acostarnos, pero no estaba interesada en tener más conversaciones conmigo, sobre todo cuando toqué el tema de que buscara ayuda profesional.

Por lo tanto, a la mañana siguiente estaba muy cansado y caminaba con la cabeza tan gacha hacia el edificio del *Standard* que no vi al hombre que me bloqueaba el paso hasta que casi le pisé los pies.

Era un tipo corpulento y parecía a punto de reventar el traje negro, la camisa blanca y la corbata negra que llevaba. De más de un metro ochenta de estatura, tenía la cabeza afeitada y le asomaba un tatuaje por encima del cuello de la camisa, pero no pude ver qué era. Calculé que tendría unos treinta años y su actitud daba a entender que era alguien a quien no convenía hacer enfadar. Vestía el traje con la misma comodidad con la que Obama lleva ropa deportiva.

—¿Señor Harwood? —dijo con una nota de aspereza en la voz.

—¿Sí?

—El señor Sebastian se sentiría honrado si quisiera tomar un café con él. Le gustaría hablar un momento con usted. Está esperando en el parque. Con gusto lo llevaré en el coche hasta allí.

—¿Elmont Sebastian? —dije. Hacía semanas que intentaba conseguir una entrevista con el presidente de la compañía Star Spangled Corrections. No me devolvía las llamadas.

—Sí —dijo el hombre—. A propósito, me llamo Welland. Soy el chofer del señor Sebastian.

—Muy bien —repuse—. ¿Por qué no?

Seguí a Welland y tras doblar la esquina, me abrió la puerta de una limusina Lincoln negra. Me acomodé en el asiento trasero de cuero y aguardé a que él se ubicara detrás del volante. Si el vehículo tenía panel divisorio de cristal, no estaba en posición, de manera que le pregunté a Welland:

—¿Hace mucho que trabajas para el señor Sebastian?

—Solamente tres meses —dijo, mientras se mezclaba con el tráfico.

—¿Y a qué te dedicabas antes de eso’

—Estaba en la cárcel —respondió Welland sin vacilar.

—Ah —comenté—. ¿Por mucho tiempo?

—Siete años, tres meses y dos días —dijo Welland—. Cumplí mi condena en una de las penitenciarías del señor Sebastian cerca de Atlanta.

—Ajá —dije, mientras Welland tomaba hacia el centro de la ciudad.

—Soy producto de los excelentes programas de rehabilitación que ofrecen las instalaciones de la compañía Star Spangled —dijo—. Cuando terminó mi condena, el señor Sebastian se jugó por mí, me ofreció este empleo y creo que eso dice mucho sobre la importancia que les da a las segundas oportunidades.

—¿Te puedo preguntar el motivo por el que estabas preso?

—Apuñalé a un hombre en el cuello —respondió Welland, y me miró por el espejo retrovisor.

Tragué saliva.

—¿Y sobrevivió? —pregunté.

—Por un tiempo —respondió Welland; giró a la izquierda.

Detuvo el coche junto al parque que está justo debajo de la cascada que le da el nombre a la ciudad. Welland descendió, abrió la puerta y me señaló una mesa de picnic que estaba a la orilla del río. Un hombre canoso, de alrededor de sesenta y cinco años y aspecto distinguido estaba sentado de espaldas a la mesa, arrojándoles palomitas de maíz a unos patos. Cuando me vio y se levantó del asiento, me di cuenta de que era tal alto como Welland, aunque más delgado. Me dedicó una sonrisa ancha y extendió una mano grande y sudorosa.

Hice un esfuerzo consciente por no limpiarme la mano en los pantalones.

—Señor Harwood, muchas gracias por venir. Es un placer poder hablar con usted, por fin.

—Siempre he estado disponible, señor Sebastian —repuse—. El que es difícil de conseguir es usted.

Rió.

—Por favor, llámeme Elmont. ¿Puedo llamarlo David y tutearlo?

—Por supuesto —repuse.

—Me encanta alimentar a los patos —dijo—, ver el entusiasmo con el que tragan la comida.

—Sí —repuse.

—De niño, tenía un trabajo de verano en una granja —prosiguió, mientras arrojaba más maíz y observaba cómo los patos se abalanzaban sobre el alimento y peleaban por él—. Aprendí a amar a las criaturas de Dios en aquel entonces.

Se volvió y señaló la mesa, donde había dos cafés para llevar en una caja con sobres de crema, azúcar y palillos de madera.

—No sabía cómo lo tomabas, así que lo pedí negro. Sírvete lo que desees.

Giró y acomodó las piernas debajo de la mesa mientras yo me sentaba frente a él. No cogí el café, pero en cambio, extraje del bolsillo una libreta y un lapicero.

—Le he dejado varios mensajes.

Sebastian miró hacia el extremo del parque, donde Welland montaba guardia junto a la limusina.

—¿Qué opinas de él? —preguntó.

Levanté los hombros.

—Ciudadano modelo.

Otra risa.

—¿Sí, verdad? Estoy muy orgulloso de él.

—¿Por qué pagó el viaje de Stan Reeves a Florencia? —pregunté —. ¿Es política habitual para usted? ¿Recompensar con antelación a las personas que votarán a favor de sus proyectos?

—Me gusta. —Asintió. —Vas directo al grano. Es algo que aprecio. Me gustan las personas directas. No soy de andar con rodeos.

—Si encuentra otra forma más de decirlo, podrá demorar la respuesta a mi pregunta un poco más.

Elmont Sebastian rió; le quitó la tapa al vaso desechable y le echó tres sobres de crema al café.

—A decir verdad, esta es exactamente la razón por la que esperaba poder reunirme contigo. Para tratar esa pregunta. Te he traído aquí para mostrarte algo.

Del bolsillo de la chaqueta extrajo un sobre con su nombre escrito. La solapa estaba insertada dentro del sobre, no pegada. Lo abrió, sacó un cheque y me lo alcanzó.

¿Así era como se manejaba Elmont Sebastian? ¿Les daba cheques a los reporteros para que no se metieran con él?

Lo tomé y vi que no estaba a mi nombre, sino al de él. Y provenía de la cuenta personal de Stan Reeves, por un monto de cuatro mil setecientos sesenta y tres dólares con nueve centavos. La fecha en el extremo superior derecho era de hacía dos días.

—Sé que crees que descubriste algo relacionado con el concejal Reeves —dijo—. Que aceptó que le obsequiara un viaje gratis a Italia, pero nada podría estar más lejos de la verdad. Yo ya había tomado un par de habitaciones en Florencia para recibir a unos amigos, pero tuvieron que cancelar el viaje a último momento, de manera que le dije al señor Reeves, mientras estábamos en Inglaterra, que podía utilizar una de las habitaciones. Y le agradó la idea, pero dejó muy en claro que no podía aceptar obsequios ni atenciones, ya que eso lo colocaría en una situación insostenible. Por supuesto, lo comprendí

perfectamente. Pero la reserva ya estaba paga, por lo que quedamos en que me reembolsaría los gastos a su regreso. Y aquí está el cheque que lo demuestra.

—Pero mire usted —observé, y le devolví el cheque—. Vaya.

Elmont Sebastian sonrió, dejando al descubierto unos dientes superiores desparejos.

—Me hubiera sentido muy mal si hubieras escrito una historia que impugnaba la reputación del señor Reeves. Y la mía, para el caso, pero estoy acostumbrado a que la prensa ensucie mi nombre. Pero perjudicar al señor Reeves... eso hubiera sido exclusivamente culpa mía.

—Pues qué suerte que está todo aclarado —comenté.

Guardó el cheque dentro del sobre y el sobre en su abrigo.

—David, me preocupa que puedas no apreciar lo que mi compañía está intentando hacer. Por los artículos que escribes, tengo la sensación de que crees que hay algo inherentemente malo en una prisión privada.

—Una prisión con fines de lucro —dije.

—No lo niego —repuso Sebastian, y bebió un sorbo de café—. El lucro no es una mala palabra, sabes. No tiene nada de inmoral recompensar financieramente a la gente por un trabajo bien hecho. Y cuando se trata de un trabajo que sirve a la comunidad y hace que este país sea un sitio mejor donde vivir, ¿pues qué tiene eso de malo, exactamente?

—No estoy en una cruzada moral contra el tema, señor Sebastian. —Parecía dolido porque no lo llamara por su nombre ni lo tuteara. —Pero hay mucha gente aquí que no quiere que instale su cárcel en Promise Falls. Por varias razones, entre las cuales está el hecho de que estará usted asumiendo lo que tradicionalmente ha sido una responsabilidad del gobierno y convirtiéndola en una manera de hacer dinero. Cuantos más criminales sean condenados, mejores serán sus ingresos. Cada convicto que se envía a su penitenciaría es como una venta.

Me sonrió como si yo fuera un niño.

—¿Qué opinión te merecen los directores de las funerarias, David? ¿Está mal lo que hacen? Ganan dinero con la muerte. Pero están brindando un servicio y tienen derecho a ganar dinero por eso. Lo mismo sucede con los abogados de testamentos, los floristas a los que llamas para que envíen flores a tus seres queridos, al hombre que corta el césped en el cementerio. Lo que yo hago, David, es convertir a Estados Unidos en un mejor sitio. Los buenos ciudadanos de este mundo tienen derecho a sentirse seguros cuando se acuestan por la noche y tienen derecho de sentirse así sabiendo que obtienen el mejor

servicio por cada dólar que pagan de impuestos. Eso es lo que hago con todas las penitenciarías que poseo en varios de los maravillosos estados que conforman nuestro país. Contribuyo a que la gente duerma de noche y contribuyo a mantener bajos sus impuestos.

—Y lo único que obtiene a cambio, por lo que indica el año pasado, son ganancias por mil trescientos millones.

Meneó la cabeza con fingido pesar.

—¿Trabajas gratis en el *Standard?* —preguntó.

—Su compañía se ha involucrado activamente en tratar de que se aumenten las sentencias mínimas. ¿Me está diciendo que su único motivo es que los estadounidenses duerman tranquilos por la noche?

Sebastian miró su reloj. Pensé que podría tratarse de un Rolex, pero la verdad era que yo nunca había visto un Rolex auténtico. Parecía costoso, de todos modos.

—Debo irme —dijo—. ¿Te gustaría que te envíe una copia del cheque para tu historia?

—No va a ser necesario —respondí.

—Muy bien, me marcho, entonces. —Sebastian se puso de pie y echó a andar por el césped hacia la limusina. Se llevó el vaso de café desechable, pero aunque pasó junto a un cubo de basura, se lo entregó a Welland para que se deshiciera de él. Welland le abrió la puerta, la cerró, arrojó el vaso y antes de subir al asiento del conductor, me miró. Formó una pistola con los dedos, sonrió y me disparó.

La limusina se alejó. Por lo visto, nadie iba a llevarme de regreso al periódico.

CINCO

Diez días después de nuestra cena en el restaurante de Gina, Jan compró las entradas para ir a Cinco Montañas, el parque de atracciones. Resultaba una metáfora perfecta para sus estados de ánimo desde la cena en el restaurante. Arriba, abajo, arriba, abajo, arriba, abajo.

En los diez días que siguieron a la noche en que dijo que yo estaría mejor sin ella, Jan puso mucho empeño en comportarse normalmente cuando estaba con Ethan. Si Ethan notó que su madre no estaba bien, no sintió curiosidad suficiente como para hacer preguntas al respecto. Por lo general preguntaba todo lo que le venía a la cabeza, por lo que me di cuenta que realmente no había notado nada. Jan se había tomado un par de días libres en la última semana, pero yo igualmente había llevado a Ethan a casa de mis padres, pensando que tal vez lo que ella necesitaba era estar sola y tranquila. En ningún momento había dicho abiertamente que quería quitarse la vida, pero yo de todos modos me sentía algo ansioso cuando pensaba que estaba sola en casa.

El día después de la cena en el restaurante de Gina, me fui del trabajo para una cita veloz con nuestro médico de cabecera, Andrew Samuels. Cuando llamé, a la curiosa de la recepcionista, que siempre preguntaba por el motivo de la visita, le dije que tenía dolor de garganta.

—Sí, algo anda dando vueltas —dijo.

Pero cuando me encontré a solas en el consultorio del Dr. Samuels, le dije:

—La consulta es por Jan. No está bien. Está desanimada, deprimida. Dice que cree que Ethan y yo estaríamos mejor sin ella.

—Eso no es bueno —dijo él. Me hizo algunas preguntas. ¿Había ocurrido algo, últimamente? ¿Una muerte en la familia? ¿Problemas financieros? ¿En el trabajo? ¿Un asunto de salud del que tal vez no me había hablado?

No tenía nada de información para darle.

El doctor Samuels dijo que lo mejor era que yo le sugiriera que fuera a verlo. Resultaba imposible diagnosticar a un paciente sin tenerlo delante.

Comencé a presionarla para que fuera al consultorio. En un momento, le dije que si se negaba a ir, iría yo a verlo sin ella; no le

conté que ya lo había hecho. Jan se puso furiosa. Pero más tarde vino a la cocina y me dijo que había cogido una cita para verlo al día siguiente y que se tomaría el día.

La noche siguiente, le pregunté cómo le había ido. Me esmeré para que no fuera la primera cosa que le pregunté al verla.

—Estuvo bien —respondió Jan sin vacilar.

—¿Le contaste cómo te has estado sintiendo?

Ella asintió.

—¿Y qué dijo¿

—Más que nada, escuchó —repuso—. Me dejó hablar. Durante largo rato. Estoy segura de que usé todo mi tiempo y parte del de la cita siguiente, pero no me hizo sentir que tuviera prisa.

—Es un buen tipo —dije.

—Le conté cómo me he estado sintiendo y bueno, pues nada.

Tenía que haber algo más.

—¿Te dio algún consejo? ¿Te recetó algún medicamento?

—Dijo que podía probar con algunas drogas, pero le dije que no quería tomar nada. Ya te lo he dicho. No voy a convertirme en adicta.

—¿Hizo *algo*, entonces?

—Dijo que ya había dado el primer paso positivo en ir a verlo. Y que había médicos que estaban más capacitados para este tipo de cosas...

—¿Psiquiatras?

Jan asintió.

—Dijo que si yo quería, podía derivarme a un psiquiatra.

—¿Le dijiste que sí, entonces?

Jan me miró.

—Le dije que no. ¿Crees que estoy loca?

—No, no creo que estés loca. No hay que estar loco para ir a ver a un psiquiatra.

—Voy a intentar lidiar con esto por mi cuenta.

—Pero esos pensamientos que has estado teniendo —dije—. Sobre hacerte daño. —No pude pronunciar la palabra “suicidarte”. —¿Los sigues teniendo?

—Las personas tienen toda clase de pensamientos —respondió y abandonó la habitación.

El mismo día que Jan compró las entradas, me llegó un correo electrónico al trabajo:

“*Hablamos el otro día. Sé que usted está investigando cómo Star Spangled Corrections está tratando de comprar todos los votos del concejo. Reeves no es el único al que le han pagado viajes o hecho obsequios. Han llegado a todos, así que no hay forma de que el proyecto no sea aceptado.*

Tengo una lista de los pagos que se están haciendo y quién los está recibiendo. No me atrevo a llamarlo ni decirle quién soy en este mensaje, pero estoy dispuesta a encontrarme en persona y entregarle todas las pruebas que necesita para esto. Lo espero mañana a las 17:00 en el aparcamiento de la tienda de ramos generales Ted's. Tome la 87 hasta Lake George, junto a la Reserva del Parque Adirondack. Tome la 9 hacia el norte, que durante un tramo, corre paralela a la 87 . Hay una zona en la que el bosque se abre y ahí está la tienda Ted's. No llegue temprano ni se quede por allí y no me espere demasiado. Si no estoy allí para las 17:10, significará que algo ha ocurrido y no iré. Le diré una sola cosa: soy mujer, cosa que seguramente ya sabe puesto que hemos hablado, y estaré en una camioneta blanca.

Lo leí un par de veces, sentado delante mi escritorio en la sala de redacción. Inquieto, cerré el correo electrónico, fui a la cafetería en busca de un café, bebí un par de sorbos, lo dejé allí y regresé a mi escritorio.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Samantha Henry desde su escritorio junto al mío—. Te he saludado dos veces ya y me has ignorado.

La dirección de Hotmail desde la que había sido enviado era una serie aleatoria de letras y números que no ofrecía ninguna pista sobre la identidad de la dueña. Tomé un par de notas y luego borré el mensaje. Después entré en los mensajes borrados y me aseguré de que desapareciera del sistema. Puede que estuviera paranoico, pero desde que me había enterado de que los dueños estaban interesados en venderle tierras a Star Spangled Corrections, había estado mirando por encima de mi hombro más a menudo que antes.

No confiaba en nadie del trabajo.

—Hostias —dije por lo bajo.

Alguien tenía información sobre los miembros del concejo de Promise Falls que estaban recibiendo sobornos, obsequios, dinero, o el nombre que quisieran darle, de parte de la corporación de Elmont Sebastian.

Mi artículo sobre las vacaciones de Reeves en Florencia nunca había sido publicado. El cheque que le envió Reeves a Sebastian lo escribió, obviamente, después de enterarse que yo sabía todo sobre el viaje a Florencia, pero era suficiente para sepultar la historia en lo que respectaba a Brian, a quien tampoco podía culpar. Yo necesitaba algo que realmente incriminara a Reeves y posiblemente a otros miembros del concejo.

Este correo anónimo muy bien podía ser ese elemento.

No imaginaba que Brian fuera a apoyar mis artículos sobre este asunto. Hacía solamente un par de días, en un editorial que

justamente no escribió alguien en un rincón remoto del país y nos lo envió por cable, el *Standard* proclamó que una prisión privada no solo traería puestos de trabajo de corta duración a una ciudad golpeada por la recesión mientras se encontraba en construcción, sino también puestos a largo plazo. Si los ciudadanos de Promise Falls esperaban que los protegieran de aquellos que estaban dispuestos a quebrantar la ley, no podían adoptar una postura de "en mi ciudad, no" cuando se trataba de albergar una prisión que encerraría a esos criminales. Y en cuanto a la gestión privada de la prisión, el periódico había adoptado una actitud de "veamos cómo resulta". "Este concepto, si bien ha obtenido buenos y malos resultados en otras jurisdicciones, merece la oportunidad de ser puesto a prueba aquí."

El editorial tenía las huellas dactilares de Madeline Plimpton por todas partes.

Me sentí enfermo con solo leerlo.

Busqué el punto de encuentro en Google Maps. Aunque no tenía dudas de que iría a Lake George, debía admitir que el correo electrónico no era demasiado específico. Seguía sin saber quién era esa mujer ni para quién trabajaba. ¿Alguien del municipio? ¿Sería una empleada? ¿Una asistente administrativa? ¿Alguien de la oficina del alcalde que veía a todos los que entraban y salían? ¿Alguna guardia enfadada de una de las prisiones de Sebastian? Fuera quien fuere, estaba al tanto de las vacaciones gratis de Reeves en Florencia. Tal vez se tratara de alguien de la oficina de él. Reeves tenía reputación de ser un gilipollas; no era difícil imaginar que alguien de su equipo pudiera apuñalarlo por la espalda.

Tendría que esperar hasta llegar a Lake George para averiguarlo.

—He comprado entradas para que vayamos a Cinco Montañas —dijo Jan cuando me llamó por la tarde.

—¿Cómo dices?

—¿El parque que está hacia el norte de la ciudad? ¿El que se ve desde la carretera, que tiene todas esas montañas rusas?

—Sé lo que es. —Todo el mundo conocía el parque Cinco Montañas. Había abierto justo fuera de Promise Falls, la primavera pasada, con mucha fanfarria.

—¿No quieres ir? —preguntó Jan—. Ya compré las entradas por internet. No creo que pueda devolverlas.

—No, no, está bien —repuse—. Estoy sorprendido, nada más. —De repente hablaba como alguien que está pensando en suicidarse, y al minuto siguiente compraba entradas para un parque temático. —¿Compraste entradas para los tres?

—Por supuesto —dijo.

—Esas montañas rusas son gigantescas. No le permitirán subir a Ethan.

—Tienen una zona para niños pequeños, con carruseles y todas esas cosas.

—Puede ser. —Luego, una inquietud: —¿No los has comprado para mañana, verdad? Ethan no iba a la escuela todavía; podía ir cualquier día y yo no sabía si Jan estaba planeando tomarse el día libre y convencerme de que hiciera lo mismo.

—No, son para el sábado —dijo—. ¿Te resulta complicado?

—No, no, está perfecto. Mañana no hubiera podido ir.

—¿Qué ocurre mañana?

Bajé la voz para que no me escuchara Sam, que estaba escribiendo en su ordenador.

—Tengo que encontrarme con alguien.

—¿Con quién?

—No lo sé. Me llegó un correo anónimo, de una mujer que dice tener toda la información sobre Reeves y algunos otros concejales.

—Ay, mi Dios, es justo lo que estabas esperando.

—Sí, bueno, no sé si resultará o no.

—¿Tienes que encontrarte con ella en un callejón oscuro o algo así?

—Tengo que ir a Lake George.

Jan no dijo nada por unos segundos.

—¿Qué ocurre, cariño?

—Nada. Solo... estaba pensando en tomarme otro día por enfermedad, mañana. No hay movimiento en la oficina. Si estuviéramos en medio de una ola de calor, el teléfono estallaría de llamadas para reparaciones de aires acondicionados, pero el tiempo no ha estado tan mal y está todo muy tranquilo.

Vacilé por un segundo.

—¿Por qué no vienes conmigo? —Me vendría bien la compañía y en vista de los recientes pensamientos oscuros de Jan, sería una forma de mantenerla cerca durante el día. Pero no iba a decir que ese era el motivo por el que quería que me acompañara, claro.

—No sé si debería —objetó Jan—. ¿No se asustaría tu contacto, si ve que no has ido solo?

Lo pensé unos instantes.

—Si me lo pregunta, le diré la verdad. Eres mi esposa. Nos tomamos el día. Combinamos el viaje para conocer una fuente con un día fuera de la ciudad. Eso debería darle más tranquilidad.

Jan no sonaba muy convencida.

—Es posible. Pero si es una reunión secreta tipo Garganta Profunda, ¿estaremos a salvo?

Solté una risita.

—Ah, pero va a ser muy, muy peligroso, no lo dudes.

No me parecía que fuera a tomarnos mucho más que una hora llegar a Lake George y si bien debía encontrarme con esta persona a las cinco de la tarde, me pareció sensato salir a las tres. La mujer había dejado en claro que solo tendríamos una ventana de aproximadamente diez minutos para encontrarnos. Yo tenía que estar allí a las cinco y si ella no había aparecido pasados los diez minutos, debía dar la vuelta y marcharme.

Jan decidió quedarse con Ethan durante el día y luego llevarlo a casa de mis padres cerca de las dos de la tarde. Por más que recurriéramos a ellos todos los días, no parecía molestarles. Mamá lo adoraba y disfrutaba de la novedad de tener bajo su techo a un varón que le obedecía. Papá hablaba de armar un tren en el sótano para que Ethan jugara cuando estuviera en su casa, aunque yo sospechaba quería utilizar a Ethan como excusa. Seguramente necesitaba algún proyecto nuevo y siempre le habían encantado los trenes de juguete, las grandes locomotoras Lionel que hacían ruido y echaban humo. No imaginaba que a mamá le entusiasmara la idea, pero si eso evitaba que papá escribiera letreros para los automovilistas, seguramente lo aprobaría.

Llegué a nuestra casa a eso de las tres menos cuarto, pensando que tal vez Jan estaría esperándome en el porche –vivimos en una parte antigua de la ciudad donde las casas todavía tienen porche- pero no estaba. Subí los escalones, abrí la puerta de tela mosquitera y la llamé.

—¿Estás lista? —dije.

—¡Aquí arriba! —respondió.

Subí por la escalera, sin dejar de hablar.

—Si salimos ahora, creo que llegaremos a Lake George con tiempo suficiente como para comer algo o tomarnos un café antes de mi encuentro con...

Entré en nuestro dormitorio. Jan estaba en la cama, bajo la sábana, con la cabeza apoyada sobre el brazo flexionado.

—¿Qué... estás enferma? —pregunté.

Arrojó la sábana hacia atrás para revelar que estaba desnuda.

—¿Acaso parezco enferma? —preguntó.

—Pues aun en agosto —dije, sonriendo—, cogerás un resfriado si vas a Lake George así.

—Si realmente quieres llegar allí con tiempo para un café, me visto y salimos ahora mismo.

—Para ser sincero, ya tomé café esta mañana.

Quince minutos más tarde, estábamos en camino.

Durante los primeros cincuenta kilómetros, me lo pasé iniciando conversaciones en mi cabeza que no llevaban a ninguna parte.

—Pareces estar mejor —quería decirle a Jan.

—No has estado tan deprimida en los últimos días —estuve a punto de decir.

—Me gusta verte así —pensé en decirle a mi esposa.

Pero no dije ninguna de esas cosas por miedo a arruinar la situación. Si Jan estaba saliendo del pozo, yo no quería correr el riesgo de estropearlo todo por darle demasiada importancia. Podría ponerse a la defensiva y acusarme de vigilar todo lo que hacía y analizar de más cada cada cosa que decía. Que era, por supuesto, exactamente lo que había estado haciendo en las dos últimas semanas.

De manera que decidí comportarme como si no hubiera nada fuera de lo normal. Como si Jan no se hubiera tomado el día porque había estado tan angustiada. Como si solo estuviera haciendo pellas y acompañándome a la entrevista.

Había traído lapicera, libreta y grabadora digital. De ser posible, quería grabar las revelaciones de esta mujer. Pero tenía dudas de que ella fuera a querer que su voz quedara registrada.

Tenía la grabadora en el bolsillo, por si acaso.

—No hay mucho tráfico —comenté cuando tomamos por la autopista interestatal.

Jan se volvió ligeramente hacia el costado en el asiento, algo que no era fácil hacer en el Jetta. Me miraba a mí, miraba el paisaje, la carretera detrás de nosotros.

—Tengo que contarte algo —dijo.

Volví a tener esa sensación, la que había experimentado en el restaurante.

—¿Qué cosa? —dije.

—Algo... algo que hice —repuso.

—¿Qué hiciste?

—En realidad, es más algo que no hice —dijo; miró hacia atrás, luego hacia adelante otra vez.

—Jan, dime de qué estás hablando —dije.

—¿Recuerdas aquel día que salimos al campo?

Negué con la cabeza.

—Lo hacemos a menudo.

—Ni siquiera recuerdo el nombre de la carretera, pero es un sitio al que sé llegar, ¿sabes? Tomas a la derecha en la casa blanca, sigues hasta pasar el granero rojo ¿me entiendes?

—Siempre has podido ubicarte muy bien —repuse—. Es solo que

no recuerdas los nombres de las calles o números de las carreteras.

—Exacto —dijo—. Por eso mismo no sé si puedo decirte con exactitud dónde estaba, en el sentido de decirte cuál carretera y eso. Pero ¿conoces ese camino rural, que está pavimentado pero que va por el campo y no tiene tráfico? ¿El que va en dirección a ese vivero con tienda de jardinería?

Eso me lo ponía bastante más fácil.

—¿Has visto que llegas a un puente? ¿Dónde se estrecha el camino y aunque sigue habiendo una línea divisoria, si viene un camión en sentido contrario tienes que aminorar y dejarlo pasar primero?

Ahora sabía exactamente a qué sitio se refería.

—¿Dónde el camino pasa por sobre el río y la corriente pasa a toda velocidad por encima de las rocas?

Asentí.

Jan volvió a mirar hacia atrás y luego me miró a mí.

—El otro día fui hasta allí, aparqué el coche y caminé hasta el medio del puente.

No quiero escuchar esto.

—Me quedé allí mucho tiempo —dijo Jan—. Pensé en cómo sería saltar, me pregunté si alguien sobreviviría a una caída como esa. No es tan alto, pero las rocas debajo son bastante afiladas. Y luego pensé, si voy a arrojarme desde un puente, debería hacerlo del que pasa por encima de la cascada Promise. ¿Recuerdas la historia que me contaste, del estudiante universitario que se arrojó desde allí hace unos años?

—Jan —dije.

—Me encaramé sobre la baranda; está hecha de hormigón y es bastante ancha. Me quedé allí unos treinta segundos, creo, y luego descendí.

Tragué saliva. Sentía la boca muy seca.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Qué hizo que no saltaras?

Que nos ama. Que no puede imaginar dejarnos a Ethan y a mí.

Sonrió.

—Venía un coche. La camioneta de un granjero, en realidad. No quería hacerlo delante de nadie y una vez que descendí, el momento había pasado.

Tengo que llevarla a un hospital. Tengo que girar el coche, llevarla a un hospital e ingresarla. Eso es lo que tengo que hacer.

—Vaya —dije, tratando de disimular lo asustado que estaba—, qué suerte que pasó esa camioneta.

—Sí —repuso ella y sonrió, como si lo que acababa de decirme no fuera algo importante, solo algo en lo que había pensado y luego el momento había pasado.

—¿Qué dijo el médico cuando se lo contaste?

—Ah, no, esto sucedió después de que estuve con él —respondió, como sin importancia. Me tocó el brazo. —Pero no tienes que preocuparte. Hoy me siento bien. Y me gusta la idea de mañana, de ir a Cinco Montañas.

¿Se suponía que eso debía tranquilizarme? ¿Qué importancia tenía que se sintiera bien en este momento? ¿Y dentro de una hora? ¿Y mañana?

—Y otra cosa —dijo Jan.

Le dirigí una mirada interrogante.

—Tal vez sea mi imaginación —dijo, y volvió a mirar hacia atrás—, pero creo que ese coche azul nos ha estado siguiendo desde que salimos de casa.

SEIS

Estaba a unos mil metros detrás de nosotros, demasiado lejos como para distinguir qué marca de coche era y ni hablar de poder leer la matrícula. Pero parecía ser un sedán estadounidense, de General Motors o Ford, azul oscuro, con cristales polarizados.

—¿Ha estado siguiéndonos desde que salimos? —pregunté.

—No estoy segura —repuso Jan—. Se parece a un millón de otros coches. Tal vez teníamos un coche azul detrás de nosotros cuando dejamos atrás Promise Falls y este es otro.

Yo conducía a ciento diez kilómetros por hora y aflojé ligeramente la presión sobre el acelerador para bajar a cien. Quería ver si el otro coche se movía al carril externo y nos pasaba.

Una camioneta gris plateada que venía detrás del coche azul lo sobrepasó y quedó a buena distancia detrás de nosotros.

—No llego a verlo —dije, mientras miraba por el espejo retrovisor y el lateral sin quitar los ojos del camino. A pesar de haber aminorado, estábamos acercándonos a un camión transportador.

Jan estaba a punto de girar en el asiento, pero le dije que no lo hiciera.

—Si nos están siguiendo, no quiero que se den cuenta de que los hemos pillado.

—¿No se darán cuenta de todos modos, puesto que hemos aminorado?

—No he bajado demasiado la velocidad. Si está utilizando el control de velocidad crucero, debería alcanzarnos pronto.

La camioneta se abrió y pasó junto a nosotros y al camión que estaba delante. Miré por el espejo. El coche azul se veía más grande; era un Buick con lo que parecía ser matrícula de Nueva York; no se veían los números ya que la matrícula estaba sucia.

—Nos está alcanzando —comenté.

—Entonces tal vez no sea nada —dijo Jan, aliviada—. Es una autopista larga, sin demasiadas salidas. No es que pueda tomar hacia cualquier parte.

Puse el intermitente para cambiar de carril. Lentamente, sobrepasamos al camión.

—Es cierto —repuse, pero no me sentía menos tenso que antes. Estaba tratando de comprender las implicaciones de que el coche azul nos estuviera siguiendo.

Parecía indicar que alguien sabía que yo iba a encontrarme con esta fuente anónima. No se me ocurría ningún otro motivo por el que alguien pudiera querer seguirme.

Y si alguien me estaba siguiendo a causa de este encuentro, lo más probable era que hubieran interceptado el correo que me había enviado la mujer o que lo hubieran visto o algo así. Tal vez lo habían encontrado en el ordenador de ella. O le había contado a alguien que se encontraría con un periodista.

¿Se trataría de una trampa? ¿Pero quién la estaría tendiendo? ¿Reeves? ¿Sebastian? ¿Con qué fin?

Pasé el camión y regresé al carril de la derecha. Ahora ya no podía ver el coche y tenía que mantener la velocidad o el camión tendría que abrirse para pasarme. Lentamente, fui aumentando la distancia que nos separaba del camión.

Jan miraba por el espejo de su puerta.

—No lo veo —dijo—. ¿Sabes qué pienso? Esto te encantará: que hoy estoy un poco paranoica. Hostias, con cómo me he estado sintiendo, eso tal vez tenga sentido.

¿Qué era peor? ¿Descubrir que nos estaban siguiendo o que Jan, presa de altibajos emocionales comenzaba a creer que la perseguían?

El coche azul pasó al camión y se colocó delante de él.

—Ha vuelto —dije.

—Acelera un poco —sugirió Jan— y veamos si hace lo mismo.

Volví a hacer trepar el velocímetro hasta ciento diez. Poco a poco, el coche azul se fue alejando en el espejo retrovisor.

—No acelera —dijo Jan—. ¿Ves? Soy yo a la que se le están pelando algunos otros cables. Relájate.

Para cuando llegamos a la salida hacia Lake George, yo ya había dejado de mirar por el espejo cada cinco segundos. El coche probablemente seguía allí, pero fuera de vista. Jan estaba visiblemente aliviada.

Eran las 16:45 y las indicaciones que había impreso en el ordenador antes de salir indicaban que estábamos a solo cinco minutos de la tienda de ramos generales Ted’s. Tomamos por la Carretera 9 hacia el norte. Conducía despacio. No quería llegar demasiado temprano ni tampoco pasar de largo sin ver el sitio.

Hubiera sido difícil no verlo. Era lo único que había en este tramo boscoso de la carretera. Era una construcción blanca de dos plantas, a unos cincuenta metros de la autopista, con varios surtidores de gasolina delante. Puse el intermitente, salí de la carretera; los neumáticos hicieron crujir la grava suelta.

—Es aquí, entonces —dijo Jan—. ¿Qué hacemos, esperamos?

Miré el reloj del tablero. Eran las cinco menos cinco.

—Supongo que sí.

Había unos espacios para aparcar hacia un costado; un Plymouth Volare ocupaba uno de ellos. Giré para pasar delante de ellos y estacioné marcha atras junto al Volare para poder ver bien la carretera en ambas direcciones. Pulsé el botón para abrir las ventanillas y apagué el motor.

No había demasiado tránsito. Podríamos ver si se acercaba una camioneta blanca mucho antes de que saliera del camino.

—¿Qué piensas que te va a dar esta fuente? —preguntó Jan.

Levanté los hombros.

—No lo sé. ¿Mensajes privados? ¿Correos electrónicos impresos? ¿Llamadas grabadas? Tal vez nada. Tal vez solo quiera contarme algo. Pero sería mucho mejor que tuviera pruebas. El *Standard* no publicará una palabra si no tengo todo verificado.

Jan se masajeó la frente.

—¿Estás bien?

—Me ha estado doliendo la cabeza desde que salimos. Tengo ganas de dormir un rato, para ser sincera.

—¿Tienes aspirina o paracetamol o algo así?

—Sí, en el bolso. Iré a comprar una botella de agua o algo para tomar. ¿Te apetece algo?

—¿Un té helado? —dije.

Jan asintió, descendió del coche y entró en la tienda. Mantuve los ojos sobre la carretera. Pasó una camioneta Ford roja. Luego una camioneta todoterreno Dodge verde. Un motociclista.

El reloj del tablero marcaba las cinco en punto. Le quedaban diez minutos para aparecer.

A quienquiera que fuera esta mujer.

Pasó un camión cargado con troncos. Un convertible Corvette azul, con el techo bajo, pasó a toda velocidad hacia Lake George.

Luego, desde el norte, vi acercarse una camioneta.

Estaba a unos doscientos metros de distancia y era de color claro. La forma en que el sol de la tarde se colaba por entre los árboles no me permitía distinguir si era blanca, amarillo claro o tal vez gris plateada.

Pero cuando se acercó, vi que era una Ford blanca.

Puso el intermitente. Esperó a que pasara un Toyota Corolla que venía desde el sur, ingresó en el predio y se detuvo junto a los surtidores de autoservicio.

El corazón me galopaba en el pecho.

Se abrió la puerta del conductor y salió un hombre de sesenta y tantos años. Alto, delgado, sin afeitar, con camisa de trabajo escocesa y jeans. Pasó la tarjeta de crédito por el lector del surtidor y comenzó

a cargar combustible.

En ningún momento miró hacia donde estaba yo.

—Mierda —dije.

Volví a mirar hacia la carretera justo a tiempo para ver cómo se acercaba un Buick azul.

—Hola —murmuré.

El conductor iba por debajo del límite de velocidad. Lo suficientemente despacio como para ver lo que sucedía en la tienda Ted's pero para que no pareciera que fuera a detenerse.

El asunto era que yo no estaba seguro de que fuera "un conductor". Los cristales de las ventanillas estaban polarizados. Podría haber más de una persona en el coche. O podría haber una mujer.

El Buick siguió hacia el norte y desapareció.

Eran las 17:05.

Jan salió de la tienda con una lata de té helado en una mano y una botella de agua en la otra. Comenzó a hablar aun antes de abrir la puerta del lado del pasajero.

—Estaba allí dentro y pensé: ¿y si ve pasar al contacto y la sigue y me deja aquí?

—No ha aparecido —repuse. La camioneta blanca que había estado junto al surtidor se marchó antes de que saliera Jan. —Pero hubo algo interesante.

—¿Sí? —dijo ella, mientras me alcanzaba el té helado y abría la tapa plástica del agua.

—Vi pasar al Buick azul.

—¿En serio?

—Sí. Iba hacia el norte y no se detuvo.

—¿Estás seguro de que se trataba del mismo coche?

Negué con la cabeza.

—Pero me dio una sensación extraña cuando pasó. Como si la persona que estaba dentro estuviera estudiando este sitio.

Jan buscó el analgésico y se metió un par de pastillas en la boca, luego bebió de la botella. Miró el reloj.

—Quedan cuatro minutos —dijo—. ¿Ese reloj está bien?

Asentí.

—Pero tal vez el de ella no lo esté, así que le daré unos minutos más de tiempo.

Bebí casi la mitad del té helado de un trago. No me había dado cuenta de la sed que tenía hasta que sentí el líquido frío sobre la lengua. Aguardamos cinco minutos más, en silencio, escuchando pasar a los coches.

—Allí viene una camioneta —dijo Jan. Pero era gris, y no salió de la carretera.

—Desde el norte —dije y Jan miró hacia allí.

Era el Buick azul. A unos doscientos metros, quizá.

Abrí la puerta.

—¿Qué haces? —exclamó Jan—. ¡Vuelve!

Pero yo ya estaba cruzando el aparcamiento. Quería ver de cerca ese coche. Quería ver la matrícula. Busqué en el bolsillo la grabadora digital. No iba a ser necesario escribir el número de matrícula. Podía dictarlo.

—¡David! —gritó Jan—. ¡No vayas!

Corrí hasta el arcén, con la grabadora en la mano. El Buick estaba a cien metros y pude oír que el conductor aceleraba.

—Ven, hijo de puta —dije, mientras el coche se acercaba.

Ya estaba lo suficientemente cerca como para que yo pudiera ver la matrícula. Había olvidado que estaba salpicada de barro seco. Cuando el coche pasó como un relámpago delante de la tienda, aguardé para ver la matrícula trasera, pero también estaba sucia. Se veían solamente los dos últimos números, el 7 y el 5 y los grabé con voz entrecortada. El coche aceleró y desapareció por una curva.

Apagué la grabadora, la guardé en el bolsillo y regresé al coche.

—¿Cómo se te ocurrió hacer eso? —exclamó Jan.

—Quería tomarle la matrícula —dije—. Pero estaba sucia.

Entré en el coche y meneé la cabeza.

—Joder, era el mismo coche, estoy seguro. Alguien lo sabe —dije —. Alguien se enteró de este encuentro.

Por ese motivo no me sorprendí cuando para las 17:20 no había aparecido ninguna mujer en una camioneta blanca por la tienda Ted's para contarme la verdad sobre Reeves y los demás concejales de Promise Falls.

—No va a suceder nada —dije.

—Lo siento —dijo Jan—. Sé cuán importante era para ti. ¿Quieres quedarte un rato más?

Le di cinco minutos más, luego puse el coche en marcha.

De camino a casa, el dolor de cabeza de Jan no mejoró. Reclinó el asiento y durmió durante casi todo el viaje. Cuando estábamos a punto llegar a Promise Falls se despertó, me dijo que no se sentía bien y me pidió que la dejara en casa antes de ir a buscar a Ethan.

Para cuando volví con nuestro hijo, Jan estaba en la cama, durmiendo. Yo arropé a Ethan.

—¿Mami está enferma? —preguntó.

—Está cansada —respondí.

—¿Se pondrá bien para mañana?

—¿Qué hay mañana? —pregunté.

—¡Iremos a las montañas rusas! —dijo—. ¿Lo has olvidado?

—Sí, creo que lo olvidé por un minuto —respondí. Yo también me sentía cansado.

—¿Tendré que subir a las más altas? Tengo miedo.

—No —dije—. Solo a las que te diviertan, no a las que te asusten. —Apoyé los labios contra su frente. —Queremos que sea un día lindo.

Le di un beso de buenas noches y caminé por el pasillo hasta nuestro dormitorio. Pensé en preguntarle a Jan si realmente era buena idea ir al parque Cinco Montañas, pero estaba dormida. Me desvestí sin hacer ruido, apagué la luz y me metí bajo la sábana.

Deslicé la mano por la sábana hasta que encontré la mano de Jan. Entrelacé los dedos con los de ella y aun en sueños, de manera instintiva, me apretó la mano.

Me sentí reconfortado por la tibieza de ese contacto. No deseaba soltarla.

—Te amo —suspiré, y me dormí junto a mi esposa por última vez.



PARTE DOS

SIETE

—¿Dónde está mi hijo? —pregunté.

Me hallaba sentado en la zona de recepción de las oficinas del parque Cinco Montañas, disimuladas detrás de la calle Colonial que nacía en cuanto se traspasaba el portón de entrada. Había varias personas presentes. La gerente del parque, una mujer de treintitantos años con pelo corto, rubio, llamada Gloria Fenwick, un hombre de entre veinte y treinta años al que presentó como su asistente y cuyo nombre yo no había podido captar y una mujer de unos veinte años que era la directora de publicidad del parque. Todos estaban vestidos con elegancia informal, a diferencia de los empleados del parque que también estaban presentes, que llevaban uniformes idénticos de camisas y pantalones color beige con los nombres bordados a la altura del pecho.

Pero mi pregunta sobre Ethan no iba dirigida a ellos. Estaba hablando con un hombre excedido de peso llamado Barry Duckworth, un detective del departamento de policía de Promise Falls. La barriga le caía por encima del cinturón; la camisa blanca, manchada de sudor, se le escapaba del cinturón.

—Está con una de mis oficiales —dijo Duckworth—. Se llama Didi. Es muy amable. Está aquí afuera, fue a buscarle un helado. No le parece mal ¿verdad?

—No, claro —respondí—. ¿Cómo está Ethan?

—Bien —dijo Duckworth—. Se lo ve bien. Pero me pareció mejor poder hablar sin su hijo delante.

Asentí. Me sentía aturdido, confundido. Habían pasado un par de horas desde que había visto a Jan por última vez.

—Cuénteme otra vez qué sucedió después de que usted fue hasta el coche —dijo Duckworth. Fenwick, su asistente y la encargada de publicidad del parque escuchaban a poca distancia de nosotros. —Me gustaría poder hablar a solas con el señor Harwood ¿puede ser? —dijo el policía.

—Sí, por supuesto, por supuesto —repuso Fenwick—. Pero si necesita algo...

—¿Ya tiene a alguien revisando las cámaras de circuito cerrado? —preguntó el detective.

—Sí, claro, aunque no sabemos realmente qué estamos buscando o a quién —respondió ella—. Nos sería de gran ayuda contar con una

foto de esta mujer.

—Pues ya tenéis la descripción —dijo él—. De unos treinta y cinco años, un metro y setenta y dos centímetros de estatura, cabello negro recogido en una coleta que asoma por la parte trasera de una gorra de béisbol con…¿el emblema de los Red Sox en la parte delantera? —Me miró, buscando confirmación y yo asentí. —Camiseta roja, pantalones cortos blancos. Buscad a alguien así o cualquier cosa que parezca fuera de lo normal.

—Lo haremos, pero como sabrá, no tenemos todavía todas las áreas públicas equipadas con cámaras de circuito cerrado. Las tenemos en todos los juegos, para poder ver con antelación cualquier problema técnico.

—Lo sé, sí —dijo Duckworth—, ya me lo ha explicado. —Se quedó mirándolos con una sonrisa, esperando a que se retiraran. Una vez que se hubieron marchado, acercó una de las sillas y se sentó frente a mí.

—Muy bien —dijo—. Usted fue hasta el coche. ¿Qué coche es?

Tragué saliva. Tenía la boca muy seca.

—Un Accord. El Jetta de Jan quedó en casa.

—Bien, cuénteme, entonces.

—Ethan y yo aguardamos junto al portón durante una media hora. Yo había estado llamando a mi esposa al móvil, pero no respondía. Finalmente, pensé que tal vez habría regresado al coche y nos estaba esperando allí. Así que salí con Ethan por el portón y fuimos hasta el coche, pero no estaba.

—¿Había algún indicio de que hubiera podido estar allí? ¿De que hubiera dejado algo en el coche?

Negué con la cabeza.

—Jan tenía una mochila con las cosas para el almuerzo y tal vez una muda de ropa para Ethan y no la vi en el coche.

—Bien, ¿qué hizo después?

—Volvimos al parque. Pensé que tal vez habría aparecido mientras estábamos en el aparcamiento. Volvimos a mostrar nuestros entradas para poder entrar y aguardamos allí, cerca del portón, pero no apareció.

—Y entonces se puso en contacto con uno de los empleados del parque.

—Antes que eso ya había hablado con uno de ellos, que les preguntó a los de seguridad si Jan se había comunicado con ellos. No lo había hecho. Pero cuando volvimos del coche, busqué a otro empleado y le pregunté si habían sido informados de algún suceso, porque tal vez Jan se había sentido mal o se había caído ¿comprende? Me dijo que creía que no, habló por radio y cuando me informó que no sabían nada le dije que debíamos llamar a la policía.

Barry Duckworth asintió, como si esa hubiera sido una buena idea.

—Necesito tomar agua —dije—. ¿Está seguro de que Ethan está bien?

—Está perfecto. —Había un bebedero en la zona de recepción. El detective se puso de pie, llenó un vaso desechable con agua y me lo alcanzó antes de volver a sentarse.

—Gracias. —Bebí el agua de un trago. —¿Estáis buscando a ese hombre?

—¿A cuál hombre se refiere?

—Al hombre del cual le hablé.

—¿Al que vio escapar corriendo?

—Exacto. Creo que tenía barba.

—¿Puede decirme algo más sobre él?

—Fue solo un segundo. La verdad es que no pude verlo bien.

—¿Y cree que este hombre se alejaba de la silla de paseo de su hijo?

—Así es.

—¿Lo vio llevarse la silla?

—No.

—¿Y qué me dice de cuando encontró la silla de paseo, la estaba empujando o estaba de pie junto a ella o algo así?

—No, como le dije, solo lo vi corriendo por entre la multitud cuando divisé a Ethan —dije.

—O sea que podía ser solo un hombre que corría entre la gente —dijo el detective.

Vacilé un momento, luego asentí.

—Solo fue una sensación.

—Señor Harwood —dijo Duckworth,—. Su nombre, David Harwood, me resulta familiar.

—Puede que lo haya visto en el periódico, en algún artículo. Soy periodista del *Standard.* Pero no me dedico a asuntos policiales, así que no nos hemos conocido.

—Sí —dijo Duckworth—. Me parecía que me sonaba conocido. Recibimos el *Standard*.

De repente, me vino una idea a la cabeza.

—Tal vez se ha ido a casa. ¿Podría haber ido a casa, en taxi o algo así?

Pensé que Duckworth se levantaría de un salto y enviaría a alguien a verificar, pero dijo:

—Ya hemos enviado a alguien a su casa y por lo visto, no hay nadie. Golpeamos a la puerta, llamamos por teléfono y miramos por las ventanas. No parece haber nada raro.

Bajé la mirada y meneé la cabeza. Luego dije:

—Llamaré a mis padres, para ver si está allí.

Duckworth aguardó a que buscara el teléfono e hiciera la llamada.

—¿Hola? —Era mi madre.

—Mamá, soy yo. Oye, ¿Jan está allí?

—¿Qué? No. ¿Por qué tendría que estar aquí?

—Es que... nos hemos desencontrado. Si la ves, llámame enseguida.

—Claro. Pero qué quieres decir con que se han...

—Tengo que cortar, mamá. Hablaremos luego.

Cerré el teléfono y lo volví a guardar en el bolsillo. Duckworth me miraba con ojos sabios y tristes.

—¿Y la familia de ella? —preguntó.

Meneé la cabeza.

—No tiene a nadie. Es decir, a nadie a quien recurriría. Es hija única y está distanciada de su familia. Hace años que no los ve. Por lo que sé, sus padres han muerto.

—¿Amigos?

Volví a negar con la cabeza.

—Diría que no, no suele pasar tiempo con nadie.

—¿Amigos del trabajo?

—Trabaja con otra mujer en la oficina, Leanne Kowalski, en Calefacción y Refrigeración Bertram. Pero no son amigas. No tienen una relación.

—¿Por qué?

—Leanne es algo áspera. A ver: se llevan bien, pero no es que vayan a salir juntas ni nada.

El detective anotó el nombre de Leanne de todos modos.

—Bien, algunas de estas preguntas tal vez le parezcan difíciles —dijo Duckworth—, pero tengo que hacérselas.

—Adelante.

—¿Su esposa alguna vez ha tenido episodios en los que se ha marchado o se ha comportado de manera extraña, o algo así

Debo de haber tardado un segundo más de lo que debía para responder.

—No.

Duckworth lo notó.

—¿Está seguro?

—Sí —repuse.

—Me disculpo por preguntarle esto, pero ¿algún romance? ¿Podría estar viendo a alguien?

Negué con la cabeza.

—No.

—¿Habéis discutido recientemente? ¿Os habéis dicho cosas hirientes?

—No —repuse—. Mire, deberíamos estar afuera, buscándola, no sentados aquí.

—Hay gente buscándola, señor Harwood. ¿Seguro que no tiene una fotografía de ella? ¿En la cartera? ¿O en el teléfono?

Casi nunca utilizaba el teléfono para tomar fotos.

—Tengo en casa.

—Para cuando llegue a su casa, tal vez la hayamos encontrado —dijo en tono tranquilizador—. Si no es así, ¿podría enviármelas por correo electrónico?

—Sí.

—Bien, entonces, mientras tanto, pensemos si hay una forma de delimitar la búsqueda.

Asentí.

—Volvamos a mi pregunta anterior —dijo Duckworth—. Si su mujer tuvo algún episodio extraño últimamente.

—¿Sí?

—¿Qué es lo que no me ha dicho? Vi en sus ojos que se estaba guardando algo.

—Bien, le estaba diciendo la verdad, nunca se fue a ningún sitio ni hizo nada raro. Pero hay algo… me resulta muy difícil pensar en esto, ni qué decir de hablar del asunto.

Duckworth aguardó.

—¿Hay algún puente por aquí? —pregunté.

—¿Cómo dice?

—No puentes grandes, como los de la autopista, sino más pequeños, puentes sobre algún arroyo o río…?

—Seguramente los haya, señor Harwood. ¿Por qué lo pregunta?

—Es que desde hace un par de semanas, mi esposa… ha estado rara.

—Ajá —dijo el detective, en tono paciente.

—Ha estado sintiéndose… deprimida. Ha dicho algunas cosas…

Sentí que se me quebraba la voz.

—¿Señor Harwood?

—Necesito… un segundo. —Apreté la mano contra mi boca. No podía quebrarme. Tardé unos segundos en concentrarme. —En las últimas semanas, ha estado teniendo pensamientos…

—¿Pensamientos?

—Muy negativos. Pensamientos suicidas. O sea, no es que haya intentado quitarse la vida. Bueno, tenía una venda alrededor de la muñeca, pero jura que fue un accidente cuando estaba pelando vegetales y también fue hasta un puente, pero…l

—¿Intentó arrojarse de un puente? —preguntó Duckworth, sin rodeos.

—Fue en el coche hasta el puente, pero no se arrojó. Vino un camión. —Sentí que comenzaba a divagar. —Jan ha estado sintiendo que ... que todo era demasiado. Me dijo la otra noche que pensaba que Ethan y yo estaríamos mejor sin ella.

—¿Por qué piensa que diría algo así?

—No lo sé. Es como si en los últimos días, su mente hubiera entrado en corto circuito. Ayer me contó que fue hasta un puente, subió a la baranda y se quedó allí hasta que apareció el camión.

—Qué difícil escuchar una cosa así.

Asentí.

—Sí, mucho —dije, luchando por contener las lágrimas.

—¿Le sugirió ir a hablar con alguien?

—Ya lo había hecho con anterioridad. Fui a consultar a nuestro médico, el doctor Samuels. Duckworth pareció reconocer el nombre y asintió. —Le hablé de los cambios en su conducta y él dijo que Jan debería ir a verlo. Así que la convencí y fue a verlo el otro día, pero fue antes que el incidente en el puente. Dice que fue al puente después de haber visto al médico.

—¿Tomaba algún tipo de medicación?

—No. De hecho, se lo pregunté. Tenía esperanzas de que él le recetara algo, pero Jan dijo que no quería tomar drogas que la convirtieran en alguien que no era. Dijo que lidiaría con esto sin tomar nada.

—¿Me disculpa un momento? —preguntó Duckworth y buscó el teléfono en la chaqueta. Salió de la habitación para hacer una llamada. No pude escuchar todo lo que decía, pero reconocí las palabras “arroyo” y “suicidio”.

Permanecí allí sentado, frotándome las manos; sintiendo que tenía que levantarme y abandonar esa habitación, hacer algo más que perder el tiempo mientras...

Duckworth regresó y volvió a sentarse frente a mí.

—¿Cree que es posible que lo haya hecho, que se haya quitado la vida? —preguntó.

—No lo sé —dije—. Ruego a Dios que no.

—Estamos buscando por todo el predio del parque —me informó —, y también por fuera del parque, estamos revisando coches y hablando con la gente.

—Gracias —dije—. Pero no entiendo una cosa. —Meneé la cabeza. —No entiendo muchas cosas, en realidad.

—¿A qué se refiere?

—Mi hijo. ¿Por qué alguien se llevó a mi hijo?

—No lo sé —repuso Duckworth—. Por suerte está bien.

Sentí una ligera oleada de alivio. Era cierto. Por lo menos Ethan estaba a salvo. No había indicios de que le hubieran hecho algo.

—¿No le parece una gran coincidencia que alguien se lleve a mi hijo en el mismo momento en que desaparece mi esposa? —pregunté.

El detective asintió, pensativo.

—Sí —respondió.

Fenwick, la gerente del parque, había reaparecido.

—¿Detective? —dijo.

—¿Sí?

—Tenemos algo que queremos que vea.

—¿Qué es? —pregunté, poniéndome de pie de un salto. —¿La habéis encontrado? —Pero ella no me miraba a mí, solo a Duckworth.

—¿Qué es? —volví a preguntar.

Guió a Duckworth, conmigo detrás, hasta un cubículo con divisorios tapizados. La joven publicista estaba delante de la pantalla de un ordendor que mostraba imágenes en blanco y negro algo granuladas.

—Nuestra gente de seguridad estuvo revisando imágenes de la entrada a la hora aproximada en que llegaron los Harwood.

Miré la pantalla. La cámara debía de estar montada dentro del parque, apuntando al portón. Recordaba que había una media docena de taquillas, en hilera, donde los visitantes compraban las entradas o mostraban los que habían adquirido online. La imagen en la pantalla mostraba una de las cabinas y allí, en el tumulto de gente que llegaba para pasar un día de diversión, estábamos Ethan y yo.

—No resultó tan difícil —dijo la mujer que estaba frente al ordenador—. Ingresaron el apellido “Harwood” en el sistema, lo que recogió la información de las entradas y eso nos mostró la hora de entrada en el parque.

—Sí, somos nosotros —dije, señalando la pantalla.

—¿Dónde está su esposa? —me preguntó Duckworth.

Me dispuse a señalar, luego dije:

—No estaba con nosotros en aquel momento. Ethan y yo entramos por nuestra cuenta.

Duckwood pareció entornar los ojos.

—¿A qué se debió eso, señor Harwood?

—Ella olvidó la mochila. Estábamos casi en la entrada cuando se dio cuenta y nos dijo que entráramos y que nos encontraríamos luego junto al puesto de helados.

—¿Y eso fue lo que hicieron? ¿Usted y su hijo entraron por su cuenta?

—Exacto.

—Pero esa no fue la última vez que vio a su esposa.

—No, llegó más tarde y se reunió con nosotros.

Duckworth asintió y se dirigió a la publicista:

—¿Su gente de seguridad puede conseguir imágenes de la zona de la heladería?

Ella se volvió ligeramente hacia él.

—No —respondió—. No tenemos cámaras en ese punto. Solo en la entrada y en los juegos. Tenemos planeado instalar más cámaras en más sitios, pero somos relativamente nuevos todavía y hemos estado estableciendo prioridades en cuanto a las cámaras de circuito cerrado.

Duckworth no dijo nada. Me miró durante un instante antes de decir que necesitaba hablar con su gente. Se dirigió hacia la puerta.

—Iré en busca de Ethan —dije.

—Por supuesto —repuso y asintió. Luego salió al pasillo y cerró la puerta.

OCHO

Barry Duckworth tomó por el pasillo y entró en una sala con cubículos. El detective de Promise Falls supuso que en un día de semana, los escritorios estarían llenos de empleados que se ocupaban de la parte comercial y administrativa del parque Cinco Montañas, pero a diferencia de los trabajadores que manejaban los juegos, vendían entradas y se llevaban los residuos, los administrativos tenían los sábados y domingos libres.

No había sido necesario llamar a la gerente del parque para que se presentara. Cinco Montañas seguía siendo una atracción relativamente nueva en la zona norte del estado de Nueva York, y los sábados era el día más concurrido. Fenwick había llamado a la publicista en el instante en que sospechó que este asunto podría convertirse en una pesadilla de relaciones públicas para el parque. Si Jan Harwood había quedado atrapada de algún modo en el mecanismo de una montaña rusa o se había ahogado en alguno de los arroyos poco profundos que surcaban el predio o se había atragantado con un pan con salchicha adquirido en el parque, debían ocuparse de inmediato de lo sucedido.

Como si eso no fuera suficiente, estaba el problema de que alguien se hubiera llevado un niño en una sillita y lo hubiera alejado de sus padres. Una vez que la noticia comenzara a correr, pues sería el acabose. Los padres comenzarían a escuchar historias sobre el niñito al que le habían extirpado los órganos en el puesto de pintura facial

Había solamente dos personas en la oficina. Didi Campion, una policía uniformada de unos treinta y cinco años y Ethan Harwood. Estaban sentados frente a frente; Campion inclinada hacia adelante, con los brazos sobre las rodillas y Ethan en el borde de la silla, con las piernitas colgando.

—Hola —dijo Duckworth.

Lo único que quedaba del helado que Ethan había estado comiendo eran dos centímetros de cono. Los ojos cansados de Ethan se encontraron con los de Duckworth. El niño se veía perplejo y muy pequeño. No dijo nada.

—Ethan y yo estábamos hablando de trenes —dijo Didi Campion.

—¿Te gustan los trenes, Ethan? —preguntó Duckworth.

Ethan asintió. Se mordió los labios, como si estuviera haciendo el máximo esfuerzo para no decir nada.

—Te llevaremos de regreso con tu papá en un minuto —dijo

Duckworth—. ¿Te parece bien?

Otro movimiento de cabeza.

—¿Te molesta si hablo con la oficial Campion aquí cerca durante un instante? No nos iremos a ningún lado.

Ethan miró a Duckworth y luego a Campion con expresión preocupada. Duckworth vio que el chico ya había establecido una relación con la mujer policía.

—Vuelvo enseguida —le aseguró Campion y le palmeó la rodilla.

Se levantó de la silla y se reunió con Duckworth a unos pocos metros.

—¿Y? —preguntó el policía.

—Quiere ver a sus padres. A ambos. Pregunta dónde están.

—¿Qué más te contó? ¿De la persona que se lo llevó en la sillita?

—No sabe nada del asunto. Creo que estuvo dormido todo el tiempo. Y dijo que su padre estuvo esperando y esperando a la madre pero ella no vino.

Duckworth se inclinó hacia adelante.

—¿Dijo cuándo la vio por última vez?

Campion suspiró.

—No sé si entendió lo que quise preguntarle. Dice que quiere irse a su casa, que no quiere ir a ninguna de las montañas rusas ni los juegos para niños. Quiere ir con su mamá y su papá.

Duckworth asintió.

—Bien, lo llevaré con su padre en un segundo. —Campion lo tomó como que habían terminado y regresó a sentarse con Ethan.

La puerta se abrió. Era Fenwick.

—¿Detective?

—Sí.

—Sé que tiene a su gente registrando el predio pero nuestro personal ha revisado cada centímetro del parque y nos informan que no hay señales de esta mujer. O sea, de que algo le haya sucedido. Nadie se desmayó en los lavabos ni hubo ningún incidente en las áreas a las que el público no tiene acceso. No hay indicios de que se haya caído o se haya lastimado en algún sitio. Realmente creo que sería mejor que la presencia policial en el parque disminuyera a partir de ahora. La gente se está poniendo nerviosa.

—¿Qué gente? —quiso saber Duckworth.

—El público —respondió Fenwick, a la defensiva—. Creerán que ha sucedido algo, con tanta policía en el lugar. Comenzarán a pensar que algún terrorista ha puesto una bomba en una montaña rusa o algo así.

—¿Qué me dice del aparcamiento? —preguntó Duckworth.

—Lo han revisado —respondió Fenwick sin vacilar.

Duckworth levantó un dedo y sacó el móvil; marcó un número.

—Sí, Smithy, cómo estás. Quiero que alguien vaya a la salida, vigile los coches cuando salen. Que vean si alguien coincide con la descripción de la mujer desaparecida. Si veis a alguien con su aspecto o que se está comportando de manera extraña, no dejéis que el coche se marche hasta que yo llegue.

Fenwick parecía haber mordido un limón.

—No me diga que va a registrar cada coche que salga del parque.

—No —dijo él, pero deseaba poder hacerlo. Deseaba tener la autoridad de obligar a todos a abrir el maletero cuando se marchaban del parque. Duckworth tenía la sensación de que cualquier cosa que hiciera con respecto a los coches del predio sería poco y llegaría demasiado tarde. Si Jan Harwood estaba en problemas, si la habían metido dentro de un maletero, podían haber abandonado el lugar hacía dos horas. Pero se hacía lo que se podía.

—Esto es terrible, terrible —dijo Fenwick. — No nos hace bien este tipo de publicidad. Si esta mujer se marchó porque tiene problemas mentales o algo así, no es nuestra culpa. ¿El marido piensa demandarnos? ¿No será una trampa para sacarnos dinero?

—¿Quiere que se lo pregunte al señor Harwood? —dijo Duckworth—. Estoy seguro de que como periodista del *Standard*, le encantaría escribir un artículo sobre la empatía demostrada por la gerente del parque respecto de su situación.

Ella empalideció.

—¿Trabaja para el periódico?

Duckworth asintió.

Fenwick pasó junto al detective y se arrodilló delante de Ethan.

—¿Cómo va todo por aquí? Seguro que te apetecería otro helado.

Sonó el móvil que Duckworth todavía tenía en la mano. El detective se lo llevó al oído.

—Sí.

—Habla Gunner, detective. Estoy en la zona de seguridad. Enviamos a la oficina principal el video del sujeto entrando en el parque con el hijo.

—Acabo de verlo, sí.

—No pudieron ver a la esposa en esos videos ¿verdad?

—Exacto. El señor Harwood dice que su esposa había vuelto al coche a buscar algo y les dijo que la esperaran dentro.

—Sí, bien, entonces debe de haber entrado en el parque unos minutos después, ¿no?

—Sí —dijo Duckworth.

—Entonces hicimos lo siguiente: como los Harwood compraron las entradas online y las imprimieron, pudimos ver a qué hora se

escanearon y procesaron esas entradas en la entrada.

—Comprendo.

—Y luego pensamos, buscaremos a qué hora se procesó la entrada de la esposa y buscaremos la imagen de las cámaras de ese momento.

—¿Y cuál es el problema? —preguntó Duckworth.

—No aparece nada.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué ella nunca ingresó en el parque?

—Pues no lo sé. El asunto es así: están buscando los registros de venta anticipada y solamente aparece la compra de dos entradas en la tarjeta Visa de los Harwood. Una entrada de adulto y una de niño.

NUEVE

La puerta se abrió y Ethan entró corriendo. Lo levanté en brazos, lo abracé con fuerza y le palmeé la cabeza.

—¿Estás bien? —dije. Asintió. —¿Fueron buenos contigo?

—Comí un helado. Una señora me quiso dar otro, pero mamá se enojará si como dos.

—No hemos almorzado, en realidad —repuse.

—¿Dónde está mami? —preguntó Ethan; no parecía preocupado.

—Ya nos vamos a casa —dije.

—¿Mami está en casa?

Miré a Duckworth que había seguido a Ethan dentro de la habitación. Su expresión no revelaba nada.

—Vámonos a casa —dije—. Y luego tal vez veremos a Nana y Abu

Con Ethan todavía en brazos, me dirigí a Duckworth en voz baja:

—¿Qué hacemos ahora?

Él respiró y soltó el aire lo que hizo que su vientre se moviera hacia dentro y hacia fuera.

—Usted vaya a su casa. Lo primero que debe hacer es enviarme una foto. Si se entera de algo, comuníquese conmigo. —Ya me había dado su tarjeta. Lo llamaremos si tenemos alguna novedad.

—De acuerdo.

—Tal vez podría comenzar a preparar una lista de personas a las que su esposa podría haber llamado o con quien podría haberse comunicado.

—Por supuesto —dije.

—¿Me recuerda cómo compró las entradas para hoy?

—Ya se lo he dicho. A través del sitio web.

—¿Usted las compró?

—No, Jan —repuse.

—Entonces no fue usted el que se sentó delante del ordenador para hacerlo, sino que fue su esposa.

Yo no entendía a qué venía eso.

—Sí, es lo que acabo de decir.

Duckworth parecía estar digiriendo la información.

—¿Hay algún problema? —pregunté.

—Solo que los registros muestran que se compraron solamente dos entradas —dijo—. Una entrada para adultos y una para niños.

Parpadeé.

—Pues no tiene sentido. Debe de haber un error. Ella estuvo en el parque. No la habrían dejado entrar sin entrada. Hay algún tipo de malentendido.

—Les he solicitado que lo verifiquen. Pero ¿es posible que solamente haya comprado una entrada de adultos?

No tenía sentido. Pero si eso era lo que había sucedido, se me ocurría una explicación posible.

—Tal vez Jan cometió un error —dije—. Puede suceder con las compras online, no es raro. En una oportunidad reservé un hotel y la página se congeló por un instante y cuando me llegó la confirmación decía que había reservado dos habitaciones cuando yo solamente quería una.

Duckworth asintió lentamente.

—Es una posibilidad.

El único problema con mi teoría era que en camino hacia la entrada de Cinco Montañas, Jan había sacado del bolso todos las entradas. Me había dado una para mí y una para Ethan y se había quedado con uno para poder entrar en el parque tras buscar la mochila en el coche.

No había mencionado ningún problema con la entrada cuando se reunió con nosotros dentro del parque.

Estaba a punto mencionárselo a Duckworth pero no lo hice, porque de pronto se me había ocurrido otra teoría que era demasiado perturbadora para mencionar en voz alta, sobre todo delante de Ethan, que me había rodeado el cuello con los brazos.

Tal vez Jan no había comprado una entrada para ella porque pensaba que no estaría allí para usarlo Tal vez el papel que me había mostrado no era una entrada, después de todo.

No tiene sentido comprarte una entrada si tienes planeado suicidarte.

¿Pero podía Jan haber pensado realmente que si se suicidaba, iríamos como si nada a Cinco Montañas a celebrar?

—¿Algo más? —preguntó Duckworth.

—No —repuse—. No sé qué decir, realmente. Tengo que llevar a Ethan a casa y haceros llegar una fotografía.

—Por supuesto —dijo y se hizo a un lado para permitirme el paso.

Salir del parque de atracciones fue una experiencia surrealista.

Una vez que Ethan estuvo en su silla de paseo, abandonamos las oficinas y regresamos al parque; no estábamos lejos del portón de entrada. A nuestro alrededor se oían risas de niños y adultos. Había globos en el aire, que habían sido soltados por niños distraídos. Una música alegre brotaba de los puestos de comida y de las tiendas de regalos. En las alturas, los pasajeros de las montañas rusas chillaban

de terror y emoción.

Diversión y alboroto por doquier.

Empujé la silla de paseo con firmeza. Pasamos junto a un par de policías uniformados de Promise Falls pero parecían estar recorriendo el sitio más que buscando algo. Tal vez ya no quedaban sitios donde buscar.

Al menos aquí.

Ethan se volvió y trató de mirarme desde la silla.

—¿Mami está en casa? —Debía de ser la quinta vez que me lo preguntaba.

No respondí. En primer lugar, no tenía respuesta. Y en segundo lugar, tampoco tenía demasiadas esperanzas. No podía quitarme de encima la sensación de que algo malo le había sucedido a Jan. Que Jan se había hecho algo muy malo a sí misma.

Que no sea cierto, por favor.

Cuando llegamos al coche, senté a Ethan en el asiento, le abroché el cinturón y le puse los juguetes cerca.

—Tengo hambre —dijo—. ¿Puedo comer un bocadillo?

—¿Un bocadillo?

—Mamá los puso en su mochila.

Ya no teníamos la mochila.

—Comeremos algo cuando lleguemos a casa —dije—. Ten paciencia. Falta poco.

—¿Dónde está Batman?

—¿Qué?

Ethan estaba revisando sus muñecos de acción. Spiderman, Robin, Joker, Wolverine. Una mezcla de los universos de Marvel y DC.

—¡Batman! —exclamó.

—Tiene que estar por allí —dije.

—¡No está!

Busqué alrededor de las cinturones de seguridad y en los extremos del tapizado.

—Tal vez se cayó —dijo Ethan.

—¿De dónde? —pregunté.

Se quedó mirándome, como si yo tuviera que saberlo.

Busqué debajo de los asientos delanteros, pensando que tal vez Batman había caído allí.

Ethan lloraba.

—¡Basta, Ethan —grité—. ¿Crees que no tenemos bastantes preocupaciones, ya?

Metí la mano más abajo y toqué algo. Una pequeña pierna de plástico. Rescaté a Batman y se lo alcancé a Ethan, que lo aceptó, encantado y luego lo arrojó sobre el asiento para jugar con otra cosa.

El tránsito para salir de Cinco Montañas era un infierno. La policía detenía a cada coche que salía; un oficial miraba dentro, daba la vuelta al coche como cuando se cruza una frontera. Nos llevó veinte minutos llegar a la salida. Bajé la ventanilla cuando el policía se inclinó hacia adelante para hablarme.

—Disculpe, señor, estamos controlando los coches a la salida. Solo será un momento. —No ofreció explicación.

—Soy yo —dije.

—¿Cómo dice?

—A la que están buscando es a mi esposa, Jan Harwood. Tengo que llegar a casa para enviarle una fotografía al detective Duckworth.

El policía asintió y nos hizo un ademán para que siguiéramos.

Desde el asiento trasero, Ethan dijo;

—La señora policía me contó un chiste.

—¿Cuál?

—Dijo que te gustaría porque eres periodista.

—¿Cuál era?

—¿Qué cosa es negra y blanca y está toda salpicada de rojo?

—Me rindo —repuse.

—Un periódico —dijo Ethan y soltó una carcajada. Aguardó un instante y dijo: —No lo entiendo. —Otra pausa. —¿Mamá va a preparar la cena?

Cuando entramos por la puerta, Ethan gritó:

—¡Mamá!

Estaba a punto hacer lo mismo y gritar el nombre de Jan, pero decidí esperar para ver si él obtenía respuesta.

—¿Mamá? —gritó por segunda vez.

—Creo que no está —dije—. Ve a mirar algo en la televisión mientras yo veo si está mamá.

Se marchó obedientemente a la sala mientras yo revisaba el resto de la casa. Subí a nuestro dormitorio, revisé el baño, el dormitorio de Ethan. Luego bajé a la planta baja y de allí al sótano. No tardé más que un segundo para darme cuenta de que no estaba allí. Solo me faltaba revisar el garaje.

Una puerta conectaba la cocina con el garaje y cuando puse la mano sobre la manilla, vacilé.

El Jetta de Jan estaba en la entrada, no en el garaje.

Así que por lo menos no puede haberse…

Abre la maldita puerta, me dije. Giré la manilla y entré en el garaje para un coche. Estaba desordenado como siempre.

Y no había nadie dentro.

En una esquina se veían dos contenedores de basura enormes.

Nunca se me había ocurrido que eran tan grandes como para que cupiera una persona, pero mi mente estaba disparándose a sitios donde nunca antes había ido. Me acerqué a los contenedores, puse la mano sobre la tapa de uno de ellos, y tras un segundo, la levanté.

Dentro había una bolsa con residuos.

El segundo contenedor estaba vacío.

De nuevo en la cocina, busqué el ordenador portátil que estaba cerrado junto al teléfono, semienterrado bajo la correspondencia de los dos últimos días y algunos volantes.

Lo llevé a la mesa de la cocina, lo encendí y tamborileé los dedos mientras se conectaba. Una vez que comenzó a funcionar, abrí el programa de fotos. El otoño anterior habíamos ido a Chicago y esa había sido la última vez que había transferido fotos de la cámara digital al ordenador.

Revisé las fotos. Jan y Ethan de pie bajo el avión de pasajeros en el Museo de Ciencia e Industria. Otra de ellos dos delante del tren de pasajeros Burlington Zephyr. Los dos paseando por el Millenium Park, comiendo maíz con queso con los dedos manchados de anaranjado.

La mayoría de las fotos mostraban a Jan y a Ethan, ya que yo era el que generalmente las tomaba. Pero había una fotografía de Ethan y yo juntos, cerca del agua, con veleros en el fondo. Ethan estaba sentado sobre mi regazo.

Me concentré en dos fotografías de Jan en las que había salido particularmente bien. El pelo negro, que el año pasado había estado más largo que ahora, le cubría parcialmente el lado izquierdo de la cara, pero no tanto como para ocultarle las facciones. Los ojos color café, los pómulos suaves, la nariz pequeña, la cicatriz con forma de L casi imperceptible que tenía a la izquierda de la barbilla, producto de una caída de la bicicleta en la adolescencia. Alrededor del cuello llevaba un collar fino con un colgante con forma de magdalena, en el que la crema eran brillantes pequeños y la tarta era de oro, algo que había tenido desde la infancia.

Busqué la tarjeta del detective Duckworth en el bolsillo y le envié la foto a la dirección de correo electrónico que estaba impresa sobre ella. Adjunté dos fotos más, no tan buenas pero de distintos ángulos, para asegurarme de que tuviera suficientes.

Con la última, añadí una nota: “Creo que la primera la muestra mejor, pero le envío dos más. Buscaré más y se las enviaré. Por favor llámeme si se entera de algo.” También imprimí unas veinticinco copias de la primera foto.

Puse el teléfono sobre la mesa de la cocina. No quería esperar a que Duckworth revisara su correo. Quería que supiera que ya se las había enviado, así que lo llamé al móvil.

—Habla Duckworth —dijo.
—Soy David Harwood —dije—. Acabo de enviarle las fotos.
—¿Se encuentra en su casa?
—Sí.
—¿Alguna señal de ella? ¿Un mensaje, algo?
No había mensajes en el contestador ni en el correo electrónico.
—Nada —respondí.
—Muy bien, haremos circular esas fotografías de su esposa cuanto antes.
—Hablaré con el *Standard* —dije, pensando que mi siguiente llamada sería al escritorio de los temas locales. Todavía había tiempo de insertar la foto de Jan en la edición del domingo.
—Deje que nosotros nos encarguemos de eso —dijo Duckworth—. Creo que es mejor que la información sobre este asunto provenga de una sola fuente.
—Pero...
—Señor Harwood, solo han pasado unas pocas horas. En muchos casos ni siquiera damos por desaparecida a una persona tan pronto, pero en vista de las circunstancias y el hecho de que sucedió en Cinco Montañas, hemos elevado el nivel de prioridad, si es que me comprende.
Aguardé.
—El asunto es que es posible que su esposa aparezca por la puerta esta misma noche y todo esto haya terminado. Suele suceder, sabe.
—¿Cree que es lo que sucederá esta vez?
—Señor Harwood, no lo sé. Solo digo que conviene darle unas horas más antes de enviar un comunicado a la prensa. No estoy diciendo que no vayamos a hacerlo, solo digo que dejaremos pasar una hora más.
—Una hora más —dije.
—Me mantendré en contacto —dijo el detective—. Y gracias por las fotografías. Serán de mucha ayuda, sin duda.
Encontré a Ethan en el suelo, viendo *Padre de Familia.*
—Ethan, no veas eso. —Cogí el mando a distancia y apagué el televisor. —¡Ya te he dicho que no es para ti!
—Lo siento —susurró, empujando el labio inferior hacia afuera.
Era la segunda vez que le gritaba desde que todo esto había comenzado. Lo levanté en brazos y lo abracé.
—No fue mi intención gritarte. Lo siento.
Lo miré a los ojos y traté de sonreír.
—¿Estás bien?
Asintió y sorbió los mocos.
—¿Cuánto vuelve mami? —preguntó, seguramente pensando que

ella no sería tan malvada con él.

—Acabo de enviarle fotos de mami a la policía para que si la ven, le digan que la estamos esperando aquí.

—¿Por qué la busca la policía? ¿Ha robado algo? —preguntó, preocupado.

—No, no ha hecho nada de eso. La policía no la está buscando porque haya hecho algo mal. La están buscando para ayudarla.

—¿Ayudarla a qué?

—A volver a casa —dije.

—Debió haber llevado el coche —dijo Ethan.

—¿Qué?

—Tiene una tele con mapa —repuso Ethan.

La pantalla de navegación.

—No sé si está perdida —dije—. ¿Sabes qué creo que deberíamos hacer? Creo que deberíamos ir a casa de Nana y Abu, y ver qué están haciendo.

—Quiero quedarme aquí por si vuelve mamá.

—Te diré qué haremos —dije—. Le escribiremos una nota para que sepa dónde estamos. ¿Me ayudas?

—Ethan corrió a su dormitorio y volvió con papel y su caja de pinturas.

—¿Puedo escribirla? —dijo.

—Claro —respondí.

Lo acomodé ante la mesa de la cocina. Acercó la cara al papel, observando atentamente el recorrido de la pintura. Había estado practicando letras, aunque todavía no iba a la escuela.

Escribió mayúsculas al azar, una de ellas al revés.

—Fabuloso —dije—. Vámonos. —Sin que Ethan me viera, escribí en la parte inferior del papel: *Jan, fuimos a casa de mis padres con Ethan. Llámame, POR FAVOR.*

Tuve que esperar mientras Ethan corría de un lado a otro buscando muñecos y coches para llevar. Yo estaba impaciente por salir, pero no quería volver a hablarle con aspereza.

Lo senté en su silla, le abroché el cinturón y nos dirigimos a la casa de mis padres. Yo no solía llegar sin avisar. Por lo general los llamaba antes de ir. Pero sabía que no podría hablar por teléfono sobre esto.

—Cuando lleguemos, puedes ver la televisión. Tengo que hablar unos minutos con Nana y Abu.

—Pero *Padre de Familia*, no —dijo Ethan.

—Muy bien —dije.

Mi madre estaba mirando por la ventana cuando estacionamos en la entrada. Para cuando Ethan subió los escalones del porche, papá ya

tenía la puerta abierta. Ethan pasó corriendo junto a él y entró en la casa.

Papá salió al porche, con mamá detrás de él. Papá miró en dirección al coche.

—¿Dónde está Jan? —preguntó.

Me arrojé en brazos de mi padre y me eché a llorar.

DIEZ

El doctor Andrew Samuels detestaba pensar en sí mismo como un cliché, pero no podía desterrar la sensación de que lo era.

Era médico y estaba jugando al golf. Los policías comían donuts, los trabajadores postales se disparaban unos a otros y los médicos jugaban al golf.

Detestaba el golf.

Detestaba todo lo que involucraba. Caminar, tener que embadurnarse de protector solar cuando era un día soleado de calor. Esperar a que los idiotas que estaban en el hoyo siguiente se tomaran su tiempo cuando él ya estaba listo para pegar. Detestaba la ropa llamativa que se esperaba que usara. Pero más que nada, detestaba la idea de usar miles y miles de hectáreas para que hombres y mujeres pudieran perseguir pelotitas y hacerlas caer dentro de pequeños hoyos. Qué estupidez, por Dios.

Pero a pesar de sus sentimientos respecto del deporte, Samuels tenía palos caros, zapatos con clavos y hasta era socio del Club de Golf y de Campo de Promise Falls, porque era lo que se esperaba en esa ciudad si eras el alcalde o un médico o un abogado o un hombre de negocios prominente. Si no eras socio, lo único que la gente podía suponer era que estabas cayendo inexorablemente al fondo de la cadena alimentaria de Promise Falls.

Así que allí estaba, en una gloriosa tarde de sábado, en el hoyo quince con el hermano de su esposa, Stan Reeves, concejal de Promise Falls, charlatán de primera, y un gilipollas en todo sentido. Hacía meses que Reeves le decía de salir a jugar dieciocho hoyos y Samuel había podido mantenerlo a raya hasta ese momento, pero finalmente se quedó sin excusas. Ya no tenía más viajes fuera de la ciudad ni casamientos ni funerales a los que asistir durante el fin de semana.

—El tiro se te abre un poco hacia la derecha —dijo Reeves cuando Samuels hizo su tiro de salida. —Mírame a mí.

Samuels guardó el palo en el bolso y fingió observar a su cuñado.

—¿Ves cómo el centro de mi cuerpo se mantiene inmóvil durante el golpe? Lo haré en cámara lenta para que lo veas bien.

Faltan solo tres hoyos, pensó Samuels. Desde allí se podía ver la casa del club. Podría subir a su carrito, cortar camino por los hoyos diecisiete y dieciocho y estar de nuevo en el restaurante con aire acondicionado en cuatro minutos, con una cerveza helada delante. Era

la única cosa que le gustaba del golf, admitió.

—¿Has visto eso? —dijo Reeves-. Un tiro perfecto. No sé dónde ha ido a parar tu pelota.

—Estará por allí, en algún sitio —repuso Samuels.

—¿Qué divertido, no? —dijo Reeves—. Tendríamos que hacerlo más a menudo.

—Hace tiempo que no jugamos, sí —dijo Samuels.

—Es una buena distracción. Estoy seguro que como médico tendrás tus momentos de estrés, pero te aseguro que manejar la ciudad es un trabajo de siete días a la semana y veinticuatro horas por día.

Reeves era tan imbécil que hacía que Samuels se preguntara qué habría sucedido con el alcalde anterior, Randall Finley.

—No sé cómo lo haces —observó Samuels.

Y entonces sonó su móvil.

—Ay, no me digas que lo dejaste encendido —se quejó Reeves.

—Aguarda —dijo Samuels, mientras extraía con entusiasmo el móvil del bolsillo. *Por favor que se trate de una emergencia,* pensó. Podría estar en el hospital en quince minutos.

—¿Hola? —dijo.

—¿Doctor Samuels?

—Sí, soy yo.

—Mi nombre es Barry Duckworth y soy detective de la policía de Promise Falls.

—¿Cómo está usted, detective?

Al oír la palabra, Reeves prestó atención.

—Digamos que bien. Entiendo que está jugando al golf. Llamé a su servicio de mensajería y cuando los presioné, me dieron su número.

—No hay problema. ¿Qué sucede?

—Me gustaría hablar con usted en persona. Ahora mismo.

—Estoy en el club de golf, en el hoyo quince.

—Lo estaré esperando en la casa principal.

—Iré enseguida. —Guardó el teléfono en el bolsillo. —Tendrás que terminar sin mí, Stan.

—¿Qué sucede?

Samuels levantó las manos, fingiendo perplejidad.

—Creo que podré darme una idea de lo que haces tú, en el sentido de estar disponible a toda hora.

—Oye, si te llevas el carro, voy a tener que...

Pero Samuels ya se estaba alejando en el carro eléctrico.

Barry Duckworth estaba afuera, aguardando junto a la tienda de artículos de golf, donde se dejaban los carros. Estrechó la mano del Dr. Samuels, que dijo:

—¿Puedo invitarlo con algo para beber?

—No tengo tiempo —dijo Duckworth—. Necesito preguntarle por una de sus pacientes.

Las cejas pobladas de Samuels se levantaron por un instante.

—¿Quién?

—Jan Harwood.

—¿Qué ha sucedido?

—Ha desaparecido. Ella y el marido, David Harwood, y el hijo, fueron a pasar el día a Cinco Montañas y desapareció.

—Dios mío —dijo Samuels.

—Hemos registrado cuidadosamente el parque, aunque me gustaría volverlo a hacer. —Duckworth guió a Samuels hacia la sombra, no solo para salir del calor sino para distanciarse de otros jugadores que pudieran escucharlos.

—El señor Harwood piensa que es posible que su esposa se haya suicidado.

Samuels asintió, luego meneó la cabeza.

—Ay, qué terrible. Es una muy buena mujer, sabe.

—No lo dudo —repuso Duckworth—. El señor Harwood dice que en las últimas semanas ha estado deprimida, con altibajos emocionales, y que hablaba de que el resto de la familia estaría mejor sin ella.

—¿Cuándo fue esto? —preguntó Samuels.

—Hace un par de días, si lo que dijo el señor Harwood es cierto.

—Pero es posible que solo haya desaparecido, que no se haya quitado la vida ni nada —dijo el médico—. No la habéis encontrado, todavía.

—Exacto. Por eso es que el asunto es de cierta urgencia.

—¿Y en qué puedo ayudarlo, detective?

—No quiero infringir la confidencialidad entre médico y paciente, pero le agradecería si pudiera orientarme en cuanto a dónde podría ir ella, o qué podría hacer, cuán serias son las posibilidades de que pudiera quitarse la vida.

—Creo que no puedo ayudarlo mucho.

—Por favor, doctor Samuels, no le pido detalles personales, solo algo que nos ayude a encontrar a esta mujer antes de que atente contra su vida.

—Detective, si supiera algo se lo diría, de verdad. No me escudaría detrás de argumentos de privacidad. Quiero que la encuentre viva y sana cuanto antes, créame.

—¿Le dijo algo a usted que pudiera indicar que pensaba suicidarse o le pareció que tal vez querría… pues nada, llamar la atención?

—No me dijo nada, detective.

—¿Nada? ¿Mencionó algún sitio donde podría ir a reflexionar o algo así?

—No me dijo nada porque no vino a verme.

El detective parpadeó.

—¿Cómo dice?

—La vi hace... unos ocho meses, tal vez. Visita de rutina. Pero no vino a verme porque estuviera deprimida o con pensamientos suicidas. Ojalá lo hubiera hecho.

—Pero el señor Harwood dice que fue a verlo a usted para hablar de su esposa. Que usted le dijo que la convenciera de pedir una cita.

—Todo eso es cierto. David vino a verme la semana pasada, muy preocupado. Y le dije que yo tenía que verla a ella para poder evaluarla y posiblemente derivarla a otro médico para terapia.

—¿Y ella no vino a verlo?

El médico negó con la cabeza.

—Porque el señor Harwood me dijo que ella lo vio —dijo Duckworth.

Samuels negó con la cabeza.

—Yo esperaba que ella pidiera la cita, pero no lo hizo. Esto es terrible. Debería haberla llamado yo, pero entonces se habría dado cuenta de que su esposo había venido a verme. Ay, mierda. Si la hubiera llamado tal vez no estaríamos teniendo esta conversación.

ONCE

Una vez que me hube calmado, mamá, papá y yo nos sentamos a la mesa de la cocina para hablar de la situación. En la sala, Ethan mantenía una acalorada discusión con los diversos vehículos de la película *Cars* que tenía.

—Quizá se ha tomado un tiempo para pensar —dijo papá—. Ya sabes cómo son las mujeres a veces. Se les mete algo en la cabeza y tienen que pensarlo durante un tiempo. Estoy seguro de que llamará en cualquier momento.

Mamá colocó una de sus manos sobre la mía.

—Tal vez entre todos podamos pensar dónde se ha ido.

—Lo he estado haciendo —dije—.No estaba en casa y tampoco vino aquí. No sé por dónde comenzar.

—¿Y sus amigos? —preguntó mamá, pero debió de haber sabido cuál sería mi respuesta.

—No tiene amigos muy cercanos. Nunca ha sido demasiado sociable. Leanne debe ser la persona con quien más habla, y ni siquiera le cae bien.

Ethan entró, pasó un coche de juguete por encima de la mesa, al ruido de : "¡Rum, rum, rum!"

—Ethan —dije—. Fuera de aquí. —Dio dos vueltas a la cocina haciendo ruidos de motores y luego regresó a la sala.

—Deberíamos llamarla, de todos modos —dijo mamá y a mí también me pareció una buena idea. No tenía su número, de manera que mi madre buscó la guía y la abrió en la letra K.

Encontró un número perteneciente a L. Kowalski y me lo dictó para que marcara.

Sonó dos veces. Luego:

—¿Sí?

—¿Lyall?

—Sí.

—Habla Dave Harwood. El marido de Jan.

—Sí, claro, Dave. ¿Qué tal?

Esquivé la pregunta.

—¿Está Leanne?

—Debe de estar haciendo compras —respondió—. Parecía estar con resaca. —Y tarda en regresar, por lo que veo. ¿Puedo ayudarte en algo?

¿Era conveniente hablarle de la desaparición de Jan? No había nada en la voz de Lyall que sugiriera que siquiera sospechaba que pudiera haber algún problema, pero seguramente le parecía raro que yo estuviera llamando a su esposa.

—No hay problema —repuse—. Intentaré más tarde.

—¿Por qué asunto es?

—Quería comentarle una idea que tengo, sobre un regalo para Jan.

—Vale —repuso, satisfecho—. Le diré que llamaste.

Después de que corté, nos quedamos en silencio. Luego papá dijo, en tono muy pragmático y voz algo elevada:

—No puedo creer que se suicidara.

—Por el amor de Dios, Don, habla bajo —dijo mamá en un susurro furibundo—. Ethan está al lado, en la sala.

No era probable que Ethan hubiera escuchado por encima de los ruidos de coches que estaba haciendo.

—Perdón —dijo papá, de todos modos. Tenía la costumbre de hablar más fuerte de lo necesario y no era porque estuviera perdiendo la audición. Escuchaba perfectamente bien, pero siempre suponía que los demás no lo estaban escuchando. Cosa que la mayor parte del tiempo era cierta, con mi madre al menos.

—Desde hace un par de semanas ha estado muy cambiada —dije.

Mamá se secó una lágrima de la mejilla con la mano.

—Entiendo lo que dice tu padre, no obstante. Yo no vi ningún cambio.

—Hasta hace un par de semanas yo tampoco lo había notado —repuse—. Pero supongo que deben de haber estado allí y no les presté atención.

—Cuéntame otra vez lo que te dijo en el restaurante —dijo mamá.

Me tomé un momento. Era difícil decir esas cosas en voz alta sin que se me quebrara la voz.

—Dijo algo como que yo estaría mejor si ella no estuviera. Que Ethan y yo estaríamos mejor. ¿Por qué diría una cosa así?

—No estaba bien de la cabeza —dijo papá—. Cualquiera se daría cuenta. No logro entender por qué no se sentiría contenta. Tiene un buen marido, un hijo maravilloso, tenéis una buena casa, buenos trabajos. ¿Cuál es el problema? Te lo juro, no lo entiendo.

Mamá suspiró y me miró. Su expresión decía: *No le prestes atención*. Se volvió hacia papá y dijo.

—El solo hecho de tener un marido y un techo no hace que tu vida sea perfecta.

Papá hizo una mueca de perplejidad.

—¿Qué quieres decir?

Mamá meneó la cabeza y me miró.

—Ya me parecía que no lo iba a entender. —Era su intento por alivianar los ánimos.

—Solo quería remarcar todo lo bueno —dijo papá. Frunció el entrecejo y bajó la mirada a la mesa. Fue entonces cuando noté que tenía lágrimas en los ojos.

—Papá —dije y le cogí la mano.

Él se soltó, se levantó de la mesa y abandonó la cocina.

—No quiere que veas lo preocupado que está —dijo mamá—. Cuando tienes un problema, sufre mucho.

Quise levantarme para ir tras él, pero mamá no me soltó la mano.

—Volverá en un minuto. Dale un segundo para recuperarse.

En la sala, oí que le decía a Ethan.

—¿Oye, chiquitín, te he mostrado los catálogos de trenes que traje?

—Estoy viendo la tele —dijo Ethan.

—¿Qué sabe Ethan? —quiso saber mamá.

—No mucho. Sabe que su mamá no ha vuelto y sabe que la policía la está buscando. Pensó que eso significaba que había asaltado un banco o algo así. Le dije que no se trataba de nada de eso.

Mamá sonrió, a pesar de todo, pero solo por un instante.

Algo en mi mente no me dejaba tranquilo.

—Tengo que ir a un sitio —dije.

—¿Qué? ¿A dónde?

—A aquel puente.

—¿Puente?

—El puente del que me habló Jan, del cual pensó arrojarse en un momento. Le dije a la policía que revisaran los puentes cerca del parque y creo que lo hicieron, pero el que mencionó ella está por el camino que va al centro de jardinería Miller's, al oeste de la ciudad.

—Lo conozco, sí.

—La policía no debe haber ido porque no lo mencioné en ningún momento.

—David —dijo mamá—. Llama a la policía y deja que lo hagan ellos.

—No sé cuándo irán. Tengo que hacer algo ahora. ¿Puedo dejarte a Ethan?

—Por supuesto. Lleva a tu padre.

—No, no, está bien.

—Llévalo —repitió mamá—. Sentirá que está haciendo algo, también.

Asentí.

—Oye, papá —dije en voz alta, para que me escuchara desde la

sala. Regresó a la cocina, ya recuperado. —Ven a dar una vuelta conmigo.

—¿Dónde vamos?

—Te lo explicaré por el camino.

Fuimos en mi coche, lo que ponía nervioso a papá. Nunca había sido buen pasajero. Si no estaba detrás del volante, imaginaba que tenía muchas posibilidades de morir.

—Tienes un semáforo en rojo más adelante —dijo.

—Lo veo, papá —repuse, aminorando la marcha cuando nos acercamos. Cambió a verde antes de que llegáramos, por lo que volví a acelerar.

—Consumes demasiado combustible, así —dijo papá—. No hay que acelerar y frenar en lugar de aminorar lentamente. Eso te hace consumir gasolina.

—Ya me lo has dicho.

Me miró.

—Lo siento.

Sonreí.

—No pasa nada.

—¿Cómo estás?

—Bastante mal —dije.

—No puedes perder las esperanzas —dijo—. Es demasiado pronto para eso.

—Lo sé —repuse.

—¿Entonces sabes dónde está ubicado ese puente?

—Sí, estoy casi seguro —respondí. Ya habíamos salido de la ciudad en dirección al oeste. A unos cinco kilómetros encontré el camino que buscaba. Dos carriles, asfaltado.El camino recorría topografías variadas: sembradíos, luego bosque tupido, seguido de más campo. El puente cruzaba un arroyo que corría por una zona de bosque denso.

—Allí delante —dije.

No era un puente grande. Tal vez de unos veinte metros de largo, asfaltado, con protecciones de hormigón a los costados. Aparqué el coche en el arcén antes de cruzar el puente y apagué el motor.

Había silencio, solo se oía el ruido del agua bajo del puente. Salimos del coche y nos dirigimos al centro del puente; papá me seguía de cerca.

Primero me dirigí al extremo izquierdo y miré hacia abajo. Tenía una altura de unos siete metros, no más. El arroyo no era profundo en esa zona y se veían rocas en la superficie. En toda la zona bajo el puente, no parecía que hubiera más de cuarenta centímetros de

profundidad. Hace un par de veranos, cuando no llovió durante semanas, el lecho se había secado durante un tiempo.

Hipnotizado, contemplé el agua que corría alrededor de las rocas. Todo se veía sereno.

—Miremos también del otro lado, mejor ¿no? —dijo papá, tocándome el brazo. Cruzamos el camino y nos asomamos por encima del muro protector.

No había ningún cadáver en el arroyo. Y si alguien saltaba del puente, el agua no tenía caudal ni profundidad como para llevarse el cadaver río abajo. Si alguien se quitaba la vida saltando de ese puente, sería fácil de encontrar.

—Quiero mirar debajo —dije. Era imposible ver todo desde arriba del puente.

—¿Voy contigo? —preguntó papá.

—No, quédate aquí.

Corrí hacia el extremo y bajé hacia la orilla. Tardé solo un par de minutos y lo único que encontré fueron latas de cerveza vacías y unos envoltorios de McDonalds.

—¿Hay algo? —gritó papá.

—No —respondí y volví a subir al camino.

El asunto era que si una persona se arrojaba del puente, era probable que sobreviviera, a menos que se zambullera de cabeza.

—Pues es buena noticia ¿verdad? —dijo papá.

No respondí.

—¿Sabes qué estaba pensando? —prosiguió mi padre—. Jan no dejó ninguna nota. Si hubiera tenido intenciones de quitarse la vida, habría dejado una nota ¿no crees?

Yo no sabía qué pensar.

—Si quisiera suicidarme, dejaría una nota —dijo papá—. Es lo que hace la gente. Se quiere despedir, de alguna manera.

—No sé si lo hacen siempre —dije—. Solo en las películas.

Papá levantó los hombros.

—Tal vez quería ver a otras personas antes de tomar alguna decisión drástica.

—¿A quiénes? —dije.

—Pues no lo sé; a su familia, tal vez.

—No tiene familia. Es decir, nadie con quien esté en contacto.

Papá sabía que Jan estaba distanciada de sus padres, pero debió de haberlo olvidado. Si pensaba un instante, recordaría que nunca teníamos el problema de decidir con quién pasábamos la Navidad.

—Tal vez es allí donde fue —dijo papá—. Puede que después de tanto tiempo haya sentido la necesidad de reencontrase con ellos y hacer las paces. Decirles lo que piensa, o algo por el estilo.

Yo seguía en el puente, mirando hacia el bosque en la distancia.

—¿Cómo dices?

—Podría estar tratando de encontrar a su familia. Ya sabes, aclarar las cosas después de tanto tiempo. Hablarles con franqueza.

Me acerqué a él y lo sorprendí con una palmada en el hombro.

—No es mala idea.

—No soy solo un tipo guapo —respondió papá.

DOCE

Ernie Bertram estaba sentado en el porche delantero de su casa de Stonywood Drive, con una botella de cerveza en la mano, cuando el coche negro se detuvo junto a la acera. El dueño de Calefacción y Refrigeración Bertram reconoció al coche policial sin identificación. Tapacubos pequeños, nada de cromo. Un hombre excedido de peso con camisa blanca y la corbata torcida salió del coche, se irguió, luego volvió a inclinarse para coger la chaqueta, que se puso mientras subía por la entrada. El hombre miró la camioneta de Bertram y luego hacia el porche.

—¿Señor Bertram? —dijo.

Bertram se puso de pie y apoyó la cerveza sobre la ancha barandilla.

—¿En qué puedo ayudarlo? —Estaba por añadir “oficial”, pero como el hombre no llevaba uniforme, no supo si era adecuado.

—Soy el detective Duckworth de la policía de Promise Falls —dijo, mientras subía los escalones—. Espero no molestarlo.

Bertram señaló un sillón de mimbre.

—Acabo de terminar de cenar. Siéntese.

Duckworth obedeció.

—¿Le traigo una cerveza? —preguntó Bertram; cogió su botella y volvió a sentarse. Duckworth vio que el hombre se había desabotonado la parte superior de los pantalones y había bajado la cremallera un par de centímetros para liberar algo de presión después de la cena.

—Gracias, pero no —respondió—. Necesito hacerle algunas preguntas.

Bertram levantó las cejas.

—Sí, claro.

—Jan Harwood trabaja para usted ¿verdad?

—Así es —repuso.

—Hoy no ha sabido nada de ella ¿no es así?

—No. Es sábado. No hablaré con ella hasta el lunes por la mañana.

La puerta de entrada se abrió ligeramente. Una mujer baja y ancha con pantalones elásticos azules dijo:

—¿Estás con alguien, Ern?

—Este es el detective…

—Duckworth —dijo el policía.

—El detective Duckworth es de la policía, Irene. No puede tomar cerveza, pero ¿tal vez tenemos limonada o algo así?

—Tengo pastel de manzana —dijo Irene Bertram.

El detective Duckworth lo pensó.

—Creo que me dejaría convencer de comer un trozo —dijo.

—¿Con helado? Es de vainilla —dijo la mujer.

—Sí, me gustaría —respondió el policía.

Irene desapareció y cerró la puerta. Ernie Bertram dijo:

—Es uno de esos que se calientan en el horno, pero sabe como uno casero.

—Está muy bien para mí —dijo Duckworth.

—¿Qué sucede con Jan?

—Ha desaparecido —repuso el detective.

—¿Desaparecido? ¿Cómo, desaparecido?

—Nadie la ha visto desde el mediodía, cuando estaba con su esposo y su hijo en el parque Cinco Montañas.

—Hostias —dijo Ernie—. ¿Qué le ha sucedido?

—Pues si lo supiéramos —dijo Duckworth—, tendríamos más posibilidades de encontrarla.

—Desaparecida —dijo él, más para sí mismo que para Duckworth —. Qué cosa terrible.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con ella? —preguntó Duckworth.

—El jueves —respondió Ernie.

—¿No ayer?

—No, ayer viernes se tomó el día. En las últimas dos semanas se ha estado tomando algunos días libres.

—¿Por qué motivo?

—Porque podía. Tenía vacaciones acumuladas, así que me preguntó si podía tomarse días ocasionales, en lugar de todo junto.

—O sea que no fue por enfermedad —dijo Duckworth.

—No. Y no me pareció mal porque ha sido un verano bastante tranquilo, lo que en realidad no me agrada demasiado. Hace dos semanas que no vendo un aire acondicionado, aunque la temporada ya está avanzada. Por lo general se venden a finales de la primavera o a comienzos del verano, cuando empieza el calor. Pero con esta recesión, la gente no quiere gastar dos mil dólares o algo así por un aparato nuevo. Ya bastante difícil les resulta pagar la hipoteca, por lo que siguen usando los aparatos antiguos todo lo que pueden. Y no ha hecho tanto calor últimamente, por lo que no ha habido mucho trabajo de reparación, tampoco.

—Ajá —dijo Duckworth.

Se abrió la puerta. Irene Bertram le entregó a Barry Duckworth una porción de pastel con una bola de helado al lado que tenía el tamaño de una pelota de béisbol.

—¡Cielos! —exclamó el detective.

—Jan ha desaparecido —dijo Ernie a su esposa.

—¿Ha desaparecido? —repitió ella, dejándose caer sobre un tercer sillón.

—Ajá —corroboró Ernie—. Se ha ido.

—¿Adónde?

—Estaba en el parque de atracciones nuevo y desapareció. —Ernie miró a Duckworth. —¿Cayó de una de las montañas rusas?

—No, no, nada de eso —respondió él.

—Porque no son seguras —dijo Bertram.

Duckworth se introdujo un bocado de pastel de manzana en la boca y lo siguió con uno de helado para que se mezclaran los sabores.

—Está delicioso —dijo.

—Lo hice yo —se jactó Irene.

—Ya se lo dije —comentó Ernie.

—¡Desgraciado! —dijo Irene.

—¿Cómo describiría el estado de ánimo de la señora Harwood en las últimas semanas? —le preguntó Duckworth a Ernie Bertram.

—¿Su estado de ánimo?

Duckworth, con la boca llena de su segundo bocado de pastel, asintió.

—Diría que bueno. ¿A qué se refiere con estado de ánimo?

—¿Le pareció que estaba distinta? ¿Desanimada, preocupada?

Bertram tomó otro sorbo de cerveza.

—No lo creo. Aunque estoy fuera de la oficina casi todo el tiempo. Las chicas podrían estar prostituyéndose allí y yo ni me enteraría.

—¡Ernie! —exclamó Irene, y le dio un golpecito de puño en el hombro.

—Lo dije en broma —dijo Ernie, dirigiéndose a Duckworth—. Son dos excelentes mujeres que trabajan para mí.

—No deberías hacer esas bromas —objetó Irene.

—O sea que si, por ejemplo, Jan Harwood hubiera estado deprimida en los últimos tiempos, usted podría no haberse dado cuenta —dijo Duckworth entre bocados.

—La única deprimida en esa oficina es Leanne —declaró Ernie—. Ha estado deprimida desde que entró a trabajar hace cinco años.

—¿Pero la señora Harwood no?

—En todo caso —dijo Bertram con expresión repentinamente pensativa—, diría que estaba entusiasmada.

—¿Entusiasmada?

—Bueno, tal vez esa no sea la palabra. ¿Ansiosa? No, tampoco. ¿Emocionada? Se comportaba como si algo estuviera a punto de suceder en cualquier momento.

Duckworth dejó el tenedor y apoyó el plato sobre el brazo ancho del sillón de mimbre. Vio que el helado se estaba derritiendo y que si no lo terminaba pronto, comenzaría a chorrear por el borde del plato.

—¿Qué cosa iba a suceder?

—No tengo idea. Pero cuando venía a verme para preguntarme si podía tomarse un día libre aquí y otro allí, o tal vez medio día, no sé cómo describirlo, era como si estuviera aguardando algo ansiosamente.

Irene intervino:

—A Ernie esto de leer a las personas se le da muy bien. De tanto ir a las casas de la gente a repararles las calderas y los aires acondicionados, se da cuenta de cómo son, realmente.

Duckworth le sonrió, como si realmente le interesara su contribución.

—¿Cuántos días se había tomado, últimamente? —quiso saber el detective.

—Déjeme pensar… Leanne, la otra chica de.…

—Ya no se les dice chicas, Ernie —lo corrigió Irene—. Son mujeres. Y a usted está a punto escapársele el helado.

Duckworth utilizó el tenedor para alejar el helado semiderretido del borde, luego mojó otro bocado de pastel dentro del helado y se lo llevó a la boca.

—En fin —dijo Ernie—, tal vez Leanne sepa cuántos días fueron. Ayer y otro día a comienzos de la semana y creo que un par de días la semana anterior.

Duckworth había extraído una libreta y estaba tomando notas. Cuando terminó, levantó la mirada y dijo:

—Me gustaría volver a algo que dijo hace unos instantes.

—¿Sí?

—Sobre que Jan estaba emocionada. Hábleme más de eso.

Ernie lo pensó.

—Como cuando las mujeres se están preparando para algo, quizá. Para un viaje o para recibir la visita de parientes.

—¿Pero no hubiera dicho que tenía actitud suicida en absoluto?

Irene se llevó una mano al pecho.

—Madre mía. ¿Cree que eso es lo que ha sucedido?

—Pregunto, nada más —respondió Duckworth.

—No, creo que no —dijo Ernie—. ¿Pero quién puede saber lo que piensan las personas, lo que se guardan dentro?

Duckworth asintió. Dio los últimos tres bocados al pastel con

helado.

—¿Dónde fueron ayer? —preguntó Ernie.

—¿Quiénes? —dijo Duckworth.

—Jan y David. Ayer se fueron a algún sitio. Jan lo mencionó antes de retirarse el jueves.

—¿Seguro que no se refiere a la excursión de hoy a Cinco Montañas?

Él negó con la cabeza.

—Dijo que David la iba a llevar a algún sitio el viernes. Que era todo muy misterioso y no podía hablar del asunto. Me dio la impresión de que podría tratarse de una sorpresa o algo así.

Duckworth volvió a anotar algo en la libreta, luego la guardó en el bolsillo de la chaqueta. Estaba a punto de agradecerle a Ernie por su tiempo y a Irene por el pastel cuando comenzó a sonar un teléfono dentro de la casa.

Irene se puso de pie de un salto y entró.

Cuando Duckworth se levantó de la silla, Ernie hizo lo mismo.

—David debe de estar de los nervios —dijo—, preguntándose qué le ha sucedido a su esposa.

Duckworth asintió.

—Sí, claro.

—Espero que la encuentre pronto —dijo Ernie.

Irene apareció en la puerta.

—Es Lyall —dijo.

Ernie meneó la cabeza.

—¿Qué quiere?

—No ha visto a Leanne en todo el día. En realidad, desde ayer.

Duckworth sintió una descarga eléctrica en el cuerpo.

—¿Leanne Kowalski?

Ernie entró en la casa y cogió el auricular que estaba en la mesita del vestíbulo. Duckworth lo siguió.

—¿Lyall? —Ernie se quedó escuchando unos instantes, luego dijo: —No, no la... ¿Desde cuándo?.. Eso es mucho tiempo para compras, aun para una mujer. ¿Te has enterado de lo de Jan? La policía está aquí...

—¿Me permite...? —dijo Duckworth y le quitó el teléfono—. Señor Kowalski, habla el detective Barry Duckworth del departamento de policía de Promise Falls.

—¿Sí?

—¿Cuál es este asunto de su esposa?

—No ha regresado.

—¿Cuándo debía regresar?

—Hace horas. Salió a hacer compras. Al menos, eso creo. Es lo

que generalmente hace los sábados. Pensaba ir al centro comercial y luego a comprar provisiones.

—¿Su esposa y Jan Harwood trabajan juntas?

—Sí, con Ernie. ¿Puede ponerlo al teléfono? Quiero preguntarle si la llamó por alguna urgencia o algo así.

—No, no la llamó.

—¿Y este asunto de Jan? Su marido llamó hace un rato, buscándola. ¿Qué está haciendo usted en casa de Ernie? ¿Está todo bien, allí?

Duckworth ya tenía la libreta afuera otra vez.

—Señor Kowalski, ¿cómo es su dirección?

TRECE

En algo yo no había sido completamente honesto con Jan.

No era que le hubiera mentido. Pero había algo que había hecho y que nunca le había contado. Si me hubiera preguntado a quemarropa sobre el asunto, tal vez entonces le habría mentido. Creo que habría sido necesario. Se habría puesto furiosa conmigo.

No era que la hubiera engañado. Jamás había hecho algo así, ni siquiera había estado cerca de hacerlo. Esto no tenía nada que ver con otra mujer.

Una vez, hace alrededor de un año, pasé con el coche delante de su casa.

Me refiero a la casa en la que se crió, la casa de sus padres, a unas tres horas de Promise Falls. Estaba ubicada en el barrio de Pittsford, al sudeste de Rochester, sobre la avenida Lincoln. Una casa larga y estrecha de dos plantas. La pintura blanca estaba desconchada y algunas de las persianas negras –una en la planta baja y otra en la planta alta- colgaban torcidas. La tela mosquitera de la puerta exterior estaba rota y a la chimenea se le habían desprendido trozos de ladrillos. Pero aunque a la casa le faltaba atención, no estaba tampoco en ruinas.

Yo volvía de Buffalo, donde había ido a entrevistar a un desarrollador urbano que opinaba que las ideas convencionales para obligar al tráfico residencial a ir más lento, como badenes y señales de stop en todas las direcciones, no hacían nada sino enfurecer a los conductores al punto de que se tornaban violentos, y creía que las rotondas, círculos y divisores con plantas eran una mejor opción. De regreso, decidí desviarme de la autopista 90 y tomar la 490 hacia Rochester, pues sabía que allí se había criado Jan.

Creo que sabía, aun antes de salir hacia Buffalo, que iba a hacer ese desvío.

No habría sido posible si no hubiéramos tenido la pérdida detrás del lavabo del baño varios días antes.

Jan estaba en el trabajo y yo me había tomado el día libre para desquitarme por varias reuniones de concejo nocturnas que había tenido que cubrir recientemente; eso era antes de que se las tercerizáramos a Rajiv o a Amal o a quien fuera en Mumbai. Había bajado al sótano, donde están la caldera y el tanque de agua caliente y vi que entre los puntales había una gotera. Era donde los caños de

cobre hacían un codo para alimentar el baño de la planta alta.

Hice lo que siempre hacía cuando tenía una emergencia doméstica. Llamé a papá.

—Puede que tengas una pérdida en uno de los caños —dijo—. Enseguida voy. —No pudo disimular la alegría y el entusiasmo en su voz.

Apareció media hora más tarde con sus herramientas, incluido una pequeña soldadora.

—Ha de estar en la pared, en alguna parte —dijo—. Lo difícil es encontrarla.

Nos pareció escuchar un ruido detrás del lavabo del baño, a unos cuarenta centímetros del suelo. Era un lavabo con pedestal, lo que hacía fácil acercarse a la pared para escuchar.

Papá tomó una sierra con punta que le permitiría clavarla directamente en la placa de yeso y comenzar a cortar.

—Papá —dije, contemplando el empapelado floreado; no quería romperlo todo—. ¿No sería mejor entrar desde el otro lado?

—¿Qué hay del otro lado? —preguntó.

—Aguarda —dije. Resultó que el armario donde guardábamos las toallas y ropa de cama estaba justo del otro lado del lavabo. Lo abrí y comencé a vaciar lo que estaba en el suelo debajo del primer estante –una cesta para ropa sucia, rollos de papel higiénico de repuesto y cajas de pañuelos de papel- hasta que la pared quedó despejada. Pensé que si se podía llegar al caño desde allí, sería mejor romper el yeso en un sitio que no resultara visible.

Una vez que vacié esa parte del armario, me metí dentro para escuchar el ruido de la pérdida.

El zócalo de dentro del armario parecía estar suelto. Lo toqué y vi que estaba encastrado en su sitio, no clavado. Metí los dedos por detrás y toqué algo.

Era el borde de un sobre tamaño carta, que tenía la forma perfecta para quedar escondido detrás de un zócalo. Logré extraer el sobre. No había nada escrito y no estaba cerrado, sino que la solapa estaba insertada dentro del cuerpo del sobre. Lo abrí y encontré un papel y una llave.

Dejé la llave dentro y saqué el papel, que estaba doblado y parecía ser un documento oficial.

Era un “Certificado de Nacimiento”.

El certificado de nacimiento de Jan. Toda la información que nunca me había querido contar estaba en este papel. Desde luego, yo ya sabía que su apellido era Richler, pero ella nunca había revelado los nombres de sus padres ni me había contado dónde vivían.

Ahora, con una sola mirada, pude ver que su madre se llamaba

Gretchen y su padre, Horace. Que había nacido en el Hospital Comunitario Monroe de Rochester. El certificado contenía una dirección sobre la Avenida Lincoln.

Memoricé los detalles del documento, lo doblé y volví a guardarlo en el sobre. No sabía de qué era la llave. La forma no me resultaba conocida. No parecía ser la llave de una casa. La dejé en el sobre y volví a guardarlo donde lo había encontrado; luego coloqué el zócalo nuevamente en su sitio.

Para cuando volví al baño, papá ya había hecho un agujero.

—¡Llegué al caño! —anunció—. ¡Y aquí está la pérdida! —¿Quieres cerrar la llave de paso?

Antes del viaje a Buffalo, busqué en las guías telefónicas online y encontré solamente cinco personas de apellido Richler en la zona de Rochester y uno de ellos era un tal H. Richler.

Figuraba como que seguía viviendo sobre la Avenida Lincoln.

Eso me hizo saber que por lo menos uno de los padres de Jan seguía vivo, si no los dos. Si Horace Richler había muerto, era posible que su esposa, Gretchen no hubiera cambiado la información de la guía.

Para aclarar ese asunto, hice una llamada desde mi escritorio en el *Standard*. Marqué el número de Richler y atendió una mujer que por la voz, parecía tener unos sesenta y cinco años. Seguramente se tratara de Gretchen.

—¿Se encuentra allí el señor Richler? —pregunté.

—Aguarde —respondió.

Medio minuto más tarde, un hombre dijo con voz cansada:

—Hola.

—¿Hablo con Hank Richler?

—¿Cómo dice? No. Soy Horace Richler.

—Ah, disculpe. No es este el número, entonces.

Me disculpé nuevamente y corté.

Era difícil no sentir curiosidad cuando Jan se había negado tan terminantemente a hablar de ellos.

—No quiero saber nada de ellos —había dicho a través de los años —. No quiero volver a verlos y no creo que se desesperen si no me ven más.

Aun cuando nació Ethan, se negó a darles la noticia a sus padres.

—No les importará un rábano —dijo.

—Tal vez —dije—, el hecho de tener un nieto cambie las cosas. Tal vez les parezca que es momento de intentar una reconciliación.

Jan negó con la cabeza.

—De ninguna manera. Y no quiero hablar más del asunto.

Lo que pude saber desde que conocí a Jan en una oficina de

empleos cuando hace unos seis años yo estaba entrevistando a personas desempleadas para un artículo en el periódico, fue que su padre sin nombre era un cabrón y su madre estaba casi siempre borracha y deprimida.

Jan no quería hablar del asunto. Con el correr de los años, me fue contando trocitos de la historia de sus padres y de su vida con ellos.

—Me culpaban por todo —dijo Jan la noche de un sábado, hace dos años, cuando mis padres se habían llevado a Ethan, que era muy pequeñito, a dormir a su casa. Habíamos bebido tres botellas de vino, lo que era muy raro, puesto que Jan casi no bebía, y todo indicaba que iríamos al piso de arriba a sumirnos en un muy postergado comportamiento libertino. Inesperadamente, Jan comenzó a hablar de una parte de su vida que nunca antes había compartido conmigo.

—¿Cómo que te culpaban? —dije.

—Sobre todo, él —dijo Jan—. Por joderles la vida.

—¿Qué, por ser una niña? ¿Por existir?

Me miró con ojos vidriosos.

—Sí, más o menos. Papá tenía un apodo para mí: Hindy.

—¿Hildy?

—No. Hindy.

—Como el idioma *hindi*?

Negó con la cabeza, bebió otro sorbo de vino y dijo:

—No, con *y*. Una abreviación de “Hindenburg”. No solo porque en un tiempo fui regordeta, sino porque me consideraba su propio desastre.

—Eso es horrible.

—Sí, pues eso era puro amor si lo comparas con mi cumpleaños número diez.

Iba a preguntar, pero decidí esperar.

—Me prometió llevarme a Nueva York a ver un musical de Broadway. Yo siempre había soñado con ir. Miraba los premios Tony cuando los pasaban por televisión, guardaba la sección de Arte del *New York Times* del domingo cuando la encontraba y miraba los anuncios de las obras, me aprendía de memoria los nombres de los protagonistas y las críticas. Dijo que había comprado entradas para *Grease*. Que iríamos en autobús y nos quedaríamos a dormir en un hotel. Yo no lo podía creer. Mi padre, que se había mostrado tan indiferente conmigo durante tanto tiempo... Pero pensé que tal vez, porque tenía diez años...

Bebió otro sorbo de vino.

—Entonces llegó el día en que teníamos que ir. Preparé mi maleta. Elegí la ropa con la que iría al teatro. Un vestido rojo y zapatos negros. Y mi padre no hacía nada para prepararse. Le dije que se diera

prisa y sonrió y respondió: "No hay viaje en autobús. Ni hotel. Ni entradas para *Grease*. Nunca los hubo. La desilusión es una putada ¿verdad? Ahora sabes cómo se siente.

Quedé sin palabras. Jan sonrió y dijo.

—Seguro que crees que tuve suerte, que es mejor morir que ver *Grease*.

Por fin encontré palabras.

—¿Cómo superaste eso?

—Me fui a otro lugar —dijo.

—¿A dónde? ¿A la casa de algún familiar?

—No, no, no comprendes —dijo. Se llevó la mano a la boca. —Creo que voy a vomitar.

A la mañana siguiente no quiso hablar del tema.

Con el correr de los años me contó que se fue de su casa a los diecisiete años y durante casi veinte años no tuvo contacto con sus padres. No tenía hermanos que pudieran haberle contado, aunque no quisiera saberlo, qué había sido de su madre y su padre.

Por lo que ella sabía, podían estar muertos.

Excepto que no lo estaban, porque yo había llamado a la casa.

Nunca le conté a Jan lo que encontré detrás del zócalo. No quería que supiera que había invadido su privacidad. Me preocupaba que se hubiera tomado tanto trabajo para ocultarme su pasado, pero tal vez hacia bien en no confiar en mí. Haber encontrado el certificado de nacimiento me estaba llevando a hacer lo que ella siempre había tratado de evitar.

En el viaje de regreso desde Buffalo, me desvié hacia el norte y encontré la casa sobre la Avenida Lincoln; me quedé mirando la pintura desconchada y las persianas torcidas como si pudiera extraerles algún sentido. Me pregunté si una de las ventanas de arriba habría sido el dormitorio de Jan, o si habría estado en la parte posterior de la casa.

La imaginé en la niñez, entrando y saliendo por esa puerta, tal vez jugando en el jardín delantero. Brincando a la cuerda en la acera, o jugando a la rayuela en la entrada. Quizá todo eso era demasiado idílico. Tal vez, cuando uno se criaba en una casa donde en lugar de amor había ira y resentimiento, esos pequeños placeres resultaban esquivos. Tal vez para Jan salir por esa puerta era como salir de la cárcel. La imaginé corriendo a casa de una amiga, volviendo a su hogar solo cuando era necesario.

Mirar la casa no me decía nada. No sé qué estaba esperando.

Y entonces aparecieron sus padres.

Yo había estado aparcado junto a la acera de enfrente, a dos casas de distancia, por lo que no llamé la atención de Horace y Gretchen

Richler cuando descendieron de su Oldsmobile de veinte años de antigüedad.

Horace abrió la puerta lentamente y bajó un pie a la calle. Le costó bastante esfuerzo girar en el asiento y salir del coche. Parecía sufrir de artritis o alguna otra cosa que le dificultaba los movimientos. Tendría entre sesenta y ocho y setenta y dos años, poco pelo, un par de manchas de edad en la piel. Era bajo y corpulento, pero no gordo. Aun a su edad, no tenía el aspecto de que pudiera derribárselo con facilidad.

No tenía aspecto de monstruo. Pero claro, por lo general los monstruos no tienen aspecto de monstruos.

Horace se dirigió al maletero mientras Gretchen salía del coche. Ella también se movía lentamente, aunque no estaba tan tiesa como su esposo. Aunque él salió del coche antes que ella, Gretchen llegó antes al maletero y aguardó a que él introdujera la llave y lo abriera.

Era una mujer pequeña, de alrededor de un metro cincuenta de estatura y unos cuarenta kilos. Enjuta. Introdujo una mano en el maletero y cerró los dedos alrededor de las manillas de media docena de bolsas de plástico de provisiones. Las sacó del maletero y se dirigió a la casa. Su marido cerró el maletero y la siguió, sin llevar nada.

Entraron en la casa y desaparecieron.

No me pareció que hubieran intercambiado una palabra. Habían hecho las compras y habían regresado a su casa.

¿Podía leerse algo en lo que había visto? No. Y sin embargo, me quedó la impresión de que eran dos personas que se comportaban como autómatas, viviendo lo que les quedaba de vidas día tras día, sin ningún propósito. Si bien no detecté hostilidad alguna hacia Gretchen en el lenguaje corporal de Horace, sí intuí que los cubría un manto de tristeza.

Espero que estéis tristes, pensé. Espero que estéis sufriendo por lo que habéis hecho.

Cuando el Oldsmobile se detuvo en la entrada, tuve el impulso de salir del coche, ir hasta allí y arremeter contra Horace Richler. Quería decirle que era un hombre detestable. Quería decirle que un padre que maltrataba a su hija, aunque el maltrato fuera solo emocional, no merecía ser llamado padre. Quería decirle que su hija era buena persona a pesar de sus intentos de sabotaje. Quería decirle que tenía un nieto maravilloso, pero que por haber sido tan cabrón nunca lo conocería.

Pero no le dije nada.

Miré como Horace Richler entraba en la casa con su esposa, Gretchen y vi cómo se cerraba la puerta tras ellos.

Luego regresé a casa y nunca le conté a Jan acerca del desvío que


había hecho por el camino.

CATORCE

Mientras regresábamos con papá de la excursión al puente, pensé en mi visita a la casa de los Richler.

¿Y si Jan había estado anhelando, durante años, decirles a sus padres lo que yo había querido decirles cuando había aparcado delante de su casa? ¿Y si la forma en que su padre la había tratado la había estado carcomiendo durante años de formas que ella nunca había contado? Revelar cuánto le dolían todavía las acciones de su padre podría haberla hecho sentirse vulnerable. Jan me había contado en el transcurso de las últimas dos semanas que se había estado sintiendo muy frágil y hasta había tenido pensamientos suicidas.

Yo ya no entendía nada.

Intenté ponerme en la posición de Jan. *Estoy mal y a veces pienso en quitarme la vida. Antes de hacerlo, ¿quiero enfretarme a mi padre y decirle lo que pienso de él? ¿Quiero decirle a mi madre que debería haberme protegido? ¿Quiero hacerles ver a ambos cómo me arruinaron la vida antes de ponerle fin?*

Me estremecí.

—¿Estás bien? —me preguntó papá.

—Sí —respondí.

—Es una buena cosa que no la hayamos encontrado allí —dijo él —. Debajo de ese puente. Es algo bueno. Porque significa que si ese era el sitio donde decía que quería matarse, pues entonces no lo ha hecho.

Papá estaba haciendo un gran esfuerzo. Ir hasta el puente había sido un disparo por aproximación, en el mejor de los casos. El hecho de que Jan no estuviera allí solo significaba que Jan no estaba allí. La verdad era que no sabíamos dónde estaba. Pero yo no quería hacer sentir mal a mi padre descartando su intento de encontrarle un aspecto positivo al asunto.

—Puede ser —respondí—. Puede ser. —Jan también había mencionado el puente mucho más alto que estaba en el centro de Promise Falls, pero si hubiera intentado algo allí, me dije, habría habido testigos. La policía se habría enterado casi de inmediato.

Papá señaló un coche delante de nosotros.

—¿Ves eso? El tipo no indicó que iba a girar. ¿Cómo de difícil poner el intermitente? Dios Santo.

Poco después, quedamos detrás de un conductor que se abrió

hacia la izquierda para girar en la entrada de una casa mientras nosotros seguíamos a buena velocidad.

—¿Pero qué coño hace? —se quejó papá—. La gente hace eso todo el tiempo en los caminos rurales. ¿Y si alguien se disponía a pasarnos o aparecía un coche de pronto en sentido contrario? Te juro que no comprendo cómo esta gente obtiene el carné de conducir.

Al ver que yo no respondía a ninguno de los dos comentarios, papá optó por tomarse las cosas con más calma. Finalmente, dijo:

—¿Has estado pensando en mi idea? ¿De que Jan tal vez haya ido en busca de sus padres?

—Sí.

—¿Tienes forma de ponerte en contacto con ellos? Tu madre me ha dicho que Jan no habla de ellos, que nunca te ha contado quiénes son ni dónde viven.

—Creo que podría encontrarlos, sí —repuse.

—¿En serio? ¿Cómo?

—Viven en Rochester —dije—. Sé cuál es su dirección.

—¿O sea que ella te lo contó?

—No exactamente —repuse.

—Pues si estuviera en tu lugar, los llamaría para ver si ella los ha contactado. Si viven en Rochester, Jan ya ha tenido tiempo de sobra para ir hasta allí.

¿Cómo? Yo estaba en mi coche y el de Jan estaba en casa.

—¿Cuántas horas son hasta allí? ¿Tres, cuatro?

—Menos de tres —dije.

—Cuando lleguemos a casa, los llamaremos. Es una llamada de larga distancia pero no me importa.

Eso sí que era una gran concesión por parte de papá. Detestaba que se hicieran llamadas de larga distancia desde su teléfono.

Le dirigí una mirada y sonreí.

—Gracias, papá. Pero pienso que en cuanto pronuncie el nombre de Jan, cortarán la llamada.

Meneó la cabeza ante la idea.

—¿Cómo es posible que haya padres así?

—No lo sé.

—O sea, tampoco es que tú siempre hicieras lo que queríamos, pero nunca renegamos de ti —dijo papá, esforzándose por sonreír. —A veces eras bastante insoportable.

—No lo dudo.

—Hay que dejar que los hijos tomen sus propias decisiones en la vida, buenas o malas.

—¿Es por eso que te cuesta tanto darme consejos? —pregunté.

Papá me fulminó con la mirada.

—Cierra la boca, sabelotodo.

Estábamos entrando en Promise Falls y faltaban solamente unas calles para llegar a casa de mis padres. Oscurecía y ya se habían encendido las farolas de la calle. Tuve un mal presentimiento cuando doblamos la esquina, y pensé que vería uno o dos coches policiales aparcados junto a la acera. Pero no había ningún vehículo delante de la casa.

Mi madre estaba de pie en la puerta. La abrió y salió mientras nos deteníamos en la entrada. Tenía una expresión esperanzada en el rostro, pero yo negué con la cabeza.

—Nada —dije—. No encontramos a Jan.

—Entonces no estaba... no se...

—No —repuse—. ¿Alguna novedad por aquí? ¿Supiste algo de la policía?

Ella negó con la cabeza. Entramos en la casa y vi a Ethan en el tercer escalón de la escalera, preparándose para saltar.

—Ethan, no...

Saltó al suelo y aterrizó con fuerza.

—¡Míra! —exclamó, mientras subía corriendo otra vez al tercer escalón y volvía a saltar.

—Ha estado imparable —dijo mamá—. Le permití tomar medio vaso de Coca con la pasta que comió.

A mamá siempre le gustaba echarle la culpa del comportamiento ruidoso de Ethan a algo que había comido o bebido. Según mi experiencia, no había relación entre ambas cosas.

Le di un beso y me dirigí a la cocina para usar el teléfono. Tenía la tarjeta del detective Duckworth en la mano y lo llamé al móvil.

—Duckworth.

—Habla David Harwood —dije—. Sé que seguramente me habría llamado si se hubiera enterado de algo, pero quería ver si supo algo más.

—No tengo novedades —respondió Duckworth en tono cauteloso.

—¿La policía sigue buscando?

—Así es, señor Harwood. —Hizo una pausa. —Creo que si no hay novedades durante la noche, si la señora Harwood no regresa, deberíamos emitir un comunicado por la mañana.

Imaginé a Jan entrando por la puerta de la casa de mis padres. Se oyó un golpe desde la sala cuando Ethan volvió a saltar.

—Me parece bien —dije—. ¿Qué opina de una conferencia de prensa?

—No me parece que sea el momento para eso —respondió—. Creo que por ahora será suficiente con una descripción de su esposa, una fotografía, y las circunstancias de su desaparición.

—Creo que necesitamos una conferencia de prensa —insistí.

—Veamos en qué situación estamos por la mañana —dijo. Había algo raro en su voz. Sonaba controlada, como si se estuviera guardando algo.

—Es posible que no esté aquí por la mañana —dije.

—¿Dónde va a estar?

—En Rochester, en casa de los padres de Jan.

Los ojos de mamá se agrandaron cuando me escuchó decir eso. No le había hablado sobre mi visita a la casa de la infancia de Jan.

A Duckworth, le dije:

—No ha tenido contacto con ellos en los últimos veinte años, creo. No vinieron a nuestra boda y no conocen a su nieto. Pero estuve pensando que tal vez Jan pudo haber decidido ir a verlos. ¿Y si después de tanto tiempo sintió la necesidad de ponerse en contacto con ellos por algún motivo que no me contó? Puede que finalmente haya querido decirles frente a frente lo que piensa de ellos.

Duckworth guardó silencio y luego se limitó a decir:

—Es posible.

—Podría llamarlos, pero creo que lo mejor es hablar con ellos cara a cara. Nunca me han visto. ¿Qué pensarán si llama un tío y les dice que es su yerno y que a propósito, su hija ha desaparecido y quería saber si por casualidad había pasado por allí? Y si Jan está allí y no quiere que lo sepa, temo que si llamo, decida marcharse.

—Puede ser —dijo Duckworth sin demasiada convicción.

En la sala, mamá le gritó a Ethan:

—¡Basta ya!

—Es probable que salga en unos minutos; dormiré en un hotel en Rochester, e iré a casa de los padres de Jan temprano por la mañana.

En lugar de referirse a mis planes, Duckworth dijo:

—Hábleme otra vez de su esposa y Leanne Kowalski.

La pregunta me desconcertó.

—Ya se lo he dicho. Trabajan juntas. Nada más.

—¿A qué hora llegaron usted y su hijo al parque Cinco Montañas, señor Harwood?

¿Por qué lo preguntaba así? ¿Por qué no preguntaba a qué hora habíamos llegado Ethan, yo, *y Jan* a Cinco Montañas?

—Creo que a eso de las once, tal vez un poco más tarde. ¿No lo registraron con exactitud cuando nos escanearon las entradas en la entrada?

—Creo que tiene razón —respondió Duckworth.

—¿Ocurre algo? —pregunté—. Por favor, dígame si algo ha ocurrido.

—Si tengo novedades, señor Harwood, me pondré en contacto.

Tengo el número de su móvil.

Corté. Mamá y papá me miraban.

—¿Jan te habló sobre sus padres? —preguntó mamá.

—Lo averigüé yo.

—¿Quiénes son?

—Horace y Gretchen Richler —respondí.

—¿Jan está enterada de que lo sabes?

Negué con la cabeza. No quería hablar del asunto. Me apoyé contra la encimera de la cocina. Estaba exhausto.

—Tienes que descansar —dijo mamá.

—Me voy a Rochester —anuncié.

—¿Mañana por la mañana?

—No, ahora. —De pronto me percaté del silencio reinante. —¿Dónde está Ethan?

—Cayó rendido sobre el sofá —respondió mamá—. Gracias a Dios.

—¿Puede pasar la noche aquí?

—No puedes conducir a ninguna parte —objetó mamá—. Te quedarás dormido al volante.

—¿Por qué no me preparas un termo con café para el viaje mientras le doy las buenas noches a Ethan? —sugerí.

Sin aguardar a que siguiera objetando, me dirigí a la sala, donde Ethan estaba con la cabeza apoyada sobre un extremo del sofá. Se había tapado con una manta.

—Tengo que salir, chiquitín —dije—. Te quedas a dormir aquí.

No hubo reacción. Tenía los ojos pesados.

—Seguro que mami está en el centro comercial.

—Es posible —respondí.

—Vale —dijo, y sus párpados se cerraron como pétalos de flores en la noche.

QUINCE

Barry Duckworth guardó el teléfono y se dirigió a Lyall Kowalski:

—Disculpe, tuve que atender.

—¿Era el marido de Jan? —preguntó Lyall. Duckworth y él estaban sentados en la sala de su casa. Lyall llevaba una camiseta negra y pantalones hasta la rodilla, sucios, con muchos bolsillos. Duckworth se preguntó si Lyall se habría quedado prematuramente calvo a los treinta y cinco años o se afeitaría la cabeza. Algunos hombres optaban por la moda de afeitársela por completo cuando comenzaban a perder el pelo.

Aun antes de ver al *pit bull* que salía de la cocina, Duckworth supo que había un perro; la casa estaba impregnada con el olor de la mascota.

—Sí, era él —respondió el detective.

—¿Ha visto a mi esposa?

—No —dijo Duckworth, mientras pensaba: *Al menos no lo dice.* Varios aspectos del caso habían comenzado a inquietarlo, aun antes de enterarse de que la compañera de trabajo de Jan Harwood también había desaparecido.

—Recuérdeme a qué hora se fue su esposa —dijo.

Lyall Kowalski se inclinó hacia adelante en el sofá, y apoyó los codos sobre las rodillas.

—Pues... veamos, se fue antes de que me levantara. Anoche llegué tarde y hoy dormí hasta entrada la mañana.

—¿Dónde estuvo?

—En el Trenton. —Un bar local. —Con algunos amigos. Tomamos varios tragos y Mick me trajo a casa.

—¿Mick?

—Mick Angus. Trabajamos juntos en la universidad Thackeray.

—¿Qué es lo que hacen allí, señor Kowalski?

—Trabajamos en el mantenimiento de los edificios.

—¿A qué hora llegó a casa, entonces?

Lyall frunció la cara, tratando de recordar.

—¿A las tres? O tal vez a las cinco.

—¿Y su esposa estaba aquí cuando llegó?

—Por lo que sé, sí —repuso, asintiendo.

—¿Cómo, por lo que sabe?

—Bueno, pues no tengo motivos para creer que no estaba.

—No comprendo.
—No le hablé. No llegué al dormitorio. Me acosté en el sofá.
—¿Por qué?
—Leanne se pone fatal cuando vuelvo a casa borracho. En realidad, se pone fatal también cuando estoy sobrio. Además, olvidé que anoche íbamos a salir a cenar. Así que no quise tener que lidiar con eso, por lo que no dormí con ella.
—¿Estuvo en el Trenton toda la noche?
—Creo que sí. Después de que cerraron, tomamos un par de tragos en el aparcamiento con Mick.
—¿Quién lo trajo a casa? —preguntó Duckworth en tono reprobador.
Lyall movió las manos, como si el asunto careciera de importancia.
—Mick conduce mejor que la mayoría de las personas, aun después de beber mucho.
—¿Dónde iban a ir a cenar?
—¿A Kelly's? —dijo Lyall, como si le estuviera pidiendo confirmación a Duckworth. —Sé que el jueves dije algo sobre llevarla allí a cenar, pero luego lo olvidé.
—¿Habló con su esposa en algún momento, anoche, mientras estaba en el Trenton's?
—Mi móvil estaba sin batería.
—Así que durmió en el sofá. ¿Vio a su esposa por la mañana?
—Pues ahí está el asunto Creo que la escuché decirme algo mientras dormía, pero no puedo asegurarlo.
—¿Qué suele hacer su esposa los sábados?
—Tiene una especie de rutina. Sale a eso de las ocho y media. La mayoría de los fines de semana sale sola, aun si yo no he estado con mis amigos la noche anterior. Me he ofrecido a ir con ella, pero solo porque sé que dirá que no. Le gusta salir sola. Yo no me ofendo ni nada de eso.
—¿Dónde va? —quiso saber Duckworth.
—A los centros comerciales. Le gusta ir a todos los que están entre entre Promise Falls y Albany. Le gusta Crossgates y el Colonie Center. ¿Cuánta ropa y zapatos y accesorios y maquillaje necesita una mujer?
—¿Gasta mucho dinero los sábados?
—No sé cómo hace. Tenemos un presupuesto limitado —repuso Lyall—. Lo que no entiendo es que si todos los centros comerciales tienen las mismas tiendas, ¿qué sentido tiene ir de uno a otro?
—No lo sé —dijo Duckworth, pensando que era la primera cosa medianamente inteligente que había dicho Lyall Kowalski.
—Cuando termina con los centros comerciales, hace una última

parada para comprar provisiones, porque no quiere que las cajas de comida congelada se le derritan mientras pasea por las tiendas.

—Entonces no sabe con exactitud dónde puede haber ido.

—No.

—¿Dónde compra las provisiones?

Lyall levantó los hombros.

—¿En un supermercado?

El perro, que parecía un saco de boxeo con piernas, caminaba por la habitación y sus uñas tintineaban sobre el suelo de madera. Se dejó caer sobre una alfombrita delante de un sillón.

—Si este fuera un sábado cualquiera ¿a qué hora regresaría su esposa?

—A eso de las tres o las cuatro. A las cinco, como máximo.

—¿A qué hora se levantó usted?

—A eso de la una —respondió Lyall.

—¿E intentó ponerse en contacto con su esposa?

—La llamé al móvil, pero se conecta directamente con el buzón de voz. Y ella no llamó para decir que estaba retrasada, tampoco.

Duckworth asintió.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su esposa o habló con ella, señor Kowalski?

Lyall lo pensó un instante.

—Creo que a mediodía de ayer. Me llamó desde el trabajo para preguntar a qué hora saldríamos a cenar —Hizo una mueca de dolor, como si alguien le hubiera pinchado el brazo.

—¿Entonces no habló con ella después de eso, ni por la noche, en ningún momento.

Lyall negó con la cabeza.

—¿Y esta mañana, tampoco?

Otro movimiento de cabeza.

—¿Cuando Mick lo dejó aquí anoche, ¿vio si estaba el coche de Leanne?

—No presté atención en ese momento.

—O sea que por lo que a usted respecta —dijo Duckworth—, ella puede no haber estado aquí anoche.

—¿Pero dónde estaría, si no estaba aquí?

—No lo sé. Lo que estoy preguntando es si puede afirmar con certeza que su esposa estaba en casa cuando usted llegó esta madrugada o si estaba esta mañana.

Lyall parecía anonadado.

—Supongo que estaba aquí. No tendría sentido que no estuviera.

—¿Tiene una lista de las tarjetas bancarias y de crédito que utiliza su esposa?

—¿Para qué?

—Podríamos investigar, verificar dónde las utilizó; eso nos diría dónde estuvo.

Lyall se rascó la cabeza.

—Cuando compra algo, Leanne suele utilizar efectivo.

—¿Por qué?

—Bueno, pues... es que nos cancelaron las tarjetas.

Duckworth suspiró.

—¿Leanne ha hecho algo así con anterioridad? ¿Salir y no regresar hasta tarde, o quedarse a dormir en casa de una amiga? ¿Es posible que... y disculpe que le pregunte esto...tenga un amante?

Lyall negó con la cabeza, cerró los puños y apretó los labios gruesos.

—Joder, no, o sea, no, no haría una cosa así.

Duckworth intuyó que había algo más.

—¿Señor Kowalski?

—Es mi chica. No me engañaría. De ninguna manera.

—¿Ha hecho algo así antes?

Lyall tardó demasiado en responder.

—No.

—Necesito que sea sincero conmigo —dijo Duckworth—. Este tipo de cosas nos suceden a todos.

Lyall movió los labios. Finalmente, dijo:

—Fue hace dos años. Estábamos pasando por un mal momento. No como ahora. Ahora las cosas están bien. Tuvo un asunto con un tipo al que conoció en un bar. Una relación de una sola noche, nada más. Con un tipo que estaba de paso.

—¿Quién era?

—Nunca lo supe. Pero ella me lo contó. No para confesar, sino para castigarme ¿sabe? Decía que si yo no la trataba bien, había muchos tipos que sí lo harían. Después de eso cambié.

Duckworth paseó la mirada por la habitación, luego volvió a concentrarse en Lyall.

El hombre estaba al borde de las lágrimas.

—Tengo miedo de que algo le haya sucedido. Que haya tenido un accidente con el coche o algo así. ¿Pudo verificar eso? Tiene un Ford Explorer. Es azul, modelo 1990, así que está bastante oxidado.

—No tengo información de ningún accidente con ese tipo de vehículo —respondió Duckworth—. Señor Kowalski, ¿qué relación tienen su esposa y Jan Harwood?

Lyall parpadeó.

—Trabajan juntas.

—¿Son amigas? ¿Salen juntas después del trabajo? ¿Alguna vez

han hecho una escapada de fin de semana juntas?

—Qué va, no —repuso Lyall—. Entre usted y yo, Leanne piensa que Jan es un poco presumida ¿sabe? Se cree mejor que los demás.

Por último, Duckworth le hizo algunas preguntas de rutina a Lyall Kowalski y anotó las respuestas en su libreta.

—¿Cuál es la fecha de nacimiento de su esposa?

—Hum, el nueve de febrero. Nació en 1973.

—¿Nombre completo?

—Leanne Katherine Kowalski. Bueno, antes de conocerme su apellido era Bothwick.

Duckworth seguía escribiendo.

—¿Peso?

—Ehh... ¿unos 63 kilos? ¿Sesenta? Es delgada. Y mide alrededor de un metro setenta.

—¿Color de pelo¿

—Negro. Lo lleva corto, con unas mechas claras.

Duckworth le pidió una fotografía. Lo mejor que pudo conseguir Lyall fue una de su casamiento con Leanne: una imagen de diez años de antigüedad en la que se estaban introduciendo mutuamente un trozo de pastel en la boca.

Duckworth subió al coche y antes de alejarse de la casa de los Kowalski, cogió el teléfono, aguardó a que alguien atendiera y dijo:

—Gunner.

—Sí, hola, detective.

—¿Sigues en Cinco Montañas?

—He estado aquí todo el día. Estoy a punto de terminar.

—¿Cómo te fue?

—Pues lo primero que hicimos fue volver a verificar para ver si podíamos rastrear ese tercer entrada que fue comprado por internet.

—Ajá.

—Pensamos que podría haber un error en el sistema, pero lo hemos descartado. Si entró en el parque, no lo hizo con una entrada comprada por internet.

—Entiendo —dijo Duckwroth.

—Luego, con las fotografías que nos dio el marido, pasamos el resto del día viendo imágenes de toda la gente que entró y salió del parque, tratando de ubicar a la mujer. Lo redujimos al lapso desde que ingresaron el marido y el niño hasta que él llamó a la policía.

—Te sigo.

—No es fácil. Hay tanta gente que a veces no puedes distinguirlos; otros tienen gorras o sombreros que les cubren la cara, por lo que es posible que haya estado en las imágenes y no la hayamos visto. Pero buscamos a una mujer cuya descripción coincidiera con la que nos dio

su esposo.

—Y nada.

—Nada. Si estaba allí, no la vimos.

—De cuerdo, te lo agradezco. Vete a casa.

—Pues no me lo diga dos veces —repuso Gunner.

—¿Campion sigue allí?

—Sí, ha estado aquí todo el día. La estoy viendo del otro lado de la puerta.

—Ponme con ella.

Duckworth oyó que Gunner dejaba el teléfono y llamaba a la agente Didi Campion. Veinte segundos más tarde, ella cogió el teléfono.

—Habla Campion.

—Soy Barry, Didi. Un día largo ¿no es así?

—Sí, señor.

—Quiero hacerte unas preguntas más sobre el tiempo que pasaste con el niño esta mañana.

—Claro.

—¿Dijo que la madre estuvo con ellos en el parque?

—¿A qué se refiere?

—¿El chico vio a la señora Harwood esa mañana?

—Preguntaba por ella. Preguntaba qué le había sucedido. Tuve la impresión de que la había visto en el parque.

—Crees que… cómo decirlo… ¿pueden haberlo convencido de que su madre había estado allí aunque no fuera así?

—O sea, que el padre le dijo vamos a encontrarnos con tu mamá ahora, tu mamá acaba de ir al baño… ¿algo así?

—Sí, estaba pensando en algo así —dijo Duckworth.

Campion respondió:

—Hummmm.

—Veamos, el chico tiene, ¿qué, cuatro años? Si le dices muchas veces a un niño de cuatro años que es invisible, comenzará a creérselo. Tal vez el padre le hizo creer que su madre estaba allí y no era cierto.

—El niño estaba algo aturdido —dijo Campion—. Por cansancio, no porque fuera tonto.

—Harwood dice que los tres fueron a pasar el día a Cinco Montañas pero solo compra dos entradas. Dice que la esposa ha estado hablando de suicidio, afirma que fue a ver al médico, pero resulta que no fue.

—¿No fue?

—No. Hoy hablé con el doctor Samuels. Y su jefe, ¿el dueño de la empresa de calefacción y refrigeración? Dice que no vio ninguna señal

de que estuviera deprimida en las últimas dos semanas. Es más, opina que parecía entusiasmada por algo, como que esperaba algo con ansiedad y entusiasmo.

—Qué extraño.

—Hasta ahora, el único que dice que la mujer tenía comportamiento suicida es el marido. El médico nunca la vio, el jefe dice que estaba bien.

—O sea que el marido está haciendo el trabajo preliminar.

—Bertram, el jefe de la mujer, dice que Harwood la llevó en coche a algún sitio el viernes. Cuando Bertram le preguntó dónde iban, ella dijo que era un secreto o algo así, una sorpresa.

—¿Adónde quiere llegar con esto, detective?

—¿Sigues de turno?

Campion suspiró.

—Estoy haciendo un turno doble. ¿Quiere que lo convierta en triple? Tener una vida normal está sobrevalorado, al fin y al cabo.

—Ya has redactado comunicados de prensa con anterioridad ¿verdad?

—Sí, lo he hecho.

—Le dije a Harwood que emitiríamos un comunicado mañana, pero creo que debemos hacerlo ahora. Para remover el avispero ¿entiendes? Todavía tenemos tiempo de que salga en los informativos de las once de la noche. Algo sencillo. Una foto de Jan Harwood, vista por última vez en los alrededores de Cinco Montañas. La policía busca información sobre el paradero de la mujer, contacte con nosotros, bla bla, bla, lo de siempre.

—Entendido. Me ocupo —dijo Campion.

Duckworth le agradeció y guardó el teléfono. Comenzaba a preguntarse si Jan Harwood había ido realmente a Cinco Montañas. Comenzaba a preguntarse qué podía haber hecho su esposo con ella.

Cómo demonios se relacionaba eso con Leanne Kowalski, no tenía idea. Pero que dos mujeres que trabajaban juntas desaparecieran al mismo tiempo era una coincidencia llamativa. Decidió concentrarse, de momento, sobre Jan Harwood. Tal vez durante el proceso de búsqueda aparecería también Leanne Kowalski.

DIECISEIS

Me encontraba a media hora de Rochester cuando sonó mi móvil.

—Salió en las noticias —anunció mamá—. Por televisión.

—¿Qué cosa? —pregunté—.

—Una fotografía de Jan, y dijeron que la policía pedía colaboración para dar con ella. ¿Es bueno, verdad, que hayan hecho eso?

—Sí —respondí lentamente—. Pero el detective me dijo que lo harían mañana. Me pregunto qué lo habrá hecho cambiar de idea. ¿Qué dijeron?

—No mucho —respondió mi madre—. Dieron su nombre, edad, altura y la ropa que llevaba.

Desde el fondo, mi padre gritó:

—¡Y el color de ojos!

—Es cierto. Dijeron qué color de ojos tenía y esa clase de cosas.

—¿Y dónde sucedió?

—Solo lo mencionaron —repuso mamá—. Dijeron que fue vista por última vez en los alrededores de Cinco Montañas. Pero no dijeron nada sobre el hombre que quiso llevarse a Ethan. ¿No deberían haber hablado de eso?

—No sé por qué no me llamó el detective Duckworth. Lo lógico sería que me avisara si decidió emitir un comunicado de prensa antes de lo que me dijo.

Me pregunté cuánto tardaría en llamarme alguien del periódico para preguntarme qué coño sucedía, cómo podía ser que el *Standard* no tuviera la primicia de la desaparición de la esposa de uno de sus periodistas. Aun si el periódico no saldría hasta el día siguiente, la noticia podía haber sido publicada en el sitio web.

No tenía tiempo de preocuparme por eso.

—¿Estás cerca, ya? —preguntó mamá. Papá gritó: —¡Dile que no deje de beber café!

—Bastante cerca —dije—. Pensaba dormir en un hotel e ir a casa de los padres de Jan por la mañana, pero ahora pienso que tal vez deba ir a golpear a la puerta esta misma noche. No puedo pasarme la noche en un hotel pensando en ella. Tengo que hacer algo ahora mismo.

No escuché nada del otro lado de la línea.

—¿Mamá?

—Perdona. Estaba asintiendo. Creo que pensé que podías verme. —Soltó una risa cansada.

—¿Cómo está Ethan?

—Acabo de dejarlo en el sofá. Temo que si lo muevo, se despierte y no quiera volver a dormirse. Tu padre y yo estamos a punto de acostarnos. Pero si sucede algo, si tienes alguna novedad nos llamas ¿de acuerdo?

—Sí, lo haré. Lo mismo para vosotros, si os enteráis de algo me llamáis.

Antes de guardar el teléfono en la chaqueta, pensé en llamar al detective Duckworth y preguntarle por qué había emitido el comunicado con la foto de Jan esta misma noche. Pero ya casi estaba en Rochester y necesitaba concentrarme en mi inminente encuentro con los padres de Jan.

No era algo que me resultara atractivo, sobre todo después de las cosas que había dicho Jan sobre ellos. Pero no estaba allí para criticarlos por cómo la habían criado. Ni para culparlos ni decidir quién tenía razón y quién no.

Quería saber si habían visto a Jan. Solo eso. ¿Había estado allí? ¿Los había llamado? ¿Tenían idea de dónde podía estar?

Pasada la medianoche, salí de la carretera 90 y tomé hacia el norte por la 490. Enseguida después, tomé la salida de Palmyra Road y me dirigí a la Avenida Lincoln.

Las farolas eran lo único encendido a las doce y diez de la noche. Se podría haber pensado que una noche de sábado habría alguien con las luces encendidas a esa hora, alguna fiesta. Pero tal vez en esa calle vivía gente mayor. Todo quedaba a oscuras pasadas las diez de la noche de un sábado.

Conduje por la avenida y me detuve delante de la casa que había visto una sola vez. El Oldsmobile estaba en la entrada. La casa se encontraba a oscuras, salvo por una luz sobre la puerta de entrada.

Apagué el motor y me quedé en el coche un momento, escuchando cómo se enfriaba el motor.

Me pregunté si Jan estaría en la casa.

Si había regresado, era difícil imaginar qué clase de enfrentamiento habría tenido que pudiera haber terminado en una invitación a pasar la noche allí.

—Hagámoslo de una vez —me dije.

Salí del coche y cerré la puerta lo más silenciosamente que pude. No tenía sentido despertar a más gente de la necesaria. Crucé la calle desierta, tomé por la entrada y subí los escalones del porche de la casa de Horace y Gretchen Richler.

Me quedé de pie bajo la luz de la bombilla, buscando el timbre. Lo

encontré a la derecha del marco de la puerta y lo pulsé con el pulgar, oprimiendo con fuerza.

No se oyó ningún sonido de timbre dentro de la casa. Dirigí una mirada al buzón de metal que colgaba de la pared, vi que tenía una pegatina con la inscripción “No dejar folletos ni publicidad.” Tal vez a los Richler no les agradaba que los molestaran con visitas o correspondencia comercial. Una forma de lidiar con eso era desconectar el timbre.

O posiblemente estuviera roto. Para cerciorarme, oprimí el botón por segunda vez, pero no escuché ningún sonido dentro de la casa.

Abrí la puerta mosquitera y vi una aldaba de bronce oscurecido sobre la puerta principal. Golpeé cinco veces. No sabía si el ruido despertaría a los Richler, pero allí en el porche los golpes sonaron como disparos.

Esperé quince segundos y al ver que no se encendía ninguna luz, volví a golpear. Estaba a punto hacerlo por tercera vez cuando vi por la ventana una luz en la escalera.

Alguien estaba despierto.

Golpeé dos veces más, con menos fuerza, para que no creyeran que la persona que estaba en la puerta había decidido marcharse antes de que ellos bajaran. Un instante después, apareció Horace Richler, en pijama y bata; el poco pelo que le quedaba apuntaba en todas las direcciones.

Antes de llegar a la puerta gritó:

—¿Quién es?

—¿Señor Richler? —dije. No grité, pero hablé en volumen lo suficientemente alto como para que me escuchara del otro lado de la puerta. —Necesito hablar con usted.

—¿Quién coño es? ¿Sabe la hora que es? ¡Tengo un arma, le advierto!

Si era cierto, no la tenía en la mano en ese momento.

—Me llamo David Harwood. Por favor, necesito hablar con usted ¡Es muy importante!

Alguien más bajaba por la escalera. Era Gretchen Richler, en camisón y bata, también despeinada. Escuché que le preguntaba a su marido quién era, qué estaba ocurriendo.

—¡Es sobre Jan! —dije.

Me pareció que Horace Richler vacilaba un segundo antes de abrir la puerta, mientras se preguntaba si había escuchado bien. Escuché el ruido de un cerrojo, luego el de una cadena y la puerta se abrió unos treinta centímetros.

—¿Qué demonios es todo esto? —preguntó Horace Richler. Su esposa se apretaba contra su espalda, no sé si a modo de protección o

para que yo no la viera en ropa de cama. Tal vez por ambos motivos.

—Siento mucho despertarlos, señor Richler, señora Richler. De verdad, lo siento muchísimo. No lo haría si no se tratara de una emergencia.

—¿Quién es usted? —preguntó Gretchen Richler. Su voz sonaba aguda y áspera, como un disco antiguo que gira demasiado rápido.

—Me llamo David Harwood. Soy el marido de Jan.

Los dos se quedaron mirándome.

—Créanme que no hubiera querido conocerlos de esta manera. He venido en coche desde Promise Falls. Jan ha desaparecido y estoy tratando de encontrarla. Pensé que tal vez existía una posibilidad de que hubiera venido a verlos.

Seguían mirándome. La cara de Horace Richler, paralizada al principio, comenzaba a fruncirse en una mueca de furia.

—Se ha confundido, señor —dijo—. Márchese ahora mismo de mi puerta.

—Por favor —dije—. Sé que algo ocurrió entre ustedes y su hija, que no han hablado con ella en mucho tiempo, pero temo que algo malo le haya sucedido. Pensé que tal vez, si no ha venido aquí, tal vez les llamó o tienen alguna idea de dónde podría haber ido, con qué amigos podría haberse contactado.

Horace Richler estaba rojo de furia y tenía los puños cerrados a los costados del cuerpo.

—No sé qué quiere, pero le aseguro que por más anciano que sea lo echaré a patadas en el culo si es necesario.

Yo no estaba para darme por vencido.

—Dígame si no estoy en la casa indicada —dije—. Vosotros sois Horace y Gretchen Richler y su hija se llama Jan.

Gretchen salió de detrás de su esposo y me habló por primera vez.

—Así es —susurró.

—Mi hija murió —dijo Horace con los dientes apretados.

Sus palabras fueron como si me hubiera dado un golpe con un palo en la cabeza. Algo horrible había sucedido. Había llegado demasiado tarde.

—Dios mío —dije—. ¿Cuándo? ¿Qué ocurrió?

—Murió hace mucho tiempo —dijo él.

Solté el aire. Al principio creí que se refería a que algo acababa de sucederle a Jan. Luego comprendí que quería decir que como estaban distanciados, era como si su hija estuviera muerta para él.

—Sé que puede sentirlo de esa forma, señor Richler. Pero si alguna vez amó a su hija, tiene que ayudarme.

—No comprende —intervino Gretchen—. Murió, de verdad.

Volví a sentir que me golpeaban la cabeza. Había llegado

realmente tarde. ¿Jan ya había ido a ver a sus padres? ¿Se habría quitado la vida aquí? ¿Sería ese su último acto de venganza hacia ellos? ¿Venir a Rochester y suicidarse en su casa?

—¿Qué quiere decir? —logré preguntar.

—Murió cuando era una niña —dijo Gretchen—. A los cinco años. Fue terrible.



PARTE TRES

DIECISIETE

La mujer abrió los ojos. Parpadeó un par de veces para adaptarse a la oscuridad.

Estaba en la cama, de espaldas, mirando el techo. Hacía calor en la habitación –se escuchaba el ronroneo y traqueteo de un aparato de aire acondicionado en alguna parte, pero no estaba cumpliendo su función- y durante el sueño, se había destapado hasta la cintura.

Se tocó el estómago para ver si estaba sudada. Tenía la piel fresca, pero ligeramente pegajosa. Se sorprendió por un instante al descubrir que estaba desnuda. Hacía tiempo que había dejado de dormir desnuda. En aquellos primeros meses de matrimonio lo había hecho, claro, pero después de un tiempo uno prefiere cubrirse con algo.

La luz de las farolas altas de la autopista se filtraba por las persianas torcidas de la ventana. Se escuchaba el ruido del tránsito incesante, de los grandes camiones con remolque que pasaban rugiendo en la noche.

Intentó recordar dónde se encontraba, exactamente.

Tras descubrirse las piernas, se incorporó y apoyó los pies en el suelo. Sintió la aspereza de la alfombra industrial barata debajo de los dedos. Se quedó sentada en la cama un instante, inclinada hacia adelante, con la cabeza en las manos y el pelo sobre los ojos.

Le dolía la cabeza. Miró hacia la mesita de noche, como si mágicamente pudieran aparecer allí un vaso de agua y una aspirina, pero lo único que vio en la penumbra fueron algunos billetes arrugados y unas monedas, un reloj digital que marcaba las 00:10 y una peluca rubia.

Comprendió que sólo había dormido una hora. Se había acostado alrededor de las diez y media de la noche y había dado vueltas en la cama y contemplado el techo manchado hasta pasadas las once. En algún momento, evidentemente, se había quedado dormida, pero no había descansado en esa hora de sueño.

Se levantó, despacio, dio dos pasos hasta la ventana y espió por entre las persianas. La vista no era nada del otro mundo. Un aparcamiento con un cuarto de las plazas ocupadas. Un letrero de “Best Western” lo suficientemente grande como para que se viera desde la autopista interestatal. En la distancia, más letreros gigantescos. Uno de Mobil, otro de McDonald’s.

La mujer se dirigió a la puerta y comprobó que seguía con llave.

Caminó descalza por la habitación y abrió la puerta del baño. Entró y buscó el interruptor de luz; aguardó a encenderla hasta haber cerrado la puerta.

La luz penetrante la cegó. Entornó los párpados hasta acostumbrarse, luego contempló su imagen desnuda en el gran espejo que estaba encima del lavabo.

—Ay, Dios —susurró. Tenía el pelo negro apelmazado, los ojos oscuros, los labios secos.

Sobre la encimera junto al lavabo había un estuche de tela abierto que contenía artículos de tocador. Entre los que habían quedado fuera vio un cepillo de dientes, algo de maquillaje y un cepillo de pelo. Abrió el estuche y revolvió el contenido.

—¡Bien! —exclamó cuando encontró lo que buscaba. Un envase pequeño de aspirina. Desenroscó la tapa e hizo caer dos comprimidos en la palma de su mano. Se los llevó a la boca, abrió el grifo y se inclinó para recoger agua en la palma de la mano y tragar las pastillas. Echó la cabeza hacia atrás para facilitarles el paso por la garganta y luego bebió más agua. Extendió el brazo para secarse la mano y la barbilla con una toalla.

Miró la venda que tenía en la parte interna del tobillo derecho e hizo una mueca de disgusto. El corte no habría cicatrizado todavía. Tendría que darle un par de días más.

En ese momento, el estómago le gruñó tan fuerte que el ruido pareció rebotar contra los azulejos del diminuto baño. Tal vez por eso le dolía la cabeza. Tenía hambre. Apenas si había comido en todo el día. Había estado demasiado nerviosa y había temido vomitar.

Seguramente el local de McDonald's estaría abierto las veinticuatro horas. Los camioneros tenían que detenerse a comer en algún sitio durante la noche. Con un Big Mac se arreglaría. Imaginó su maravillosa insipidez. Ya no quedaba nada para comer en la habitación de hotel. Ni si quiera unos Doritos ni media barra de chocolate. Habían comprado algo de comida basura durante el camino, pero ella casi no la había tocado.

A pesar de que estaba hambrienta, no iba a aventurarse fuera de la habitación del hotel. Lo mejor era no moverse, al menos por el momento. Podría terminar llamando más la atención de noche, una mujer sola, que durante el día.

Apoyó la mano sobre la manilla de la puerta, apagó la luz y luego la giró. Sus ojos tuvieron que volver a adaptarse a la oscuridad para que no tropezara con nada en camino hacia la cama.

Volvió a la ventana, casi esperando ver el Ford Explorer azul allí fuera. Pero se habían deshecho de él hacía tiempo, y lejos de ese lugar. Tarde o temprano lo encontrarían y era difícil saber si

terminaría siendo algo bueno o malo. Lyall seguramente ya habría llamado a la policía. Inútil como era, con el tiempo notaría que su esposa no había regresado a casa. Se lo pasaba bebiendo hasta cualquier hora con los amigos, nunca ayudaba en la casa y encima tenía ese perro maloliente. El Explorer apestaba a ese maldito perro. Por lo menos Lyall no era uno de esos borrachos violentos. Cada tanto veía une expresión en su cara, como que ya no iba a seguir aguantando. Pero nunca duraba demasiado. El infeliz ni siquiera tenía las agallas para rebelarse.

Alguien se movió en la otra mitad de la cama en la que ella había estado durmiendo hacía unos instantes.

Se apartó de la ventana. No había nada que hacer, salvo tratar de volver a dormirse. Tal vez, una vez que la aspirina hiciera su efecto, podría conciliar el sueño. Miró el reloj: las 00:21.

No había motivos para levantarse temprano. Ya no tenía que ir a trabajar. Ni tenía que prepararle el desayuno a nadie.

Se sentó con suavidad en el costado de la cama, levantó las piernas muy lentamente y se metió bajo las sabanas; apoyo la cabeza sobre la almohada, conteniendo la respiración. Si algo bueno tenían las camas de los moteles era eso: los colchones parecían estar apoyados sobre hormigón, no sobre canapés con resortes y por lo general se podía levantarse y acostarse sin interrumpir el sueño del compañero.

Pero esta vez no fue así.

La persona del otro lado de la cama se volvió y dijo:

—¿Qué sucede, cariño?

—Shh, nada, duérmete —respondió ella.

—¿Qué sucede?

—Me dolía la cabeza, estaba buscando aspirina.

—Hay pastillas en el estuche allí.

—Ya las encontré.

Una mano se extendió y buscó su pecho; le acarició el pezón entre los dedos pulgar e índice.

—Joder, Dwayne, te digo que me duele la cabeza ¿y acto seguido me manoseas?

Él retiró la mano.

—Estás estresada, nada más. Te tomará un tiempo reponerte de todo este asunto de Jan.

La mujer dijo:

—¿De qué me tengo que reponer? Está muerta.

DIECIOCHO

—Bien, lárguese de mi casa y coja la puta carretera —me dijo Horace Richler

—No... no comprendo —balbuceé, de pie frente a la puerta abierta; miré primero a Horace y luego a su esposa, Gretchen.

—Pues qué pena —repuso él y se dispuso a cerrar la puerta.

—¡Aguarde! —exclamé—. ¡Por favor! Esto no tiene ningún sentido.

—Ni que me lo diga —se quejó Horace—. Nos despierta en la mitad de la noche preguntando por nuestra hija muerta. ¡Claro que no tiene sentido!

Ya casi había cerrado la puerta cuando Gretchen dijo:

—Horace.

—¿Eh?

—Aguarda un instante. —La puerta no se abrió un centímetro más, pero tampoco se cerró. Gretchen me dijo:

—¿Quién dijo que era?

—David Harwood —repuse—. Vivo en Promise Falls.

—¿Y el nombre de su esposa es Jan?

Horace la interrumpió.

—Por Dios, Gretchen, el tío está loco, no le sigas la corriente.

—Así es —le dije a Gretchen. — Jan, o como usted sabe, Janice. Ahora se llama Janice Harwood, pero antes de casarnos su nombre era Jan Richler.

—Debe de haber muchas Jan Richlers en el mundo —dijo Gretchen—. Se ha equivocado de casa.

Yo tenía la mano apoyada sobre la puerta, con la esperanza de que no se cerrara.

—Pero su certificado de nacimiento dice que sus padres son Horace y Gretchen y que nació aquí en Rochester.

Los dos se quedaron mirándome, sin saber qué creer.

Sorprendentemente, fue Horace el que preguntó:

—¿Cuándo cumple años? —Había una nota desafiante en su voz, como si esperara que yo no supiera la respuesta.

—El 14 de agosto de 1975.

Fue como si se hubieran quedado sin aire. Horace parecía haber recibido un golpe en el pecho. Se replegó sobre sí mismo y agachó la cabeza. Soltó la puerta, se volvió y retrocedió un paso dentro de la

casa.

La expresión de Gretchen se tornó sombría, pero ella mantuvo su posición en la puerta.

—Lo siento —dije—. Esto es un golpe tan sorpresivo para mí como para ustedes.

Gretchen meneó la cabeza con tristeza.

—Esto es muy difícil para él.

—No sé cómo explicarlo —dije. Sentía las rodillas flojas y me di cuenta de que estaba temblando. —Mi esposa desapareció hoy, es decir, el sábado cerca del mediodía. Se esfumó, sin más. He estado tratando de pensar con quién podría haberse puesto en contacto, por eso vine hasta aquí a verles.

—¿Por qué su esposa tendría en su poder el certificado de nacimiento de nuestra hija? —preguntó Gretchen—. ¿Cómo es posible?

Antes de siquiera pensar en una explicación, dije:

—¿Le molesta si entro?

Gretchen se volvió hacia su esposo, que había estado escuchando, sin mirarnos.

—¿Horace? —preguntó. Lo único que hizo él fue levantar una mano en señal de rendición, como dando a entender que era decisión de su esposa permitirme entrar en la casa.

—Pase, entonces —dijo ella y abrió la puerta.

Me guió hasta una sala con muebles que supuse habrían heredado de sus propios padres. Solo el gastado diván parecía tener menos de veinte años. Los pocos colores que había provenían de cojines recubiertos con fundas de crochet que intentaban parecer flores. Desparramados por el diván y los sillones, eran como estampillas en viejos sobres de papel manila. En la pared, casi a la altura del techo, colgaban cuadros baratos con paisajes.

Me senté en uno de los sillones. Gretchen ocupó el diván y se ajustó la bata alrededor del cuerpo.

—Horace, ven, cariño, siéntate.

En la sala se veían algunas fotografías familiares enmarcadas; en la mayoría de ellas aparecían Horace o Gretchen o ambos, a menudo con un niño. Si las fotos hubieran estado ordenadas cronológicamente, habría podido ver la progresión del chico desde los tres años a los veinte o veintidós. Una fotografía lo mostraba, de adulto, con uniforme militar.

Gretchen vio que lo miraba.

—Ese es Bradley —dijo.

Asentí. En situaciones normales, habría hecho algún comentario sobre que era un chico bien parecido, guapo, cosa que era cierta. Pero

me sentía demasiado aturdido como para cháchara.

A regañadientes, Horace Richler se acercó al diván y se sentó junto a su esposa. Gretchen apoyó la mano sobre la pierna de él, cubierta por el pijama.

—Falleció —dijo Horace al ver que yo había estado observando la fotografía del muchacho.

—En Afganistán —aclaró Gretchen—- Uno de esos explosivos caseros.

—Lo siento mucho.

—Murieron dos canadienses y él —prosiguió Gretchen—. Hace casi dos años, ya. En las afueras de Kabul.

Se hizo silencio durante unos instantes.

—Perdimos a nuestros dos hijos —dijo Gretchen.

En tono vacilante, dije:

—No veo ninguna fotografía de su hija. —Estaba desesperado por ver qué aspecto había tenido, aun a los cinco años. Si se trataba de Jan, estaba seguro de que la reconocería.

—No tenemos ninguna aquí —dijo Gretchen.

No respondí, sino que aguardé su explicación.

—Es... es difícil —dijo ella—. Aun después de tantos años... recordar lo sucedido.

Siguió otro silencio incómodo hasta que Horace, cuyos labios se habían estado moviendo a modo de preparación, dijo abruptamente:

—La maté.

Casi sin voz, exclamé:

—¿Cómo dice?

El mantenía la mirada baja, como avergonzado. Gretchen le aferró la rodilla con fuerza y le apoyó la otra mano sobre el hombro.

—Horace, no hagas esto.

—Es verdad —dijo él—. Ya han pasado muchos años y no tiene sentido andar con rodeos.

—Fue algo terrible, terrible —me dijo Gretchen—. No fue culpa de Horace. —Su rostro se frunció, como si ella estuviera intentando contener el llanto. —Perdí una hija y un marido, aquel día. Mi marido no volvió a ser el de antes, y pasaron treinta años. Es un buen hombre, que nadie diga otra cosa.

—¿Qué sucedió? —pregunté.

Gretchen comenzó a hablar, pero Horace la interrumpió.

—Yo puedo contarlo —afirmó, como si confesar fuera parte de su penitencia—. He perdido una hija y un hijo. ¿Qué coño importa ya?

Buscó en su interior la fuerza para continuar.

—Fue el 3 de septiembre de 1980. Yo había regresado del trabajo y Gretchen había preparado la cena. Jan y una de sus amiguitas,

Constance, estaban jugando en el jardín delantero.

—Discutiendo, más que jugando —interpuso Gretchen. La miré. —Yo las había estado observando por la ventana. Ya sabe cómo son las niñitas a veces.

Horace continuó:

—Iba a encontrarme con mis amigos después de la cena para jugar a los bolos. En aquel entonces, formaba parte de una liga. El asunto es que había llegado tarde a casa, así que comí a toda velocidad porque tenía que encontrarme con los demás a las seis y ya eran las seis y diez cuando terminé de cenar. De manera que corrí hasta el coche, me subí y salí de la entrada marcha atras como si me persiguiera el diablo.

Aguardé, sintiendo que el estómago se me iba a los pies.

—No fue su culpa —volvió a decir Gretchen—. A Jan... la empujaron.

—¿Qué? —exclamé.

—Si yo no hubiera estado retrocediendo tan rápido —dijo Horace —, no hubiera importado. No puedes echarle la culpa a esa otra niña.

—Pero es lo que sucedió —dijo Gretchen—. Las niñas estaban discutiendo junto a la entrada de coches y Constance empujó a Jan justo cuando Horace comenzó a salir marcha atras.

—Ay, Dios mío —dije.

—Me di cuenta de inmediato que había golpeado algo —dijo Horace—. Pisé el freno y descendí, pero...

Se interrumpió, cerró los puños con fuerza, como si eso fuera a impedir que los ojos se le llenaran de lágrimas. Logró detenerlas, pero Gretchen, no.

Intenté tragar saliva.

—La otra niñita empezó a gritar —dijo Gretchen—. Fue su culpa, pero ¿se puede realmente culpar a un niño? Las criaturas no comprenden las consecuencias de sus acciones. No pueden anticiparse a lo que sucederá.

—Ella no conducía el coche —dijo Horace—. El que estaba detrás del volante era yo. Debí haber mirado con atención. Yo debí anticiparme a lo que podía suceder. Y no lo hice. Estaba demasiado preocupado por llegar a un puto salón de bolos a tiempo. —Meneó la cabeza. —Y lo increíble del caso es que nunca me hicieron nada. Dijeron que no era mi culpa, que había sido un accidente, una de esas tragedias horribles. Ojalá me hubieran castigado de algún modo, pero tal vez nada habría cambiado. Cualquier cosa que hubieran hecho, que no fuera matarme, no me habría impedido querer castigarme a mí mismo aún más.

—Horace intentó quitarse la vida —dijo Gretchen—. En un par de ocasiones.

Él miró hacia otro lado, más avergonzado por esa revelación que por la que él había hecho. Cuando no dijo nada más, comprendí que era el final de la historia.

—Esa niña que empujó a Jan, también se arruinó la vida aquel día. Sé que merece algo de compasión —acotó Gretchen—, pero nunca se la tuve, ni a ella ni a sus padres. Se mudaron al poco tiempo, lo que no resultó sorprendente. A veces pienso que deberíamos haber hecho lo mismo.

—No hay una vez que suba al coche y no piense en lo que hice —confesó Horace—. Ni una vez he dejado de recordarlo, en todos estos años.

Esa era la habitación más triste en la que había estado en toda mi vida.

Yo estaba hecho un desastre. Escuchar a Horace Richler mientras contaba cómo había arrollado a su propia hija hubiera sido devastador en sí mismo, pero las implicaciones de su historia me abrumaban.

Hablaba de Jan. La Jan del certificado de nacimiento de mi esposa.

Pero la Jan de Horace había muerto hacía décadas. Y mi Jan, al menos hasta hoy, estaba viva.

Mi esposa tenía el nombre de la hija de Horace y Gretchen Richler. Tenía su certificado de nacimiento.

Pero era patentemente obvio que no podían ser la misma persona.

Yo había perdido el habla. Estaba tan aturdido por lo que había escuchado que no sabía qué decir.

—¿Señor Harwood? —dijo Gretchen—. ¿Se encuentra bien?

—Perdone, yo....

—No se ve bien. Tiene bolsas debajo de los ojos y parece no haber dormido en mucho tiempo.

—No sé... no sé cómo tomar esto.

—Pues mire —dijo Horace, tratando de devolverle algo de fuerza a su voz—, nosotros tampoco sabemos cómo tomar su visita.

Intenté concentrarme.

—Una foto —dije—. ¿Por favor, podría ver una foto de Jan?

Gretchen y su marido intercambiaron miradas antes de decidir que mi pedido era razonable. Ella se puso de pie y cruzó la sala hasta un rincón donde había un escritorio antiguo con una silla delante. Se sentó, abrió un compartimiento y buscó dentro.

Debió de haber mirado subrepticiamente la foto con frecuencia, pues no le tomó más que unos segundos dar con ella. Me resultaba comprensible, desde el punto de vista de Horace, que la fotografía no estuviera exhibida. ¿Acaso alguien podía querer que la hija a la que había matado lo mirara todos los días?

Era una fotografía en blanco y negro, como las que se tomabam en Sears, de doce por seis centímetros. Estaba ligeramente descolorida y uno de los extremos estaba doblado.

Gretchen me la entregó.

—La hicimos tomar unos dos meses… antes —dijo.

Jan Richler había sido una niña preciosa. Rostro angelical, hoyuelos, ojos brillantes, rizos rubios.

Estudié la fotografía, buscando indicios de mi esposa en ella. Tal vez algo en los ojos, en el modo en que las comisuras de la boca se curvaban hacia arriba. La línea de la nariz.

Intenté imaginar esta fotografía sobre una mesa cubierta de imágenes de otros niños. Busqué cualquier cosa que pudiera hacerme elegirla y decir: "Es ella. Esta es la niña con la que me casé."

No había nada.

Le devolví la foto a Gretchen Richler.

—Gracias —dije en voz baja.

—¿Y bien? —quiso saber ella.

—Sé que resulta una obviedad absurda decir que no es mi esposa —dije—, pero es así: no es ella.

Horace emitió un gruñido.

—¿Me permiten mostrarles una foto? —dije, y busqué dentro de mi chaqueta una de las copias de la fotografía que le había enviado al Detective Duckworth, tomada en Chicago.

Horace la tomó primero, le dirigió una mirada rápida y se la alcanzó a Gretchen.

Ella le dedicó la atención que me parecía que merecía, si se tenía en cuenta que era una mujer que llevaba el nombre de su hija. La miró con el brazo extendido primero, luego se la acercó a la cara y la examinó detenidamente antes de dejarla sobre la mesa.

—¿Nota algo? —pregunte.

—Solo…. Lo hermosa que es su mujer —dijo ella, como en una ensoñación—. Me gusta pensar que si nuestra Jan hubiera vivido, habría sido tan bonita como su esposa. —Tomó la foto para entregármela, luego cambió de idea. —Si esta mujer, su esposa, está utilizando el nombre de nuestra hija, tal vez tenga lazos con esta zona. ¿Le parece que me quede con ella, por si la veo?

Yo tenía más copias de la foto. Supuse que era posible que Jan apareciera por aquí, aunque ahora no podía imaginar por qué y era buena idea que los Richler tuvieran su imagen fresca en la mente.

—Sí, claro —repuse.

Gretchen tomó la foto y la guardó en el cajón junto con la de su hija. Permaneció allí, de espaldas a nosotros.

—¿Y esta mujer dice que somos sus padres?

—Nunca mencionó sus nombres —dije—. Los obtuve del certificado de nacimiento.

Gretchen se volvió lentamente y dijo:

—¿No le pareció extraño que nunca lo haya llevado a conocer a sus padres?

—Desde el comienzo dijo que estaba distanciada de su familia. Por eso vine hasta aquí. Pensé que tal vez estaría intentando reconectarse con ustedes. Decirles lo que pensaba. Algo. Porque en las última dos semanas ha estado muy angustiada. Deprimida. Pensé que tal vez podría estar… no lo sé, exorcizando sus demonios. Enfrentándose a las cosas que la habían angustiado durante muchos años.

—¿Me disculpa un momento? —dijo Gretchen con voz ligeramente temblorosa.

Ni Horace ni yo sentimos la necesidad de concederle permiso. Una vez que hubo subido la escalera y escuchamos el ruido de una puerta al cerrarse, Horace me dijo:

—Cuando crees que te has repuesto, sucede algo que abre la herida otra vez.

—Lo siento —dije.

—Sí, bueno, me da igual —repuso Horace.

Asentí, compungido e intenté ponerme de pie. Estaba algo mareado.

—Espero que no esté pensando en conducir un coche —dijo Horace.

—Estaré bien —dije—. Me detendré a tomar café o algo en el camino.

—Se lo ve tan cansado que no creo que ni el café lo ayude —dijo. Era la primera vez desde que yo había llegado que lo escuchaba hablar con tono conciliador.

—Tengo que volver a casa, ver a mi hijo. Si tengo sueño, me detendré a dormir un rato —dije.

Desde la cima de la escalera, Gretchen dijo:

—¿Qué edad tiene su hijo? Parece de unos tres años en esa fotografía con su esposa.

Observé cómo descendía y entraba en nuestro campo de visión. Parecía haberse recompuesto.

—Tiene cuatro años —repuse—. Se llama Ethan.

—¿Hace cuánto que estáis casados?

—Cinco años.

—¿De qué le servirá a su hijo si usted se duerme y cae en una zanja?

Sabía que tenía razón.

—Buscaré un sitio donde dormir —dije.

Gretchen señaló el sofá donde estaba sentado Horace.

—Puede quedarse aquí.

El diván, con los cojines coloridos, de pronto me resultaba muy tentador.

—No quiero molestarles —dije.

—Por favor —repuso Gretchen.

Asentí, agradecido.

—Me marcharé temprano por la mañana.

Horace tenía el entrecejo arrugado y el rostro fruncido.

—Si no le molesta que se lo pregunte —dijo—, su esposa anda por allí diciendo que es Jan Richler, pero no lo es. ¿Quién coño es, entonces?

La pregunta ya se me había formado en la mente, pero yo había estado intentando ignorarla.

Horace no había terminado.

—¿Y cómo pudo haberle hecho eso a nuestra hija? ¿Robarle el nombre? ¿No ha sufrido suficiente, acaso?

DIECINUEVE

El domingo por la mañana, el radio reloj de los Duckworth sonó a las 06:30.

El detective no se movió. No escuchó al presentador decir que sería un día nublado ni que la temperatura rondaría los veinticinco grados ni que tal vez llovería el lunes.

Pero Maureen Duckworth escuchó todo porque ya estaba despierta desde hacía un buen rato. Una pesadilla –otra más que involucraba a Trevor, el hijo de diecinueve años que estaba viajando por Europa con su novia, Trish, y no había llamado ni enviado un correo electrónico ni nada en dos días, algo que era característico de él, pues no pensaba un minuto en la preocupación de su madre- la había despertado a eso de las cuatro. En el sueño, su hijo había decidido practicar *bungee jumping* desde la Torre Eiffel, y durante el vuelo había sido atacado por monos voladores.

Sabía que eran muchas las cosas que podían sucederle a un chico mientras estaba de viaje, pero tenía que admitir que esa situación en particular era poco probable. Se convenció de que la pesadilla no tenía ningún sentido, que no era una mala señal sino solamente un sueño absurdo. Podría haberse vuelto a dormir después, pero los ronquidos de su esposo eran tan sonoros que casi sacudían las ventanas.

Le dio un empujón a Barry para que rodara de costado, pero no sirvió de nada. Era como dormir junto a una sierra eléctrica.

Se colocó los tapones en los oídos que guardaba para emergencias de ese tipo, pero eran tan efectivos como salir desnuda a una tormenta de nieve, solamente protegida con bálsamo labial.

Había estado contemplando el reloj cuando marcaba las 06:29 y se puso a contar los segundos en su cabeza mientras esperaba que sonara. Falló por solamente dos segundos.

Había convencido a Barry que intentara con esas cintas que se adhieren a la nariz y supuestamente mantienen abiertos los pasajes nasales, pero no sirvieron de nada. Luego le compró unas cápsulas anti ronquidos que se tomaban antes de acostarse, pero tampoco arrojaron resultados.

Lo que realmente le parecía que serviría era que él perdiera algo de peso. Razón por la cual le había estado sirviendo granola y frutas para el desayuno y preparándole almuerzos para llevar que contenían bastones de zanahoria; por la noche había eliminado la comida frita y

la manteca.

Se levantó de la cama y recogió la ropa sucia de la habitación. La ropa que ella se había quitado la noche anterior, los pantalones y la camisa que Barry había dejado caer tras volver tarde de trabajar. Había tenido un día muy largo dedicado a la búsqueda de la mujer que había desaparecido en el parque de atracciones.

Contempló los pantalones. ¿Qué eran esas manchas? ¿Helado? ¿Mezclado con algún tipo de pastel?

—Barry —dijo. Él no se movió. —Barry —repitió, en voz más alta para que la escuchara por encima de los ronquidos.

Dio la vuelta a la cama y le tocó el hombro.

Él bufó y abrió los ojos. Parpadeó un par de veces y escuchó la radio encendida.

—Sí, sí, vale —dijo—. Ni siquiera escuché el despertador.

—Yo sí —dijo Maureen.— ¿Estás seguro de que hoy tienes que ir a trabajar?

Barry movió la cabeza sobre la almohada.

—Quiero ver si el comunicado que emitimos anoche dio algún resultado.

—¿Vas a contarme qué es esto? —preguntó ella y le acercó a la cara el pantalón manchado.

Barry entrecerró los ojos.

—Estuve haciendo una operación encubierta para la brigada anti vicios. Me vi obligado a masturbarme como parte del trabajo.

—Eso sí que te gustaría. ¿Es helado, no?

—Puede ser —repuso él.

—¿Dónde comiste helado?

—¿Recuerdas la mujer que desapareció? Fui a ver a su empleador. Has visto esa camioneta de Calefacción y Refrigeración Bertram?

—Sí.

—Pues es él. La esposa me invitó con pastel.

—Y con helado.

—Ajá.

—¿Qué clase de pastel?

—De manzana.

Maureen Duckworth asintió, como si de pronto comprendiera todo.

—Comería pastel de manzana para el desayuno si lo tuviéramos.

—¿Qué tenemos?

—A ti te tocan fruta y fibras —respondió ella.

—Estás enterada de que la tortura ya no está permitida ¿no? Hay nuevas disposiciones.

Sonó el teléfono.

Maureen no reaccionó. El teléfono podía sonar a cualquier hora del día o de la noche en su casa.

—Atiendo yo —dijo. Levantó el auricular de su lado de la cama. —Hola... Sí, hola. No, no te preocupes, ya estaba despierta... Sí, aquí está... Estábamos a punto llamar a la grúa para que lo levante de la cama.

Le tendió el teléfono a Barry, que se estiró para tomarlo.

—Habla Duckworth –dijo.

—Hola, detective. ¿Tiene un lapicero?

Barry tomó el papel y el lapicero que siempre estaban junto al teléfono. Anotó un nombre y un número y algunas otras cosas.

—Perfecto, gracias —dijo y cortó.

Maureen lo miró, intrigada.

—Tenemos algo —dijo.

Duckworth esperó a estar duchado, vestido y con una taza de café en la mano antes de llamar al número desde el teléfono de la cocina.

Sonó dos veces y alguien atendió.

—Ted's —dijo un hombre.

—¿Hablo con Ted Brehl? —preguntó Duckworth.

—Sí.

—¿Lo pronuncié bien?

—Se pronuncia como las letras para ciegos, sí.

—Habla el detective Barry Duckworth, de la policía de Promise Falls. ¿Usted llamó hace cerca de media hora?

—Sí. Anoche vi ese anuncio en el informativo. Cuando me levanté esta mañana y vine a abrir la tienda, pensé que sería mejor llamaros.

—¿Dónde queda su tienda?

—En Lake George ¿Lo conoce? ¿Sobre la 87?

—Sí, conozco la zona. Es preciosa.

Maureen colocó un bol con granola, bananas y frutillas delante de su marido.

—Sí, pues... bueno, vi a esa mujer.

—Jan Harwood.

—Sí, estuvo aquí.

—¿Cuándo fue eso?

—El viernes. A eso de las cinco, creo.

—¿Las cinco de la tarde?

—Sí. Entró y compró agua y té helado.

—¿Estaba sola?

—Entró sola en la tienda, pero estaba con un hombre, su marido, supongo. Él estaba en el coche. —La descripción de Ted Brehl coincidía con la del vehículo perteneciente a David Harwood.

—¿O sea que solo se detuvieron a comprar bebidas y luego se marcharon?

—No, estuvieron afuera en el coche un buen rato, hablando. Miré hacia afuera un par de veces. Cuando volví a mirar a eso de las cinco y media, ya no estaban.

—¿Está seguro de que se trataba de ella?

Brehl no vaciló.

—Sí, claro. Es decir, en circunstancias normales lo habría olvidado, pero conversó un poco conmigo. Y es una mujer muy bonita, de esas que se recuerdan.

—¿De qué habló con usted?

—Estoy tratando de recordar las palabras que usó. Dijo que nunca había venido a esta zona, o que al menos no lo recordaba. Le pregunté adónde se dirigía y me dijo que no lo sabía con certeza.

—¿Qué no lo sabía?

—Dijo que su marido quería llevarla campo adentro, al bosque. Dijo que tal vez se trataba de una sorpresa o algo así, porque le había pedido que no le dijera a nadie hacia dónde se dirigían.

Duckworth se quedó pensando en eso.

—¿Qué más dijo?

—Creo que eso fue todo.

—¿Cuál era su estado de ánimo?

—¿Cómo dice?

—¿Estaba alegre? ¿Deprimida? ¿Angustiada?

—Se la veía muy bien.

—De acuerdo —dijo Duckworth—. Muchas gracias por llamar. Es posible que vuelva a ponerme en contacto con usted.

—Vale. Solo quería ayudar.

Duckworth colgó el teléfono y miró el cereal que tenía delante.

—¿Tienes azúcar o crema para echarle encima? —preguntó.

Maureen se sentó frente a él y dijo:

—Ya han pasado dos días. —Barry supo de inmediato que se refería a Trevor, el hijo de ambos. Extendió el brazo y le tomó la mano.

VEINTE

Desperté temprano sobre el sofá de los Richler, pero no fue un problema porque ellos también madrugaban. Escuché a Horace Richler haciendo ruido en la cocina poco después de las seis. Desde mi ubicación en el sofá, lo vi delante del fregadero en bata y chancletas. Llenó un vaso con agua y se introdujo dos pastillas en la boca, luego se volvió y regresó hacia la escalera.

Una vez que se hubo ido, hice a un lado la manta de crochet que Gretchen me dijo que había tejido ella misma. Era tan grande que me asombraba que alguien de menos de doscientos años pudiera haberla tejido A pesar de haber hecho una pequeña maleta, había decidido dormir vestido; solo me quité la chaqueta y los zapatos antes de apoyar la cabeza sobre una almohada verdadera, no un cojín de crochet, que Gretchen me había traído.

—Siento no tener nada mejor que el sofá —me había dicho—. Ocurre que nadie duerme en la habitación de nuestro hijo. La hemos dejado como estuvo siempre. Y el tercer dormitorio se ha convertido en un sitio para guardar cosas ¿sabe? No recibimos muchas visitas. —Se quedó un momento, pensando. —Creo que nunca hemos tenido una visita que se quedara a pasar la noche, para ser sincera. Puede que usted sea el primero.

Me hubiera venido bien una ducha, pero no quería extralimitarme. Cogí mi estuche de viaje y fui al baño que estaba en la parte posterior de la planta baja; me afeité, me cepillé los dientes y me mojé el pelo para poder peinarme. Cuando salí, olí el aroma de café.

Gretchen estaba vestida y en la cocina.

—Buen día —dijo.

—Buen día.

—¿Cómo durmió?

—Muy bien —respondí. A pesar de que me había acostado abrumado y triste, estaba tan agotado que me había quedado dormido de inmediato. —¿Y usted?

Ella sonrió, como si no quisiera que lo que tenía para decir hiriera mis sentimientos.

—No muy bien. Lo que nos contó me alteró. Y me trajo a la mente muchos recuerdos tristes, sobre todo para Horace. Es decir, para ambos fue muy difícil perder a Jan, pero cuando piensa en cómo sucedió, él…

—Comprendo —dije—. Lo siento mucho. No tenía forma de saber.

—Lo que sucedió le causó dolor a muchas personas. A nosotros, a nuestros familiares, a la escuela a la que asistía Jan. Su maestra de preescolar, la señorita Stephens, tuvo que coger un permiso de una semana, por lo angustiada que estaba. Todos los chicos de su clase se pusieron muy mal. La niñita que la empujó… Si hubiera sucedido hoy en día, la habrían enviado a terapia. Tal vez sus padres lo hicieron, quién sabe. El señor Andrews, el director de la escuela, hizo que pusieran una pequeña placa en la escuela en memoria de Jan. Pero nunca pude ir a verla y Horace, tampoco. Él no quería que se hiciera nada, salvo que deseaba que lo llevaran preso, como decía. Sí, mucha gente se vio afectada por lo que sucedió.

—Y luego, yo —dije.

—Y luego, usted, sí. ¿Café?

—Por favor.

—Excepto que para usted es diferente —dijo Gretchen.

Llenó una taza alta con café de una jarra de cristal mientras yo aguardaba a que continuara.

—Usted no conoció a nuestra Jan. Nunca. Ni a nosotros. Y sin embargo, aquí esta, en nuestra casa, de algún modo conectado con nosotros.

Agregué algo de leche al café y observé cómo los líquidos interactuaban sin que los revolviera. Asentí.

—Y no sé de qué manera —dije.

Gretchen apoyó ambas manos sobre la encimera, como si estuviera a punto de hacer un anuncio importante, o por lo menos, un comentario directo.

—¿Señor Harwood, qué cree que le sucedió a su mujer, realmente?

—No lo sé —respondí con franqueza—. Tengo miedo de que se haya hecho daño.

Gretchen tardó medio segundo en comprender hacia dónde iba yo.

—Pero si no lo ha hecho, y la encuentra con vida… —Gretchen tenía dificultades para continuar.

—¿Sí?

—Digamos que la encuentra y está sana; ¿seguirá todo igual?

—No estoy seguro de entender.

—No es posible que su esposa sea Jan Richler. ¿Usted lo tiene claro?

Aparté la mirada.

—Si no es la mujer que siempre creyó que era, ¿cómo va a poder seguir adelante?

—Tal vez —dije lentamente—, ha habido algún malentendido. Tal

vez hay una explicación que no nos resulta obvia por el momento.

Gretchen me miró a los ojos.

—¿Qué clase de explicación?

—No lo sé.

—¿Y por qué, de toda las identidades que alguien podría adoptar, tomó la de mi hija?

Yo tampoco lo sabía.

—Horace tenía razón, anoche, cuando preguntó cómo alguien podía hacerle eso a nuestra niña. ¿Cómo pueden usarla de ese modo? Para nosotros, ella ahora es solo un nombre y un recuerdo. ¿Y años después, alguien trata de robarnos eso?

—Estoy seguro de que Jan… —Me atraganté con el nombre de mi esposa. —Estoy seguro de que existe una explicación. Si por algún motivo mi mujer tuvo que adoptar un nombre que no era el de ella, estoy seguro de que en ningún momento quiso causarle daño a usted ni a su esposo ni a la memoria de su hija.

¿De qué estaba hablando? ¿Qué clase de situación estaba intentando imaginar?

—Supongamos que tuvo que cambiar de identidad por algún motivo —dije, despacio, pensando en voz alta—. Y que el nombre que tuvo que adoptar, el nombre que le dieron, de casualidad fue el de su hija.

Gretchen me miraba con escepticismo. Bajé los ojos al café que seguía intacto.

—Horace no pudo dormir, anoche —dijo ella—. No es que estuviera perturbado, solamente. Estaba enfadado. Furioso de que alguien pudiera hacer una cosa así. Furioso con su esposa, aun sin conocerla.

—Solo espero —dije— que exista la posibilidad de que le digan frente a frente lo que pensan.

Antes de marcharme, pensando en que tal vez Jan podría terminar yendo a casa de los Richler, anoté mi móvil y el teléfono de mi casa, mi dirección, y también los números y dirección de mis padres.

—Por favor, llámenos —dije.

Gretchen me tranquilizó con una sonrisa, como si supiera que no tendría ninguna novedad para nosotros.

En camino hacia casa, sonó mi móvil. Era mamá.

—¿Qué sucede? —preguntó—. Hemos estado de los nervios, preguntándonos por qué no llamabas.

—Estaré en casa en un par de horas —dije.

—¿La encontraste?

—No.

—¿Y a los Richler? ¿Los encontraste?

—Sí —repuse.

—¿Jan fue a verlos? ¿Tuvieron noticias de ella?

—No —respondí. No quería tener que comenzar a explicar. Casi que temía preguntar por Ethan, dado que era muy bullicioso, pero lo hice de todos modos.

—Está muy bien. Esta mañana creímos que un camión se había estrellado contra la casa, pero era solamente él, saltando en la escalera. Tu padre está con él ahora en el sótano...

—¿Lo ha encerrado?

Mamá rió.

—Están en el sótano hablando de construir un ferrocarril.

—Vale. Pasaré por nuestra casa y luego iré a buscar a Ethan.

—Te quiero —dijo mamá.

—Yo también te quiero —respondí.

La autopista interestatal es un buen lugar donde dejar correr la mente. Se puede poner el coche en control de velocidad y la mente también, si se quiere. Pero mis pensamientos iban de un lado a otro sin cesar. Y terminaban todos en el mismo sitio.

¿Por qué tenía mi mujer el nombre y el certificado de nacimiento de una niña que había muerto años atrás a los cinco años?

Era más que una coincidencia disparatada. No se trataba de que dos personas tuvieran el mismo nombre por casualidad. La información en el certificado de nacimiento de Jan me había llevado a la puerta de la casa de los Richler.

Pensé en las suposiciones que había hecho delante de Gretchen. Que tal vez Jan se hubiera visto forzada a adoptar una nueva identidad.

Intenté explorar esa posibilidad. Jan Richler, la Jan Richler con la que yo me había casado, la mujer con la que estaba desde hacía seis años, la mujer con la que había tenido un hijo, no era realmente Jan Richler.

No era ningún secreto que si encontrabas el nombre de alguien que había muerto de muy joven, tenías buenas posibilidades de construirte una nueva identidad con él. Había trabajado en periódicos lo suficiente como para saber cómo se hacía. Solicitabas una copia nueva del certificado de nacimiento del difunto, ya que rara vez se cruzaban datos entre los certificados de nacimiento y de defunción, sobre todo tantos años atrás. Con eso, solicitabas otras formas de identificación. Un número de Seguridad Social. Una tarjeta de biblioteca. Una carné de conducir.

No era imposible para una persona convertirse en otra. Mi esposa se había convertido en Jan Richler y tras conocerme y casarse

conmigo, en Jan Harwood.

Pero antes de eso, debió haber sido alguien diferente.

¿Y cuál era el motivo más probable para que alguien se deshiciera de su pasado y comenzara una nueva vida?

Dos palabras me vinieron a la mente de inmediato: *testigos protegidos*.

—Madre mía —dije en voz alta, dentro del coche vacío.

Tal vez allí estaba la respuesta. Jan había visto algo, o declarado en algún juicio. ¿Contra quién? ¿La mafia? ¿Siempre se trataba de la mafia? ¿La banda de motociclistas violentos, tal vez? Tenía que ser alguien, o alguna organización, que contara con los recursos para rastrearla y vengarse si la encontraban.

Si ese era el caso, las autoridades habrían tenido que crearle una nueva identidad.

Era probable que sintiera que jamás podría revelarme ese secreto. Tal vez temía que si yo lo sabía, quedaría expuesto –no solo yo, sino Ethan, lo que era más importante- a peligros que ni siquiera podíamos imaginar.

Con razón había ocultado el certificado de nacimiento. Lo que menos quería era que me pusiera a hacer averiguaciones y destruyera su identidad falsa. No por lo que pudiera significar para ella, sino por lo que significaría para nosotros, como familia.

Y si ella era testigo protegido, obligada a vivir una vida nueva en un sitio nuevo, ¿qué podía tener que ver eso con su desaparición, si es que las dos cosas estaban relacionadas?

¿Acaso alguien habría descubierto dónde estaba? ¿O tendría ella miedo de que estuvieran a punto descubrirla? ¿Habría huido para salvarse?

Pero si lo hizo, ¿por qué no encontró la forma de decirme algo?

¿Cualquier cosa?

Y si la vida de Jan estaba en peligro, ¿estaba yo haciendo lo correcto al tratar de encontrarla? ¿Terminaría por hacer que los que querían hacerle daño llegaran a ella?

Suponiendo, por supuesto, que cualquiera de mis teorías sobre que Jan estaba en el programa de protección de testigos no fueran el más absoluto disparate.

Tendría que contarle a Barry Duckworth lo que había averiguado. Seguramente tendría conexiones, gente con quien hablar que podrían revelar si Jan –con otro nombre- había sido en algún momento testigo estrella en un juicio importante. Tal vez…

Sonó mi móvil. Lo había dejado sobre el asiento junto a mí para poder responder enseguida.

—¿Sí?

—¿Dave?

—Sí.

—Joder, David, eres el tema más caliente de las noticias y ¿no le cuentas nada a tu propio periódico?

Brian Donnelly, el editor de asuntos de la ciudad.

—Brian —dije.

—¿Dónde estás?

—En la autopista I-90, volviendo de Rochester.

—Hombre, esto es terrible —dijo.

—Sí —concordé—. No sabemos nada de Jan desde las...

—Hombre, para cuando la policía emitió el comunicado, el periódico ya se había ido a dormir, de manera que la TV y la radio lo tienen, pero nosotros no tenemos nada en nuestra edición y ¡se trata de uno de los nuestros! Madeline está que trina. Coño, ¿no podías llamar para contárnoslo?

—Lo siento,Brian —dije sin ninguna expresión—. No sé en qué estaba pensando.

—Oye, quiero poner a Samantha en línea para que consiga algunas citas textuales tuyas para la nota de portada, pero quería saber si podrías escribir una crónica en primera persona de como el “Reportero del *Standard* se ve afectado por una misteriosa desaparición.” Algo así. No quiero quedar como un imbécil ni nada, pero...

—No, no te preocupes por eso —dije.

—Pero una crónica en primera persona sería genial. La policía no nos ha dado mucha información sobre lo que sucedió realmente y tú podrías contarlo y además, todo esto podría ayudarte a encontrar a... a encontrar a...

—Jan —dije.

—Exacto. Así que si quieres...

Corté la llamada y dejé caer el teléfono sobre el asiento del pasajero. Instantes después, volvió a sonar. Me lo llevé a la oreja.

—¿Dave? Habla Samantha.

—Hola, Sam.

—Acabo de escuchar lo que te dijo Brian. Madre mía, lo siento. Es el rey de los cretinos. No puedo creer las cosas que dijo.

—Sí, es un personaje.

—¿Jan no ha aparecido?

—No.

—¿Puedes hablar de esto? ¿Hay algo que puedas decir para que se publique?

—Solo... que espero que vuelva pronto a casa.

—Los de la policía están rarísimos con todo esto, sabes. —dijo.

—¿En qué sentido? —pregunté.

—No dicen nada. Duckworth está al mando de la investigación. ¿Lo conoces?

—Sam.

—Ay, sí qué pregunta boba. No suelta prenda, aunque nos enteramos de que algo sucedió en Cinco Montañas, ¿verdad?

—Sam, estoy regresando a casa. Veré a Duckworth cuando llegue y tal vez luego tendremos una mejor idea de qué es todo esto. Te aseguro que no esperaba que emitieran ningún comunicado hasta esta mañana. Las noticias de anoche me tomaron por sorpresa.

—Bien, ahora entre nosotros, no para el periódico: ¿cómo estás?

—No muy bien.

—Oye, te llamaré luego, ¿vale? Te daré tiempo para que acomodes las ideas.

—Gracias, Sam.

Detuve el coche en la entrada de mi casa poco antes de mediodía.

Ya en la puerta, llamé a Jan en voz alta. Por las dudas.

Nada.

Durante los últimos cincuenta kilómetros, solo había podido pensar en el certificado de nacimiento. Tenía que volver a verlo. Tenía que demostrarme a mí mismo que no lo había imaginado.

Antes de subir al primer piso, comprobé si había mensajes en el teléfono. Encontré cinco, todos de diferentes medios, solicitando entrevistas. Los guardé a todos, pensando que en algún momento tal vez querría acceder a todas, si significaba que más personas se enterarían de que Jan había desaparecido.

Luego, subí.

Abrí el armario de la ropa blanca y saqué todo lo que estaba en la parte inferior. A cuatro patas, despegué el zócalo de la pared posterior con un destornillador que había encontrado en un cajón de la cocina.

El sobre que contenía el certificado de nacimiento de Jan Richler y una llave ya no estaba allí.

VEINTIUNO

Estaba dormida cuando el hombre que estaba en la cama junto a ella hizo a un lado las sabanas y caminó por la alfombra áspera hasta el baño. Ella se había quedado mirando el techo un buen tiempo después de volver a acostarse, preguntándose si lograría dormirse en algún momento. Y pensando en lo que había hecho, en la vida que había dejado atrás.

En el cuerpo que habían enterrado.

Pero en algún momento, sucedió. La ansiedad cedió, por fin, ante el cansancio. Si solo hubiera sido un sueño reparador.

Al igual que ella, Dwayne había dormido desnudo. Dwayne Osterhaus era un hombre delgado, musculoso, de casi un metro ochenta de alto, con un pequeño tatuaje del número 6 en el glúteo derecho. Él creía que era su número de la suerte. “Todos eligen el siete, pero a mí me gusta el seis.” Su cuerpo delgado y juvenil contrastaba con el pelo ralo y canoso. Tal vez esa era la consecuencia de haber estado en la cárcel, pensó ella, abriendo un ojo para mirarlo mientras se dirigía al baño. Encanecías antes de tiempo.

Dwayne cerró la puerta del baño pero ella lo escuchó orinar de todos modos. Fue interminable. Cogió el mando a distancia, encendió el televisor y subió el volumen para tapar el ruido de Dwayne. Era uno de los informativos matutinos de Nueva York. Los dos presentadores, un hombre y una mujer, parloteaban sobre qué parejas iban a contraer matrimonio y televisarlo en vivo.

Se abrió la puerta del baño, y el ruido del agua corriendo en el retrete inundó la habitación.

—Hola —dijo él, dirigiendo una mirada al televisor—. Me pareció escuchar voces aquí. Estás despierta. —Ella silenció el televisor mientras Dwayne volvía a la cama.

—Sí, estoy despierta.

—¿Cómo dormiste?

—Pésimamente.

—Yo, cada vez que me despertaba, esperaba escuchar los ruidos de la respiración o los ronquidos de otros tíos, o de alguna masturbación nocturna. Por más que esas cosas te arruinan el sueño, los sonidos se mezclan y terminas acostumbrándote a ellos. Supongo que debe de ser como cuando vives en Nueva York o algo así y escuchas bocinas y ruidos todas las noches, después de un tiempo ya

no les prestas atención. Luego vas a dormir a algún sitio donde no hay ruidos, al menos los que conoces tú, y notas realmente la diferencia. Así me sentía cuando despertaba. Pensaba, vaya ¿dónde mierda estoy? Hay ruido de tráfico por la autopista toda la noche, pero no es a lo que estoy acostumbrado. ¿Sigues con dolor de cabeza?

—¿Qué?

—Durante la noche dijiste que te dolía la cabeza. ¿Te sigue doliendo?

—No —repuso ella y se arrepintió de inmediato.

Dwayne se le acercó debajo de las sábanas y le introdujo la mano entre las piernas.

—Oye —dijo ella—. Has estado lejos tanto tiempo que piensas que tienes que llegar al plato principal de inmediato. Nadie va a meterte en la celda otra vez dentro de cinco minutos.

—Lo siento —dijo él—. Ella le había dicho lo mismo antes, pero en otro contexto. En la cena de la noche anterior, en el Big Boy que estaba junto a la autopista, él había terminado la mitad de su comida antes de que ella hubiera abierto la servilleta y se la hubiera colocado sobre el regazo. Él comía como si el restaurante estuviera en llamas y quisiera llenarse antes de prenderse fuego. Cuando ella se lo hizo notar, Dwayne le explicó que había tomado la costumbre de terminar de comer antes de que algún otro intentara quitarle la comida.

Apartó la mano y le acarició un pezón. Ella se volvió para quedar frente a él. ¿Por qué no mostrarse colaborativa? pensó. Desempeñar su papel. Extendió el brazo y le tomó el pene con la mano. Se preguntó qué habría hecho él en la cárcel. ¿Habría tenido sexo con hombres? Sabía que no era homosexual, pero cinco años eran muchos para pasarlos sin sexo. Había que arreglárselas. ¿Se las habría arreglado, él? Algún día se lo preguntaría, quizá. O tal vez, no. A un hombre podía molestarle que le preguntaran si había tragado algún sable durante su permanencia en la cárcel.

No era que le importara si lo había hecho o no, tampoco. Solo le provocaba curiosidad. Le gustaba saber las cosas.

Dwayne calculó que treinta segundos de juegos previos eran más que suficiente para calentarle el motor a su compañera y se arrojó sobre ella. Todo terminó en un minuto, por lo que ella se sintió agradecida.

—Estuvo increíble —dijo.

—¿Seguro? —preguntó Dwayne—. Podría haber....ya sabes, tardado más, cariño, pero bueno, sucedió.

—No, estuviste fantástico —le aseguró ella.

—Oye —dijo Dwayne y se apoyó sobre un codo—, ¿cómo debería llamarte ahora? Tengo que acostumbrarme a usar otro nombre. Si

estamos en público, supongo que podría llamarte Rubia. —Hizo un ademán con la cabeza hacia la peluca que estaba sobre la mesita de noche y sonrió. — Estás súper sexy con esa peluca, a propósito.

Ella lo pensó un momento.

—Kate —dijo.

—¿Kate?

—Sí —respondió—.- De ahora en adelante, soy Kate.

Dwayne se tendió de espaldas y contempló el techo rajado.

—Pues bien, *Kate,* a veces no puedo creer que haya terminado. Me parecieron cien años ¿sabes? Los otros tíos, cumplían su condena, día tras día tras día, y no es que no quisieran que terminara, pero no tenían nada esperándolos afuera cuando salieran. Yo, en cambio, pensaba todos los días en cómo sería mi vida cuando por fin saliera de allí.

—Supongo que no a todos los esperaba lo que a ti —comentó Kate.

Dwayne le dirigió una mirada.

—Ni me lo digas —repuso—. Y además, te tenía a ti esperándome, también.

Kate no había sido lo suficientemente ingenua como para creer que había estado hablando de ella en primer lugar.

—Sé que seguramente todavía piensas que soy el tipo más estúpido del planeta –dijo él.

Ella no respondió.

—Quiero decir, cuando tenemos todo listo, me arrestan por algo que no tenía nada que ver. Quise golpearme la cabeza contra la pared todos los días por haber sido tan estúpido. El asunto es que el tío ese me provocó. No deberían haberme condenado por eso. Fue justificable. Mi abogado me traicionó, fue por eso.

Ella ya lo había escuchado todo antes.

—Un tío te quiere pegar con un taco de billar ¿y qué vas a hacer? ¿Quedarte quieto y permitir que te pegue en la cabeza?

—Si le hubieras pagado el dinero que le debías, las cosas no habrían llegado a mayores —dijo ella—. No te habría atacado con el taco y tú no le hubieras estrellado la bola número ocho en la frente.

—Por suerte el hijo de puta salió del coma antes de la sentencia —dijo Dwayne—. De otro modo me hubieran dado la perpetua.

Ninguno de los dos dijo nada durante un par de minutos. Dwayne finalmente rompió el silencio.

—Debo admitir, cariño, que de tanto en tanto me preocupaba un poco.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Tenía miedo de que no me esperaras. Quiero decir, es mucho

tiempo. Aunque el final fuera bueno, era mucho tiempo.

Kate extendió el brazo y dibujó círculos lentos alrededor de los pezones de él.

—No quiero que parezca que lo pasé tan mal como tú —dijo—, pero yo también estuve en mi propia cárcel durante el tiempo que estuviste preso.

—Fuiste muy inteligente, debo decir. Cómo resolviste todo, te conseguiste un nombre nuevo y desapareciste tan rápido.

En realidad, ella ya había tenido todo lo relativo a su nueva identidad organizado, aunque no había comenzado a utilizarla de inmediato. Solo le pareció una buena idea planearlo con anticipación. Ni siquiera ella había esperado necesitarla tan pronto.

Dwayne ya estaba utilizando otro nombre cuando todo se complicó –aunque no tenía todos los documentos que poseía Kate- y confiaba en que si el tío aquel comenzaba a hacer preguntas, no podría rastrear nada hasta llegar a él. Cuando lo arrestaron por agresión violenta, en el periódico se publicó su nombre verdadero, por lo que no tuvieron que preocuparse. Pero una vez que estalló todo, aun antes de que Dwayne hiciera esa estupidez con la bola de billar, ella comenzó a moverse con cautela. Con todo lo que le esperaba al final del arcoíris, no deseaba terminar muerta antes de alcanzarlo. No quería dejar nada librado al azar. Menos todavía cuando se enteró que el transportador estaba vivo.

—Entonces, el tío este —dijo Dwayne.

—¿Qué tío?

—¿Cómo, qué tío? El tío con el que te casaste. Ese tío.

—¿Qué pasa con él?

—¿Qué tal era?

Ella pensó en no responderle, pero luego dijo:

—Me amaba. A pesar de todo.

—¿Pero cómo era?

—Era... digamos que no había desplegado todo su potencial.

Dwayne asintió.

—Eso es lo que yo hago. Desplegar mi potencial. Tendrás un futuro mucho más brillante conmigo, puedes contar con eso. ¿Sabes qué me gustaría hacer? Me gustaría vivir en un barco. Te sientes tan increíblemente libre. No te gusta dónde estás, levas anclas y te vas a cualquier otro sitio. Y conoces el mundo. ¿Tú qué dices? ¿Quieres vivir en un barco?

—En realidad, nunca lo he pensado —respondió ella y dejó de acariciarle el pecho, para pasar a contemplar el techo. —Creo que me marearía. Una vez, cuando era niña, mis padres tomaron el transbordador que cruza el Lago Michigan y vomité. —Hizo una pausa

y dijo en tono reflexivo. —Aunque me gusta la idea de una isla. Algún sitio donde te puedes pasar todo el día sentada mirando las olas. Con una piña colada en la mano. Sin nadie que me moleste, ni me haga reproches ni me pida nada. Solo un sitio donde vivir el resto de mi vida en paz.

Dwayne no había escuchado una palabra.

—Me gustaría comprar uno bien grande. Una embarcación con esas… cómo se llaman, cabinas de lujo o algo así. Son como dormitorios pequeños. Y no es como dormir en un submarino de mierda. Tienen una cama de buen tamaño. Y todas las noches, cuando te vas a dormir, escuchas los golpes del agua contra el barco, es súper relajante.

—¿Golpes? —dijo ella.

—Bueno, tal vez golpes no. ¿El susurro? ¿Debería haber dicho susurro?

—¿Has estado en un barco alguna vez? —preguntó Kate.

Dwayne Osterhaus frunció la cara por un instante.

—No me parece que tengas que haber hecho algo para saber que te agrada. Nunca me acosté con Beyoncé, pero estoy casi seguro de que lo disfrutaría mucho.

—Pues está esperando que la llames —dijo ella. Hizo a un lado las sábanas.

—Voy a ducharme.

Mientras se dirigía al baño, se preguntó qué había pasado en los años que habían transcurrido desde la última vez que había estado con Dwayne. Algo había cambiado. Por cierto, no era una mente brillante cuando había estado con él antes, pero había compensaciones. Vivir al límite, el sexo casi constante y febril, la adrenalina de correr riesgos sin saber lo que traería el día siguiente.

Dwayne le había parecido adecuado en aquel entonces. Servía para sus propósitos. La ayudaba a conseguir lo que necesitaba. No era de asombrarse que ahora estuviera diferente. Te encierran en una prisión por varios años y no serás el mismo cuando salgas.

Tal vez no se tratara solamente de él. Tal vez alguien más también había cambiado.

—Necesito el desayuno —dijo él—. Algo bien fuerte, ¿sabes? Un menú Grand Slam completo. Huevos, salchicha, tortitas. Estoy famélico.

En Denny’s, se sentaron en un compartimiento junto a un hombre que desayunaba con dos niñitos. Estaba de espaldas a Dwayne y les decía a los niños, que parecían ser mellizos de unos seis años, que se quedaran quitos en lugar de ponerse de pie sobre el asiento.

La camarera les entregó los menús y Dwayne, sonriendo de oreja a oreja, dijo:

—A *Kate* y a mí nos apetece café. —Mientras la camarera iba en busca de la jarra, Dwayne sonrió y añadió: —Mejor que comience a acostumbrarme a ese nombre.

—Si lo dices así, sospechará que hay algo raro con el nombre —dijo ella.

La camarera depositó dos tazas altas sobre la mesa, las llenó y luego buscó en su bolsillo pequeños envases de leche en polvo.

—Creo que pediré salchicha, panceta y jamón. Deberías pedir lo mismo y agregarle algo de carne a tus huesos. — Le sonrió a la camarera. —No dejes que se vacíen las tazas de café, ¿vale?

—Claro —respondió ella—. ¿Sabe qué va a pedir o necesita unos minutos más?

—¡Quiero una dona! —chilló uno de los niños detrás de Dwayne.

—No pediremos Donuts —dijo el padre—. ¿Quieres huevos con panceta? ¿Revueltos como te gustan?

—¡Quiero una dona! —lloriqueó el niño.

Dwayne rechinó los dientes mientras pedía su menú Grand Slam con doble carne, mientras que Kate pidió tortitas de la forma más sencilla que fuera posible.

—Sin patatas fritas, sin salchicha, solo tortitas —dijo—. Con sirope al costado.

Mientras la camarera se alejaba, Dwayne miró por encima del hombro al niño que lo estaba fastidiando, luego se inclinó hacia Kate y susurró:

—Creo que se te ha torcido un poco la peluca.

Ella levantó la mano y se la acomodó, simulando que se trataba de su propio pelo y quería asegurarse de que todo estuviera bien.

—Se te ve muy bien así —dijo él—. Deberías usar el pelo así. Teñírtelo.

—¿Y si la policía se da cuenta de que están buscando a una rubia, qué se supone que hago? ¿Teñírmelo otra vez? Prefiero comprarme un par de pelucas más.

Dwayne esbozó una sonrisa lasciva.

—Podrías ponerte una peluca diferente cada noche.

—¿Así funciona en la cárcel? —preguntó ella—. Un tío es una pelirroja una noche, a la noche siguiente es morena y te hace olvidar que es un hombre?

No podía creer lo que acababa de decir.

Dwayne entornó los ojos.

—¿Cómo dices?

—Nada, olvídalo —respondió ella.

—¿Quieres preguntarme algo? —insistió.

—Dije que lo olvidaras.

Los mellizos, cuando no lloriqueaban porque su padre no les compraba patatas fritas para el desayuno, se molestaban mutuamente. El padre les gritaba a ambos que dejaran de fastidiarse, lo que hacía que cada uno acusara al otro de haber comenzado.

Dwayne miraba a Kate con ojos penetrantes.

—Dije que lo olvidaras —dijo ella.

—¿Crees que soy marica? —preguntó él.

—No —repuso ella.

—Porque alguien puede hacer cosas pero igual no ser marica —dijo Dwayne.

Ya tengo mi respuesta, pensó ella.

—¿Quieres meterte en sitios donde no te conviene ir? —preguntó él—. Porque yo también puedo hacerlo, *Kate*.

—Dwayne.

—¿Cómo se siente, haber enterrado a tu amiga?

—No era mi amiga —dijo ella.

—Trabajabais juntas, en la misma oficina.

—No era mi amiga. Y lo entiendo. Estamos en paz. Lo siento.

—¡El comenzó! —lloriqueó uno de los niños.

Dwayne cerró los ojos y dijo, entre dientes:

—Niños de mierda.

—No es su culpa —dijo ella, aliviada de poder dirigir los pensamientos de Dwayne hacia los niños y alejarlos de su comentario. —Hay que enseñarles a comportarse en un restaurante. El padre debería haberles traído algo para hacer, un libro para colorear, un videojuego o algo. Así es como se hace.

Dwayne inspiró hondo y soltó el aire por la nariz varias veces.

La camarera sirvió al padre y a los niños y un instante después, trajo platos para Kate y Dwayne. Él se abalanzó sobre la comida como un oso frente a una bolsa con residuos.

—Comed el desayuno —dijo el padre, detrás de Dwayne.

—No *quiero* —dijo uno de los mellizos.

El otro apareció de pronto junto a la mesa de Kate y Dwayne. Inspeccionó sus platos hasta que Dwayne le dijo:

—Lárgate de aquí, niño.

El chico se dirigió a la caja registradora. El padre giró en el asiento y exclamó:

—¡Alton, ven aquí!

Dwayne miró a Kate y moviendo los labios sin hablar, dijo:

—*¿Alton?*

Ella se sirvió sirope sobre las tortitas, cortó un triángulo y lo

pinchó con el tenedor. En las últimas veinticuatro horas, muchas cosas le habían hecho perder el apetito, pero de todos modos, ahora le apetecía comer. Se sentía así desde que despertó en mitad de la noche y fue a la ventana a observar el letrero de McDonalds. Tenía el presentimiento de que debía comer a toda prisa, pues no se quedarían allí mucho tiempo más.

Dwayne se llenó la boca con comida y se llevó la taza a los labios para mezclar todo. Con la boca llena, dijo:

—¿Quién lo hubiera dicho, ¿no?

Ella no sabía a qué se refería. ¿Quién hubiera dicho que estarían hoy aquí, preparándose para hacer lo que habían estado esperando tanto tiempo?

Al ver que no respondía, Dwayne dijo:

—¿Qué nos encontraríamos de casualidad con ella? ¿Qué nos vería?

—¡Alton, ven aquí de inmediato!

—Pero debo decir —prosiguió Dwayne—, que creo que convertimos una mala situación en algo positivo.

—No lo sé.

—¡Alton, te lo advierto, ven aquí ahora!

—¡Puaj, los huevos están feos! —dijo el mellizo que seguía sentado a la mesa.

Dwayne se volvió rápidamente, puso una mano sobre el cuello del padre y lo empujó hacia abajo hasta golpearle la cabeza contra el banco. El hombre hizo un movimiento violento con el brazo sobre la mesa y se arrojó el café y el plato de huevos encima. Abrió mucho los ojos, aterrado y luchó por respirar. Con movimientos débiles, intentó liberarse del brazo musculoso de Dwayne que lo tenía aprisionado como si fuera una viga de acero. El niñito que estaba en la mesa observaba, mudo y horrorizado.

—Iba a decirles un par de cosas a tus niños —dijo Dwayne—, pero mi chica dice que la culpa de que se comporten como animales salvajes es tuya. Tienes que enseñarles a comportarse fuera de su casa.

Ella se puso de pie.

—Es hora de irnos —dijo.

VEINTIDÓS

—¿Cuándo dice que fue esto? —preguntó Barry Duckworth.

Gina trató de recordar.

—¿A comienzos de la semana pasada? ¿Tal vez el lunes o martes? Aguarde, no, no fue esta semana que pasó, sino la anterior.

—No digo que deba hacerlo ahora —dijo el detective, aspirando el aroma de la masa de pizza que estaba en el horno—, pero si necesitara que buscara la factura de aquella noche, ¿cree que la encontraría?

—Es probable —respondió ella—. El señor Harwood suele pagar con tarjeta de crédito.

—Ah, qué bien. Porque en algún momento puede que necesite saber exactamente cuándo sucedió. —Duckworth ya estaba pensando en hacer subir a Gina al estrado y en cómo un abogado defensor la haría pedazos como... pues como a la pizza que podía oler, si ella no podía recordar cuándo había ocurrido el incidente.

—¿Entonces el señor y la señora Harwood son clientes habituales de su restaurante?

Gina vaciló.

—¿Habituales? Suelen venir cada tres semanas, o una vez por mes. La verdad es que estoy dudando si he hecho lo correcto.

—¿En qué sentido?

—En el de llamar a la policía. Creo que tal vez no debería haberlo hecho.

Duckworth extendió el brazo por encima de la mesa del restaurante, cubierta con un mantel blanco y le palmeó la mano.

—Ha hecho lo correcto, sí.

—Ni siquiera lo vi en el informativo, al principio, pero mi hijo, que trabaja aquí, en la cocina, lo vio y dijo: “Mira, ¿estos no son los que vienen a cenar aquí de tanto en tanto? Y me mostró la historia en el sitio web del canal de televisión y vi que se trataba de la señora Harwood y entonces recordé lo que sucedió aquí aquella noche. Pero ahora que he llamado a la policía siento que tal vez he cometido un terrible error.

—No es así —la tranquilizó el detective.

—No quiero causarle problemas al señor Harwood. Estoy segura de que nunca haría nada para lastimar a su esposa. Es un hombre muy agradable.

—Seguro que sí.

—Y siempre deja una propina justa. No abultada, tampoco, pero justa. Espero que no le diga que hablé con usted.

—Siempre intentamos ser discretos —dijo Duckworth, sin prometer nada.

—Pero a mi hijo le pareció que debía llamarlos, entonces lo hice.

—Cuénteme cómo veía a los Harwood cuando venían aquí.

—Por lo general se los ve felices —respondió ella—. Trato de no escuchar las conversaciones de los clientes. A la gente le gusta hablar en privado. Pero uno se da cuenta cuando una pareja está teniendo una mala noche, aun si no puede escuchar lo que están diciendo. Se nota en cómo se echan hacia atrás en la silla o no se miran.

—En el lenguaje corporal —dijo Duckworth.

Gina asintió con entusiasmo.

—Sí, exacto. Pero la última vez que vinieron, olvídese del lenguaje corporal. Pude escuchar lo que decían. Bueno, al menos lo que decía ella.

—¿Y qué era?

—Habían estado hablando de algo que no podía ser bueno, porque ambos se veían muy alterados. Y cuando me acerqué a la mesa, la escuché decir algo como: "Sería mejor para ti si algo me sucediera."

—¿Esas fueron sus palabras?

—Algo parecido. Tal vez dijo que él se alegraría si ella se moría. O si se deshacía de ella, algo así.

—¿Escuchó que el señor Harwood le haya dicho algo similar a ella?

—En realidad, no, pero tal vez fue lo que le dijo justo antes de que ella se alterara tanto. Tal vez le dijo que ojalá estuviera muerta. Es lo que pensé.

—¿Pero no lo escuchó diciendo eso? —preguntó Duckworth, tomando apuntes.

Gina lo pensó.

—No, pero ella estaba muy alterada. Se levantó de la mesa y se marcharon sin haber terminado de cenar.

Duckworth olió el aire.

—No me imagino marcharme de aquí sin comer.

Gina esbozó una ancha sonrisa.

—¿Le gustaría probar una porción de mi pizza especial?

Duckworth le devolvió la sonrisa.

—Pues sería descortés de mi parte decir que no ¿verdad?

Cuando regresó a su coche, tras una porción asombrosa de pizza de queso y hongos, Duckworth hizo un par de llamadas.

La primera fue a su esposa.

—Oye —dijo—, solo llamaba para saber qué novedades hay.

—Nada —respondió Maureen.

—¿Ni un correo electrónico, nada?

—Está adelantado unas cinco o seis horas, así que ya debe de estar despierto.

—No estés tan segura.

—No te preocupes. Haz tu trabajo. ¿Comiste la ensalada que te preparé?

—No voy a mentirte. Sigo con un poco de hambre.

—Mañana le incluiré una plátano.

—Vale. Te llamaré más tarde.

La segunda llamada fue para ver si Leanne Kowalski había regresado a casa. No llamó a su marido –no quería hablar con él en ese momento- pero sabía que podría averiguar lo que necesitaba en la comisaría de policía.

Leanne no había aparecido.

El detective sentía que era hora de redoblar esfuerzos para encontrarla. Alguien tenía que ponerse a trabajar exclusivamente en ese caso mientras él se encargaba de la desaparición de Jan Harwood y debían cruzar información varias veces por día para ver dónde se cruzaban ambos casos, si es que lo hacían. Llamó a la central de policía de Promise Falls para ver qué se podía hacer al respecto.

Duckworth pensaba que tal vez sería necesario hacer una excursión a Lake George antes de que terminara el día, pero antes quería hacer otra parada.

De camino hacia allí, pensó en cómo las piezas iban cayendo lentamente.

David Harwood había llamado a la policía para denunciar que su esposa había desaparecido durante una excursión a Cinco Montañas. Pero no existían registros de la entrada de ella en el parque; las entradas de él y su hijo habían sido adquiridas por internet, pero no existía una entrada para su esposa.

Esto es lo que los hace cometer errores. Tratan de ahorrarse unos dólares y terminan presos por el resto de sus vidas.

Crees que son demasiado inteligentes como para cometer un error tan estúpido. Y luego recuerdas a aquel imbécil que ayudó a colocar bombas en el World Trade Center en 1993, el que fue arrestado cuando trataba de recuperar el depósito del alquiler del camión en el que había trasladado los explosivos.

Las cámaras de vigilancia del parque no mostraban imágenes de Jan Harwood. Nada conclusivo, pensó Duckworth, pero no era una buena señal para el señor Harwood. Tendrían que estar bien seguros.

La historia de David Harwood sobre que su esposa tenía

pensamientos suicidas no era creíble. Nadie con quien él hubiera hablado hasta el momento compartía esa impresión del estado mental de Jan Harwood. Y lo más incriminador de todo era la historia de Harwood sobre que su esposa había ido a ver al médico de la familia por su estado depresivo y el informe del Dr. Samuels que negaba que ella hubiera ido a su consultorio.

Ahora, lo que Gina le había contado que había escuchado decir a Jan Harwood: que su marido estaría mejor si ella desaparecía de escena. ¿Qué coño era eso?

Y el viaje a Lake George. David Harwood no lo había mencionado. Un testigo había visto a Jan Harwood en Lake George la noche antes de su desaparición. El dueño de la tienda, Ted Brehl, informó que Jan había dicho que no sabía dónde se dirigía, que su esposo estaba planeando una sorpresa. Y el jefe de Jan, Ernie Bertram, respaldaba esos datos, sosteniendo que Jan se había marchado en un viaje "misterioso" con su marido el viernes.

¿Habría sido Ted Brehl la última persona que había visto a Jan Harwood con vida? Sin contar a David Harwood, claro. Duckworth estaba cada vez más convencido que David Harwood era el último que la había visto con vida.

Y comenzaba a sospechar que nadie más volvería a hacerlo.

Arlene Harwood trataba de mantenerse ocupada. Su esposo, que a veces obstaculizaba sus actividades y –para ser sinceros- se ponía pesado cuando comenzaba a decirle cómo había que hacer las cosas, estaba entreteniendo a Ethan. Lo que era bueno. Don había ido al garaje y había encontrado un viejo juego de croquet. Con la ayuda de Ethan, lo había armado en el jardín trasero. Pero Ethan rápidamente adoptó un estilo de juego que nada tenía que ver con hacer pasar las bochas por dentro de los arcos. Se mantenía entretenido golpeándolas en cualquier dirección y Don abandonó enseguida sus planes de enseñarle las delicadezas del juego a su nieto.

Arlene, mientras tanto, pasaba de una actividad a otra. Lavó algunos platos, planchó, pagó algunas cuentas por internet, intentó leer el periódico, encendió el televisor y pasó de canal en canal. Lo único que no hizo, al menos durante más de uno o dos minutos, fue utilizar el teléfono. No quería ocupar la línea. David podía llamar. O la policía.

O Jan, tal vez.

Cuando no se sumía en la desesperación por su nuera, pensaba en su hijo y su nieto. ¿Y si algo le había sucedido a Jan? ¿Cómo afectaría eso a David? ¿Cómo se repondría Ethan de perder a su madre?

No quería dejar que su mente considerara esa posibilidad. Quería

pensar de manera positiva, pero ella siempre había sido realista. Había que prepararse para lo peor y si las cosas salían mejor de lo esperado, pues bien, eso era un plus.

Se devanaba los sesos tratando de pensar dónde podría haber ido Jan, qué podría haberle ocurrido. A decir verdad, ella siempre había tenido una sensación de la que nunca le había hablado a su hijo ni a su esposo. De ninguna manera podía decírselo a Don: él no sería capaz de mantener la boca cerrada. Pero algo de Jan no le terminaba de cerrar.

Arlene Harwood no podía especificar qué era. Podría haber tenido algo que ver con cómo Jan trataba a los hombres, a diferencia de las mujeres. David se había enamorado de ella poco después de conocerla, cuando estaba escribiendo un artículo para el *Standard* sobre la gente que buscaba trabajo a través de la oficina de empleo de la municipalidad. Jan era nueva en la ciudad, buscaba trabajo y David trató de conseguir que opinara para poder citarla en el periódico. Pero Jan era reservada, no quiso que su nombre apareciera en el *Standard* ni quiso participar del artículo.

Algo en ella conmovió a David. Como le dijo una vez a su madre, le pareció que estaba “a la deriva”.

Aunque no quiso que David la entrevistara para el periódico, le confesó, después de que él persistió en hacerle preguntas, que vivía sola, no tenía a nadie en su vida y que tampoco tenía familia en la zona.

David una vez había dicho que si no hubiera sido tan trillado, él le habría preguntado cómo era posible que una mujer tan bonita como Jan pudiera estar tan sola. A Arlene Harwood le había parecido que era una buena pregunta para hacerle.

Cuando David terminó de entrevistar a otras personas más dispuestas a opinar, vio a Jan afuera, esperando el autobús. Se ofreció a llevarla y tras cierta vacilación, ella aceptó. Había alquilado una habitación sobre un local donde se jugaba al billar.

—No es nada... o sea, no es asunto mío —dijo David—, pero no es un sitio nada recomendable donde vivir.

—Es lo único que puedo permitirme de momento —respondió ella —. Cuando consiga trabajo, me buscaré algo mejor.

—¿Cuánto estás pagando? —preguntó David.

Jane abrió mucho los ojos.

—Tienes razón, no es asunto tuyo.

—Dímelo —insistió David.

Y ella se lo dijo.

David volvió al periódico a escribir el artículo. Una vez que lo hubo entregado, llamó a una mujer que conocía de la sección de

Clasificados. ¿Tienes algún anuncio de alquiler para mañana al que pueda adelantarme? Conozco a alguien que está buscando un sitio donde vivir. Te diré el rango de precios.

Ella le envió por correo electrónico copias de cuatro anuncios. En camino hacia su casa, David aparcó frente al local de billar, subió al primer piso, tomó por un pasillo y golpeó todas las puertas hasta que dio con Jan.

Le entregó la lista que había imprimido.

—Estos no saldrán en el periódico hasta mañana. Por lo menos tres de ellos están en mejores partes de la ciudad que esto y cuestan lo mismo que estás pagando ahora. —Intentó mirar por encima de ella dentro de la habitación. —No pareces tener demasiadas cosas que recoger.

—¿Quién coño eres? —le preguntó Jan.

Ese fin de semana, él la ayudó a mudarse.

Alguien nuevo para rescatar, pensó su madre, después de que Samantha Henry le dejó en claro que podía arreglárselas sola, muchas gracias.

La cortejó durante poco tiempo. *(Arlene hizo una mueca: ya nadie utilizaba la palabra cortejar. Madre santa ¿cuántos años tenía?)* Pero, hostias, qué rápido había avanzado todo.

Se casaron al cabo de pocos meses.

—¿Para qué esperar? —le decía David a su madre—. Si es la mujer indicada, es la mujer indicada. He estado pedaleando en el aire demasiado tiempo. Ya tengo mi propia casa. —Era cierto. La había comprado unos años antes, cuando el editor de negocios lo convenció de que solo los bobos pagaban alquiler.

—¿Jan también tiene tanta prisa?

—¿Recuérdame cuánto tiempo salisteis papá y tu antes de casaros?

—Pues te ha pillado —dijo Don, que había entrado justo en aquel momento. Habían salido durante cinco meses antes de casarse en secreto.

El asunto era que a Don le había encantado Jan desde el primer momento en que David la trajo a la casa. Jan se había congraciado sin esfuerzo alguno con el padre de David, pero ¿había hecho el mismo esfuerzo con su madre? Tal vez Arlene imaginaba cosas, pero le parecía que Jan se relacionaba muy fácilmente con los hombres. Lograba que le dieran lo que deseaba sin que ellos se dieran cuenta.

No es ningún misterio, tampoco, pensó Arlene. Jan era muy atractiva, en todos los sentidos. No tenía la cara de una supermodelo, pero los labios gruesos, esos ojos, la nariz respingada eran una muy buena combinación. Con sus piernas largas, se veía fantástica con

cualquier cosa, desde una falda ajustada a jeans gastados. Y tenía una forma de transmitir su atractivo sexual sin ser vulgar. No hacía ojitos ni ponía vocecita provocativa. Simplemente era algo que emanaba de ella, como un aroma.

Cuando David comenzó a traerla a casa, Don se deshacía en atenciones, siempre quería tomar su abrigo, llevarle un trago u ofrecerle un cojín. Arlene finalmente tuvo que hablar con él.

—Por el amor de Dios —dijo una noche después de que David y Jan se habían ido a casa—. ¿Qué te ocurre? ¿Qué más vas a hacer, masajearle la espalda?

Don despertó al hecho de que se había excedido y a partir de allí logró comportarse de manera más normal, pero nunca dejó de sentirse fascinado por la novia y futura esposa de su hijo.

Arlene, sin embargo, era inmune a ese tipo de encanto. No era que Jan no se hubiera mostrado siempre cordial con ella *("¿Cordial?" Otra vez hablando como una anciana*, pensó). Pero Arlene sentía que Jan intuía que lo que funcionaba con los hombres no daría buen resultado con ella.

¿Qué clase de chica, se preguntaba Arlene, corta todos los lazos con su familia? Seguro, no todas provenían de un hogar lleno de amor como el que había creado Arlene, pero venga, que Jan ni siquiera les dio aviso a sus padres cuando nació Ethan. ¿Cómo de desastrosos podían ser los padres para que no les hicieran saber que tenían un nieto?

Jan debía de tener sus razones, se dijo Arlene. Pero de todos modos, a ella no le parecía bien.

Sonó el timbre de la puerta.

Arlene estaba a unos pasos de la puerta en ese mismo momento, revisando el armario de la entrada, preguntándose cuántos años habían pasado desde que habían usado alguno de esos abrigos, si no sería hora de donar varios a alguna institución de beneficencia. El sonido la hizo sobresaltarse; se llevó una mano al pecho y exclamó:

—¡Santo Dios!

Cerró el armario para poder ver la puerta principal. A través de la pequeña ventana, vio a un hombre excedido de peso que vestía traje y una corbata suelta.

—Me ha dado usted un susto de muerte —dijo al abrir la puerta.

—Lo siento. Soy el detective Duckworth, de la policía de Promise Falls. ¿Usted es la señora Harwood?

—Así es.

—¿La madre de David?

—Sí.

—Estoy a cargo de la investigación de la desaparición de su nuera.

Me gustaría hacerle unas preguntas.

—Ah, por supuesto, pase, por favor. —Mientras Duckworth traspasaba el umbral, añadió: —¿No la habéis encontrado todavía, verdad?

—No, señora —respondió él—. ¿Su hijo está en casa?

—No, pero el que está aquí es Ethan. Está afuera, jugando con su abuelo. ¿Quiere que lo busque?

—No, no es necesario. Lo conocí ayer. Es un muchachito precioso.

En situaciones normales, Arlene Harwood se hubiera hinchado de orgullo. Pero estaba demasiado nerviosa por la presencia del detective. Señaló el sofá de la sala, luego vio que varios de los muñecos de Ethan estaban desparramados allí.

—No hay problema —dijo Duckworth, mientras los hacía a un lado—. Mi hijo va a cumplir veinte años y todavía los colecciona. —Se sentó y aguardó a que Arlene hiciera lo mismo.

—¿Quiere que busque a mi esposo? —preguntó.

—Podemos hablar un momento y luego tal vez converse un poco con él. Es la primera vez que tengo oportunidad de hablar con usted.

—Si hay algo que pueda hacer...

—Sí, lo sé. Su hijo... todo esto debe de ser terrible para él.

—Es terrible para todos nosotros. Ethan no comprende del todo la gravedad de la situación. Solo piensa que su madre se ha ido por unos días.

Duckworth encontró allí una abertura.

—¿Tiene motivos para pensar que ese no es el caso?

—Bueno, pues... o sea, lo que quería decir es que... es decir, todos deseamos que así sea. Pero es tan poco característico de Jan marcharse así, sin más. Nunca ha hecho nada como esto antes, o si lo ha hecho, David ciertamente no nos lo ha mencionado. —Se mordió el labio al darse cuenta de que sus palabras podían no haber sonado bien. —Quiero decir, no es que me oculte las cosas. Cuenta mucho con nosotros como apoyo. Mi marido y yo cuidamos a Ethan todo el tiempo, ahora que estamos jubilados. No asiste a la guardería y comenzará la escuela el mes que viene.

—Entiendo —dijo Barry—. ¿Ha notado alto distinto en Jan, últimamente? ¿Un cambio de estado de ánimo?

—Uy, sí, claro. David nos ha estado diciendo en las últimas dos semanas que Jan ha estado muy deprimida. Él se ha preocupado muchísimo. ¿Le contó que Jan habló de arrojarse de un puente?

—Así es.

—No puedo imaginar qué puede haberla hecho sentirse así.

—¿Y usted también lo notó, a este cambio en su estado de ánimo?

Arlene se detuvo a pensarlo.

—Pues... ella no pasa demasiado tiempo aquí. Deja a Ethan por la mañana y lo recoge por la tarde. Por lo general solo tenemos tiempo de intercambiar unas palabras.

—Teniendo en cuenta que solo la ha visto por períodos breves ¿diría que Jan estaba angustiada, últimamente?

—Bueno... —Arlene vaciló. —Creo que Jan siempre pone su mejor cara cuando está con los suegros. Creo que si se sintiera mal, trataría de no demostrarlo.

—O sea que no puede recordar un momento en particular en el que la vio deprimida ¿verdad?

—No, diría que no.

—Está muy bien. Yo hago muchas preguntas y admito que algunas de ellas pueden no parecer muy lógicas ¿comprende?

—Por supuesto.

—¿Tiene idea si Jan y Leanne Kowalski hablaron alguna vez de irse de viaje juntas? ¿Eran amigas?

—¿Leanne? ¿No es la chica que trabaja con Jan?

—Exacto.

—No, no tengo idea. No sé con quién se ve Jan. Eso debería preguntárselo a David.

—Buena idea —dijo Barry—. Estoy tratando de seguir los movimientos de Jan el día antes de su desaparición.

—¿Por qué es importante? —quiso saber Arlene.

—Nos da una mejor idea de las costumbres y el comportamiento de las personas.

—De acuerdo.

—¿Sabe qué hizo Jan el día antes de ir al parque Cinco Montañas?

—No, la verdad es que no lo sé. Es decir... ah, sí, David y ella fueron de paseo en el coche.

—¿Ah, sí? —preguntó Duckworth, mientras escribía en su libreta —. ¿Dónde?

—Estoy tratando de recordarlo. David me pidió si podíamos tener a Ethan más tiempo ese día porque tenía que ir a algún sitio y Jan lo iba a acompañar.

—¿Sabe dónde iban? ¿Qué iban a hacer?

—No lo sé, realmente. Debería preguntárselo a David. ¿Quiere que lo llame? Está volviendo de Rochester ahora mismo.

—No, está bien. Solo me preguntaba si tenía usted alguna idea.

—Creo que era algo relacionado con el trabajo de David. Es reportero del *Standard,* pero seguramente ya lo sabía.

—Sí, lo sé. ¿Entonces cree que tenía que ir a algún sitio por un artículo. ¿Una entrevista, tal vez?

—No sabría decirle. Sé que ha estado trabajando sobre esa nueva

penitenciaría que han dicho que instalarían en la ciudad. ¿Está usted al tanto de eso?

—Sí, he oído hablar del asunto —respondió Duckworth—. ¿No es poco habitual que su hijo lleve a su esposa con él cuando está trabajando?

Arlene vaciló y levantó los hombros.

—No lo sé, realmente.

—Entonces, él le pidió que cuidara a Ethan hasta que regresaran de esa excursión?

—Así es.

—¿Y cuándo fue eso?

—Por la noche. Antes de que oscureciera. David pasó a recoger a Ethan.

—David y Jan —dijo Duckworth.

—En realidad, vino David, solamente —dijo Arlene.

—¿Jan esperaba en el coche?

—No, David vino solo.

Duckworth asintió, como si no tuviera nada de extraño, pero sentía un cosquilleo en la nuca.

—¿Y por qué habrá sido? ¿No sería lógico que pasaran ambos por aquí de camino hacia su casa y recogieran a Ethan?

—Ella no se sentía bien —dijo Arlene.

—¿Cómo dice?

—David me dijo que Jan no se sentía bien durante el viaje de regreso, de manera que la dejó en la casa de ellos y luego vino a recoger a Ethan.

—Entiendo —dijo Duckworth—. ¿Qué le sucedía?

—Le dolía la cabeza o algo así, creo que me dijo.

—Vale. Pero supongo que se habrá sentido bien a la mañana siguiente para ir a Cinco Montañas. ¿Cómo la vio usted?

—No la vi por la mañana. Fueron directamente al parque —dijo Arlene. Afuera se oyó el ruido de la puerta de un coche al cerrarse. Arlene se puso de pie y fue hasta la ventana. —Es David. Debería poder ayudarlo con estas preguntas.

—Sí, seguramente —dijo Duckworth y se levantó del sofá.

VEINTITRÉS

Cuando detuve el coche delante de la casa de mis padres, vi un vehículo policial sin identificación aparcado junto a la acera.

Aparqué detrás de él, sintiendo que se me aceleraba el pulso. En un segundo salí del coche y subí los escalones de dos en dos. Abrí la puerta y me encontré con Barry Duckworth de pie en la sala.

—Señor Harwood —dijo.

—¿Ha sucedido algo? —pregunté. Había corrido solamente unos metros pero estaba agitado por la adrenalina.

—No, no, nada nuevo —dijo. Mamá estaba justo detrás de él, con una expresión desesperada y triste en los ojos. —Pasaba por aquí y decidí hacer una parada. Su madre y yo estábamos conversando.

—¿Ha averiguado algo? ¿Revisasteis l parque otra vez? ¿Apareció algo en las cámaras de seguridad? ¿Pudisteis....

Duckworth levantó la mano.

—Si hay novedades, le prometo que será el primero en enterarse.

Sentí que me desinflaba. Pero lo cierto era que el que traía novedades era yo.

—Tengo que hablar con usted —le dije.

—Por supuesto.

—Pero primero quiero ver a Ethan —dije. Escuchaba su risa desde el jardín trasero. Me dispuse a pasar junto al detective pero él me tomó del brazo.

—Creo que lo mejor sería que habláramos ahora mismo —dijo.

Lo miré a los ojos. A pesar de que había dicho que no había nada nuevo, me di cuenta de que se estaba guardando algo. Si hubiera tenido buenas noticias, me las habría contado.

—Algo *ha* sucedido —susurré—. No me diga que la ha encontrado.

Tenía esa sensación que da un exceso de cafeína. Sentía que impulsos eléctricos me recorrían el cuerpo. Me pregunté si él los sentiría a través de mi brazo.

Intentando que el temor no se reflejara en mi voz, dije:

—Muy bien.

Él me soltó y salió por la puerta. Mamá se acercó y me abrazó. No debe de haber sabido qué decir, porque no dijo nada.

—Venga, mamá —dije—. Lo siento. Me iba a ocupar de Ethan...

—No seas tonto —repuso ella—. Ve con él. —Me soltó y vi que se

le llenaban los ojos de lágrimas. —David, perdona, creo que puedo haber dicho algo...

—¿Qué?

—El detective me miró mal cuando dije que Jan...

—¡Señor Harwood!

Miré por encima del hombro. El detective Duckworth tenía la puerta del coche abierta y me estaba esperando.

—Tengo que irme —dije. Abracé a mi madre y corrí hasta el coche de Duckworth; subí al asiento delantero. Él se dispuso a cerrarme la puerta, pero yo cogí la manilla y la cerré por mi cuenta.

Cuando subió al asiento del conductor, dije:

—Podría seguirlo en mi coche así no tiene que traerme de vuelta.

—No se preocupe por eso —respondió. Puso el coche en marcha, miró hacia atrás y luego aceleró. —De esta manera tendremos más tiempo para hablar.

—¿Por qué estamos yendo a la comisaría policial?

Duckworth meneó ligeramente la cabeza, como descartando mi pregunta.

—Así que volvió de Rochester, ¿cuándo? ¿Esta mañana? —preguntó.

—Sí.

—¿Repítame por qué fue allí?

—A buscar a los padres de Jan.

—Con quien ella no ha hablado en años.

—Exacto.

—¿Los encontró?

Vacilé.

—Pues de eso le quería hablar. Pero primero permítame preguntarle algo.

Me dirigió una mirada.

—Adelante.

—Si el FBI o alguna otra organización ingresa a alguien en el programa de protección de testigos y les crea una vida nueva en su zona, ¿se lo hacen saber a usted?

Duckworth se tomó bastante tiempo antes de responder; movía la lengua de un lado a otro dentro de la boca, contra la mejilla. Por fin dijo:

—¿Cómo dice?

Se lo repetí.

—Pues supongo que dependería de la situación. Pero generalmente, el FBI tiende a ver a la policía local como una banda de ignorantes e inútiles, por lo que diría que no estarían muy dispuestos a compartir esa información. Además, para ser justo, cuantas más

personas lo sepan, más fácil es que alguien lo averigüe.

Me quedé pensando en eso.

—Podría ser.

—¿Y por qué pregunta eso? —quiso saber Duckworth.

—No digo que sea lo que ha sucedido, pero creo que puede ser posible que…

—No, aguarde, déjeme adivinar —dijo Duckworth—. Su esposa es testigo protegido. La han descubierto y ha tenido que escapar.

—¿Le parece una broma? Creí que le interesaría saberlo.

—No, no, es algo muy serio —dijo—. Muy serio.

—Piensa que estoy diciendo cualquier disparate —lo acusé.

Pensé que negaría la acusación, pero al ver que no lo hacía, dije:

—Creo que Jan puede no ser quien dice ser.

Otra mirada. Luego:

—¿Y quién es, en realidad? Dígamelo, lo escucho.

—No lo sé —respondí—. En… en los últimos días he descubierto algunas cosas a las que no les encuentro sentido. Y pueden tener que ver con el motivo de la desaparición de Jan.

—¿Y cuáles son estas cosas que ha descubierto?

—Fui a Rochester y busqué a las personas que aparecen en el certificado de nacimiento de Jan como sus padres.

—¿Y quiénes son?

—Horace y Gretchen Richler. El asunto es que tenían una hija llamada Jan, pero murió a la edad de cinco años.

La lengua de Duckworth se movía contra la mejilla otra vez.

—Continúe —dijo.

—Fue un accidente. Su padre la arrolló con el coche cuando salía marcha atras por la entrada.

—Madre mía —dijo Duckworth—. ¿Cómo se vive con algo así durante el resto de la vida?

—Exacto. —Dejé que absorbiera la información durante un instante. —¿Qué opina al respecto?

—¿Sabe una cosa? Haré una llamada cuando lleguemos a la comisaría policial. Y mientras alguien lo investiga, hablaremos de otros asuntos.

—Tome asiento —me indicó, señalando la silla delante del sencillo escritorio en una sala anodina.

—¿Esto no es una sala de interrogación? —pregunté.

—Es una sala —repuso Duckworth—. Una sala es una sala. Quiero hablarle en privado, y este lugar nos sirve. Pero aguarde un instante mientras hago una llamada relacionado con este asunto de los testigos protegidos. ¿Le apetece un café, un refresco o algo?

Le dije que estaba bien así.

—Entonces enseguida vuelvo. —Abandonó la sala y cerró la puerta detrás de él.

Caminé hasta la mesa, me quedé allí un instante y finalmente me senté en una de las sillas de metal.

Esto me daba mala espina.

Duckworth me trae aquí, dice que quiere hablarme de algo pero no aclara de qué y me deja solo en una sala.

En una pared había un espejo. Me pregunté si Duckworth estaría del otro lado, observando a través de un cristal unidireccional cómo me comportaba. ¿Me veía nervioso, caminaba de un lado al otro, me pasaba las manos nerviosamente por el pelo?

Permanecí en la silla, intentando tranquilizarme. Pero por dentro estaba agitado.

Tras unos cinco minutos, la puerta se abrió. Duckworth tenía un café en una mano y una botellita de agua debajo del brazo para poder hacer girar la manilla con la otra mano.

—Me traje un café —dijo—. Y cogí un agua para usted, por las dudas.

—No soy tonto —le dije.

—¿Cómo dice?

—Que no soy tonto. Entiendo la dinámica de esto. Me trae aquí. Me deja solo en una habitación para que me cueza en mi propia salsa. Lo entiendo.

—No sé de qué habla —dijo Duckworth, mientras acercaba una silla y apoyaba el café y el agua sobre la mesa.

—Verá, no soy el mejor reportero del mundo. Si lo fuera, no trabajaría para el *Standard.* Hace años que dejó de importarles el periodismo. Pero tengo bastante experiencia como para comprender las cosas. Usted piensa que soy sospechoso o algo así.

—Nunca dije eso.

—Pues dígame que estoy equivocado, entonces. Dígame que no piensa que tengo algo que ver con todo esto.

—¿Qué le parece si me cuenta acerca del viaje que hizo a Lake George hace dos días?

—¿Qué?

—En ningún momento lo mencionó. ¿Por qué?

—¿Por qué iba a mencionarlo? Jan desapareció al día siguiente. ¿Por qué tendría que hablar de lo que sucedió el viernes?

—Hábleme de eso ahora, ¿qué le parece?

—¿Por qué es importante?

—¿Hay algún motivo por el que no quiera contármelo, señor Harwood?

—No, claro que no, pero... de acuerdo. Jan y yo fuimos a Lake George porque teníamos que encontrarnos con una fuente. En realidad, yo tenía que encontrarme con la fuente. Jan me acompañó.

—¿Una fuente?

—Para una historia en la que estoy trabajando.

—¿De qué se trata la historia?

Vacilé un instante. ¿Podía hablar con la policía de las historias sobre las cuales estaba trabajando para el *Standard*? ¿Sería ético hacerlo? ¿Estaría violando principios periodísticos?

¿Qué coño me importaba todo eso en este momento?

—He estado trabajando sobre el asunto de la posible instalación de la corporación Star Spangled Corrections en Promise Falls. Me consta que la compañía ha estado haciéndole favores al menos a un concejal. Recibí un correo electrónico diciendo que estaban sobornando o haciéndoles favores a otros para comprar sus votos cuando el concejo tuviera que votar la aprobación de la zonificación.

—¿Quién se lo envió?

—No se lo puedo decir.

—Ay, por Dios —dijo Duckworth; parecía como si quisiera poner los ojos en blanco con expresión de fastidio, pero se estuviera conteniendo. —Es confidencial y hay que proteger a la fuente, claro.

—No —respondí—. El correo era anónimo.

—Pero si se encontró con esta persona, debe de saber quién es.

—Ella no apareció —dije.

—¿Ella?

—En el mensaje decía que tenía que buscar a una mujer en una camioneta blanca. No apareció.

—¿Dónde tenía que encontrarse con ella?

—En una tienda de ramos generales que también despacha gasolina al norte de Lake George. Se llama Ted's.

—¿Así que fue en coche hasta allí?

—Exacto. El viernes por la tarde. Se suponía que la mujer llegaría a las cinco.

—¿Y llevó también a su esposa?

—Así es.

—¿Por qué? ¿Es algo que hace normalmente cuando va a entrevistar a alguien?

—No, generalmente no.

—¿Ha llevado a su mujer alguna vez cuando tuvo que salir de la ciudad por trabajo?

Lo pensé un instante.

—Debo de haberlo hecho, pero no puedo recordar una situación específica. Hace un par de años fuimos a una cena de entrega de

premios.

—¿Usted estaba cubriendo los premios? ¿O iban a entregarle uno?

—Estaba nominado para un premio. Por cobertura de noticias en el lugar.

—Así que no era realmente un trabajo. Eso es algo a donde cualquiera llevaría a su cónyuge.

—Puede ser —admití.

—¿Y ganó el premio? —dijo Duckworth.

—No.

—Entonces, ¿por qué llevó a su esposa a esta excursión?

—Como le dije, había estado sintiéndose deprimida en las últimas semanas y me dijo que pensaba tomarse el viernes, de manera que le sugerí que me acompañara.

—Bien —asintió Duckworth—. ¿De qué hablasteis durante el viaje de ida?

Meneé la cabeza, presa de frustración.

—No lo sé, creo que... ¿qué sentido tiene esto, detective?

—Solo quiero tener un panorama global de los sucesos que llevaron a la desaparición de su esposa.

—Nuestro viaje a Lake George no *llevó* a su desaparición. Es solo algo que hicimos el día antes de ir a Cinco Montañas. A menos que...

Duckworth ladeó la cabeza.

—A menos que.., ¿qué?

El coche. El que Jan había visto que nos seguía. El que pasó un par de veces delante del sitio donde debía encontrarme con esta mujer.

—Creo que nos siguieron —dije.

Duckworth se arrellanó en la silla. Arqueó las cejas.

—¿Os siguieron?

Asentí.

—Jan vio que un coche nos seguía. Pero yo no estaba seguro. Luego, cuando aguardábamos en el aparcamiento a que apareciera esta mujer, el coche pasó un par de veces delante de la tienda. Pasó hacia un lado, giró en redondo y pasó otra vez. Yo salí corriendo en un momento, para intentar ver de quién se trataba, pero el coche huyó a toda velocidad.

Duckworth cruzó los brazos sobre el pecho. Tenía los antebrazos apoyados sobre la barriga como si fuera una encimera. Todavía no había tocado el café y yo tampoco había abierto la botella de agua.

—Os siguieron —repitió.

—Estoy seguro —dije.

—¿Quién podría haberlos seguido?

—No lo sé. En aquel momento, supuse que sería alguien que descubrió que esta mujer había quedado en verme. Pensé que tal vez

fue eso lo que la asustó e impidió que viniera. Vio el coche merodeando y no tuvo valor de presentarse.

—¿Pero ahora tiene una teoría distinta?

—No lo sé. Está usted tan interesado en lo que sucedió el viernes, y teniendo en cuenta lo que averigüé tras hablar con estas personas que yo creía eran los padres de Jan, es posible que la persona en ese coche haya estado siguiendo a Jan. Tal vez allí esté la respuesta a todo. Es una testigo que enviaron a vivir aquí, alguien descubrió quién era, la siguió y ella tuvo que desaparecer.

Duckworth, por fin, bebió un sorbo de café. Sonrió.

—No me lo va a creer, pero este café es fantástico. Tenemos un tío que trabaja aquí en la sección de robos y prepara el mejor café. Es mejor que el de Starbucks. Increíble que eso suceda en una comisaría de policía, ¿verdad? ¿Seguro que no le apetece una taza?

—No, gracias.

—Bien, ¿y qué le dijo a su esposa sobre el sitio al cual se dirigían?

—Le conté lo mismo que a usted. Que iba a encontrarme con esta mujer.

—Que iba a revelarle el nombre de todos los concejales que aceptan sobornos de esta corporación de penitenciarías.

—Eso es lo que insinuó la mujer en el correo electrónico.

—Supongo que no tendría problema en hacerme ver ese correo —dijo Duckworth—. ¿Cuándo lo recibió?

—El jueves pasado —respondí—. Y... lo borré.

—Ajá —dijo Duckworth—. Qué extraño. ¿Por qué lo hizo?

—Porque no quería que quedara en el sistema —respondí, lentamente.

—¿De su propia oficina? ¿Por qué?

Pensé antes de responder.

—Creo que nadie en el *Standard* comparte mi entusiasmo por proseguir con esta historia.

—¿Y eso qué significa?

—Solo que estoy aprendiendo a no presentar historias sobre esto de la penitenciaría a menos que estén completamente verificadas. Quiero que se les haga difícil a mis superiores negarse a publicar algo. Me gusta no mostrar los naipes hasta el último momento. Entonces no dejo correos electrónicos por allí para que los lean.

Duckworth no parecía convencido, pero tomó en otra dirección.

—¿Recuerda la dirección de correo electrónico?

Paseé la mirada por la habitación y negué con el cabeza, furioso conmigo mismo.

—No, eran números y letras. Una dirección de Hotmail.

—Ya veo. Bien, entonces cuénteme sobre este coche que los

siguió. ¿Marca, modelo?

—Era azul oscuro. Un Buick con los cristales polarizados. Sedán de cuatro puertas.

Duckworth asintió, impresionado.

—¿Pudo tomarle el número de matrícula?

—Lo intenté —respondí—. Pero estaba cubierta de barro. Pero era una matrícula de Nueva York.

—Ya veo. ¿El coche estaba cubierto de barro o solo la matrícula?

—El coche estaba limpio, en realidad. Solamente la matrícula estaba manchada con barro. ¿Eso no le dice que seguramente lo hicieron adrede?

—Por supuesto —respondió Duckworth.

—No me tome por tonto —dije—. No cree una sola palabra de lo que le estoy diciendo, me doy cuenta. Lo veo en su cara. Pero nosotros estuvimos allí. Si no me cree, hable con quien sea que haya estado trabajando en la tienda aquel día. Se llama... —Me esforcé por recordar el nombre del sitio. —Tienda de Ramos Generales Ted's. Sí. Jan entró a comprar algo para beber. Tal vez alguien la recuerde.

Duckworth se quedó mirándome, sin decir nada.

—Le creo cuando dice que estuvo allí —dijo—. No lo dudo en absoluto.

Era muy hábil para mantenerme con la guardia baja. Justo cuando yo estaba seguro de que no me creía, aceptaba de buen grado esa última parte.

—¿Cuál es el problema, entonces?

—¿A qué hora volvió a su casa?

—Me quedé hasta alrededor de las cinco y media de la tarde, luego cuando me di cuenta de que la mujer no aparecería, regresamos.

—Ambos —dijo Duckworth.

—Claro que regresamos ambos.

—¿Hicisteis alguna parada por el camino?

—Solo en la casa de mis padres. Para recoger a Ethan.

—Entonces los dos fuisteis a buscar a vuestro hijo.

Me di cuenta de que ya sabía la verdad.

—No —respondí—. Fui solo.

—No comprendo —dijo él, pero no le creí—. ¿Por qué fue solo a casa de sus padres?

—Jan no se sentía bien —dije—. Le dolía la cabeza. Me pidió que la dejara en casa primero. No se sentía bien como para ir a casa de mis padres. O tal vez no quería verlos y dijo que tenía dolor de cabeza.

Duckworth asintió con demasiada energía.

—Entiendo, entiendo. ¿Pero no os quedaba de paso la casa de sus padres? O sea, usted tendría que haber pasado delante de la casa de

sus padres volviendo de Lake George para ir a su casa, para luego retroceder e ir a buscar a su hijo.

—Es cierto —dije—. Pero a veces mis padres... a ellos les gusta hablar. Les hubiera parecido descortés no salir al coche a conversar con Jan. Y ella no se sentía bien. Por eso la dejé en casa primero. ¿Qué insinúa? ¿Cree que la dejé en Lake George?

Al ver que Duckworth no respondía, proseguí:

—¿Tengo que traer a mi hijo aquí? ¿Va a ser necesario que testifique? ¿Para decirle que mi esposa regresó conmigo aquel día?

—No veo la necesidad de nada de eso —dijo Duckworth—. No querría hacer pasar a un niño de cuatro años por algo semejante.

—¿Por qué? ¿Porque si él me respaldara, usted de todos modos no lo creería? ¿Por qué se trata de un niño? ¿Y puedo haberlo entrenado?

—En ningún momento dije nada de eso —respondió Duckworth, mientras bebía otro sorbo de café.

—Por lo menos vaya a esa tienda —dije—. Y hable con quienquiera que haya estado trabajando aquel día.

—No hay problema con eso, señor Harwood —dijo Duckworth—. Su esposa ha sido identificada en la tienda a la hora que usted indica.

Aguardé.

—El problema es lo que dijo cuando estuvo allí.

—¿Cómo dice?

—Dijo que habían ido allí como una especie de sorpresa. Dijo que no tenía idea de qué estaba haciendo en el lugar.

—¿Qué?

—Dijo que no sabía por qué estaba allí; al parecer, no conocía sus planes.

Sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Es ridículo —objeté—. Jan sabía por qué habíamos ido allí. El que le dijo eso, miente.

—¿Por qué alguien querría mentir al respecto? —preguntó Duckworth.

—No tengo ni idea. Pero no es cierto. Jan no habría dicho algo así. No tiene ningún sentido.

—¿Por qué dijo la señora Harwood que usted estaría más feliz si ella no estuviera? ¿O si estuviera muerta?

—¿Qué? —volví a exclamar.

—Ya me oyó.

—¿De qué coño está hablando?

—¿Niega que ella le haya dicho eso?

Abrí la boca para hablar, pero las palabras no salieron durante varios segundos. Finalmente, en voz baja, dije:

—El restaurante Gina's.

—¿Sí?

—Hace casi dos semanas, creo. Estábamos cenando... íbamos a cenar en Gina's. A eso se refiere.

—¿Qué le parece si me lo cuenta?

—Jan estaba muy perturbada durante la cena. Decía cosas extrañas y luego tuvo un arrebato –y es probable que haya hablado en voz lo suficientemente alta como para que la escucharan- y dijo que tal vez me gustaría librarme de ella para siempre. O algo por el estilo. Pero no que quisiera verla muerta. En ningún momento dijo eso.

—O sea que le gustaría deshacerse de ella, pero no si eso significara que estuviera muerta.

—¡No! No es cierto. Es decir sí, ella dijo que yo estaría mejor sin ella, pero no es cierto. No sé por qué pensaría algo así, a menos que esté ligado a su depresión. ¿Habló usted con Gina? Porque si afirma que Jan dijo que la quería ver muerta, es mentira.

—Sobre la depresión de su esposa —dijo Duckworth—, es bastante interesante que el único que notó que estuviera deprimida fue usted.

Negué violentamente con la cabeza.

—No es cierto. No es cierto. Hable con su médico. Hable con el doctor Samuels. Él se lo dirá.

Duckworth me dirigió una mirada cargada de lástima.

—Su esposa nunca fue a ver al doctor Samuels.

—¡Por Dios! —exclamé—. Llámelo por teléfono.

—Ya he hablado con él —repuso Duckworth—. Jan Harwood no fue a verlo en ningún momento para hablar de su depresión.

Creo que en ese momento me quedé mirándolo con la mandíbula caída como un idiota. Boquiabierto, tratando de comprender las noticias.

Por fin, dije:

—Eso también es mentira.

Pero solo me tomó un par de segundos darme cuenta de que Jan podría haberme mentido sobre haber ido a ver al médico, solo para que dejara de insistir. Pero este payaso de la tienda de Lake George que sugería que Jan no sabía por qué la había llevado allí, ese era un maldito mentiroso, de eso no tenía ninguna duda.

—Entonces todos dicen disparates —comentó Duckworth—. ¿Qué me dice de las cámaras de seguridad del parque Cinco Montañas? ¿Dicen disparates, también?

—¿Se refiere al asunto de las entradas? —dije.

—¿Por qué se compraron solamente dos entradas con la tarjeta de crédito de su esposa, señor Harwood? Una para adultos, una para niños. ¿Acaso fue porque sabía que su esposa no iría con usted?

¿Cogió la tarjeta del bolso de ella cuando estaba con el ordenador, o copió la información con anterioridad?

—Yo no compré las entradas —respondí—. Lo hizo Jan. Y ella estuvo en el parque. No tengo explicación para el asunto de las entradas. Tal vez... tal vez cuando regresó del coche se dio cuenta de que había impreso algo mal, que no tenía la entrada y pagó en efectivo para entrar.

—Hemos revisado toda la grabación de las cámaras de seguridad de la entrada y no la hemos encontrado. No ha entrado ni salido.

—Entonces algo no está bien —dije—. Quizás falta una parte de la filmación.

Lo señalé, y luego golpeé la mesa con el dedo índice para remarcar mis palabras:

—Mire, sé lo que está haciendo y está equivocado. Lo que tiene que hacer es verificar esto del certificado de nacimiento de Jan, estas personas que creí que eran sus padres pero que no lo son.

—Muy bien, enséñemelo —dijo Duckworth.

—No... no lo tengo.

—¿No está en su casa?

—Negué con la cabeza.

—Estaba oculto. Dentro de un sobre, detrás de un zócalo en el armario de ropa blanca. Pero hoy cuando fui a buscarlo, tras regresar de Rochester, ya no estaba.

—Pero mire usted.

—Venga, ¿no puede buscarlo en los registros estatales? Puede obtener una copia ¿no es cierto?

Duckworth asintió lentamente.

—Supongo que podría, sí.

—Pero no lo va a hacer. Porque no cree nada de lo que le he dicho.

—¿Cuál historia le gustaría que creyera, señor Harwood? ¿La de que su esposa se quería suicidar o la de que estaba en un programa de testigos protegidos? ¿O tiene una tercera historia entre manos?

Apoyé los codos sobre la mesa y la cabeza en mis manos.

—Mi esposa está por allí, en algún sitio y tiene que buscarla.

—¿Sabe qué es lo que me ahorraría mucho tiempo? —preguntó Duckworth.

Levanté la cabeza.

—¿Qué cosa?

—Que usted me dijera dónde está. ¿Qué hizo con ella, señor Harwood? ¿Qué hizo con su esposa?

VEINTICUATRO

—¡No hice nada con ella! —le grité a Barry Duckworth—. Se lo juro por Dios. ¿Por qué querría hacerle daño? ¡La amo! Es mi esposa, por Dios. ¡Tenemos un hijo!

Duckworth me miraba, impertérrito.

—¡No le estoy mintiendo! —insistí—. ¡No lo estoy inventando! Jan ha estado deprimida. *Me dijo* que fue a ver al médico. De acuerdo, tal vez no fue, tal vez no me dijo la verdad. Pero es lo que me dijo.

Nada.

—Mire, no sé cómo explicar que nadie más haya notado cómo se sentía Jan. Tal vez... tal vez sólo podía mostrarse como realmente es cuando estaba conmigo. Cuando estaba con otros, simulaba estar bien para seguir adelante. —Meneé la cabeza, presa de impotencia. —No sé qué decirle. —De pronto, una idea. —Debería hablar con Leanne. ¿Ha hablado con ella? Trabajan juntas. Leanne ve a Jan todos los días. Aun si Jan podía ocultarle a las personas cómo se sentía, Leanne tendría que haber notado algo.

—Leanne —Duckworth dijo el nombre lentamente.

—Leanne Kowalski —expliqué—. Ha de estar en la guía telefónica. Cómo se llama su marido... déjeme recordar. Comienza con L, también, Lionel o Lyall algo así.

—Tendré que verificarlo —dijo Duckworth—. Había algo en su voz, como si no pensara que valiera la pena hablar con Leanne o ya lo hubiera hecho. —¿Cómo describiría la relación de Jan con Leanne?

—¿Relación?

—¿Eran buenas amigas?

—Ya se lo he dicho. Solo trabajan juntas. Leanne por lo general es bastante malhumorada.

—¿Hacían cosas juntas? —preguntó Duckworth.

—¿Cómo qué?

—Salir a almorzar, ir de compras. ¿Al cine?

—No.

—¿No se reunían a veces después del trabajo?

—¿Pero cuántas veces se lo tengo que decir? No. ¿Por qué es importante?

—Por nada —respondió Duckworth.

—Oiga, hable con ella. Hable con cualquiera. Hable con todas las personas que encuentre. No va a encontrar a nadie que piense que

tengo algo que ver con la desaparición de Jan. La amo.

—Seguro —respondió Duckworth.

—Basta —dije—. Está completamente equivocado. —Empujé la silla hacia atrás y me puse de pie. —¿Va a arrestarme o algo así?

—De ninguna manera —dijo Duckworth.

—¿Necesito un abogado?

—¿Usted cree que lo necesita? —preguntó él.

No existía una forma inteligente de responder a eso. Si decía que sí, parecería culpable. Si decía que no, parecería temerario.

—Voy a necesitar que alguien me lleve hasta mi coche y... no, olvídelo. Me las arreglaré para llegar a casa de mis padres.

—A propósito de eso —dijo Duckworth—. Antes de que nos sentáramos a conversar, salí para conseguir órdenes de registro. Nos llevaremos sus dos vehículos, señor Harwood y también registraremos su casa.

—¿Qué?

—Por lo que tal vez resulte una buena idea que se ponga en contacto con un abogado.

—¿Vais a registrar mi casa? —exclamé.

—Lo estamos haciendo ahora mismo —repuso.

—¿Cree que tengo a Jan oculta en nuestra casa? ¿Habla en serio?

Como si le hubieran dado el pie, sonó mi móvil. Reconocí el número de mis padres.

—¿Hola?

—¿David? —Era mi madre.

—¿Sí?

—¡Se están llevando tu coche!

—Ya lo sé, mamá. Acabo de enterarme que...

—Salí y les dije que no podían hacerlo, que se puede estacionar tres horas de ese lado de la calle, pero...

—Mamá, no hay nada que puedas hacer al respecto.

—¡Tienes que volver enseguida! ¡Lo están cargando dentro de un camión en este mismo momento! Tu padre está afuera diciéndoles que han cometido un error, pero...

—¡Mamá! ¡Escúchame! Estoy en la comisaría de policía y necesito que me vengáis a buscar...

—Uno de mis hombres puede llevarlo —dijo Duckworth.

Le dirigí una rápida mirada.

—Pues váyase a la mismísima mierda.

—¿Qué? —dijo mi madre.

—Dile a papá que venga —le indiqué—. ¿Puedes decírselo?

—¿Estás bien? ¿Estás en pro...?

—Mamá, solo dile a papá que venga y te explicaré todo cuando

llegue. —Cerré el teléfono y lo guardé en la chaqueta.

—Hijo de puta —le dije a Duckworth—. Maldito hijo de puta. Yo no soy el criminal. Envía a gente a registrar mi casa cuando debería estar buscando por todo Promise Falls. ¿Y si mi esposa ha tratado de quitarse la vida? ¿Y si está en algún sitio y necesita ayuda? ¿Y si necesita atención médica? ¿Y qué está haciendo usted? ¿Poniéndome la vida patas arriba?

Duckworth me abrió la puerta y yo salí. Me dirigí a la recepción, con Duckworth pisándome los talones; supuse que quería cerciorarse de que yo abandonara el edificio sin causar problemas. Ya casi había llegado a las puertas, por las que salía y entraba gente, cuando me detuve de pronto, me volví y le dije:

—Ni siquiera averiguó nada sobre el asunto de los testigos protegidos ¿verdad?

Duckworth no respondió.

—Tiene que investigar el pasado de Jan. Sé que al principio pensé que Jan podría haberse quitado la vida. Sospechaba eso. Pero ahora me doy cuenta de que hay más cosas detrás de todo esto. Y no tengo ni idea de qué son.

—Le puedo asegurar, señor Harwood, que seguiré la investigación hasta donde me lleve.

—Y yo le puedo asegurar —respondí, acercándome hasta quedar a pocos centímetros de su cara— que no maté a mi esposa.

—Vaya, vaya —dijo una voz conocida, desde unos metros hacia un costado.

Duckworth y yo nos volvimos para ver a Stan Reeves, el concejal de la ciudad, de pie a poca distancia. Una sonrisa se le dibujaba en el rostro.

—¡Hostias! —dijo, mirándome a mí—. Si no es el mismísimo santurrón de David Harwood del *Standard.* Las cosas que se escuchan cuando uno pasa a pagar una multa por haber aparcado mal.

VEINTICINCO

Me aparté de Duckworth y me dirigí a la puerta; me volví solamente una vez y vi que Stan Reeves hablaba con el detective.

Papá se detuvo junto a la acera con su Crown Victoria azul unos cinco minutos después. Subí del lado del pasajero y cerré la puerta con violencia.

—Ten cuidado, harás estallar el cristal —me dijo.

—¿Qué está sucediendo en vuestra casa? —pregunté.

—Como te dijo tu madre por teléfono, se llevaron el coche.

Yo tenía las llaves conmigo, pero la policía no las necesitaba para llevarse el vehículo ni para ingresar en él.

—No estaba aparcado de forma ilegal —dijo papá.

—No se lo llevaron por eso —respondí.

Papá me miró, decepcionado.

—¿Te lo embargaron? Santo Dios, ¿no hiciste los pagos correspondientes?

Supongo que era una señal de confianza en mí que papá sospechara que era un fracasado antes que un asesino.

—Papá, la policía está buscando pruebas.

—¿Pruebas?

—Creo que... creo que me consideran sospechoso.

—¿Sospechoso de qué?

—Creen que tal vez hice algo con Jan.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Por qué demonios creerían algo así?

—Papá, pasemos por mi casa.

—¡Es tu esposa, David! ¿Pero qué les pasa? Jamás le harías daño a Jan. ¿Y por qué piensan que algo le ha ocurrido? —De pronto, comprendió. —Por Dios, hijo, no la han encontrado ¿verdad? ¿Han encontrado un cadáver?

—No —repuse—. La policía siempre investiga al marido cuando la esposa desaparece. —¿A quién trataba de hacer sentir mejor, a papá o a mí mismo? Tal vez el interrogatorio de Duckworth era un procedimiento estándar. Algo que la policía hacía en casos así.

No. Había algo más. Las circunstancias de la desaparición de Jan me jugaban en contra. El hecho de que nadie –salvo Ethan y yo- hubiera visto a Jan desde antes del viaje a Lake George. El hecho de que Jan no le hubiera contado a nadie lo deprimida que se había sentido en las últimas dos semanas.

Yo creía que la mayoría de esas cosas podían tener una explicación. Lo que no terminaba de comprender era por qué había mentido la persona que había trabajado aquel día en la tienda Ted's. ¿Por qué alguien le contaría a la policía que Jan había dicho que no sabía dónde iba, que su marido la había llevado allí por una sorpresa?

Era una locura.

Jan había entrado a comprar un par de bebidas. Nada más y nada menos. ¿Cómo de probable era que se pusiera a conversar con la persona detrás del mostrador, mucho menos a contarle por qué estaba allí con su marido? Podía imaginarme un breve intercambio sobre el tiempo, pero ¿qué motivo podía tener Jan para decirle a alguien que no sabía por qué estaba allí? En vista de que yo había ido a encontrarme con una fuente, lo lógico hubiera sido que Jan hubiera hablado lo menos posible, aun si le preguntaban qué hacía en Lake George.

Si eso era lo que el propietario de la tienda le había contado a la policía, estaba mintiendo.

A menos, por supuesto, que el que estuviera mintiendo fuera el detective Duckworth.

¿Habría inventado todo eso para ponerme a prueba? ¿Para ver cómo reaccionaba? ¿Pero cómo sabía que habíamos ido allí, que Jan había entrado a comprar bebidas? La persona que la había atendido debió de llamar a la policía tras ver el comunicado sobre Jan en el informativo.

—¿Qué sucede? —dijo papá—. ¿Qué estás pensando?

—No sé qué pensar. Solo llévame a mi casa.

Vi los coches policiales en la calle en cuanto doblamos la esquina. El coche de Jan ya no estaba en la entrada, por lo que supuse que se lo habrían llevado al mismo tiempo que se llevaban el mío de la casa de mis padres. Papá apenas si tuvo tiempo de detener el coche antes de que yo saliera por la puerta, cruzara el jardín delantero a la carrera y subiera los escalones. La puerta principal estaba abierta y oía voces en el interior.

—¡Hola! —grité.

Una mujer uniformada apareció en la cima de la escalera. La reconocí como la agente que había cuidado a Ethan el día anterior en Cinco Montañas mientras yo hablaba con Duckworth. Campion, era su apellido.

—Señor Harwood, —dijo.

—Quiero ver la orden de registro —dije.

-¡Alex! —llamó la mujer y un hombre bajo y delgado, que no debía tener más de treinta años salió del dormitorio que yo compartía

con Jan. Tenía el pelo muy corto y vestía una chaqueta deportiva, camisa blanca de vestir y jeans.

—Este es el señor Harwood —le informó la mujer.

El hombre bajó la escalera pero no me tendió la mano. Supuse que se dejaban de lado esas cortesías cuando estaban poniendo patas arriba la casa de una persona buscando pruebas de que había liquidado a su esposa.

—Soy el detective Alex Simpson —dijo, mientras buscaba dentro de la chaqueta. Me entregó un papel doblado en tres. —Aquí está la orden para registrar la propiedad.

Cogí el papel y lo miré, pero la furia que sentía me impedía comprender las palabras.

—Dígame qué coño está buscando y se lo enseñaré.

—Lamentablemente no es así cómo funciona —respondió Simpson.

Subí corriendo la escalera. Campion estaba revisando los cajones de la cómoda, revolviendo medias y ropa interior. Vi que se detenía un momento al ver un portaligas en uno de los cajones de Jan, luego proseguía.

—¿Es necesario hacer esto?

Campion no respondió. Noté que el ordenador portátil que había estado en la cocina se encontraba sobre la cama.

—¿Qué hace eso allí? —quise saber.

—Voy a llevármelo —respondió Campion.

—¿Bromea? Allí están todas nuestras finanzas y direcciones y todo...

—David.

Me volví. Mi padre estaba de pie en la puerta.

—David, tienes que venir a ver qué han hecho con la habitación de Ethan.

Crucé el pasillo. Habían deshecho la cama de mi hijo y el colchón estaba apoyado sobre uno de los costados, contra la pared. Habían vaciado todos los recipientes de plástico donde guardaba los juguetes y el contenido estaba desparramado en el suelo.

—¡Pero por Dios! —exclamé—. ¿Por qué coño tenéis que destrozar el dormitorio de mi hijo?

Simpson subió la escalera.

—Señor Harwood, tiene derecho a permanecer aquí mientras registramos la casa, pero no puede interferir con nuestro trabajo, o lo obligaremos a retirarse.

Yo estaba mudo por la furia. Cuando me disponía a decir algo, sonó mi móvil dentro del bolsillo de la chaqueta.

—¿Sí? —dije.

—Hola, Dave, habla Samantha. ¿Qué coños está sucediendo?

—No puedo hablar ahora, Sam.

—Dave, escucha. Tengo que ser franca contigo. Esta no es la llamada de una amiga. Quiero citarte. Necesito algo ahora.

La edición del lunes del *Standard* no se imprimiría hasta esa noche, por lo que Sam estaba buscando algo para la edición en línea. Yo no había tenido la oportunidad de revisar el sitio web ese día, pero era razonable suponer que habían publicado algo allí, dado que Jan había salido en las noticias la noche anterior.

Eché una mirada a la habitación de Ethan, luego a la mía. Lo que más anhelaba decir en ese momento era que la policía de Promise Falls era una banda de gilipollas y cabrones que estaban perdiendo el tiempo hostigándome mientras mi esposa seguía desaparecida.

Pero en cambio, dije:

—Adelante, Sam.

—¿Es cierto —preguntó ella— que eres sospechoso en la investigación de lo que le ocurrió a tu esposa?

No había transcurrido más de media hora desde que me había marchado de la comisaría. ¿Cómo podía el *Standard* saber ya que...?

Reeves.

No me parecía probable que Duckworth le hubiera contado algo al concejal ni que hubiera tenido tiempo de llamar a una conferencia de prensa desde que me había marchado. Pero lo único que habría necesitado Reeves era mi estúpido comentario para hacer una llamada al periódico. Anónima, seguramente. Reeves era una verdadera rata. Una simple llamada a la sala de redacción diciendo que había visto a uno de los empleados del *Standard* en la comisaría de policía, negando furiosamente haber matado a su esposa alcanzaría para desatar un frenesí de actividad allí.

En cuanto terminara con el *Standard*, Reeves no tardaría en llamar a la televisión y a la radio.

—¿Sam, dónde obtuviste esa información?

Papá me estaba mirando.

—¿Quién es?

—Venga, Dave —dijo Samantha Henry—. Sabes cómo funciona esto. Lo siento de verdad, pero tengo que preguntártelo: ¿es cierto? ¿Están a punto de arrestarte? ¿Te consideran sospechoso? ¿O persona de interés? ¿Han encontrado el cadáver de Jan?

—Por Dios, Sam. Oye, dime solamente una cosa. ¿Qué está diciendo la policía? ¿Cuál es la versión oficial?

—Todavía no tengo nada de ...

—O sea que esto es solo un rumor. ¿Alguien llamó a la mesa de noticias y no dejó su nombre?

—Dave, no estoy haciendo nada que no harías tú. Nos llegó una pista y la estoy siguiendo. Mira, si vas a hablar con alguien deberías hacerlo conmigo. Este es tu periódico. Si alguien va a darte una oportunidad, seremos nosotros.

No estaba tan seguro de eso.

Afuera, escuché el chillido de frenos. Con el teléfono contra la oreja, pasé junto a mi padre, bajé la escalera y miré por la ventana de la puerta principal.

Vi la furgoneta de un canal de televisión.

—Tengo que cortar, Sam —dije, y puse fin a la llamada.

—¿No son los del Canal 13? —preguntó papá.

—Sí, gracias, papá —respondí—. Tenemos que irnos de aquí. Si aparecen por tu casa, no quiero que molesten a Ethan.

—De acuerdo.

—Vamos a salir caminando lentamente y subir a tu coche —le indiqué.

—Entendido.

Salimos juntos, y no prestamos atención al conductor ni a la mujer que descendieron de la furgoneta. Reconocí a la reportera como Donna Wegman. De unos veintiocho años, con cabello castaño que siempre se apartaba de los ojos cuando transmitía noticias desde el lugar de los hechos.

—Disculpe —dijo ella—. ¿Es usted David Harwood?

Señalé en dirección a la casa.

—Pregúntele a la policía. Tal vez sepan dónde encontrarlo.

En camino hacia su casa, mi padre dijo:

—No sé si has pensado en esto, hijo, pero tal vez necesitarías hablar con un abogado.

—Sí —concordé—. Puede que tenga que hacerlo.

—Podrías hablar con Buck Thomas. ¿Lo recuerdas? ¿De aquella vez que tuvimos problemas porque la entrada para coches de los Glendon estaba sobre nuestro lote? Es un buen hombre.

—Creo que voy a necesitar un abogado de otra especialidad —dije.

Papá asintió, reconociendo que tenía razón.

—Los abogados son caros, sabes. Si el dinero es un problema, tu mamá y yo... pues tenemos unos ahorros, si los necesitas.

—Gracias, papá —dije—. El asunto es que la policía no me ha acusado de nada. Creo que si el detective Duckworth realmente tuviera algo que me incriminara, no me hubiera dejado marcharme de la comisaría.

Papá volvió a asentir, sin quitar los ojos del camino.

—Seguramente tengas razón. Y como no has hecho nada malo, no es que vayan a encontrar ninguna prueba que te incrimine cuando terminen de registrar la casa y los coches.

Si con ese comentario quiso tranquilizarme, no funcionó.

—Por Dios —se quejó mi padre, mirando hacia adelante—. Ese cabrón ni siquiera encendió el intermitente.

VEINTISÉIS

Transitaban por la autopista Mass Pike en la camioneta color café con leche que el hermano de Dwayne le había prestado tras su salida de prisión. Era una camioneta Chevy de quince años de antigüedad y a pesar de que tenía el guardabarros oxidado, funcionaba muy bien. Pero consumía mucho combustible, aun con el aire acondicionado apagado; y apagado estaba, pues no funcionaba.

—¿Estás seguro de que no funciona? —preguntó Kate.

—Enciende la ventilación y ya.

—Lo hice, y es puro aire caliente.

—Tú eres puro aire caliente —dijo Dwayne—. Abre la ventanilla.

—¿Oye, tu hermano te odia? ¿Por eso te dio esta cafetera?

—¿Quieres ir a pie?

Por lo menos, si su hermano se la había prestado, lo más probable era que no fuera un vehículo robado. Y si los detenían -Dwayne tenía un historial de hacerse arrestar en los momentos más inoportunos- los papeles estarían en orden. Dwayne hasta tenía un carné de conducir recientemente renovada, gracias a Dios.

—Sabes —comentó Dwayne—, conocía a una chica llamada Kate en secundaria; tenía una blusa realmente escotada y cada vez que se inclinaba haca adelante, sabía que la estabas mirando y no le importaba un rábano. Me pregunto qué estará haciendo ahora.

—Apuesto a que no está sentada en una camioneta vetusta andando por la Mass Pike sin aire acondicionado con treinta y cinco grados de temperatura. Tal vez deberíamos habernos quedado con el Explorer. Era viejo, pero el aire acondicionado funcionaba.

Dwayne le dirigió una mirada.

—¿Qué tienes? ¿Sigues enfadada por lo que sucedió hace un rato?

Hablaba de la cafetería Denny’s. Ella le había dado una filípica al respecto en cuanto habían subido a la camioneta y tomado por la autopista.

—¿Qué coño tienes en la cabeza? —le había dicho—. Seguramente alguien ya ha llamado a la policía.

—No fue nada —dijo Dwayne—. Le hice un favor al tío ese.

—¿Qué?

—De ahora en adelante, educará como corresponde a esos críos y no se convertirán en monstruos.

Durante sesenta kilómetros ella miró de tanto en tanto hacia atrás,

esperando ver luces rojas parpadeantes. Tal vez nadie los había visto marcharse de Denny's en la camioneta.

Esa costumbre que tenía Dwayne de perder los estribos justo cuando necesitaban mantener un perfil bajo era decididamente un problema. Solo esperaba que pudiera controlarse hasta que terminaran con los asuntos que debían resolver en Bsoton.

—Oye, lo siento —dijo Dwayne, mientras seguían andando por la autopista—. Así que guarda a la bruja de nuevo en la caja y no seas tan dura conmigo.

Ella sacó la mano por la ventanilla y sintió el viento entre los dedos. Durante varios kilómetros, ninguno habló. Fue Kate la que rompió el silencio.

—¿Cómo era?

—¿Qué cosa?

—La cárcel.

—¿Qué es lo que estás preguntando, exactamente?

—Nada relacionado con eso —respondió ella—. Me refiero a la vida de todos los días; ¿cómo era?

—No tan terrible. Siempre sabias qué esperar. Tenías una rutina. Sabías cuándo levantarte y cuándo acostarte, cuándo era la hora del almuerzo y cuándo salías al patio. Tenías cosas que esperar con entusiasmo.

No era la respuesta que ella esperaba.

—Pero no podías ir a ningún sitio —dijo—. O sea, eras un prisionero.

Dwayne dejó que el brazo izquierdo le colgara fuera de la ventanilla.

—Sí, pero no tenías que tomar decisiones. Qué ropa usar, qué comer, qué hacer. Todo eso te cansa ¿me entiendes? No sé cómo hace la gente normal cuando tiene que tomar tantas decisiones. Todos los días te levantabas y sabías qué esperar. Era tranquilizador, de algún modo.

—El paraíso, entonces.

—No siempre —respondió, sin percatarse del sarcasmo en la respuesta de ella—. La comida era una mierda y además, poca. Si llegabas último a la fila, a veces no quedaba nada. También habían reducido la frecuencia del lavado de ropa. Desde que el sitio se privatizó, los malditos trataban de ahorrar en todo lo posible.

—¿Se privatizó?

—A la prisión la maneja una compañía, no el estado. Algunos de los guardias hablaban y decían que les pagaban tan mal que no sabían si llegarían a fin de mes, con hijos, una hipoteca, cuotas del coche y toda esa mierda. Casi que te sentías afortunado. No es que eso vaya a

ser un problema para nosotros, dentro de muy poco tiempo.

Dwayne se abrió al carril de adelantamiento y se adelantó a un autobús.

—¿Entiendes lo que te digo? —dijo—. ¿Sobre tantas decisiones? La única decisión que quiero tomar es sobre el tamaño de la embarcación que me voy a comprar.

Ella se había quedado pensando en las palabras de Dwayne. Lo comprendía, en realidad. ¿Acaso su vida no había sido exactamente así en los últimos años? ¿Una seguidilla de interminables decisiones? No solo tomarlas para sí sino para otros, también.

Se tornaba agotador, era cierto.

—Deja que te pregunte algo —dijo—. ¿Te sientes libre?

Dwayne entornó los párpados.

—Sí, claro, por supuesto. Claro, soy libre. No cambiaría esto por la prisión, si es lo que estás pensando.

El asunto era que ella también se sentía como si acabara de salir de la cárcel. Había huido, saltado por encima del muro. Aquí estaba, circulando por la autopista, con los pies sobre el tablero y el viento desordenándole el pelo.

Qué sensación maravillosa. Qué ilusión.

Se preguntó por qué no se sentía mejor, entones.

El plan era bastante sencillo.

Primero tendrían que ir a los dos bancos. Luego, una vez que sacaran la mercancía de las cajas de seguridad, buscarían a ese tío del que Dwayne había escuchado hablar que tasaría el valor del botín y les haría una oferta. Si no era lo suficientemente buena, Kate suponía que podrían negociar. O ir a ver a otro. ¿Dónde estaba escrito que debían aceptar la primera oferta?

Solo anhelaba que la espera hubiera valido la pena. Era difícil imaginar que no fuera así. Iban a ser ricos. La única pregunta era cuán ricos. Era lo único que le había dado fuerzas para seguir en todos esos años. Sin duda alguna, el dinero era muy motivador. Saber que al final del camino le aguardaban, probablemente, varios millones de dólares.

Tal vez, si ella y Dwayne no hubieran intercambiado las llaves y el imbécil no se hubiera hecho arrestar por agresión violenta, ella hubiera encontrado la forma de apurar el proceso, aun si significaba tener menos posibilidades de conseguir su mitad. Pero cuando arrestaron a Dwayne y la llave de la caja de seguridad de ella fue a dar a los efectos personales de él, privándola de acceso a ella, no le quedó otra opción que esperar.

Esperar y esconderse. La última parte era particularmente importante. Porque sabía que iban a estar buscándola. Había leído las

noticias. Sabía también que el transportador, contra todos los pronósticos, había sobrevivido. Una vez que se recuperara, era lógico asumir que iría tras la persona que no solo lo había privado de una fortuna en diamantes, sino también de su mano izquierda.

Desde el comienzo supo que corría más peligro que Dwayne. El transportador le había visto la cara. La había mirado directamente a los ojos antes de perder el conocimiento. Ella había estado segura de que no volvería a despertar.

La sangre.

El transportador no tardaría demasiado, supuso, en figurarse cómo ella lo había descubierto.

Fue a través de su novia, o mejor dicho, su ex novia. Se llamaba Alanna. Kate había trabajado de noche con Alanna en un bar en las afueras de Boston. Salían a fumar un cigarrillo durante los descansos. Alanna se pasaba el tiempo hablando de ese tío y lo imbécil que había resultado ser. Viajaba constantemente a África, nunca le permitía a Alanna ir a su casa y se hacía el misterioso respecto de su forma de ganarse la vida. En una oportunidad que ella estaba con él, en su Audi, él le dice que tiene que entrar en un edificio a encontrarse con alguien, que regresará en diez minutos; ella decide revisarle el bolso de deporte que está en el suelo detrás del asiento del conductor. Ni siquiera estaba enterada de que entrenaba. Lo primero que nota es que huele bien para ser un bolso de ropa deportiva. O mejor dicho, no huele mal. ¿Qué clase de tío tiene un bolso de deporte que no huele mal? Ella se pone a revisar, no encuentra pantalones cortos ni calzado deportivo ni cintas para el pelo, pero se topa con unas cajitas forradas en terciopelo. Una de ellas contiene media docena de diamantes y ella piensa, joder ¿son verdaderos? Él regresa antes de lo esperado, la pilla, enloquece y no la vuelve a llamar.

Y la mujer que ahora se hace llamar Kate pensó: ¿Diamantes?

En aquel momento, había estado saliendo con un tío llamado Dwayne desde hacía algunas semanas y le contó lo que había escuchado. Rastrearon al ex de Alanna, comenzaron a vigilarlo y a descifrar su rutina. Planearon una trampa para atraparlo. Lo recogerían en una limusina cuando llegara de Nueva York en el tren.

Al repartidor no le tomaría mucho tiempo, una vez que hubiera pasado el efecto de los calmantes, figurarse que Alanna había sido la soplona.

Un par de meses después de que sucedió todo, apareció una noticia en el sitio web del *Globe* sobre una mujer llamada Alanna Dysart que había sido encontrada flotando cerca del muelle Rowes. Todo indicaba que antes de morir, le había dado a su asesino los nombres de todas las personas con las que podía haber hablado del

trabajo de él.

Perfectamente bien podía haberle dado el nombre de Connie Tattinger.

Así que ella desapareció.

—¿Crees que estarás en los informativos, ya? —preguntó Dwayne.

Ella había estado tan perdida en sus pensamientos que no lo oyó la primera vez que lo dijo.

—Sal por la siguiente intersección importante donde hay unos hoteles —le indicó ella.

Dwayne apuntó la camioneta hacia una salida al oeste de donde la carretera 91 se cruzaba con la 90, buscó un hotel con salón de trabajo donde se podía revisar el correo electrónico si eras el único ejecutivo entre mil que no viajaba con un ordenador portátil.

Kate entró con pasos perezosos en la oficina, y le dijo a la chica que su esposo estaba en el mostrador de recepción reservando una habitación. Pero antes necesitaba ver si había noticias de Belinda, su tía, que estaba muy enferma. Cada vez que llamaba, la línea estaba ocupada o se conectaba con el contestador. Tal vez alguien le había enviado un correo con las novedades. Si Belinda había empeorado, explicó, aplicando gruesas capas de dramatismo, tendrían que dar media vuelta allí mismo y regresar a Maine, pues no tenía sentido enterarse de ello una vez que se hubieran registrado y…

Adelante, dijo la chica. Puede utilizar éste ordenador, sin cargo.

Primero abrió el sitio web del *Standard*, y un par de sitios de canales locales de televisión.

Quería saber dos cosas.

¿Qué tanta atención estaba recibiendo la desaparición de Jan Harwood?

¿Habían encontrado el cadáver?

Leyó todo lo que encontró y luego le dijo a la mujer del escritorio.

—Muchas gracias. Ha empeorado, por lo que tendremos que regresar.

—Cuánto lo siento —dijo la mujer.

Ya en la camioneta, Kate le dijo a Dwayne:

—Todavía no la han encontrado.

—Pues eso no es bueno ¿verdad?

—Es solo cuestión de tiempo —repuso ella.

Dwayne pensó en ello unos tres segundos y luego dijo:

—Me apetece comer algo, decididamente.

VEINTISIETE

Ethan corrió a mis brazos cuando entré por la puerta principal de la casa de mis padres. Lo levanté en brazos y le besé ambas mejillas.

—Quiero ir a casa —dijo.

—Todavía no, amiguito —repuse—. Todavía no.

Ethan negó con la cabeza.

—¡Quiero ir a casa, quiero ir con mami!

—Ya te lo he dicho, todavía no podemos ir.

Se retorció, furioso entre mis brazos y tuve que dejarlo en el suelo. Con pasos firmes, tomó por el pasillo hacia la puerta.

—¿Dónde vas? —le pregunté.

—Me voy a casa —respondió.

—Ni lo sueñes —dije. Fui tras él, le pasé los brazos alrededor del pecho y lo levanté en el aire. Lo traje dentro de la casa, lo dejé en el suelo y le di una ligera palmada en el trasero.

—Ve a buscarte algo para hacer —le dije.

Desapareció dentro de la cocina, donde lo escuché abrir el frigorífico. A Ethan le gustaba pasar tiempo en casa de mis padres, pero desde ayer por la mañana no estaba en su propia casa. Y por más que mis padres lo adoraran, era probable que ya estuvieran cansados de él.

—Perdona —le dije a mamá.

—No hay problema —respondió—. La echa de menos, nada más. David, ¿qué ocurre? ¿Por qué se llevaron tu coche?

Papá, que acababa de entrar, dijo:

—Deberías ver lo que están haciendo en su casa. Poniéndola completamente patas arriba.

Llevé a mamá hacia el porche para que Ethan no pudiera escuchar.

—La policía cree que le hice algo a Jan —dije.

—Ay, David. —Parecía más triste que sorprendida.

—Creo que piensan que la maté —dije.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué pensarían algo así?

—Todo está… todo parece señalarme a mí —dije—. Algunas cosas son solo coincidencias, como el hecho de que nadie ha visto a Jan desde que la llevé a Lake George el viernes. El asunto de las entradas comprados por internet…

—¿Qué asunto?

—Pero otras cosas no tienen sentido, son mentiras. Como lo que dijo el dueño de la tienda de Lake George.

—David, no sé de qué estás hablando. ¿Por qué mentirían sobre ti? ¿Por qué alguien querría causarte problemas?

—El chico necesita un abogado, eso es lo importante —dijo papá desde la puerta de tela mosquitera.

—Tengo que regresar allí —dije—. A averiguar por qué esa persona está mintiendo.

—¿Alguien me está escuchando? —se quejó papá.

—Papá, por favor —dije.

—Tu padre tiene razón —acotó mamá—. Si la policía cree que tuviste algo que ver con lo que le sucedió a Jan...

—No tengo tiempo ahora —dije—. Tengo que encontrar a Jan y tengo que encontrar por qué están torciendo las cosas para que parezca...

—¿Qué? —dijo mamá.

—Reeves —respondí.

—¿El concejal? —preguntó mamá—. ¿Stan Reeves?

—Hasta ahora pensaba que se enteró de esto cuando me lo encontré en la comisaría de policía. ¿Pero si lo sabía desde hace más tiempo?

—¿De qué estás hablando? —quiso saber papá.

—Y Elmont Sebastian —continué—. No puedo creer que... sé que me la tienen jurada, pero no es posible que...

Mi mente funcionaba a toda velocidad. No tardé demasiado en conectar los puntos, pero ¿qué figura formaban, en realidad?

Si algo le sucedía a Jan y podían inculparme a mí, ya no podría escribir más artículos en contra del interés de Star Spangled Corrections por construir una prisión en Promise Falls.

Ya no intentaría publicar notas sobre cómo Sebastian sobornaba a los concejales –al menos a Reeves- para que votara a su favor.

¿Acaso era posible? ¿O estaría completamente loco?

¿Valía la pena tomarse tanto trabajo para acallar a un reportero? Yo trabajaba para el único periódico de la ciudad y a pesar de que estaba en decadencia, el *Standard* todavía ejercía influencia en Promise Falls. Y yo era el único periodista que estaba interesado en ese asunto. No solo en investigar si era una buena idea tener prisiones con fines de lucro, sino también qué estaba dispuesta a hacer la compañía Star Spangled Corrections para conseguir lo que quería.

Y si bien quitarme de en medio no resolvería todos los problemas de Elmont Sebastian, daño no le iba a hacer, ciertamente.

Pero aun si todo fuera cierto y Elmont Sebastian estuviera moviendo los hilos detrás de escena para neutralizarme, ¿cómo podía

explicarse lo que yo había averiguado en Rochester? ¿Sobre el pasado de Jan, o mejor dicho, sobre su falta de pasado?

—Necesito un vaso de agua —dije súbitamente.

Mamá me llevó a la cocina donde Ethan estaba recostado en el suelo, con la cara contra el linóleo, empujando un camioncito ida y vuelta delante de sus ojos y haciendo ruidos de motor por lo bajo. Mamá hizo correr el agua del grifo hasta que estuviera fría, llenó un vaso y me lo alcanzó.

Bebí varios sorbos y dije:

—Hay otra cosa, también.

Mis padres aguardaron.

—Sobre Jan.

Los llevé fuera de la cocina para que Ethan no me escuchara.

Salí a la carretera una hora más tarde, en el coche de mi padre. Ahora que lo había hecho, no estaba tan seguro de que haberles contado lo que había descubierto en Rochester hubiera sido una buena idea. Papá se había puesto a despotricar contra los empleados públicos incompetentes que seguramente le habían dado a Jan un certificado de nacimiento erróneo.

—Apuesto a que ella envió sus datos para solicitarlo y le dieron el de otra Jan Richler y cuando lo recibió por correo ni siquiera miró lo que decía. Le pagan fortunas a esta gente y como tienen trabajo asegurado para toda la vida no se esfuerzan por hacerlo bien.

Pero mamá quedó muy consternada por la noticia y pasó mucho tiempo mirando por la ventana hacia el jardín donde Ethan ahora estaba golpeando bochas de croquet por todas partes. En un momento, dijo:

—¿Qué le diremos? ¿Quién le diremos que es su madre?

Les conté mi teoría sobre el programa de protección de testigos, que a papá le resultó lo suficientemente creíble como para que dejara de despotricar contra los inoperantes empleados públicos. (En ningún momento pareció ocurrírsele que él también había sido empleado público). Cuando vi lo dispuesto que estaba a apoyar esa teoría, comencé a dudar de su validez.

Papá seguía hablando sobre buscarme un abogado cuando me puse al volante de su coche. En eso tenía que darle la razón, pero en ese momento no podía ponerme a explicarle a alguien nuevo todo lo que había ocurrido en los últimos dos días.

Tenía demasiadas cosas que hacer.

Para tranquilizarlo, dije:

—¿Quieres que consiga un abogado? Búscame uno, ¿vale? Pero que no sea alguien que se ocupa de disputas entre vecinos.

Conduje hasta Lake George, mirando continuamente por el espejo retrovisor. No esperaba ver el Buick azul que Jan había descubierto la última vez, pero tenía la sensación de que el detective Duckworth o alguno de sus esbirros me estaría vigilando. Si Duckworth de verdad creía que yo era sospechoso, no tenía sentido que permitiera que me alejara de su vista.

Si me seguían, lo estaban haciendo muy bien. Ningún coche me llamó la atención en el viaje a Lake George. Salí de la carretera y aparqué en la tienda Ted's pasadas las tres de la tarde.

El sitio estaba tranquilo. No había nadie cargando gasolina y solo se veían dos coches en el aparcamiento. Suponiendo que uno de ellos perteneciera a la persona que estaba al mando de la tienda, significaba que solamente había un cliente dentro.

La campanilla de la puerta sonó cuando entré. Un hombre delgado, de entre sesenta y cinco y setenta años aguardaba detrás del mostrador. Al principio creí que estaba de pie, luego vi que estaba sentado sobre el extremo de un taburete alto. Me saludó con un movimiento leve de cabeza y una media sonrisa.

Una mujer regordeta que estaba haciendo compras llegó al mostrador antes que yo y apoyó un paquete de Doritos, una barra de chocolate Snickers y una botella de Coca Diet delante del hombre. Él pasó los artículos por la máquina registradora, los embolsó y despachó a la clienta.

Una vez que se hubo ido, dije:

—¿Es usted Ted, el propietario de la tienda?

—Sí, soy yo —respondió—. ¿Qué necesita?

—Soy reportero del *Standard* de Promise Falls —dije—. La policía, o sea el detective Duckworth, me dijo que estuvo hablando con alguien de aquí sobre esa mujer que desapareció. ¿Se refería a usted?

—Sí, a mí —respondió en tono vivaz. La idea de que lo entrevistaran lo entusiasmaba.

—¿Así que esta mujer, Jan Harwood, estuvo aquí?

—Estoy tan seguro de que era ella como de que usted está de pie frente a mí —respondió.

—¿Y usted llamó a la policía o ellos se comunicaron con usted?

—Pues, verá —dijo, y se apartó del taburete para inclinarse sobre el mostrador—. La vi en el informativo la noche anterior, cuando decían que había desaparecido y de inmediato la reconocí.

—Vaya —dije, tomando notas en la libreta que había sacado de un bolsillo—. ¿Pero cómo pudo reconocer a alguien que estuvo aquí solo unos minutos?

—Por lo general, tendría usted razón —dijo—, pero era muy conversadora y pude verla bien. Una señora muy bonita.

¿Jan? ¿Conversadora?

—¿Qué dijo?

—Que había venido de paseo con su esposo.

—Le contó eso, ¿así, sin más?

—Pues primero comentó lo bonito que era este sitio, que ella nunca había estado en Lake George. Le pregunté si se hospedaba aquí cerca y me dijo que no, que había venido de paseo con su esposo.

Sonaba creíble. Una conversación amistosa. ¿Por qué Duckworth intentaba presentarla como otra cosa?

—¿Y qué sucedió después? ¿Compró algo y se marchó?

—Compró unas bebidas, recuerdo. Ahora no puedo traer a la mente cuáles. Té helado, creo.

—¿Y luego se marchó?

—Me preguntó si había cosas interesantes para hacer por aquí. Algo divertido.

—¿Algo divertido?

—¿No va a tomar nota? —preguntó Ted.

Me di cuenta de que no había estado escribiendo nada. Sonreí y respondí:

—No se preocupe, recordaré todo lo importante.

—No quiero que me citen erróneamente ni nada.

—No se preocupe. ¿A qué se refería ella con eso de "algo divertido"?

—Quería saber si había algo para hacer por aquí, porque su esposo la había traído en coche y ella se preguntaba por qué. Pensaba que tal vez él quería sorprenderla con algo.

—¿Le dio algún otro motivo por el que habían venido hasta aquí? No lo sé, ¿tal vez a encontrarse con alguien?

Ted se quedó pensando.

—Creo que no. Solo dijo que su esposo la había traído hasta aquí y no le había dicho por qué.

Apoyé la libreta y el bolígrafo sobre el mostrador y permanecí callado unos segundos. Ted parecía confundido.

—¿Algún problema? —preguntó.

—¿Por qué miente, Ted? —dije.

—¿Cómo dice?

—Le pregunté por qué miente.

—¿Pero qué coño está diciendo? Es verdad. Le estoy contando lo mismo que le conté a la policía.

—Creo que no —dije—. Creo que lo ha inventado.

—¿Está usted loco? Estaba allí de pie, donde está usted ahora mismo. Fue hace dos días.

—Le creo que ella estuvo aquí, pero no que le haya dicho esas

cosas. ¿Alguien le pagó para que le dijera eso a la policía? ¿Fue eso lo que sucedió?

—¿Y usted quién es, a propósito?

—Ya se lo he dicho, soy reportero y no me gusta cuando me toman el pelo.

—Joder —dijo Ted—, si no me cree dígale a la policía que le muestre la cinta.

—¿La cinta?

—Yo le digo cinta, pero es un disco o algo digital. Pero mire. —Señaló por encima de su hombro. Una pequeña cámara colgaba de un soporte atornillado a la pared. —Tiene sonido, también. No es nada del otro mundo, pero si escucha con atención se puede oír lo que dice la gente. En 2007 me asaltaron y el malnacido disparó y la bala pasó junto a mi oreja y dio contra esa pared. Después de eso, compré la cámara y el micrófono.

—¿Está todo filmado? —pregunté.

—Pregúntele a la policía. Vinieron esta mañana y se llevaron una copia. ¿Por qué me acusa de estar mintiendo?

—¿Por qué diría esas cosas? —dije, pero la pregunta iba dirigida a mí mismo, no a Ted.

Cogí la libreta, la guardé en el bolsillo de la chaqueta y me volví para marcharme.

—¿Cuándo saldrá en el periódico? —quiso saber Ted.

Salí de la tienda meneando la cabeza, tratando de encontrar un motivo por el que Jan le habría dicho a alguien que no conocía por qué la había traído hasta aquí. ¿Por qué habría dicho que yo tenía planeada una sorpresa para ella? Tenía sentido que Jan no le hubiera contado a un desconocido que yo había venido a encontrarme con una fuente confidencial. Eso hubiera sido una estupidez. Pero entablar una conversación con el propósito de decir esas cosas…¿para qué?

Tal vez, si no hubiera estado tan ensimismado, habría intuido que Welland, el chofer ex convicto de Elmont Sebastian, me había tendido una emboscada fuera de la tienda.

VEINTIOCHO

Welland me cogió de la chaqueta y me arrojó contra la pared de la tienda Ted's con tanta fuerza que quedé sin aliento.

—¿Qué coño...?

Fue lo único que pude decir antes de encontrarme con la cara de Welland a pocos centímetros de la mía.

—Hola, señor Harwood —dijo. Mientras yo recuperaba el aliento, no pude dejar de notar que el de Welland estaba caliente y olía a cebollas.

—Quítame las manos de encima —dije. Los brazos de Welland, como un par de amortiguadores, me tenían inmovilizado contra el edificio.

—El señor Sebastian desearía intercambiar unas palabras con usted —dijo con exagerada cortesía.

Miré hacia el aparcamiento y vi la limusina a pocos metros, con el motor encendido y los cristales polarizados cerrados. Tendría que aceptar la palabra de Welland y creer que su jefe estaba dentro.

—Dije que me quites las putas manos de encima —le repetí a Welland, que seguía apretándome contra la pared.

Sin aflojar la presión, Welland dijo:

—Permítame preguntarle una cosa.

No respondí.

—Algunos hombres, como usted, pueden pasarse la vida entera sin tener que demostrar nada. ¿Entiende a qué me refiero? Hablo de un contexto de hombre a hombre. —Soltó la palabra "contexto" con orgullo. —¿Alguna vez tuvo que hacerlo? ¿O la última vez que peleó fue cuando tenía seis años?

Yo seguía sin responder. La puerta se abrió y Ted asomó la cabeza.

—¿Todo bien por aquí?

Welland lo fulminó con la mirada.

—Oye, viejo, desaparece de aquí.

Ted regresó dentro.

Welland aflojó la presión, pero sujetándome con fuerza del hombro, me llevó hasta la limusina. Abrió la puerta y me empujó dentro.

Elmont Sebastian estaba sentado en un extremo del mullido asiento de cuero. Sostenía una barra de chocolate en la mano, con el envoltorio pelado, como si fuera una plátano. Retiré la pierna de la

puerta justo a tiempo antes de que Welland la cerrara y me la aplastara.

—David, un placer —dijo Sebastian.

Welland subió detrás del volante. Puso el coche en marcha y salió a tanta velocidad que caí hacia atrás en el asiento.

—Entiendo que a esto se lo llama secuestro —comenté.

Sebastian sonrió.

—No seas ridículo —dijo—. Se trata de una reunión de negocios.

—No vi que me estuvieran siguiendo —dije—. Un coche grande como este es difícil de disimular.

—Estábamos a unos cinco kilómetros detrás de ti.

—¿Entonces cómo sabiais...?

—La última vez estuvimos descuidados cuando te seguimos con un solo coche, que debo admitir que reconociste. Así que esta vez, utilizamos varios vehículos. Traje a varios empleados. Con una red de instituciones como la mía, tengo acceso a mano de obra de todo tipo. La mayoría sabe conducir. Es probable que algunos hayan pasado la prueba para obtener el carné en un coche robado. —Rió de su propia broma. —En fin, cuando te detuviste aquí por segunda vez, la información me fue enviada de inmediato.

—¿A dónde vamos? —pregunté, mientras Welland conducía hacia el norte.

—A ningún sitio en particular —respondió Sebastian—. Daremos unas vueltas. —Terminó la barra de chocolate, arrugó el envoltorio y lo dejó caer al suelo. No había otros papeles allí, por lo que supuse que Welland no solo estaba a cargo de conducir.

—Esto sí que será una buena historia —dije—. “Dueño de las prisiones secuestra al reportero del *Standard*”.

—No creo que vayas a escribirla —dijo, pasándose la lengua sobre los dientes para limpiarlos de restos de chocolate.

—¿Por qué?

—Porque no has escuchado mi propuesta. Una vez que la escuches, creo que te sentirás mejor dispuesto hacia mí.

—¿Qué clase de propuesta?

Extendió el brazo y me tocó la rodilla.

—En primer lugar, lo comprenderé si no me das una respuesta hoy mismo. Sé que estás con problemas importantes, debido a este desafortunado asunto de tu esposa.

—Veo que está al tanto de todo —dije.

—Sería difícil no estarlo —respondió—. Seguramente has visto las noticias. Algunos informativos te llaman “persona de interés” cosa que siempre me pareció una forma cortés de decir “sospechoso”, ¿no crees?

—¿Cuánto tardó Reeves en llamarlo una vez que hubo abandonado la comisaría de policía? —pregunté.

Sebastian sonrió.

—Admito que lo único que viaja más rápido que las buenas noticias son las malas noticias. Pero claro, tú ya debías de saberlo, por tu ocupación. Díme una cosa. ¿Por qué los medios se enfocan solamente en lo negativo? Es tan desalentador, hasta desesperanzador, diría.

—Cuando un avión aterriza normalmente, no suele merecer un titular —observé.

—Es cierto. Tienes razón. Pero piensa en mi situación. Aquí estoy, ofreciendo un servicio necesario, dispuesto a traer empleos y prosperidad a tu ciudad del culo del mundo y solo recibo críticas. Al menos de gente como tú.

—Pero no del periódico para el que trabajo —repuse—. Se han mostrado muy magnánimos. ¿Ya cerró el trato con Madeline para comprarle sus tierras?

Sebastian sonrió.

—Star Spangled Corrections está explorando varias opciones, David.

—¿Qué le hace pensar que mis problemas actuales impedirán que escriba sobre sus planes?

—Pues verás, no sé mucho sobre periodismo, pero pienso que hasta un periódico de poca monta como el *Standard* se mostraría reacio a que un sospechoso de asesinato reportara las noticias. Algo me dice que pronto te solicitarán que te tomes un tiempo.

¿Tendría información al respecto? ¿O se trataría de una suposición? En cualquier caso, era probable que tuviera razón.

—Y francamente, aun si tus problemas actuales, como los llamas, llegaran a desaparecer, no creo que te convenga seguir con esto.

—¿Por qué? —pregunté.

—Volveremos a eso más tarde —dijo Sebastian—. Ahora me gustaría hacerte mi propuesta.

—Adelante —dije.

—Me gustaría saber qué opinarías sobre un cambio de carrera.

—¿Qué?

—Un cambio de rubro. Los periódicos no tienen futuro. Seguramente debes de haber considerado otras opciones.

—¿A dónde quiere llegar?

—Cuando Star Spangled Corrections se establezca aquí, y permíteme asegurarte que vamos a hacerlo, necesitaremos un responsable de relación con los medios. Alguien que se ocupe de la prensa. Pienso que alguien con conocimientos sobre cómo operan los

medios sería lo mejor.

—Lo dice en serio.

—Absolutamente. ¿Acaso parezco alguien a quien le gusta hacer bromas, David?

Welland emitió una risita en el asiento delantero.

—No —respondí.

—Te estoy hablando con toda franqueza. Me gustaría que fueras mi encargado de relaciones con los medios. Puedo adivinar cuánto te pagan en el *Standard.* ¿Setenta, ochenta mil dólares al año?

Menos.

—Tu salario inicial duplicaría esa cifra. No es malo para un hombre con esposa e hijo.

Pareció alargar la palabra "hijo".

—Todavía ni siquiera tiene la tierra —dije—. Supongo que mientras tanto, yo seguiría escribiendo historias sobre la oposición que despierta su penitenciaría.

—En realidad, hay tanto trabajo preliminar para hacer que necesitaría que comenzaras cuanto antes, si aceptas —dijo Sebastian. Al ver que yo no respondía, prosiguió: —Mira, David, ninguno de los dos es estúpido. No quiero ofenderte. Voy a ser franco: si aceptas este trabajo, me resuelves dos problemas. Se termina tu campaña editorial contra mis instalaciones y yo paso a contar con un hombre joven e inteligente que conoce mucho sobre los medios. Es como ese viejo dicho que afirma que es mejor tener a los enemigos dentro de la tienda de campamento contigo, meando hacia afuera, que tenerlos fuera, meando hacia dentro. Te estoy pidiendo que entres en la tienda, David y estoy preparado a compensarte bien por tu trabajo.

Dejé pasar unos instantes y dije:

—Como dijo, tengo muchos problemas actualmente.

Él se echó hacia atrás y asintió.

—Por supuesto, por supuesto. No quiero saber qué debes de estar pensando de mí, que te hago esta propuesta en estos momentos tan difíciles.

—Pero de todos modos, puedo darle una respuesta ahora mismo —dije.

—Ah —dijo Sebastian, sorprendido—. Pues muy bien, adelante, entonces.

—No.

Me pareció que fingía sentirse decepcionado.

—En tal caso, eso solo deja otro punto a discutir. Tenía esperanzas de que si aceptabas mi oferta, este otro asunto sería más sencillo. Pero ahora sospecho que será más difícil.

—¿De qué se trata?

—¿Quién es tu fuente?
—¿Cómo dice?
—¿Con quién viniste a encontrarte aquí?
—No vine aquí a encontrarme con nadie —respondí.
Sebastian me sonrió como si yo fuera un niño que lo había decepcionado.
—Por favor, David. Sé qué fue por eso que viniste aquí el viernes. Sé que una mujer se puso en contacto contigo. Y que luego no apareció. Ahora has vuelto aquí, solo dos días más tarde y ¿quieres que crea que no es por la misma razón? ¿Te han dejado plantado otra vez?
—No vine aquí a encontrarme con nadie.
Sebastian suspiró y contempló el paisaje. Sin mirarme, dijo:
—¿Tienes tiempo para que te cuente una historia, David?
—Digamos que soy público cautivo —respondí, mientras la limusina proseguía su camino.
—En una oportunidad, en nuestra prisión en las afueras de Atlanta, tuvimos problemas con un convicto apodado el Compa.
Welland miró por el espejo retrovisor.
Sebastian prosiguió:
—Lo llamaban así porque todos querían ser sus amigos. No es que fuera el alma de la fiesta ni nada. Es solo que todos pensaban que les convenía tenerlo de su lado. Era un personaje rudo. El Compa era miembro de la Hermandad Ariana, una pandilla de supremacistas blancos que se ha introducido en las prisiones de todo el país. ¿Has oído hablar de ellos?
Me quedé mirándolo.
—Sí, claro que sí —continuó Sebastian—. Se corrió ligeramente hacia el centro del asiento y le habló a su chofer:
—Welland, en vista que eres nuestro experto en el tema ¿cómo describirías a los muchachos de la Ariana?
Welland miró por el espejo retrovisor.
—Son los hijos de puta más aterradores del mundo.
—Correcto —dijo Sebastian—. Una buena descripción. Welland ¿te gustaría contar la historia? Siempre temo parecer presumido si la cuento yo.
Welland ordenó sus ideas durante unos segundos, se humedeció los labios y dijo:
—El señor Sebastian tenía un problema con el Compa. Era un experto en escritura con pis.
—¿En qué? —dije—. Lo único que podía visualizar era salir afuera a hacer pis de niño y escribir mi nombre sobre la nieve.
—Se puede utilizar pis para escribir y es como tinta invisible.

Cuando levantas el papel a la luz o lo calientas, aparece el mensaje. El señor Sebastian descubrió que el Compa estaba enviando muchos mensajes así para comunicarse con sus compañeros y no quería que siguiera haciéndolo. No contribuía al buen funcionamiento de la prisión.

Eso hizo sonreír a Sebastian.

—Así que el señor Sebastian hizo que llevaran al Compa a su despacho, esposado, por supuesto. Uno de los guardias le bajó los pantalones hasta los tobillos. —Welland tosió y carraspeó, como si no le gustara relatar esta historia. —Y entonces el señor Sebastian le descargó cincuenta mil voltios en el paquete.

Miré a Sebastian.

—Con una pistola Taser de electroshock —dijo.

—¿Le disparó una corriente eléctrica a los genitales?

—No fue una tarea sencilla —dijo Sebastian—. Los cables que salen de las pistolas de electroshock no tienen puntería precisa. Pero tuve suerte.

Mucha más suerte que el Compa, pensé.

—Es mejor que el resto lo cuente usted —dijo Welland.

—Le expliqué al Compa —dijo Sebastian— que cuando hay sangre en la orina, es mucho más difícil utilizarla como tinta invisible. Para ser franco, no sabía si cincuenta mil voltios harían mucho más que poner al Compa en la lista de consumidores de Viagra subsidiado por el estado, pero resultó que obtuvieron el efecto deseado.

Hubo un momento de silencio en el coche. Finalmente, Sebastian dijo:

—Nunca creí posible que un miembro de la Hermandad Ariana llorara.

—Creo que sería difícil no hacerlo, después de sufrir un ataque semejante —comenté.

—No, no fue por la descarga —respondió Sebastian—. Cuando el Compa se repuso de ella, le mostré una fotografía de su hijo de seis años que vivía con su novia, y le expliqué cuán desafortunado sería que alguno de los convictos recientemente liberados, a los que él había sodomizado y aterrorizado, descubriera dónde vivía su niño. Fue entonces cuando vi que una lágrima solitaria le caía por la mejilla.

—Vaya —dije.

—Exacto —concordó Sebastian—. De manera que apreciaría mucho que me dijera quién le escribió al *Standard* y le solicitó que se encontrara con ella aquí.

—No tengo idea de cómo se enteró de ese correo electrónico —dije, aunque en realidad, tenía una idea bastante clara al respecto—. Pero como resulta evidente que lo sabe, sabrá también que fue un

mensaje anónimo.

Él asintió.

—Muy cierto. Pero hay innumerables otras maneras de ponerse en contacto con las personas. Y pienso que aunque el primer encuentro fracasó, es sumamente probable que esta mujer haya encontrado otra forma de contactarlo.

—No lo hizo —respondí—. Se debe de haber arrepentido.

—¿Entonces por qué vino aquí otra vez?

—Para hablar con el dueño de la tienda. Quería preguntarle sobre mi esposa. Ella entró para comprar unas bebidas cuando estuvimos aquí el viernes. Pensé que podría haberle dicho algo que me ayudara a encontrarla.

Sebastian se quedó pensativo unos instantes.

—Verás, David, no puedo permitir que haya filtraciones en mi organización. Ninguna compañía puede permitirlo. Ni Apple ni Microsoft y ciertamente tampoco Star Spangled Corrections. Tengo que suponer que ese correo electrónico provino de dos lugares. De dentro de mi organización o del municipio de Promise Falls, específicamente de alguien relacionado con Stan Reeves. Ahora bien, como te expliqué el otro día, todas mis relaciones con representantes de la política han sido limpias. Pero una alegación falsa puede ser tan dañina como una que resulta ser verdadera, o aún más.

Welland había aminorado la velocidad. Miré hacia adelante y no vi motivos para ello.

—De manera que es muy importante para mí averiguar quién podría haberse puesto en contacto contigo para sugerir cualquier tipo de infracción por parte de mi compañía. La persona que escribió ese correo admitió un par de cosas: una, que era mujer y dos, que tenía una camioneta blanca. Mi investigación ha revelado que Star Spangled emplea a cuatro mujeres dentro de un radio de dos horas de viaje que tienen una camioneta blanca o al menos tienen acceso a ella. Y en el municipio, entre aquellos que pudieran tener acceso a la correspondencia de los miembros del concejo, hay al menos media docena de mujeres. En este momento estoy a punto averiguar qué vehículos poseen. Estoy dispuesto a intensificar la investigación de estas mujeres a menos que tú quieras ahorrarnos bastante trabajo.

Escuché que Welland repetía la palabra “intensificar” en voz baja. Encendió el intermitente y un instante después tomó por un estrecho camino de tierra que se adentraba en un bosque tupido.

—Señor Sebastian lo admiro —dije—. Es muy hábil para todo esto de la intimidación. Habría sido muy difícil no entender el mensaje detrás de su historia del matón que terminó llorando. Si creyera tan solo por un segundo que estaba amenazando a mi hijo, arrojaría por la

borda cualquier escrúpulo periodístico que pudiera tener.

Sebastian fingió escandalizarse.

—Pero, David, ¿eso es lo que has interpretado de la historia? Yo solo pensé que te resultaría interesante.

—Si realmente creyera que usted podría hacerle daño a mi hijo y que lo único necesario para salvarlo fuera traicionar a una fuente, pues arrojaría la fuente a las llamas. No me sentiría bien haciéndolo, pero la sangre tira más que la tinta de impresión de periódicos.

Sebastian asintió.

—Y si usted llegara a hacerle daño, si solamente le quitara uno de sus muñecos de superhéroes, lo perseguiría y lo mataría.

Sebastián sonrió con expresión cansada.

—¿Sabes lo que resultaría realmente interesante? Que te atraparan por esto. Que encontraran el cadáver de tu esposa y pudieran adjudicarte el homicidio, que te sometieran a juicio y te condenaran a diez o veinte años y terminaras cumpliendo la condena en una de mis prisiones. Si aceleramos el proceso, hasta podría ser en la de Promise Falls. ¿No sería increíble? —Rió por lo bajo. —¿Welland, no te parecería increíble?

—¿Sabe qué sería eso, señor? —dijo Welland, mientras detenía el coche.

—Una ironía.

—Exacto.

Miré por la ventanilla. Estábamos en medio de la nada, rodeados por un bosque.

—¿Y usted no teme estar en peligro?

—¿A qué te refieres?

—Con todos esos muchachos de la Hermandad Ariana que andan sueltos, ¿no teme que alguno quiera vengarse por lo que le hizo al Compa y le haga una visita a algún miembro de su familia?

—Si tuviera familia, tal vez me preocuparía. Pero un hombre que está en mi línea de trabajo funciona mejor sin la carga de seres queridos.

Miré por la ventanilla otra vez. No quería preguntarlo, pero no me pude contener:

—¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué nos hemos detenido?

Welland se movió en el asiento para poder ver la cara de su jefe por el espejo retrovisor. Aguardaba instrucciones.

—Es hermoso todo ésto ¿no es cierto? —dijo Sebastian—. A solo un par de kilómetros de la carretera principal y es como estar a doscientos de la civilización. Magnífico.

Apoyé la mano sobre la manilla de la puerta. No tenía demasiadas probabilidades de poder huir allí, en medio de la nada.

—Pero estar aquí afuera puede ser tan peligroso como encontrarse tras las rejas de una de mis penitenciarías —dijo Sebstian—. Ciertamente para ti. Ahora mismo. En este mismo momento.

Nos miramos a los ojos. Yo estaba decidido a no ser el primero en interrumpir el contacto visual, aunque estuviera aterrado. Sebastian podía indicarle a Welland que me matara y me arrojara por allí y jamás encontrarían mi cadáver.

Finalmente, Sebastian soltó un suspiro cansado, apartó la mirada y dijo a Welland:

—Busca donde girar y regresa. —Dirigiéndose a mí, agregó: —Hoy es tu día de suerte, David. Te creo. Me refiero a la fuente. Te creo de verdad.

Me sentí, por un instante, tremendamente aliviado. Al darme una preocupación nueva –si llegaría vivo al final del día- y luego un indulto, Elmont Sebastian me había hecho olvidar mis otras tribulaciones, al menos durante un rato.

—Pero no hemos terminado —dijo—. Aunque tal vez no sepas quién es la fuente, te agradecería inmensamente que hicieras el esfuerzo de averiguarlo y luego me lo informaras. Es posible que te contacte nuevamente y surja la oportunidad para otro encuentro.

No respondí. La limusina estaba otra vez en movimiento. Welland encontró una intersección estrecha y logró hacer girar el monstruo; luego se dirigió hacia la carretera que nos llevaría, con suerte, de regreso a la tienda Ted’s.

—¿Entonces fue Madeline? —dije.

—¿Cómo dices? —preguntó Sebastian.

—Madeline Plimpton. La directora del periódico.

—¿Qué es lo que crees que hizo?

—Le dio la información sobre el correo que me envió esa mujer. No es demasiado fantasioso imaginar que la directora tenga acceso a leer todos los mensajes que llegan a una dirección del periódico. Lo borré lo más pronto que pude, pero supongo que no fui lo suficientemente rápido. ¿Así funciona la cosa? ¿Ella traiciona a su personal, mantiene al periódico debajo del radar y usted, a cambio, le compra sus tierras?

Me pareció ver un destello en los ojos de Sebastian.

—Ese es el problema con vosotros los periodistas —dijo—. Sois tan increíblemente cínicos.

VEINTINUEVE

—¿Por qué demonios miras esa fotografía todo el tiempo? —le preguntó Horace Richler a su esposa.

Gretchen estaba sentada sobre el escalón del frente de la casa de la Avenida Lincoln, con los antebrazos apoyados sobre las rodillas y la fotografía de la esposa de David Harwood que él les había dejado en ambas manos. Estaba impresa sobre papel común, y si la sostenía solamente con una mano, la brisa la doblaría.

Horace vio que junto a su esposa, sobre el escalón, estaba la foto enmarcada de la hija de ambos, Jan.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Estoy pensando, nada más —respondió Gretchen.

—¿Te apetece un café, o algo? Queda café en la jarra.

Gretchen no respondió. Levantó la mirada de la fotografía y contempló la calle. Podía verlas. Las dos niñitas jugando en el jardín delantero. Corriendo en círculos, riendo y un instante después, discutiendo.

Luego Horace, subiendo a toda prisa al coche, poniéndolo marcha atras y acelerando.

—Ey. ¿Quieres café?

Gretchen giró la cabeza. No podía mover demasiado el cuello. Lo notaba, sobre todo, cuando ponía el coche marcha atras para salir del supermercado. No podía volverse para ver dónde iba, tenía que utilizar los espejos. Siempre retrocedía muy despacio, pensando que si golpeaba contra algo escucharía el ruido y frenaría de inmediato.

—No quiero nada, cariño, gracias —dijo.

—¿En qué estás pensando?

Al ver que Gretchen no respondía, Horace descendió los escalones y se sentó junto a ella, no sin esfuerzo. Las rodillas le dolían como el demonio. Una vez que se acomodó, apoyó el hombro contra el de su esposa.

—Anoche soñé con Bradley —dijo—. Que todo aquello de Afganistán nunca había sucedido. No había ido, ni hubo ningún Talibán, nada de eso había existido. Soñé que estaba sentado aquí, y tú estabas a mi lado, como ahora y yo miraba hacia la calle, allí y lo veía venir caminando con su uniforme.

Una lágrima cayó por la mejilla de Gretchen.

—Y traía a Jan con él —dijo Horace, y su voz se quebró—. Era un

niñita y se aferraba a la mano de su hermano mayor. Los dos volvían a casa, juntos.

Gretchen sostuvo la fotografía con una mano y con la otra, sacó un pañuelo de papel de dentro de la manga. Se lo llevó a los ojos.

—Y entonces me di cuenta de que no estaban vivos —prosiguió Horace—. Me di cuenta de que tú y yo estábamos muertos. Y que la Avenida Lincoln era el paraíso.

Gretchen se sonó la nariz y se secó los ojos.

—Perdona —dijo Horace—. No debería habértelo contado. Creo que lo que provocó ese sueño fue ese hombre que vino. No debería haber venido. No debería haber traído sus problemas a nuestra casa, bastantes ya tenemos nosotros. No sé en qué estaba pensando, cómo se atrevió a aparecerse aquí con una historia de mierda como esa.

Gretchen volvió a llevarse el pañuelo a la nariz, luego lo arrugó.

Horace tomó la foto de su hija. Su cuerpo pareció desmoronarse.

—No fue tu culpa —dijo Gretchen por enésima vez.

Horace no respondió.

Gretchen volvió a sujetar la foto de Jan Harwood con ambas manos y la estudió.

—La idea de que alguien ande por allí utilizando el nombre y el certificado de nacimiento de nuestra hija, te juro que me... ¿cómo vas a robarle la identidad a una niña?

—Sucede —respondió Gretchen en voz baja—. Sucede todo el tiempo. Vi por televisión cómo iban a un cementerio, buscaba tumbas en las que por las fechas era posible ver que el que había muerto era un niño y luego utilizaban esa información para crear la identidad de otra persona.

—Qué terrible —dijo Horace por lo bajo. Echó una mirada a la fotografía que su esposa no dejaba de mirar.

—Es bonita.

—Sí.

—Debe de ser difícil para ese hombre, no saber lo que le ha sucedido. Ni si está viva o muerta. Eso de no saber ha de ser terrible.

—Al menos si no lo sabes, siempre existe la esperanza —dijo Gretchen—, sin apartar los ojos de la fotografía—. No he dejado de mirarla en todo el día. En cuanto me la enseñó anoche, supe que...

—Sí, te perturbó —dijo Horace—. Fuiste arriba.

Gretchen intentaba hablar, pero no podía.

—Horace...

Él le pasó un brazo alrededor de los hombros.

—Ya pasará —dijo.

—Horace, mira la foto.

—Ya la he mirado.

—Mira aquí. —Gretchen señaló.

—Aguarda —dijo él; suspiró y le quitó el brazo de alrededor de los hombros. Buscó en el bolsillo delantero de la camisa las gafas de lectura. Los abrió, vio que estaban sucios, pero se los colocó de todos modos.

—¿Dónde quieres que mire?

—Aquí.

—No sé qué ves.

—*Aquí.*

Tomó la fotografía con ambas manos. La estudió durante unos instantes, luego su mandíbula se aflojó.

—No lo puedo creer —dijo.

TREINTA

Cuando ya estábamos de nuevo en la carretera, le dije a Elmont Sebastian:

—Supongamos por un momento que descubro quién fue la persona que me escribió y se lo cuento a usted.

Él levantó ligeramente las cejas.

—¿Qué le haría?

—Hablaría con ella.

—Hablaría.

—Le diría que tuvo suerte de no causar daño y le explicaría que no es bueno ser desleal con aquellos para quienes trabajas.

—Suponiendo que trabaja para usted —dije.

—O para el señor Reeves. No está bien delatar a amigos ni empleadores.

—Pero sí está bien que yo la delate a ella.

Sebastian me miró y sonrió.

Nos acercábamos a la tienda Ted's; sentí que el coche aminoraba, pero luego volvió a acelerar.

—Te has pasado —le dije a Welland.

—Gracias —repuso—. Si no me lo decías no me daba cuenta.

Miré a Sebastian.

—¿Qué ocurre?

Él tampoco parecía saberlo.

—¿Welland? —dijo.

—No me pareció seguro detenerme, señor —respondió el chofer.

—¿Qué viste?

—Me pareció como que alguien estaba esperando al señor Harwood —dijo Welland.

¿Alguien me estaba esperando en Ted's?

—Detente más adelante, después de esa curva —le indicó Sebastian.

El coche mantuvo la velocidad durante unos segundos más, luego Welland lo detuvo en el arcén.

—Un placer, como siempre, David —me dijo Sebastian.

Estos tíos eran muy consistentes en eso de no dejarme nunca en el mismo sitio donde me habían recogido.

Mientras yo abría la puerta, Sebastian agregó:

—Espero que le des la debida consideración a todo lo que te he

dicho.

Salí del coche y comencé a caminar hacia Ted's sin cerrar la puerta. No le hubiera costado nada a Sebastian estirarse un poco y hacerlo, pero eché una mirada hacia atrás y vi que Welland descendía del asiento delantero y rodeaba el coche. Supuse que cerraría con violencia, pero se inclinó ligeramente y volvió a enderezarse con lo que parecía un envoltorio de chocolate en la mano; luego cerró la puerta con fuerza. Miró hacia donde estaba yo y por segunda vez, formó una pistola con los dedos y me apuntó.

Esta vez, disparó dos veces.

Mientras caminaba por el arcén, sonó mi móvil. Era mi madre.

—Esto se está poniendo complicado —dijo.

—¿De qué hablas?

—Hay camiones de la televisión y reporteros. Todos quieren hablar contigo y si no estás, conmigo o con tu padre. O quieren una foto de Ethan.

—Hostias, mamá ¿cómo se enteraron?

—He estado revisando sitios web, primero el de tu periódico y luego otros. La noticia se está desparramando. Los titulares hablan de "Reportero interrogado por la desaparición de su esposa" y "Reportero alega ante la policía: Yo no maté a mi esposa". Pero como te dije, no es solo tu periódico. Está en los sitios web de los canales y también escuché algo por radio. David, es terrible. No puedo creer las cosas que dicen sobre ti, bueno, no directamente sobre ti, pero son todas insinuaciones y teorías y...

—Lo sé, lo sé. Una vez que Reeves puso a rodar la pelota, todos hicieron lo mismo. ¿Cómo está Ethan?

—Lo tenemos dentro de la casa, delante del televisor. Tenemos unas películas de Disney y las está mirando. David, fui al sitio web de CNN y hasta ellos tenían la noticia. Era breve, pero...

—Mamá, concéntrate solo en Ethan. ¿Sabe lo que está ocurriendo?

—Miró hacia afuera un par de veces, pero le dije que se alejara de las ventanas porque si le toman una fotografía, seguramente la utilizarán.

—Qué bien. ¿Sabe por qué están allí?

—No —respondió mamá—. Inventé una historia disparatada.

—¿Qué historia?

—Le dije que en ocasiones la gente viene a ver la casa porque Batman solía vivir aquí.

A pesar de todo, solté una carcajada.

—Sí, tu casa es una auténtica Mansión Wayne.

—No sé por qué lo dije. Fue lo primero que me vino a la cabeza.

Aguarda, tu padre te quiere hablar.

—De acuerdo, mamá, gracias.

—¿Hijo?

—Hola, papá.

—¿Dónde estás?

—Caminando a la vera de la autopista al norte de Lake George.

—¿Qué coño estás haciendo allí?

—¿Qué sucede, papá?

—Te he conseguido a alguien.

—¿A quién? ¿Para qué?

—Una abogada. De apellido Bondurant.

Me resultaba familiar.

—¿Natalie Bondurant? —pregunté.

—Exacto. ¿Será un apellido francés?

—No tengo ni idea.

—Llamé a su despacho y tenían un número de emergencia para fines de semana y la conseguí. Dijo que está dispuesta a hablar contigo.

—Gracias. Eso es fantástico, papá.

—Tienes que hablar con ella hoy. Las cosas se están desmadrando por aquí.

—Lo sé.

—Tengo su número. ¿Puedes tomar nota?

Tenía la libreta en el bolsillo.

—De acuerdo, sí. —Saqué la libreta, la abrí y anoté el número que papá me dictó.

—Sería inteligente de tu parte llamarla ahora mismo —me aconsejó papá.

—Cuando esté de nuevo en camino.

—¿Todo bien con mi coche? —preguntó papá. Aun con todo lo que estaba sucediendo, nunca perdía de vista las cosas que realmente le importaban.

—Sí, todo perfecto —repuse.

—Si no puedes llamarla ahora, me dio un consejo para que sigas mientras tanto.

—¿Cuál es?

—Que no le digas ni una sola palabra a la policía.

La tienda Ted's había aparecido en mi campo de visión. Apoyado contra el coche de papá estaba el detective Barry Duckworth.

—Lindo día para caminar —dijo Duckworth al ver que me acercaba. Su coche sin identificación estaba aparcado a un costado. Debió de ser eso lo que Welland vio antes de decidir no frenar. Los coches

policiales sin identificación eran fáciles de reconocer.

—Sí —dije. ¿Existía alguien que *no* me hubiera seguido hasta aquí?

Saqué las llaves del bolsillo, pensando que servirían para transmitir el mensaje de que estaba a punto marcharme.

—¿Qué está haciendo aquí? —quiso saber Duckworth.

—Podría preguntarle lo mismo a usted.

—Solo que si yo no contesto, no resulta sospechoso —repuso.

—Vine a hablar con Ted.

—¿Qué hacía con el coche aquí, caminando junto a la carretera? No hay mucho para ver, por allí.

Deseaba contarle lo de mi paseo con Sebastian. Pero el millonario de las prisiones me había intimidado al punto de que no sabía si sería una buena idea. Además, no creía que Duckworth fuera a creerme, de todos modos.

—Caminaba y pensaba, nada más.

—¿Sobre lo que le dijo Ted?

—¿Entonces ya ha hablado con él?

—Unos minutos —respondió Duckworth—. No está bien hacer eso. Buscar a los testigos y hostigarlos. No se hace.

—Le dijo a usted cosas que no tenían ningún sentido para mí. Quería escucharlo directamente.

—¿Y pudo hacerlo?

—Sí.

—¿Sigue pensando que miente?

—Dice que está todo en el video de seguridad. Lo que Jan le dijo.

—Exacto —dijo Duckworth—. El sonido en algunas partes está algo sucio, pero tenemos gente que sabe limpiarlo. Pero es cierto lo que dijo Ted.

—No comprendo —dije.

—Yo creo que sí comprende —repuso Duckworth.

—Claro —dije—, porque usted piensa que yo sé lo que le sucedió a Jan. Pero no lo sé.

—¿Quién lo llevó de paseo y lo dejó más adelante?

Ajá. También estaba al tanto de eso. Ted debe de haberle contado que vio a Welland aplastándome contra la pared.

—Elmont Sebastian —dije—. Y su chofer.

—¿El tipo de la prisión?

—Así es.

—¿Qué hace por aquí?

—Quería hablarme. He estado tratando de que hiciera declaraciones para el periódico.

—¿Y vino hasta aquí para hacerlas?

—Mire —dije—. Quiero regresar a casa. Parece que la situación se ha complicado allí.

—Sí —concordó Duckworth—. Los medios están como locos. Si le sirve de algo, quiero que sepa que yo no divulgué nada. Creo que fue su amigo Reeves. Una vez que comenzaron a llamar de los medios, no pudimos hacer otra cosa que responder a algunas de sus preguntas. No es mi estilo convertir las cosas en un circo.

—Si le sirve de algo, se lo agradezco —dije—. ¿O sea que me siguió hasta aquí?

—No exactamente —respondió.

—¿Entonces qué está haciendo aquí?

—Tenía que hacer otra cosa y decidí detenerme a hablar con Ted yo también. Otro policía de Promise Falls vino más temprano hoy, a llevarse el video de seguridad, pero me pareció que tenía que explicarle las cosas yo mismo. Ted mencionó que usted había estado allí y que su coche seguía aparcado fuera de la tienda.

—Entones decidió esperarme.

Duckworth asintió, lentamente.

—¿Y qué era la otra cosa que tenía que hacer? —pregunté.

Sonó el móvil de Duckworth. Se lo llevó a la oreja y dijo:

—Duckworth.... De acuerdo... ¿el forense ya está allí?... Estoy a pocos kilómetros... nos vemos en un rato.

Cortó la llamada y guardó el teléfono.

—¿Qué ocurrió? —pregunté—. ¿Qué era eso del forense?

—Señor Harwood, han encontrado algo a poca distancia de aquí, hacia el norte.

—¿Qué cosa?

—Una tumba poco profunda justo al costado de la ruta. Excavada y cubierta hace muy poco.

—Extendí el brazo y me apoyé contra el coche. Sentí que se me secaba la boca y comenzaban a latirme las sientes.

—¿De quién es el cadáver?

Duckworth asintió.

—¿De quién? —insistí—. ¿De Jan?

—Pues todavía no saben nada con certeza —dijo Duckworth.

Cerré los ojos.

No es así como tenía que terminar esto.

—Vayamos en mi coche —propuso Duckworth.

Tomamos hacia el norte, en la misma dirección en que me habían llevado Sebastian y Welland, pero antes de que hubiéramos recorrido unos dos mil metros, Duckworth encendió el intermitente y tomó por un camino estrecho y serpenteante de tierra que bajaba y subía. El

coche de Duckworth olía a patatas fritas y me sentí descompuesto.

No lejos de allí, varios coches policiales y camionetas nos bloquearon el paso.

—Iremos a pie desde aquí —dijo Duckworth. Aminoró y luego detuvo el coche.

—¿Quién encontró la tumba? —pregunté. Instantes antes, había sentido que me temblaban las manos y había aferrado la manilla de la puerta con una y colocado la otra debajo del muslo, con la esperanza de que Duckworth no lo notara. Sentía que tenía que disimular lo nervioso que estaba; temía que Duckworth lo interpretara como que me sentía culpable por algo.

¿Pero acaso no estaría acongojado cualquier hombre tras enterarse de que habían encontrado un cadáver, especialmente un hombre inocente cuya mujer había desaparecido?

—Lo que me informa la policía local —explicó Duckworth—, es que hay un par de cabañas al final de este camino y un sujeto que vive en una de ellas vio algo sospechoso a un costado, fue a echar un vistazo y luego llamó a la policía.

—¿Cuándo fue esto?

—Hace un par de horas —dijo Duckworth—. La policía aisló la escena del crimen y nos llamó. Ya habíamos estado en contacto con ellos para alertarlos sobre su esposa.

—Como le dije, no sucedió nada con Jan cuando estuvimos aquí —insistí.

—Lo ha dejado muy en claro, señor Harwood —respondió el detective. Abrió la puerta de su lado y me miró.

—Puede permanecer aquí, si lo desea.

—No —dije—. Si se trata de Jan, tengo que saberlo.

—Por supuesto —repuso—. No piense que no aprecio su ayuda.

Vete a la mierda.

Salimos del coche y tomamos por el camino; la grava crujía bajo nuestros pies. Un policía uniformado se acercó desde la escena del crimen.

—¿Es usted el detective Duckworth? —preguntó.

Duckworth asintió y le tendió la mano.

—Gracias por avisarnos enseguida —le dijo. El policía me miró. Antes de que yo pudiera presentarme, Duckworth dijo: —Este es el señor Harwood. Su mujer es la que ha desaparecido. —Ambos intercambiaron una rápida mirada. No quería ni imaginar lo que le habrían dicho a ese policía.

—Señor Harwood —dijo—. Mi apellido es Daltrey. Lo siento mucho, ha de ser un momento muy difícil para usted.

—¿Se trata de mi esposa? —pregunté.

—Todavía no lo sabemos.

—¿Pero es una mujer? —insistí—. ¿El cadáver pertenece a una mujer?

Daltrey miró a Duckworth, como para que le otorgara permiso. Al ver que Duckworth no decía nada, respondió:

—Sí, se trata de una mujer.

—Tengo que verla.

Duckworth me tocó ligeramente el brazo.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Dónde está la tumba? —pregunté.

Daltrey señaló.

—Más allá de esos coches, hacia la izquierda. Todavía no hemos movido el cadáver.

Duckworth me apretó el brazo.

—Deje que yo vaya primero. Aguarde aquí con Daltrey.

—No —dije, respirando entrecortadamente—. Tengo que...

—Aguarde. Si hay motivos para que venga, regresaré a buscarlo.

Lo miré a los ojos. No lograba discernir si intentaba mostrarse compasivo o me estaba tendiendo una trampa.

—De acuerdo —dije.

Mientras Duckworth se alejaba, Daltrey se ubicó delante de mí, por si yo decidía correr tras el detective.

—Parece que va a llover —observó.

Caminé hasta el coche de Duckworth y di un par de vueltas alrededor de él, mirando continuamente para ver si veía al detective.

Regresó al cabo de unos cinco minutos y me llamó con un movimiento del dedo índice. Corrí hasta donde estaba.

—Si cree que podría hacerlo —dijo—, sería muy útil que pudiera identificar el cadáver.

—Ay Dios —dije, sintiendo que se me doblaban las rodillas.

Me sujetó del brazo.

—No estoy seguro de que se trate de su esposa, señor Harwood. Pero creo que tiene que prepararse para esa posibilidad.

—No puede ser ella —dije—. No hay ningún motivo para que esté aquí...

—Tómese un minuto —me aconsejó.

Respiré hondo un par de veces, tragué saliva y dije:

—Enséñemelo.

Me guió por entre dos coches patrulla que formaban un escudo de privacidad.

Cuando los dejamos atrás, miré hacia la izquierda y vi que donde el borde de la zanja se elevaba, había un montículo de tierra de un metro y medio, en plena vista desde el camino. Por encima de él

asomaban una mano pálida y sucia con tierra y parte del brazo. El resto del cuerpo debía estar del otro lado del montículo.

Me detuve, sin poder apartar la vista.

—¿Señor Harwood? —dijo Duckworth.

Inspiré y exhalé un par de veces más.

—Estoy listo —dije.

—No puede tocar nada —dijo—. Ni… tocarla a ella. Algunas personas, en un arrebato de dolor…

—Comprendo —dije.

—Aquí estamos —dijo Duckworth. Sentí que me miraba.

Miré el rostro sucio de tierra de la mujer muerta que estaba tendida en el hoyo y caí de rodillas y luego hacia adelante, pero pude sostenerme con los brazos.

—¡Ay, Dios! —exclamé—. ¡Ay Dios mío!

Duckworth se arrodilló junto a mí y me tomó de los hombros.

—¿Señor Harwood? Hábleme.

—No es ella —susurré—. No es Jan.

—¿Está seguro? —preguntó el detective.

—Es Leanne —dije—. Es Leanne Kowalski.

TREINTA Y UNO

En el poco tiempo que llevaba utilizando el nombre Kate, nunca se había acostumbrado a él. Tal vez necesitaba algunos días más para sentirlo propio. Tomar el segundo nombre de Leanne y acortarlo había sido la primera idea que le vino a la mente. Le pareció natural.

Lo curioso era que actualmente ni siquiera podía pensar en ella misma con su verdadero nombre. Si alguien le decía "¡Hola, Connie!" por la calle, no estaba segura de que se daría por aludida. Hacía muchos años que nadie la conocía como Connie.

Su preocupación era que si alguien le gritaba "¡Jan"! se volvería de manera instintiva, sin siquiera pensarlo.

Pero así era como todavía pensaba en sí misma. Los seis años pasados con ese nombre la hacían sentirse cómoda con él. Hacía mucho tiempo que respondía al nombre Jan.

Y a "Mamá".

Cuando le dijo a Dwayne que Jan estaba muerta, se lo estaba diciendo a sí misma más que a él. Quería dejar atrás a esa persona y a su vida anterior. Quería darle la extremaunción a Jan y sepultarla. Decir algunas palabras en su memoria.

Pero Jan no había desaparecido del todo. Una gran parte de ella seguía siendo Jan. Aunque ahora avanzaba hacia algo nuevo. Estaba en proceso de evolución. Siempre había estado evolucionando, pasando de una etapa a otra. Era solo que algunas de esas etapas eran más largas que otras.

Levantó una mano y se acomodó la peluca mientras continuaban el viaje hacia Boston.

La peluca era la misma que Jan había usado cuando entró en Cinco Montañas y luego se marchó. Se la puso para pasar por el portón, luego se dirigió a un baño de mujeres para quitársela antes de reunirse con Dave y Ethan. En la mochila tenía la peluca y una muda de ropa. En cuanto Dave partió en busca de Ethan, en lugar de dirigirse al portón, como él le había indicado, ella había buscado el baño más cercano y se había cambiado.

Pasó de pantalones cortos a jeans, y cambió la camiseta sin mangas por una blusa de manga larga. Hasta se quitó las zapatillas deportivas y se puso sandalias. Pero lo que realmente lograba el efecto era la peluca rubia. Guardó la ropa que había usado en la mochila –no podía correr el riesgo de que encontraran esas prendas- y salió

tranquilamente del baño como si nadie acabara de llevarse a su hijo. Pasó sin prisa por el portón, cruzó el aparcamiento, se encontró con Dwayne y subió al coche. Él había querido quitarse la barba falsa en ese mismo momento, pues decía que le provocaba picazón, pero ella lo convenció de que se la dejara hasta que estuvieran fuera del parque.

En ningún momento se había preocupado por Ethan. Sabía que si Dave no lo encontraba, alguien más lo haría. El niñito estaría bien. Todo ese asunto del rapto había sido una distracción, una forma de volver la historia de David todavía menos creíble. Ethan estaría bien.

Esperaba que el zumo mezclado con Dramamine que le había dado lo hiciera dormir durante la mayor parte del tiempo. Sí, claro, habría mucho llanto en los días y semanas siguientes, pero al menos no tendría que pasar por el suplicio de un verdadero secuestro.

Era lo menos que una madre podía hacer.

Tener un hijo, convertirse en madre... eso nunca había sido parte del plan. Pero claro, casarse, tampoco.

Había elegido Promise Falls más o menos al azar. Lo vio en un mapa y lo investigó en internet. Una linda ciudad en el norte del estado de Nueva York. Pintoresca. Anónima. Con una universidad. No parecía ser la clase de ciudad que alguien elige para ocultarse. Nueva York era una ciudad donde alguien podía desaparecer. Buffalo, Los Angeles, Miami. Ahí sí que era posible mezclarse entre la gente y desaparecer.

¿Quién iría a buscar a alguien a un sitio llamado Promise Falls?

Ella no tenía lazos allí, ni raíces. El transportador tenía tantos motivos para pensar que ella estaba en Promise Falls como en Tacoma, en el estado de Washington.

Podría mudarse allí, buscar trabajo, un sitio donde vivir y esperar a que Dwayne cumpliera su condena. Cuando saliera, regresarían a Boston, intercambiarían las llaves, abrirían las cajas de seguridad y harían su trato.

La espera sería larga, pero algunas cosas valían la pena. Como por ejemplo, tener suficiente dinero como para sentarse en una playa para siempre sin nada por qué preocuparse, salvo un poco de arena en los pantalones cortos. Vivir una vida soñada como Matty Walker en la película *Fuego en el cuerpo*.

Era lo que siempre había anhelado.

De manera que llegó a Promise Falls, consiguió una habitación sobre un local de billar en una zona fea de la ciudad y fue en busca de trabajo a la oficina de empleo del municipio. Y se topó con David Harwood, el Chico Reportero.

Tenía que admitir que era adorable. Nada feo y muy dulce. Sin embargo, ella no quería saber nada con su historia. Había ido allí a

mantener un perfil bajo. Si brindaba una entrevista, sin duda después iban a pedirle una foto.

No, gracias.

Pero conversó con él un rato y luego él se quedó a esperarla y le ofreció llevarla en el coche. ¿Por qué no?, pensó. Cuando él vio dónde vivía, casi sufrió un infarto. No puedes vivir aquí, le dijo, a menos que el trabajo que buscas incluya vender drogas y prostituirte. Dijo eso, de verdad.

No te preocupes, respondió ella. Soy una chica adulta. Y le dijo, con una sonrisa, que era bueno tener opciones.

Después, cuando abrió la puerta y lo encontró allí con una lista de otros apartamentos en alquiler, pues casi se echó a llorar, excepto que eso era algo que no hacía a menos que tuviera que representar un papel. Pero no había ninguna duda de que él era muy dulce. No estaba acostumbrada a que la trataran así.

Le permitió ayudarla a mudarse. Luego le permitió invitarla a cenar.

Poco tiempo después, le permitió invitarla a su cama.

Tras un par de meses, David, sin llegar a proponerle matrimonio, hizo algunos comentarios poco precisos en cuanto a que se le ocurrían peores cosas para hacer que pasar el resto de la vida juntos.

Jan intuyó que se le estaba presentando una oportunidad. Le dijo a David que podía tener razón.

La única forma más anónima de vivir como mujer sola en Promise Falls era vivir como mujer casada en Promise Falls. Se convertiría en June Cleaver, la mamá de la película *Las desventuras de Beaver,* aunque a Jan no le parecía que June fuera para Ward lo que ella era para David. Mayfield no tenía una chica que cumplía todos los sueños de un hombre como hacía ella.

Con David, podría ser la esposa perfecta con un trabajo perfectamente aburrido. Viviría en su casita perfecta y armaría una vidita perfecta para ellos. El perfil de esposa de un reportero de un periódico de una ciudad pequeña no coincidía con el de una ladrona de diamantes.

Nadie iba a encontrarla allí.

Y había tenido razón. Por cierto, el primer año fue un infierno. Cada vez que alguien golpeaba a la puerta, temía que se tratara de él. Pero era el hombre que venía a leer el medidor de electricidad, o alguien que pedía donaciones para la sociedad contra el cáncer o el vecino que había visto que habían olvidado cerrar la puerta del garaje.

O las Niñas Exploradoras que vendían galletas.

Pero nunca era él.

Al cabo de un año o más, comenzó a relajarse. Connie Tattinger

había muerto. Larga vida para Jan Harwood.

Al menos hasta que Dwayne quedara libre.

Lo iba a lograr. Desempeñaría bien su papel. ¿No era lo que había estado haciendo desde que era niña? Mudándose de un sitio a otro? ¿Imaginándose que era alguien que no era, aun si no engañaba a nadie más que a sí misma?

Ciertamente, así había hecho en su infancia. Fue su única forma de sobrevivir. Su padre la regañaba todo el tiempo, la culpaba por arruinarles la vida; su madre siempre estaba demasiado borracha o ensimismada como para decirle a su padre que la dejara en paz.

Hizo lo que hacen muchos niños. Se inventó una amiga imaginaria. Pero en su caso, era diferente. No pasaba tiempo con esta compañerita inventada. En su cabeza, se convirtió en ella. Era Estelle Winters, la hija precoz de Malcolm y Edwina Winters, estrellas de Broadway. Nueva York era su hogar. Vivía con este hombre amargo y cruel y con la bruja borracha de su esposa solamente porque estaba investigando un papel que estaba destinada a desempeñar. No era hija de ellos, en realidad. ¿Cómo iba a serlo? Ella era demasiado especial para ser hija de gente tan ordinaria, tan horrible.

Sabía cuál era la verdad, desde luego. Pero imaginar que era Estelle la ayudó a llegar al día en que salió por la puerta y nunca más regresó.

Y luego, tras mucho tiempo sobre el escenario, Estelle Winters, su amiga imaginaria o mecanismo de defensa, recibió permiso para morir.

Durante algún tiempo fue Connie Tattinger. Pero aun como Connie, podía ser quienquiera que deseara ser. Podía ser una chica buena o una chica mala. Lo que la situación exigiera.

Cuando vivía en la calle, ser una chica mala no era tanto un papel a representar como una manera de sobrevivir. Hacía lo que tenía que hacer, con quien tuviera que hacerlo para conseguir un techo y comida.

Si se enteraba de un trabajo decente en una oficina, por ejemplo, lo que su madre hubiera llamado “un puesto para el que tienes que afeitarte las piernas”, pues también podía conseguirlo. Sabía pasar de ser una chica de la calle a una muchacha convencional en un abrir y cerrar de ojos.

Podía desempeñar cualquier papel.

Cuando conoció a David, adoptó con facilidad el papel de mujer de ciudad pequeña. No le requirió demasiado esfuerzo. De hecho, le resultaba divertido. Podría ser la protagonista de esa obra todo el tiempo que fuera necesario. Y cuando llegara el momento de que cayera el telón, también podría hacerlo.

Lo único con lo que Jan no había contado fue el niño. Decididamente no fue parte del plan.

No habían estado casados mucho tiempo cuando comenzó a sospechar que estaba embarazada. No lo podía creer; se sentó en el baño una mañana después de que David fue a trabajar, se hizo la prueba, aguardó diez minutos, vio el resultado y pensó: *Ay, mierda.*

Era el día ideal para que David se hubiera olvidado sus notas en casa. De pronto apareció en la planta superior. Ella había desempeñado su papel a la perfección hasta ese momento, sin nunca quitarse la máscara, pero él notó algo en su expresión y vio el envoltorio de la prueba de embarazo. Ella terminó contándole que estaba embarazada.

Pues no tiene por qué ser algo malo, dijo él.

Parte de su decisión, en realidad, fue pensada. Un niño la haría mezclarse todavía más con su entorno. La tornaría invisible. Y David deseaba tenerlo. Interrumpir el embarazo podría hacer que ese matrimonio reciente –esa fachada estupenda- descarrilara por completo. Hasta el momento, esto del matrimonio estaba funcionando de maravillas.

Y pasar a ser una madre amorosa ¿no era acaso solo otro papel a representar? ¿Uno de los más desafiantes de su carrera? Si podía desempeñar todos los otros roles, también podría desempeñar ese.

Una vez que pudo ver las cosas de ese modo, Jan comenzó a desear al niño. Quería pasar por esa experiencia. Quería saber cómo sería. No pensaba en el futuro, en lo que haría cuando Dwayne quedara libre. Por una vez, no pensaba en el largo plazo. Vivía el momento. Como todas las grandes estrellas del escenario.

Pero ahora Dwayne había sido liberado. Y ella había cumplido con el plan. Iba a ir en busca del dinero y una vez que lo tuviera, pasaría a representar su último papel. El de la mujer independiente. La mujer que no necesitaba a nadie para nada. La mujer que no tenía que fingir más. La mujer que podía solamente *ser.*

Iría a por la playa y la piña colada. Basta de David. Basta de Dwayne.

Pero había un pequeño problemita.

Ethan.

Se había tomado muy en serio su actuación como madre. Por lo que imaginó que sentiría emociones encontradas. Lo que no imaginó fue lo difícil que le sería renunciar a ese papel.

Jan sabía que el plan de Cinco Montañas iba a ser difícil de llevar a cabo con éxito.

Pero había estado allí un par de veces en sus días libres, había

estudiado dónde estaban las cámaras de seguridad. Existía la posibilidad remota de encontrarse con alguien conocido, pero Jan pensaba que tenía algunas cosas a su favor. No iba a estar allí demasiado tiempo, y durante la mayor parte de ese tiempo no se iba a parecer en nada a Jan Harwood, sobre todo cuando saliera del baño de mujeres.

Y si alguien la veía en Cinco Montañas –un amigo, un vecino, algún cliente de Bertram- abortarían el plan. Le había dicho a Dwayne que si no aparecía, lo intentarían de otro modo, pronto.

Pero todo salió bien. A la perfección.

Solo que en ningún momento, ni en un millón de años, se le ocurrió que podrían toparse con alguien conocido *después* de escapar. Cuando ya estaban a muchos kilómetros de Promise Falls.

Si Dwayne hubiera elegido otro sitio donde hechar gasolina. La aguja marcaba un cuarto de depósito. Podrían haber seguido unos cien o ciento veinte kilómetros más, pero él quería comenzar con el depósito lleno. Era una cuestión psicológica, dijo.

Fue así que en las afueras de Albany, salió de la autopista a repostar cerca de uno de esos centros comerciales enormes. Y ¿adivinad quién estaba hechando gasolina justo al lado de ellos?

—¿Jan? —dijo Leanne Kowalski—. ¿Jan, eres tú?

Maldito idiota.

Como si le hubiera dado el pie, como si supiera que ella estaba pensando en él, Dwayne dijo:

—Vamos bien de tiempo. Deberíamos llegar pronto a Boston.

—Fantástico —respondió Jan. Lo cierto era que cuanto más se acercaban a Boston, más nerviosa se ponía. Se dijo que no se estaba comportando de manera racional. Era una ciudad grande. Y hacía cinco años que no ponía un pie allí. ¿Qué probabilidades había de que alguien la reconociera? Tampoco era que Dwayne y ella fueran a pasar mucho tiempo allí.

—Te haré una pregunta —dijo Dwayne—. ¿Te sientes mal por dejarlo?

—No sería humana si no me sintiera mal por dejar a mi hijo — respondió.

—No, el crío no. Hablo de tu marido. El pobre infeliz no va a entender qué sucedió.

—¿Qué te parece mejor? —preguntó ella—. ¿Qué toda la policía del país se pregunte dónde estoy y me busque? ¿O que crea que estoy muerta?

—Oye, no digo que tu idea haya sido mala. Coño, es brillante. Eso de fingir que estabas deprimida solamente delante de él, hacerle pensar una cosa y armar todo para que la policía sospeche lo

contrario. No me entra en la cabeza, es genial. Lo que digo es que viviste con el tipo mucho tiempo, al fin y al cabo. ¿Cómo hiciste para quedarte con él solo el tiempo necesario? ¿Cómo lograste hacerle pensar que lo amabas cuando en realidad no era así?

Jan lo miró.

—Es algo que sé hacer. —Volvió a mirar hacia afuera, dejando que el aire tibio le diera en la cara.

—Pues lo hiciste de maravillas —dijo Dwayne, con una nota de admiración en la voz—. Está muy bien que no te sientas mal por él. Es lo mejor. No tiene sentido comenzar una nueva vida sintiéndote culpable por lo que hiciste para conseguirla. Es solo que no puedo dejar de imaginar la expresión de su cara. Cuando se entere de lo que le dijiste al tío de la tienda. Cuando descubra que nunca fuiste al médico. Y cuando no te encuentren en las cámaras del parque. El pobre infeliz debe de estar cagándose encima.

—Hablemos de otra cosa —dijo Jan.

—¿De qué quieres hablar?

—¿Cuándo hablaste por última vez con ese hombre que quiere comprarnos lo que tenemos?

—El día después de salir —repuso Dwayne—. Lo llamé y le dije: a que no adivinas quién habla. El tío no lo podía creer. Dijo que me había dado por perdido hacía mucho tiempo. No tuve oportunidad de llamarlo después de que me arrestaron por agresión violenta, así que cuando no aparecimos en aquel entonces, nos dio por perdidos. De modo que le dije: oye, estoy de regreso y seguimos interesados en la venta. No me jodas, me dijo. Pensó que yo estaba muerto o algo así. La otra cosa interesante que dijo fue que nunca salió nada en las noticias sobre aquel asunto. Nunca se supo que habían desaparecido los diamantes. Dijo que vio algo en el periódico sobre un tío al que le cortaron la mano, pero nada sobre diamantes.

—No me sorprende —dijo Jan.

—¿Por qué?

—Nadie denuncia el robo de diamantes ilegales —respondió ella —. Hoy en día ya ni se supone que existen, menos desde que en el año 2000 se empezó con esas certificaciones para diamantes. Por todo ese asunto de la mina de Kimberley. No viste la película porque estabas preso, esa con Leonardo di Caprio, sobre Sierra Leona y...

—¿No estás hablando del Desierto Sierra? —preguntó Dwayne.

—Eso es el Sahara.

—Ah, vale. De acuerdo.

—En fin, aun a pesar de estas certificaciones que deben tener los diamantes, y de que la industria se paralizó, sigue habiendo un gran mercado de diamantes ilegales y nadie va a ir a contarle a la policía

que se los robaron, ni siquiera si la cantidad es importante como la nuestra. ¿Sabías que Al-Qaeda ganaba millones con la venta de diamantes ilegales?

—¿En serio?

—Sí —respondió ella; sacó la mano por la ventana y empujó en contra del viento.

—O sea que lo que hicimos fue, de algún modo, contribuir a la guerra contra el terrorismo. —Dwayne sonrió.

Jan ni siquiera lo miró. Tenía que tener cuidado, se dijo. Era fácil pensar que él era un completo idiota, pero no había que olvidar que también podía ser sumamente peligroso.

Lo curioso era que él no tenía problemas en causar dolor, pero no podía soportar ver sangre. Era un idiota, pero complejo.

—¿Quién es el tío este, entonces? —dijo Jan.

—Se llama Banura —respondió Dwayne—. ¿Buen nombre, no? Es negro. Pero negro en serio. Creo que es de ese sitio Sierra no se qué que mencionaste.

—¿Cómo contactas con él?

—Tengo su número en el bolsillo. Vive del lado sur, en Braintree.

—¿Está al tanto de que queremos hacer el negocio mañana?

—No le dije una fecha exacta. Solo lo puse en alerta.

Jan dijo que le parecía importante que lo llamara, pues Banura podía necesitar tiempo para reunir el dinero.

—Buena idea —asintió Dwayne.

Jan no quería quedarse en Boston un minuto más de lo necesario. Buscarían la mercancía, la cambiarían por dinero y desaparecerían de allí.

Bajaron de la autopista y Dwayne buscó un sitio donde hechar gasolina. Mientras llenaba el depósito, Jan entró en la tienda para echar un vistazo. Estaba mirando las gafas de sol cuando vio que la mujer que estaba junto a ella se había inclinado hacia adelante para decirle a su hijita que dejara de lloriquea,r y el bolso que llevaba colgado del hombro le había quedado sobre la espalda.

Estaba abierto. Jan lo tenía delante de la cara.

No le interesaba la cartera de la mujer. Tenía suficiente dinero para llegar a Boston y una vez que entregaran los diamantes tendría más dinero del que necesitaría en su vida.

Pero el móvil de la mujer podía resultarles útil.

Jan se lo robó con un solo movimiento fluido. Se inclinó por encima de la mujer como para buscar algo de la estantería; con un brazo cogió un paquete que contenía dos magdalenas y con el otro tomó el teléfono del bolso y lo guardó en el bolsillo delantero de sus pantalones.

Pagó las magdalenas; eran las preferidas de Ethan. Le gustaba mordisquear alrededor de la decoración blanca que atravesaba el baño de chocolate y dejarla para lo último. Jan regresó a la camioneta justo cuando Dwayne terminaba de llenar el tanque. Arrojó las magdalenas por la ventana y le entregó el teléfono cuando él se acomodó detrás del volante.

—Llama a tu contacto —le indicó.

Para cuando decidieron comer una magdalena cada uno, la cobertura se había derretido dentro del envoltorio de celofán.

Jan trató de despegarlo con cuidado y logró liberar una de las magdalenas sin dañarla demasiado. Se la alcanzó a Dwayne, que se la introdujo entera en la boca.

La segunda se convirtió en una escena de horror. La cobertura se despegó por completo de manera que tuvo que comerla directamente del envoltorio.

Una técnica que había aprendido de su hijo.

Ethan está en su silla en el coche, Jan va al volante; regresan del supermercado. Ella mira hacia atrás, ve que no solamente ha logrado quitar la cobertura del envoltorio entera, sino que ha mordisqueado todo alrededor de la decoración blanca. La alinea con la parte interior de su dedo índice. Tiene la boca llena de cobertura de chocolate, pero se lo ve muy orgulloso de sí mismo.

—Tengo un dedo de crema blanca —anuncia.

Dwayne cerró el teléfono.

—Todo listo para mañana. Le dije que llegaremos cerca de mediodía. Tal vez más temprano. ¿A qué hora abren los bancos, a las nueve y media, a las diez? Vamos al mío, luego al tuyo y a menos que hayas guardado tu parte en Tennessee o algo así, deberíamos terminar enseguida. ¿Te parece bien?

Jan miraba hacia afuera.

—Sí.

—¿Qué sucede? ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien. Conduce.

TREINTA Y DOS

Oscar Fine había aparcado su Audi A4 negro sobre la calle Hancock, en Boston, mirando hacia el sur; adelante, a la izquierda, se veía la parte posterior de la Casa de Estado. Desde donde estaba, sobre la cuesta que descendía, no se veía el domo dorado. Pero de todos modos, no era eso lo que buscaba.

Le gustaba el vecindario de Beacon Hill. Lo valoraba. Las calles estrechas, el aura histórica, las hermosas casonas antiguas de ladrillos con sus extraordinarias macetas llenas de flores en las ventanas, las aceras desniveladas y calles de adoquines, las barras de hierro para limpiarse las botas incrustadas en casi todos los escalones de entrada, inútiles ahora que las calles no estaban cubiertas de barro ni estiércol. Pero le resultaba demasiado populoso, demasiado encerrado. No le gustaba tener muchos vecinos. Le gustaba estar solo.

Con todo, era lindo tener que ir a esa zona por trabajo.

Vigilaba una dirección una docena de casas más arriba, del otro lado de la calle. Caía el atardecer. A esta hora Miles Cooper solía volver del trabajo. Su esposa, Patricia, enfermera del Hospital General de Massachusetts trabajaba, como de costumbre, el turno de la noche. Había salido hacía aproximadamente una hora. Por lo general iba a pie, aunque en ocasiones caminaba solamente hasta Cambridge y allí cogía un autobús, a veces un taxi. Muchas noches, cuando regresaba, la traía una compañera que tenía coche y vivía en Telegraph Hill y no le molestaba tomar por la calle Hancock para volver a su casa.

Oscar había estado vigilando sus rutinas desde hacía algunos días. Era consciente de que mostraba más cautela de la necesaria. Ya tenía una buena idea de qué hacía Miles Cooper todos los días. Sabía que le gustaba pasar los fines de semana en su embarcación, que gastaba demasiado dinero en caballos y que era pésimo jugador de póquer. Oscar sabía eso de primera mano. Cooper se delataba de tantas maneras que le daba risa. Si le tocaban malos naipes meneaba ligeramente la cabeza. Nada que se notara. Un milímetro hacia cada lado, pero lo suficiente como para que Oscar se diera cuenta. Si tenía buenos naipes, el suelo vibraba porque la rodilla derecha de Miles rebotaba como un pistón.

Oscar sabía otras cosas sobre Miles. Estaba viendo a un médico porque tenía dolores gastrointestinales. Consumía un envase mediano por día de pastillas contra la acidez con sabor frutal. Tenía un

depósito fuera de la ciudad donde ocultaba, a pedido de su hermano menor, tres motocicletas Harley-Davison robadas. Cada dos lunes iba al North End y le pagaba trescientos dólares a una chica que trabajaba en su apartamento ubicado sobre una pastelería italiana de la calle Salem, para que se desvistiera muy lentamente y luego le practicara sexo oral.

Oscar también sabía que le robaba al hombre para el cual ambos trabajaban. Y el hombre se había dado cuenta de ello.

—Me gustaría que te encargaras de este asunto —le dijo a Oscar.

—No hay problema —repuso Oscar.

Así que hacía una semana que estaba monitoreando los movimientos de Miles. No quería presentarse cuando su esposa estuviera en casa. Ni su hija. La muchacha tenía veintitantos años, vivía en Providence, pero acostumbraba a visitar a sus padres los fines de semana. Como ese día era domingo, existía la posibilidad de que estuviera allí, pero Oscar había comprobado que no era así. Si Miles Cooper seguía su rutina habitual, vendría caminando cuesta abajo en cualquier momento y…

Allí estaba.

Cincuentimuchos años, excedido de peso, de calvicie incipiente y grueso bigote canoso. Vestido con un traje que le quedaba apretado, camisa blanca, sin corbata.

Cuando llego a su casa buscó las llaves en los bolsillos, las encontró, subió los cinco escalones de cemento, abrió la puerta y entró.

Oscar Fine descendió del Audi.

Subió cuesta arriba, cruzó en diagonal y tocó el timbre de la casa de Miles Cooper.

Oyó los pasos de Miles del otro lado de la puerta antes de que la abriera.

—Hola, Oscar —dijo Miles.

—Hola, Miles —repuso Oscar.

—¿Qué haces aquí?

—¿Puedo pasar? —preguntó Oscar.

Hubo un destello en los ojos de Miles. Oscar lo vio. Era miedo. En los últimos años, Oscar había aprendido a leer las expresiones de las personas. En aquel entonces había sido algo arrogante, demasiado seguro de sí mismo. Descuidado. Al menos una vez.

Oscar sabía que Miles no le cerraría la puerta en las narices. Miles debía imaginar que si Oscar no sospechaba ya de él, seguramente lo haría si no le permitía entrar en su casa.

—Sí, claro, pasa —dijo Miles—. Me alegra verte. ¿Qué haces por aquí?

Oscar entró y cerró la puerta. A pesar de que conocía la respuesta, preguntó:

—¿Está Patricia?

—No, a esta hora está trabajando. Por lo general ya lleva media hora de turno cuando yo llego a casa. ¿Qué te apetece tomar?

—Estoy bien —dijo Oscar.

—¿Seguro? Iba a buscarme una cerveza.

—Sí —respondió Oscar, y siguió a Miles hasta la cocina. Oscar Fine no bebía, cosa que Miles nunca parecía recordar.

Miles abrió la nevera, se agachó, buscó una botella y cuando se volvió, Oscar le estaba apuntando con una pistola que sostenía en la mano derecha. El brazo izquierdo estaba dentro del bolsillo de la chaqueta. El arma tenía un tubo largo adosado al cañón. Un silenciador.

—Joder, Oscar, ¿qué coño...? Me diste un susto de muerte.

—Él lo sabe —dijo Oscar.

—¿Qué? ¿Quién sabe qué cosa? Por Dios, guarda esa pistola. Casi me meo encima.

—Él lo sabe —repitió Oscar.

Miles abrió la cerveza y dejó caer la tapa sobre la encimera. Su boca se tensó de manera involuntaria cuando respondió:

—No sé de qué hablas.

—Por favor, Miles, ten algo de dignidad. Él lo sabe. No te hagas el tonto.

Miles bebió un largo sorbo de la botella, luego fue a sentarse en una de las sillas de madera de la cocina.

—Mierda —dijo. Tuvo que dejar la botella sobre la mesa porque la mano comenzaba a temblarle.

—Tienes que entender por qué sucede esto —dijo Oscar—. No estaría bien que murieras sin saber por qué.

—Venga, Oscar, que nos conocemos desde hace mucho. Dame una oportunidad. Lo devolveré.

—No —dijo Oscar.

—Pero puedo hacerlo, sí, con intereses. Venderé el barco. Lo venderé mañana. Y tengo efectivo guardado. No es tanto, tampoco. Él no tendrá que esperar para cobrar. Recibirá el dinero enseguida, te lo prometo. Además, tengo unas motocicletas. Se las estaba cuidando a mi hermano, pero las venderé y le daré el dinero a él. Que se joda mi hermano. Mala suerte para él, ¿verdad? O sea, no es que las haya pagado, tampoco...

La pistola hizo *fup, fup*. Oscar Fine le disparó dos balas a la cabeza. Miles Cooper cayó hacia adelante, dio contra el suelo y eso fue todo.

Oscar salió de la casa, caminó calle abajo, subió a su Audi y se alejó de Beacon Hill.

***

Oscar Fine solo tuvo que aminorar la marcha cuando se acercó al portón de seguridad del playón de contenedores navieros. El guardia que estaba en la cabina reconoció el coche y al conductor y pulsó el botón que abría el portón hacia la derecha. Oscar aguardó a que hubiera suficiente espacio para pasar e ingresó con el coche en el predio.

Había miles de contenedores rectangulares apilados como gigantescos bloques LEGO. Eran anaranjados, marrones, verdes, azules y grises y llevaban pintados los nombres *Sea Land, Evergreen, Maersk y Cosco*. En algunas partes las pilas eran de seis, y era como conducir por un estrecho cañón de acero. El predio ocupaba unos cuatro mil quinientos metros en las afueras de la ciudad. Oscar condujo hasta un extremo y aparcó contra una cerca de diez metros de alto con alambre de púas enrollado en la parte superior. Descendió del coche llevando la leche que había comprado en un 7-Eleven tras abandonar Beacon Hill, y caminó hasta un contenedor *Evergreen* que tenía otros dos estibados encima. Buscó dentro del bolsillo, sacó una llave y abrió la puerta del contenedor.

Un metro y medio dentro de la puerta había una pared secundaria con una puerta de tamaño normal. La abrió con una segunda llave, tirando hacia él y entró en lo que parecía ser una oscuridad total, aunque se veía un atisbo de luz.

Palpó la pared secundaria con la mano derecha y encontró los interruptores. Encendió todos y de inmediato el interior del contenedor quedó bañado en luz.

A pesar de que lo esperable hubiera sido encontrar que las paredes eran idénticas a las exteriores –de metal y con canales verticales- eran lisas y estaban pintadas de un tono suave de verde musgo. Las paredes interiores, revestidas de yeso, estaban adornadas con piezas grandes de arte moderno. El suelo no era de metal sino de madera reluciente. Junto a la puerta había un sofá de cuero, un sillón reclinable del mismo material y un televisor de pantalla plana de 46 pulgadas montado en la pared. A mitad de camino, dentro del contenedor había una cocina estrecha, con encimeras de aluminio brillante y luces empotradas. Del otro lado, un baño y un dormitorio elegantes.

Oscard Fine oyó un sonido. Un segundo después, algo le tocó la pierna.

Bajó la mirada: un gato rojizo ronroneaba suavemente.

—Te he traído leche —le dijo Oscar. Había dejado encendidas unas luces muy tenues para el gato. Dejó la botella sobre la encimera, la abrazó contra el cuerpo con el brazo izquierdo y tras quitarle la tapa con la mano derecha, sirvió leche en un recipiente que estaba en el suelo. El gato se acercó silenciosamente al bol y bajó la cabeza para beber.

Oscar sacó la pistola de su chaqueta, la apoyó sobre la encimera y luego abrió un armario grande de la cocina que ocultaba una nevera. Guardó la leche y extrajo una lata de Coca. La destapó con el dedo índice, luego sirvió la bebida en un vaso de cristal con fondo grueso.

—¿Qué tal estuvo tu día? —le preguntó al gato.

Se sentó delante de la encimera en un taburete tapizado con cuero. Frente a él había un ordenador gris plata, con la pantalla negra. Pulsó un botó en el costado y mientras esperaba que la máquina se encendiera, cogió el mando a distancia y dio vida al televisor. Estaba sintonizado en CNN y lo dejó allí.

El ordenador ya estaba funcionando, así que lo primero que hizo fue revisar su correo. Nada, salvo basura. Si solo se pudiera dar con esa gente, pensó. Lo merecían más que Miles. Revisó un par de sitios web favoritos. Uno mostraba cómo estaban rindiendo sus distintas inversiones. Últimamente, ver eso le resultaba deprimente. El otro sitio, que siempre le levantaba el ánimo, mostraba vídeos breves de gatitos quedándose dormidos.

De tanto en tanto, levantaba la mirada hacia el televisor mientras navegaba por internet.

En la pantalla, el presentador decía:

—... en un inesperado giro de los acontecimientos, una persona que se gana la vida reportando noticias se encuentra ahora siendo el centro de ellas. La policía se niega a opinar sobre si Jan Harwood está viva o no, pero han indicado que su esposo, David Harwood, un reportero del *Standard*, un periódico de la ciudad de Promise Falls, al norte de Albany, es lo que se conoce como una persona de interés. La mujer no ha sido vista desde que acompañó a su esposo el viernes en un viaje a Lake George.

Oscar Fine levantó la mirada por un instante, sin interés alguno, luego volvió a concentrarse en el ordenador. Pero de inmediato levantó la mirada otra vez.

Habían mostrado una fotografía de la mujer que había desaparecido. Oscar Fine tuvo un breve atisbo de la imagen antes de que el informativo mostrara una toma de la casa donde aparentemente vivían David y Jan Harwood, luego una imagen de la casa de los padres del reportero en la que aparecía una mujer mayor en la puerta

y les pedía a los medios que se retiraran.

Oscar esperó a que volvieran a mostrar una foto de la mujer, pero no ocurrió.

Volvíó al ordenador y con la mano derecha hizo una búsqueda en Google de “Jan Harwood” y “Promise Falls”. Eso lo llevó a un par de sitios web, incluyendo el del periódico *Standard* donde encontró la historia completa, escrita por Samantha Henry, y una fotografía de la mujer.

Pinchó sobre la imagen y la amplió. Se quedó mirándola durante un largo minuto. El pelo de la mujer estaba diferente. Lo recordaba rojizo, pero ahora era negro. Y solía llevar mucho maquillaje, pestañas como patas de araña. En cambio la mujer de la fotografía tenía un aspecto más natural. Parecía una típica ama de casa. Bueno, mejor que eso en realidad. Una ama de casa a la que te follarías con gusto.

Volvió a pinchar para agrandar la fotografía todavía más. Allí estaba. La pequeña cicatriz, como una L, en la mejilla. Seguramente ella pensaba que la única vez que se habían visto, la había cubierto con suficiente maquillaje como para tornarla invisible. Pero él la había visto.

Esa cicatriz era la única prueba que necesitaba. Eso, y el dolor sordo en el extremo del brazo izquierdo, donde antes había estado su mano.

Oscar Fine tenía algunas llamadas que hacer.



PARTE CUATRO

TREINTA Y TRES

Duckworth y yo nos habíamos alejado de la tumba abierta que contenía el cadáver de Leanne Kowalski. Yo estaba temblando.

—Voy a vomitar —dije—. Y lo hice. Duckworth me dio unos segundos para asegurarse de que no lo hiciera de nuevo.

—¿Cómo puede ser ella? —exclamé—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Regresemos al coche —dijo Duckworth—. Estaba sudando. Había estado agazapado a mi lado cuando yo identifiqué el cadáver y al ponerse de pie se había quedado sin aliento.

—Si Leanne está aquí… —comencé a decir.

—¿Sí?

Sentí que tenía que preguntarlo.

—¿Hay otra tumba? ¿Esta es la única?

Duckworth me dirigió una mirada penetrante, como si quisiera ver dentro de mi cabeza.

—¿Acaso cree que hay otra?

—¿Qué?

—Vamos.

No dijimos nada de camino hacia el coche. Me abrió la puerta y me ayudó a subir como si yo fuera un inválido, luego subió del otro lado. Ninguno de los dos habló durante casi un minuto. Duckworth puso la llave en contacto para bajar las ventanillas. Una brisa ligera sopló dentro del coche.

Me volví para mirarlo. Tenía la mirada fija en un punto delante de él y las manos sobre el volante, aunque el motor estaba apagado.

—¿Usted ya sabía de quién se trataba? —le pregunté—. ¿Sabía que era Leanne Kowalski?

Duckworth no prestó atención a la pregunta y me hizo una a mí.

—El viernes, cuando vino aquí con su esposa, señor Harwood, ¿trajo también a Leanne Kowalski?

Apoyé la cabeza contra el respaldo y cerré los ojos.

—¿Qué? No —respondí—. ¿Por qué haríamos algo así?

—¿Ella los siguió? ¿Quedaron en encontrarse aquí?

—No y no.

Durante un instante, me pregunté si Leanne Kowalski podría, de algún modo, haber sido la mujer que me había enviado el correo anónimo, la que quería encontrarse conmigo en Ted's. Pero no se me ocurría ninguna forma de conectar esos puntos.

—¿No le parece extraño que el cadáver de Leanne Kowalski aparezca a menos de dos kilómetros del sitio donde usted alega que iba a encontrarse con esa fuente?

Me volví hacia él.

—¿Extraño? ¿Si me parece extraño? ¡Joder, claro que me parece extraño! ¿Quiere que le haga una lista de las cosas increíblemente extrañas que me han sucedido en los últimos dos días? Aquí va. Mi mujer desaparece. Un desconocido trata de llevarse a mi hijo. Me entero de que Jan tiene un certificado de nacimiento que pertenece a una chica que murió arrollada por un coche a los cinco años, que mi esposa puede no ser quién dice ser. Ella entra en esa tienda y le cuenta al hombre no sé qué historia de que no sabe por qué la traje hasta allí, como si la hubiera engañado. ¿Por qué coño hizo eso? ¿Por qué le mintió? ¿Por qué no tenía una entrada para entrar en el parque de atracciones? ¿Por qué me mintió sobre haber ido a ver al doctor Samuels y sobre que quería suicidarse? Así que cuando me pregunta si me parece *extraño* que Leanne Kowalski esté muerta allí, sí, me parece muy extraño. Igual que todo lo demás que ha estado sucediendo.

Duckworth asintió lentamente. Finalmente, dijo:

—Y le parecería extraño si le dijera que un examen preliminar de su coche, el que utilizó para venir hasta aquí el viernes con su esposa, mostró rastros de sangre y pelo en el maletero y una factura de compra por un rollo de cinta americana arrugada dentro de la guantera?

Tan locuaz que había estado hacía un instante, y ahora yo no podía pronunciar palabra.

—Recibí la llamada justo antes de que usted viniera a buscar su coche. Las pruebas de ADN van a tomar un tiempo. ¿Quiere ahorrarnos algo de trabajo y contarnos qué resultado van a arrojar?

Era hora de buscar ayuda.

En camino a casa desde Lake George, llamé a Natalie Bondurant, la abogada con la que mi padre había hablado. Una vez que pasamos por la etapa preliminar y tuve confirmación de que me representaría, dije:

—Ha habido novedades desde que usted habló con mi padre. Varias, en realidad.

—Cuéntemelas —dijo.

—Leanne Kowalski, la mujer que trabajaba en la misma oficina que mi esposa, apareció muerta cerca de donde estuve el viernes con Jan.

—O sea que la policía, que ya quería culparlo por todo esto, ahora cuenta con esto también.

—Sí.

—¿Encontrarán un segundo cadáver, señor Harwood? ¿Encontrarán también a su esposa?

—Ruego a Dios que no —respondí.

—¿Porque lo arrestarán si la encuentran? ¿O porque todavía tiene esperanzas de que su esposa regrese a casa con vida?

Tenía una manera directa de decir las cosas que hacía imposible enfadarse.

—Lo segundo —dije—. Y el detective Duckworth dijo que han encontrado sangre y pelo en el maletero de mi coche, además de una factura de compra de un rollo de cinta americana en la guantera.

—Puede que esté tratando de asustarlo. ¿Tiene una explicación para ello?

—No —dije—. Es decir ¿el pelo? Sí, claro, siempre estamos poniendo o sacando cosas del maletero, supongo que podrían caer unos cabellos dentro. ¿Pero las otras cosas? No. No sé por qué habría sangre allí y hace mucho tiempo que no compro un rollo de cinta americana.

—Resulta bastante conveniente que hayan encontrado esas cosas allí, entonces —dijo Natalie Bondurant.

—¿Qué quiere decir?

—Hay muchas pruebas circunstanciales que lo incriminan.

Me pidió que le contara todo desde el principio. Intenté relatarlo de manera sencilla, como si estuviera reportando una noticia. Le di el panorama general al principio, luego me concentré en los detalles. Le conté a cerca de mi excursión a Rochester y de la revelación de que Jan podía no ser la persona que decía ser.

—¿Y cómo se explica eso? —quiso saber.

—No lo sé. Le pregunté al detective Duckworth si podría ser una de esos testigos protegidos a los que reubican en otros sitios, pero no creo que me haya tomado en serio, después de que le dije que Jan se había estado mostrando deprimida las últimas semanas y no encontró a nadie que respaldara esa historia.

Natalie guardó silencio un momento, luego dijo:

—Pues está hasta la coronilla de problemas.

—Gracias —repuse.

—Lo que a la policía le falta es un cadáver —dijo—. Tienen a esta tal Leanne Kowalski, pero no tienen a su esposa. Eso es una buena noticia. No solo porque usted quiere recuperarla con vida, sino también porque significa que todavía no tienen un caso sólido. Lo que no significa que no puedan armar uno sin necesidad del cadáver. Muchas personas han ido a la cárcel por homicidio a pesar de que no se hubiera encontrado el cadáver.

—No me está levantando demasiado el ánimo.

—No es mi trabajo hacerlo. Mi trabajo es lograr que no vaya preso o si ese termina siendo el caso, que lo encierren por el menor tiempo posible.

Si no hubiera estado al volante, habría cerrado los ojos. Habíamos estado hablando durante tanto tiempo que ya estaba llegando a casa. Eran más de las ocho de la noche.

Una idea me vino a la mente.

—La tumba era extraña —dije—. La tumba donde encontraron el cadáver de Leanne.

—¿Cómo dice?

—El hoyo que habían cavado para introducir el cadáver de Leanne estaba a la vera del camino. Tampoco era una tumba verdadera. Solo un hoyo donde se pudiera colocar un cuerpo y taparlo con algo de tierra. Hubiera sido muy fácil para cualquiera adentrarse unos metros más en el bosque y podrían haberla sepultado donde nadie la hubiera visto. ¿Por qué querrían enterrarla tan cerca del camino? Aunque no es un camino demasiado transitado, me resulta una estupidez.

—Lo que está diciendo es que querían que la encontraran —dijo Natalie.

—No lo había pensado hasta ahora, pero sí, es algo que me pregunto.

—Venga a mi despacho mañana por la mañana a las once —dijo —. Traiga la chequera.

—De acuerdo —respondí. Estaba llegando al vecindario de mis padres.

—Y no vuelva a hablar con la policía sin que yo esté presente — me advirtió.

—Entendido —dije. Tomé por la calle de mis padres. La casa estaba más adelante.

Había un pequeño circo mediático montado en la calle, delante de la casa.

Dos camionetas de canales de televisión. Gente yendo de un lado a otro.

Mierda.

—Y ni una palabra a la prensa —dijo Natalie Bondurant.

—Veré cómo me las arreglo —dije, y corté la llamada.

Se me ocurrió que si había tantos reporteros delante de la casa de mis padres, la mía debía de estar igualmente concurrida. Una de las camionetas estaba bloqueando la entrada, por lo que tuve que aparcar junto a la acera del lado de enfrente.

No veía ninguna otra forma de evitar a los medios. Quería ver a mis padres y necesitaba desesperadamente ver a mi hijo.

Descendí del coche de mi padre y comencé a cruzar la calle. Un

reportero y un cámara se lanzaron hacia mí desde sendas camionetas y me llamaron por mi nombre. De los tres coches descendieron jóvenes con libretas y grabadoras digitales. Samantha Henry emergió de un Honda Civic rojo que me había resultado familiar. Se acercó con una expresión compungida que parecía decir: *"Oye, lo siento solo estoy haciendo mi trabajo."*

Todos se arremolinaron a mi alrededor, vociferando sus preguntas.

—¿Señor Harwood, alguna novedad sobre su esposa?

—¿Señor Harwood, ¿tiene alguna idea de qué le sucedió a su esposa?

—¿Por qué la policía lo considera sospechoso?

—¿Mató usted a su esposa, señor Harwood?

Me resistí a mi primer instinto, que fue el de abrirme paso a empujones y correr hacia la casa. La recomendación de Natalie estaba fresca en mi memoria, pero había trabajado lo suficiente en un periódico como para saber cuán culpable me vería si huía de la prensa sin decir nada. De manera que me detuve, levanté las palmas de las manos como para dar a entender que iba a responder a sus preguntas si dejaban de gritar.

—Solo voy a decir unas palabras —dije, mientras los dos cámaras se ubicaban para obtener una buena toma. Me tomé unos segundos para recomponerme y ordenar las ideas. Luego dije: —Mi esposa, Jan Harwood, desapareció ayer por la mañana mientras estábamos en Cinco Montañas con nuestro hijo. He estado haciendo todo lo posible por encontrarla y ruego para que esté bien. Si estás viendo esto, cariño, por favor, ponte en contacto y hazme saber que estás bien. Ethan y yo te amamos, te echamos de menos y solo queremos que regreses sana y salva. Lo que sea que haya sucedido, sea lo que sea, lo resolveremos juntos. Y a todos los que están mirando, si alguno de ustedes ha visto a Jan o sabe algo sobre dónde puede estar o qué puede haberle sucedido, se lo suplico, contacten conmigo o con la policía. Lo único que quiero es que mi esposa vuelva a casa.

Una de las reporteras de televisión con peinado más elaborado empujó un micrófono contra mi cara y dijo:

—Tenemos información de que se vio obligado a decirle a la policía que no mató a su esposa. ¿Por qué sintió que debía decir eso? ¿Lo consideran sospechoso?

—Lo dije porque es la verdad —respondí, tratando de hablar con serenidad. Miré hacia la casa y vi que mi madre me observaba por entre las cortinas. —Entiendo que la policía debe considerar todas las posibilidades en un caso como este, y eso incluye investigar al marido de una persona desaparecida. Lo comprendo. Es un procedimiento

habitual.

—¿Pero es usted sospechoso? —insistió ella—. ¿La policía cree que su esposa fue asesinada?

—No hay pruebas de que algo le haya sucedido a mi mujer —repuse.

—¿Eso se debe a que se ha deshecho del cadáver de manera eficiente? —insistió la mujer.

Hice un enorme esfuerzo por mantener la calma.

—No voy a darle entidad a eso con una repuesta.

La segunda reportera con peinado más elaborado, que pertenecía al otro canal de televisión, preguntó:

—¿Cómo explica el hecho de que no haya pruebas de que su esposa estuvo con usted en Cinco Montañas?

—Estoy seguro de que ayer hubo miles de otras personas en el parque a las que podría resultarles difícil probar que estuvieron allí —respondí—. Estuvo allí conmigo y luego desapareció.

—¿Ha pasado usted por un detector de mentiras? —preguntó un reportero de ropa arrugada que me pareció que provenía de Albany.

—No —respondí.

—¿Se ha negado usted a pasar por esa prueba?

—Nadie me lo ha solicitado —repuse.

La reportera más llamativa intervino:

—¿Estaría usted dispuesto a pasar por esa prueba?

—Acabo de decirle, nadie me lo ha...

—¿Estaría dispuesto a someterse a esa prueba si se lo solicitamos? —dijo la segunda reportera de peinado elaborado.

—No veo el motivo para tener que sentarme con vosotros...

—¿Se niega a hacerlo, entonces? ¿No quiere que le hagan preguntas sobre la desaparición de su esposa mientras está conectado a un polígrafo?

—Esto es absurdo —dije. Comenzaba a perder el control de la situación. Había sido una tontería creer que podía salir ileso de allí. Creí que por ser reportero conocía los trucos, pero me di cuenta de que no era más inteligente que cualquier otra persona.

Samantha intuyó lo que me sucedía y trató de quebrar el momento con una pregunta más blanda.

—David —dijo—, ¿puedes decirme cómo estás lidiando con esta situación? Debe de ser terrible para ti y para tu hijo.

Asentí.

—Es horrible. No saber si... es terrible. Jamás he pasado por algo así antes. Uno no tiene idea hasta que no lo vive en carne propia.

—¿Qué se siente —prosiguió—, al verse convertido en la historia en lugar de estar cubriéndola? Esto de tenernos a todos aquí,

atacándote de manera colectiva, debe de resultarte extraño.

Los reporteros la fulminaron con la mirada cuando escucharon la palabra “atacándote”.

Estuve a punto de sonreír.

—Lo entiendo, sé cómo funcionan estas cosas. Disculpa, debo irme.

Los reporteros me abrieron un camino para que pudiera avanzar. Cogí a Sam del brazo y la traje conmigo, lo que provocó protestas del resto de la jauría. ¿Qué coño estaba haciendo? ¿Dándole una nota exclusiva?

—Dave, me siento realmente mal por esto —dijo ella mientras subíamos los escalones de la casa de mis padres—. Sabes que sólo estoy...

—Lo comprendo —dije. Antes de que pudiera abrir la puerta, mamá ya lo había hecho. Había envejecido un par de años desde que la había visto esa mañana y miró a Sam con desprecio.

—Hola, mamá —dije—. Recuerdas a Sam ¿verdad? —Se habían visto varias veces cuando ella y yo salíamos.

Mamá no devolvió el movimiento de cabeza con el que Sam la saludó. Claramente la consideraba el enemigo, por su rol profesional.

—¿Dónde está Ethan? —pregunté.

—Tu padre salió con él. Fueron a comer algo y después pensaba llevarlo al ferrocarril a ver trenes de verdad. Le dije que lo llamaría cuando las cosas se hubieran calmado por aquí.

Me pareció un buen plan. Me alegré de que Ethan no estuviera en medio de todo eso.

—Oye, gracias por esa pregunta que hiciste —le dije a Samantha —. Sirvió para tranquilizar un poco el ambiente.

—Estoy obligada a seguir esta historia —explicó—, pero no voy a crucificarte.

—Lo aprecio y te lo agradezco.

—Lo que quiero decir es que sé que nunca le harías nada a Jan. —Me dirigió una mirada penetrante. —¿No es así?

—Por Dios, Sam.

—De verdad creo que no.

—Gracias por tu voto de poca confianza.

Sus labios se curvaron en una leve sonrisa.

—Por lo menos tengo que fingir objetividad. Pero te juro que estoy de tu lado. Tampoco puedo prometerte que en la redacción no vayan a modificar la historia una vez que la entregue. Lo que me recuerda... —Miró su reloj. Eran las ocho y diez. Yo sabía que tenía tiempo hasta eso de las nueve y media para entregar el artículo que saldría en la primera edición.

—¿Qué querías decirme? —preguntó—. O sea, si quieres darme algún tipo de exclusiva, la aceptaré. Al fin y al cabo, este es tu periódico.

—Ten cuidado y mira por encima de tu hombro —dije.

—¿Qué?

—No me refiero a que estés en peligro ni nada, pero ten cuidado. Creo que Madeline monitorea el correo electrónico.

—¿Qué? —Sam se quedó mirándome, boquiabierta. —¿La directora lee mis correos personales?

—Si ingresan por el sistema del periódico sí, creo que sí.

—Madre mía —dijo—. ¿Por qué? ¿Por qué lo crees?

—El otro día recibí un correo anónimo, de una mujer que quería hablar conmigo sobre el asunto de la penitenciaría, sobre cómo algunos miembros del concejo están aceptando sobornos o cosas así a cambio de sus votos favorables.

—Ajá.

—Llegó a mi bandeja de entrada. Solamente lo tuve allí unos pocos minutos antes de eliminarlo del sistema. Pero Elmont Sebastian se enteró de su existencia. Se enteró de que alguien había intentado ponerse en contacto conmigo. Al principio me pregunté si lo habría sabido por el otro extremo, o sea, por el sitio desde donde se originó ese correo, pero no lo creo. Pienso que se enteró por el *Standard.* ¿Y quién sino Madeline tendría la autoridad para leer la correspondencia de todo el personal?

—¿Pero por qué querría hacerlo?

—Puede que no esté interesada en tu correo, pero tendría motivos para estar interesada en el mío. La familia Russell posee tierras que quieren venderle a Star Spangled Corrections para la prisión. Cuestionar a la corporación no es del interés de nuestro periódico. Creo que cuando Madeline vio ese mensaje, informó a Sebastian.

—¿Y qué me dices de Brian? —preguntó ella—. Tal vez Madeline lo tiene revisando correos. Se lo pasa en la oficina de él.

Me quedé pensando en eso.

—Es posible. Lo importante es que no se puede confiar en la directora, tienes que tenerlo en cuenta.

—Un poco bromeaba cuando dije que tal vez en la sala de redacción modificarían esta historia, pero ahora pienso que tal vez lo hagan. ¿Le darán un sesgo a todo esto de Jan para dejarte peor parado aún? Porque esa historia sobre la prisión era tuya. Si quedas fuera de escena, ¿qué posibilidades hay de que alguien más quiera tomarla?

—No lo sé. —No le hablé de cuán lejos había llegado ya Elmont Sebastian con tal de detenerme. Me había ofrecido empleo. Había amenazado veladamente a mi hijo. Yo no había renunciado a la teoría

de que él tenía algo que ver con lo que le había sucedido a Jan, pero no podía armar las piezas de manera que tuvieran sentido.

—Debo irme —dijo Sam—. Tengo que presentar esta nota.

—No tuve nada que ver con la desaparición de Jan —dije, una vez más.

Ella me apoyó una mano sobre el pecho.

—Lo sé. Te creo. No voy a exponerte con esta historia.

Se marchó.

—Esa mujer no me agrada —dijo mamá.

Para cuando llegué a mi casa, eran las nueve. Ya no había reporteros acampando allí. Habían obtenido lo que buscaban en casa de mis padres y me dejarían en paz, al menos por el resto de la noche.

Ethan se había quedado dormido en el viaje. Lo levanté de la silla con cuidado y apoyó la cabeza contra mi hombro mientras entrábamos en la casa. En cuanto atravesé la puerta, lo que vi me recordó que la policía había revisado la casa ese mismo día. Los cojines del sofá estaban desparramados por la sala, los libros no estaban en la biblioteca y habían despegado las alfombras No parecían haber roto nada, pero iba a tener que trabajar bastante para dejar todo en orden.

Acosté a Ethan en el sofá y lo cubrí con una manta. Luego subí y ordené su dormitorio. Coloqué el colchón de nuevo en su sitio, los juguetes en los recipientes, la ropa en los cajones.

Al principio me había parecido que la habitación era un caos, pero solo tardé quince minutos en ordenarla. Volví abajo, levanté a Ethan y lo llevé a su cama. Lo coloqué de espaldas y lo desvestí. Pensé que cuando le quitara la camiseta por la cabeza se despertaría, pero siguió durmiendo durante todo el proceso. Busqué su pijama de Wolverine y se lo puse, luego lo cubrí con el edredón, lo arropé y le di un beso en la frente.

Sin abrir los ojos, murmuró con voz soñolienta:

—Buenas noches, mami.

TREINTA Y CUATRO

Dwayne rodó de encima de Jan y dijo:

—Siempre me gustó comenzar un día importante como este con un buen polvo.

Ella se levantó de la cama del motel, entró en el baño y cerró la puerta.

Dwayne, tendido de espaldas, mirando el techo, entrelazó los dedos debajo de la cabeza y sonrió:

—Esto acaba aquí, cariño. Unas pocas horas más y habremos terminado. ¿Sabes qué creo que deberíamos hacer más tarde? Ir a mirar lanchas. Apuesto a que está lleno de gente que quiere vender sus embarcaciones. Justo cuando todos quieren deshacerse de sus juguetes por la recesión, nosotros daremos el golpe. Podremos comprar un crucero de cabina por migajas, y eso que no tendríamos inconveniente en pagar el precio total si así lo deseáramos. Pero si este dinero tiene que durarnos el resto de nuestras vidas, no queremos hacer estupideces tampoco ¿verdad?

Jan no había escuchado nada más después de “cariño”. Había abierto la ducha tras tomarse unos instantes para deducir cómo funcionaban los grifos en esa pocilga de una estrella que estaba a unos diez kilómetros del centro de Boston. Demasiado cerca para lo nerviosa que la ponía estar en esa ciudad.

Dwayne hizo a un lado la sábana y se quedó de pie, desnudo, en la habitación. Cogió el mando a distancia, encendió el televisor y se puso a cambiar de canales a toda velocidad.

—No tienen ningún canal bueno, aquí —se quejó—. ¿Para qué te hacen pagar una suma adicional para las opciones para adultos? ¿No les alcanza con lo que te cobran por la habitación?

Dio con un canal de dibujos animados que transmitía un episodio animado de Batman, se aburrió tras unos minutos y siguió pasando de canal en canal. Había dejado atrás un informativo y se disponía a ver un espectáculo de comedia cuando exclamó:

—¡Hostias! —Retrocedió un par de canales y allí estaba Jan. Una fotografía de ella.

—¡Eh! —gritó—. ¡Ven aquí!

Ella no lo escuchaba desde debajo de la ducha.

Dwayne abrió la puerta con estrépito y gritó:

—¡Que estás en la tele, joder!

Subió tanto el volumen que el gabinete que contenía el televisor comenzó a vibrar. El presentador estaba diciendo:

—... sin embargo, cuando el canal lo invitó a someterse a un detector de mentiras, el señor Harwood se negó de plano. El periodista del *Standard* de Promise Falls sostiene que su esposa desapareció del parque de atracciones Cinco Montañas el sábado, pero la policía afirma que nadie ha visto a Jan Harwood desde la tarde del viernes. Y esta mañana se produjo una novedad. Se encontró en la zona de Lake George el cadáver de una compañera de trabajo de la mujer desaparecida, no lejos de donde Jan Harwood y su esposo fueron vistos antes de que ella desapareciera. Por lo visto esta tarde tendremos sol en Boston y alrededores...

Dwayne apagó el televisor y regresó al baño. Introdujo la mano por la cortina de la ducha y cerró el grifo. Jan tenía el pelo cubierto de espuma.

—¡Dwayne! ¡Puta madre!

—¿No me has oído?

—¿Qué sucede?

—Salió por la tele. Le estaban pidiendo a tu esposo que se sometiera a un detector de mentiras y encontraron el cadáver.

Jan se quedó mirándolo con ojos jabonosos. El agua le chorreaba del cuerpo y sentía frío.

—Ya veo —dijo.

—¿Eso es bueno, verdad?

—Déjame terminar de ducharme —dijo Jan.

—¿Quieres que me duche contigo?

Ella respondió cerrando la cortina. Volvió a abrir los grifos. El agua brotó helada al principio y ella se replegó sobre sí misma, como si eso fuera a protegerla. Maldijo en voz baja, movió el grifo y estuvo a punto de quemarse viva. Lo volvió a girar, dio con la temperatura deseada y luego metió la cara bajo el agua para quitarse el champú de los ojos.

Pero le habían estado ardiendo antes de eso.

En un momento de la noche –casi no lo creyó cuando sucedió- se había despertado llorando. Dwayne roncaba como una sierra de cinta, por lo que no corría riesgo de despertarlo.

No era que hubiera sollozado de manera incontrolable ni llorado de manera poco digna ni nada. Pero hubo un momento en el que se sintió... pues, abrumada.

Se le escaparon un par de lágrimas antes de que pudiera recuperar el control de sí misma. No debía salirse de su personaje.

No debía permitir que alguien pudiera creer que le importaba.

Pero tendida en la cama, se imaginó con la mano apoyada sobre la

cabeza de Ethan, sintiendo la sedosidad de su pelo contra la palma. Imaginó su olor. Los sonidos que hacían sus piecitos cuando despertaba por las mañanas y se dirigía descalzo al dormitorio de sus padres para ver si ella estaba despierta. El modo en que cogía los anillos de cereal Cheerios con los dedos y cómo se los metía en la boca, los ruidos que hacía al masticar. Cómo se sentaba, con las piernas cruzadas, delante del televisor cuando miraba *Thomas el Tre*n.

La tibieza de su cuerpo cuando se subía a la cama con ella.

Piensa en el dinero.

Intentó alejarlo de su mente, allí en la mitad de la noche. Del mismo modo en que algunas personas cuentan ovejas, se puso a contar diamantes.

Pero la cara de Ethan no dejaba de materializarse delante de sus ojos.

Desde el momento en que había comenzado a salir con David, se convenció de que lo hacía por el dinero. Toda la fachada, el matrimonio, criar un hijo, todo era parte del *trabajo*. Del trabajo de ganarse su fortuna. Solamente tenía que dejar pasar el tiempo hasta que saliera Dwayne, y podría desaparecer. Se marcharía sin mirar atrás. Y una vez que hubiera cambiado los diamantes por dinero, se libraría también de Dwayne.

Un último cambio de vestuario.

Con algo de suerte, por el modo en que había dejado las cosas en Promise Falls, nadie la buscaría. Al menos, no viva. Y cuando no encontraran su cadáver, la policía se figuraría que David había logrado deshacerse de él. Por supuesto, él les diría que no había tenido nada que ver con su desaparición, que era inocente, pero ¿acaso no era eso lo que decían todos los que eran culpables?

Tal vez, en algún momento, él sospecharía lo que había sucedido realmente. Cuando comprendiera por fin –si es que llegaba a hacerlo- que su esposa lo había incriminado, ¿qué podría hacer al respecto desde una celda en prisión? Se habría gastado todo lo que tenía en abogados, tratando de que no lo declararan culpable. No iba a tener dinero para contratar un detective privado y rastrearla.

Al menos Ethan estaría bien. Sus abuelos lo cuidarían. Don estaba medio chiflado, pero era un buen hombre. Y aunque a Jan nunca le había gustado demasiado cómo la miraba Arlene a veces –era como si supiera que Jan tramaba algo pero no pudiera descubrir qué era- no tenía dudas de que podría criar al niño. Le quedaban muchos años de vida y amaba a Ethan con todo su corazón.

Jan intentaba encontrar consuelo en eso.

Tal vez, una vez que tuviera el dinero, una vez que supiera que le aguardaba una nueva vida, una vida en la que podría hacer todo lo

que deseara, lograría olvidar los últimos años, fingir que nunca habían existido, se convencería de que la gente a la que había conocido –y el niño al que había traído al mundo- no habían sido reales.

Una vez que tuviera el dinero.

El dinero lo cambiaría todo.

El dinero curaba todas las heridas, te ayudaba a seguir adelante. Eso era lo que siempre había creído.

Dwayne detuvo la camioneta sobre la calle Beacon, al oeste de Clarendon.

—Aquí estamos —dijo.

Jan miró a su derecha. Estaban delante de una sucursal del banco MassTrust, ubicada entre un local de Starbucks y una tienda de zapatos caros.

—¿Es aquí? —dijo.

—Es aquí. Tu llave abre una caja allí dentro.

Así era cómo habían decidido hacerlo. Cada uno había elegido una caja de seguridad donde guardar su mitad de los diamantes, había mantenido en secreto la ubicación y luego se habían intercambiado las llaves. De esa manera, ninguno podría hacerse con los diamantes del otro sin su presencia.

—Pues hagámoslo —dijo Jan.

Salieron juntos de la camioneta y tras ingresar en el banco se dirigieron al mostrador de atención.

—Queremos acceder a nuestra caja de seguridad —dijo Jan.

—Por supuesto —dijo una mujer de mediana edad. Les pidió el nombre, hizo firmar a Dwayne en un libro y luego los llevó a una bóveda con pequeños buzones rectangulares en tres de las cuatro paredes.

—Aquí está —dijo la mujer. Sacó una llave y la insertó en una puerta. Jan tomó la llave que había estado guardando durante cinco años, y la insertó en la cerradura adyacente. La puerta se abrió y la mujer extrajo una caja negra alargada.

Cuando la inclinó, algo tintineó suavemente en el interior.

—Aquí tenéis un compartimiento que podéis utilizar —dijo, mientras abría la puerta para que pudieran pasar. Dejó la caja sobre un mostrador y se retiró, cerrando la puerta a sus espaldas. La habitación medía menos de dos metros por dos metros y estaba bien iluminada. Delante del mostrador había una silla de oficina tapizada.

—Esto es aún más pequeño que mi celda —comentó Dwayne. Levantó la tapa de la caja y suspiró: —Hostias...

Dentro había una bolsa de tela negra ajustada con una cinta, de

las que se utilizan para guardar zapatos o pantuflas.

Jan extrajo la bolsa y palpó el contenido sin abrirla.

—Parecen dientes —dijo, nerviosa.

Aflojó la cinta y volcó el contenido de la bolsa sobre el mostrador.

Los brillantes comenzaron a caer. Eran mucho más pequeños que dientes, pero infinitamente más relucientes. Al chocar contra el mostrador, se desparramaron. Docenas y docenas. Más de los que se podían contar con la mirada.

—¡Joder! —dijo Dwayne, como si nunca los hubiera visto antes. Cogió algunos al azar y los hizo rodar en la palma de su mano, los levantó hacia la luz como si pudieran revelarle algo sobre su valor.

Jan movía la cabeza con incredulidad.

—Y esto es solo la mitad, cariño —dijo Dwayne—. Somos unos putos millonarios.

—Cálmate —dijo Jan—. Necesitamos mantener la cabeza fría. Si enloquecemos, cometeremos alguna idiotez.

—¿Qué crees que voy a hacer? Llevarme uno al local de al lado y utilizarlo para pagar un café con leche? —dijo Dwayne.

—Es que... no recordaba que fueran tantos —susurró Jan.

Comenzó a recogerlos e introducirlos otra vez en la bolsa.

—Creo que uno ha caído al suelo —dijo.

Dwayne se arrodillo y pasó las manos sobre la alfombra industrial.

—Lo tengo —dijo y luego se abrazó a las piernas de Jan; la atrajo hacia sí y hundió la cara contra la entrepierna de sus jeans.

—Deberíamos hacerlo aquí dentro —dijo.

—Ya celebraremos más tarde —repuso ella—. Cuando tengamos el dinero. Entonces podremos follar durante horas. *Hay que darle al público lo que desea,* pensó.

Dwayne se puso de pie y tomó la bolsa de manos de Jan.

—La guardaré en mi bolso —dijo ella.

—No, no, está bien —repuso él, mientras la introducía en el bolsillo delantero de sus jeans, lo que creaba un bulto extraño hacia un costado—. Yo la guardo.

Jan le dio indicaciones y Dwayne condujo hacia el norte; cruzaron el río Charles por el puente Harvard y luego tomaron hacia la calle Cambridge.

—Detente por aquí, donde puedas —dijo ella.

—¿Dónde es? —preguntó él. Aparcó la camioneta contra la acera y puso el freno de mano. Había visto un Bank of America y supuso que era allí, pero Jan señaló del otro lado de la calle, donde había una sucursal del Revere Federal.

—Qué maravilla —dijo, mientras se palpaba el otro bolsillo

delantero donde guardaba la llave que había ocultado durante tanto tiempo.

Tenía la mano sobre la puerta cuando Jan lo cogió del brazo y lo detuvo.

—Esta vez —dijo—, los guardaré yo.

—Sí, claro, no pasa nada —dijo Dwayne, tirando del brazo para soltarse.

—Lo digo en serio —dijo Jan.

Cruzaron la calle en diagonal, corriendo el riesgo de que casi los arrollara un coche mientras aguardaban en la línea del centro a que pasara el tráfico. *Fantástico, pensó Jan. Instantes antes de hacerte con tu fortuna, te pasa por encima un Tahoe.*

Tras llegar a salvo a la otra acera, entraron en el banco y repitieron la rutina. Esta vez, un joven de India oriental los guió a la bóveda y luego a una salita para que pudieran inspeccionar el contenido de la caja.

—Esto se pone cada vez mejor —dijo Dwayne, cuando Jan abrió la bolsa y dejó caer el contenido sobre la mesa.

Una vez que los diamantes estuvieron otra vez dentro de la bolsa y ésta bien guardada dentro del bolso de Jan, salieron del banco y regresaron a la camioneta.

Habían recuperado todo el botín.

Jan pensó: *En un mundo perfecto, encontraría la forma de quedarme con la mitad de Dwayne sin tener que quedarme con Dwayne.*

Se preguntó si él estaría pensando lo mismo.

TREINTA Y CINCO

Sam no me traicionó. Por lo que pude ver, el editor de asuntos de la ciudad no había modificado la historia ni le había dado ningún sesgo en particular. Era una crónica directa y fehaciente de lo que había estado sucediendo en los últimos dos días. No ignoraba el hecho de que la policía me había estado interrogando sobre la desaparición de Jan, pero tampoco se aventuraba a nombrarme como sospechoso. Ni el detective Duckworth ni nadie de la policía de Promise Falls había dicho algo así.

Sam también había logrado incluir en su historia el descubrimiento del cuerpo de una mujer en Lake George. Un lector astuto podría deducir que tal vez yo había matado a Jan y la había enterrado allí, pero la historia no lo insinuaba. La policía no había identificado el cadáver de Leanne Kowalski, al menos hasta el momento en que Sam había entregado el artículo para su publicación. Sin embargo, yo estaba seguro de que a estas alturas, la información ya estaría en el sitio web, aunque no podía comprobarlo, debido a que la policía se había llevado nuestro ordenador cuando habían registrado la casa el día anterior.

Ese lunes tenía muchas cosas que hacer y necesitaba llevar a Ethan a casa de mis padres. Lo desperté poco después de las ocho; me senté sobre su cama y le acaricié el hombro.

—Hora de moverse, chiquitín —le dije, mientras lo destapaba. La cama estaba salpicada de coches y muñecos de superhéroes.

—Estoy cansado —dijo y se llevó un coche de juguete a la cara, como si se tratara de un osito de peluche.

—Lo sé. —Pero pronto comenzarás la escuela. Tendrás que levantarte temprano casi todas las mañanas.

—No quiero ir a la escuela —dijo y hundió la cara contra la almohada.

—Todos dicen eso al comienzo —le expliqué—. Pero cuando comienzan a ir, les gusta.

—Yo quiero ir a lo de Nana y Abu.

—Ayer decías que no querías estar allí —le recordé—. Ocultó la cara contra la almohada, una estrategia interesante de debate—. Seguirás viéndolos a menudo. Pero conocerás a otras personas, también. Y a muchos niños de tu edad.

Giró la cabeza para tomar aire.

—¿Qué va a preparar mami para el desayuno?

—Lo prepararé yo. ¿Qué te apetece?

—Anillitos Cheerios —dijo, y luego agregó: —Y café.

—Hum, no me parece —respondí—. Aunque serviría para despabilarte.

—¿A qué sabe?

—Horrible, por lo general.

—¿Por qué lo tomas, entonces?

—Por costumbre —respondí—. Si lo tomas muchas veces dejas de notar lo horrible que es.

—Quiero que venga mami.

Le apoyé la mano en el hombro y se lo acaricié con suavidad.

—Mami todavía no ha vuelto —dije.

—Hace... —Cerró los ojos durante unos segundos. —Hace dos dormidas que no está.

—Lo sé —repuse.

Mientras recogía sus juguetes, preguntó:

—¿Se ha ido a pescar?

—¿A pescar?

—A veces la gente va a pescar. —Contempló el muñeco de Robin y le alisó la capa. — Abu va a pescar, a veces.

—Es cierto. Pero no creo que tu mamá haya ido a pescar.

—¿Por qué?

—No me parece que sea algo que le guste —dije.

—¿Entonces dónde podría haber ido? —Tenía a Robin en una mano y a Wolverine en la otra. Estaban enfrentados, listos para entrar en combate... o entablar una conversación. Difícil saberlo.

—Ojalá lo supiera —respondí—. Oye, necesito decirte una cosa.

Ethan me miró con toda inocencia, como si estuviera por decirle que no teníamos más Cheerios y tendría que comer una tostada. Seguía con los muñecos aferrados en los puños. Se los bajé para que se concentrara en mis palabras.

—Aunque vas a estar en casa de mis padres, es posible que en la tele, o en la radio o de alguna persona que vaya a la casa escuches cosas feas sobre tu papá.

—¿Qué cosas?

—Que yo era malo con mamá. —¿Cómo le dices a tu hijo que la gente puede pensar que mataste a su madre?

—No eres malo con ella —dijo.

—Lo sabes tú y lo sé yo, pero ¿has visto como a veces tus amigos van con cuentos sobre ti aunque no hayas hecho nada?

Asintió.

—Puede que eso me suceda a mí. Que haya gente que diga que le

hice algo a tu mamá. La gente de la televisión, por ejemplo.

Ethan lo pensó un instante, luego extendió un brazo y me palmeó la mano.

—¿Quieres que yo hable con ellos y les diga que no es verdad? —dijo.

Tuve que apartar la mirada un instante. Fingí que tenía algo en el ojo… en ambos ojos.

—No —repuse—. Pero gracias. Solo pásalo bien con tus abuelos.

—De acuerdo —repuso—. Ahora estaba pensando en otra cosa. —Es como lo que me dijo mami.

—¿Qué cosa? —pregunté—. ¿Qué te dijo?

—Que tal vez la gente iba a decir cosas feas de ella pero que quería que recordara que me amaba.

Lo recordaba.

—¿Van a decir cosas feas sobre mí, también? —preguntó.

—Nunca —respondí y le di un beso en la frente.

Cuando salí por la puerta con Ethan, Craig, mi vecino de la derecha, se disponía a subir a su Jeep Cherokee para irse a trabajar. Desde que me había mudado aquí hacía tres años, Craig nunca había dejado de saludarme, ni de comentar sobre el tiempo y preguntar cómo estábamos. Era un tío amistoso y cuando pedía prestada la cortadora de setos, siempre la devolvía en cuanto terminaba de usarla.

Vi que Craig miraba hacia nosotros, pero no decía nada. Así que lo saludé:

—Buenos días.

—Ni siquiera un gruñido. Craig subió al coche, se abrochó el cinturón de seguridad y encendió el motor sin siquiera mirarme. Puso el Jeep en reversa y se marchó apresuradamente. Mientras acomodaba a Ethan en la silla y le abrochaba el cinturón, escuché que un coche que venía por la calle aminoraba al pasar delante de la entrada de mi casa.

Levanté la mirada. El hombre que estaba dentro de un Corolla bajó la ventanilla y gritó mientras pasaba:

—¿A quién vas a matar hoy? —Luego rió, pisó el acelerador y desapareció calle arriba.

—¿Qué dijo? —preguntó Ethan.

—Es justo de lo que hablamos hoy, chiquitín —dije, y le ajusté la correa.

Tras dejarlo en casa de mis padres, fui directamente al periódico. Tenía tiempo de pasar por allí antes de mi encuentro con Natalie Bondurant.

Subí a la sala de redacción en primer lugar. Cuando entré, las pocas personas que estaban allí interrumpieron lo que estaban haciendo y me miraron. Nadie me saludó, nadie dijo nada. Caminé hasta mi escritorio como el convicto que hace el trayecto desde la celda a su sitio de ejecución.

Encontré varios mensajes telefónicos, la mayoría provenientes de medios que ya habían tratado de ubicarme en mi casa. Una llamada, que podría tratarse de una broma, era del programa televisivo *Dr. Phil* y me invitaban a concurrir y contar mi versión de la historia, para hacerle saber a la población norteamericana que yo no había matado a mi esposa ni me había deshecho de su cadáver.

La borré.

Cuando intenté entrar en mi ordenador, no pude hacerlo. El sistema rechazó mi contraseña.

—¿Qué coño...? —dije.

Escuché una voz a mis espaldas.

—Hola.

Era Brian. Cuando hice girar la silla, me dijo.

—No pensé que vendrías hoy, con todo lo.... Con todos los problemas que tienes de momento.

—Solo me quedaré un rato —repuse—. Tienes razón, tengo muchas cosas de las que ocuparme, ahora.

—¿Tienes un segundo? —dijo.

Una vez que estuvimos dentro de su despacho, cerró la puerta y señaló una silla. Me senté y él se acomodó detrás del escritorio.

—Detesto tener que hacer esto —dijo—, pero yo... es decir, nosotros... quiero decir, ellos quieren suspenderte durante un tiempo. En realidad, es como darte un permiso. Un permiso de ausencia.

—¿Por qué, Brian? ¿Creéis que deseo escribir un libro? —Era el motivo habitual por el que los reporteros cogían un permiso.

Sabía lo que estaba sucediendo y lo comprendía, pero aun en mi situación actual no podía dejar pasar la oportunidad de poner incómodo a Brian. Sobre todo porque consideraba que era una rata de la peor calaña.

—No, no, no por eso —respondió—. Es solo que debido a la situación en que te encuentras, con esto de que la policía te ha interrogado por la desaparición de tu esposa, digamos que de momento, está comprometida tu capacidad como periodista.

—¿En qué momento al periódico comenzó a preocuparle el compromiso de la integridad periodística? ¿Significa esto que hemos despedido a los reporteros de la India y vamos a enviar a nuestra propia gente a cubrir las reuniones del municipio?

—Por Dios, Dave, ¿por qué siempre tienes que comportarte como

un imbécil?

—Dime, Brian. ¿Fuiste tú?

—¿Eh?

—¿Fuiste tú el que me leyó los correos electrónicos?

—¿De qué coño estás hablando?

—Mira, mejor olvídalo. Porque aun si fuiste tú, seguramente obedecías instrucciones de Madeline.

—No sé de qué hablas, te lo aseguro.

—¿Entonces, me suspenden con salario o sin él?

Brian no podía mirarme a los ojos.

—Las cosas no están fáciles, Dave. No es que el periódico pueda pagarle a alguien por no hacer nada.

—Me corresponden tres semanas de vacaciones —dije—. Podría tomármelas ahora. Cobro mi salario, pero no escribo nada. Si mis problemas no se han solucionado en tres semanas, entonces podréis suspenderme sin salario.

Brian lo pensó.

—Deja que lo consulte con ellos.

“Ellos” significaba Madeline.

—Gracias —repuse—. ¿Quieres que sea yo el que se lo pregunte a *ellos*?

—¿A qué te refieres?

Me puse de pie y abrí la puerta.

—Nos vemos, Brian.

En camino hacia la sala de redacción, pasé junto a los buzones de correspondencia, cogí tres o cuatro sobres del mío y vi que uno de ellos era el recibo de mi salario. Me pregunté si se trataría del último. Guardé los sobres dentro de un bolsillo y seguí camino.

Desde allí, fui a la oficina de la directora. Shannon, la asistente ejecutiva de Madeline Plimpton estaba en su escritorio justo fuera de la puerta del despacho de Madeline.

—Ay, David —dijo—. Lo siento tanto… —Se quedó sin palabras. ¿Sentía tanto que mi esposa hubiera desaparecido? ¿O que la policía quisiera culparme por ello? ¿Sentía que la directora quisiera ayudarme durante mi momento difícil dejando de pagarme?

Pasé delante de ella y haciendo caso omiso de sus protestas, abrí la puerta del despacho revestido en madera de Madeline Plimpton.

Madeline estaba detrás de su amplio escritorio, mirando unos papeles, con el teléfono contra la oreja. Levantó los ojos y me miró, sin parpadear.

—Ha surgido algo. Le diré a Shannon que te vuelva a llamar en unos instantes. Colgó el teléfono y dijo:

—Hola, David.

—Solo quería pasar para agradecerte por tu apoyo —dije.

—Siéntate, David.

—No, gracias, me quedaré de pie —repuse—. Vi a Brian y me enteré de que estoy en la calle mientras dure todo esto.

—No es que no sienta compasión —dijo Madeline—, echándose hacia atrás en su sillón de cuero—. Suponiendo, por supuesto, que no has tenido nada que ver con el infortunio de tu esposa.

—Si te dijera que no, ¿acaso me creerías?

No respondió de inmediato.

—Sí —dijo—. Te creería.

Eso me dejó de una pieza.

—He escuchado los rumores —dijo Madeline—. He hecho averiguaciones. Conozco gente en el departamento de policía. Eres mucho más que una persona de interés. Eres sospechoso. Piensan que algo le ha sucedido a tu esposa y que fuiste tú. Así que me siento doblemente mal por ti. Me siento mal al pensar que algo puede haberle sucedido a Jan. Mi corazón está contigo. Y me enferma la caza de brujas que se ha desatado a tu alrededor. Creo que te conozco, David. Siempre me has parecido un buen hombre. Un poco santurrón, a veces, demasiado idealista, alguien que no siempre ve el panorama general, pero un hombre bueno y recto. No sé qué le ha sucedido a Jan, pero me costaría creer que pudieras haber tenido algo que ver.

Me senté. Me pregunté si hablaría con sinceridad o me estaría manipulando.

—Pero no es posible que trabajes como reportero en este momento. No puedes cubrir historias cuando tú mismo eres una historia.

—Le pregunté a Brian si podía tomarme todas las vacaciones que me corresponden.

Ella asintió.

—Buena idea. Por supuesto, hazlo.

—Tengo que preguntarte otra cosa y necesito que seas sincera —dije.

Ella aguardó.

—¿Ingresaste en mi correo electrónico, encontraste uno de una fuente que quería contarme sobre los sobornos de Star Spangled a los miembros del concejo y se lo pasaste a Elmont Sebastian?

Me sostuvo la mirada durante varios segundos.

—No —respondió—. Y cuando regreses al trabajo, si es que lo haces, si averiguas algo sobre él o sobre alguien a quién le compró los votos, me aseguraré de que salga en la primera plana. No me gusta ese hombre. Me da miedo y no quiero hacer negocios con él.

Me levanté y me marché.

Cuando entré en el despacho de Natalie Bondurant y ella salió de detrás de su escritorio, supuse que me estrecharía la mano. Pero en cambio, cogió un mando a distancia y encendió el televisor que estaba empotrado en una pared.

—Aguarde —dijo—. Lo tenía aquí hace un segundo. Listo, aquí está.

Pulsó el botón de inicio y de pronto allí estaba yo, abriéndome paso entre una melé de reporteros, negando que hubiera necesidad de conectarme a un polígrafo.

Ella pulsó pausa, arrojó el mando a distancia a una silla y se volvió hacia mí.

—Madre mía, realmente quiere ir preso, ¿no es así?

TREINTA Y SEIS

El asunto era que Jan no sabía si podría desempeñar el papel de una asesina. Para eso se necesitaba un verdadero talento para la actuación. La motivación para la mayoría de sus papeles había sido sobrellevar alguna situación o mezclarse con la gente. Esperar.

¿Pero matar? No.

Si se le presentara una oportunidad de huir con la parte del botín que le correspondía a Dwayne, la tomaría. Sin pensarlo. Había desaparecido de delante de las narices de David y podría hacerlo con Dwayne. ¿Pero acaso estaba preparada para matarlo?

¿Dispararle a la cabeza o clavarle un cuchillo en el corazón?

Nunca había matado a nadie, al menos no de manera intencional.

Pero no era tonta. Sabía que la ley la vería como una asesina. A pesar de que no había sido ella la que le había cubierto la nariz y la boca a Leanne Kowalski hasta que dejó de moverse, no había hecho nada para impedirlo, tampoco. Jan había observado cómo sucedía. Sabía que era necesario hacerlo. Y la idea de llevar el cadáver de Leanne hasta Lake George –una manera de cerrar el lazo alrededor de David, pues la policía ya sabría que había estado en aquella zona con ella- y enterrarlo en esa tumba a plena vista de cualquiera que pasara por allí, utilizando la pala que estaba en la camioneta del hermano de Dwayne, había sido suya. Cualquier jurado los condenaría a ambos por eso.

Además, sabía que había sido pura cuestión de suerte –o intervención divina, si uno creía en esa clase de cosas- que Oscar Fine no hubiera muerto cuando ella le había cortado la mano para robarle el maletín que llevaba esposado a la muñeca.

Debía admitir que aquel había sido un momento de absoluta desesperación. Creyeron que él tendría la llave encima. O que conocería la combinación de la cerradura del maletín. Y la cadena que lo unía a su muñeca era de un acero de alta tensión que no pudieron cortar con las herramientas que habían llevado. Pero al menos pudieron cortar carne y hueso.

El maldito no les había dejado otra opción.

De manera que una vez que se desvaneció –cosa que no tardó en suceder una vez que Dwayne le hubo disparado con el dardo tranquilizador- ella lo hizo. Si el día anterior le hubieran preguntado si se atrevería a serrucharle la mano a un hombre, habría dicho que

no, de ninguna manera. Ni en un millón de años. Pero luego allí estás, en una limusina aparcada en un predio vacío de Boston, sin saber si vendrá alguien en cualquier momento y de pronto te encuentras haciendo cosas de las que nunca te creíste capaz. Por supuesto, millones de dólares en diamantes era una gran motivación.

¿Acaso no se trataba todo de eso? ¿De conocer cuál era tu motivación? Fue así, entonces, que aceptó ese papel. Se convirtió en la clase de mujer que hace esas cosas, que puede cortarle la mano a un hombre. Representó ese papel durante el tiempo suficiente como para terminar con el trabajo.

Qué pena que él pudo dirigirle una larga mirada antes de perder el conocimiento. A pesar de que había estado maquillada con suficiente pintalabios y sombra para ojos como para pintar un camarín, nunca dejó de temer que él pudiera recordarla. Hubiera sido mucho mejor –para ser franca- que el hijo de puta se hubiera desangrado hasta morir. Entonces no habría tenido que poner su vida en pausa durante cinco años, ni casarse, ni tener un hijo ni trabajar en un maldito comercio de refrigeración y calefacción, por el amor de Dios. Ni de vivir una mentira...

Concéntrate, se dijo.

Vayamos de a un paso por vez. Tenemos todos los diamantes. Ahora solo nos falta convertirlos en dinero. Veamos cómo se desarrolla todo.

Habían salido de Boston con dirección al sur y Jan ya se sentía ligeramente más cómoda. Sabía que las probabilidades de toparse con Oscar Fine en una ciudad del tamaño de Boston eran remotas, pero eso no la tranquilizaba en absoluto. Ahora que estaban fuera de la ciudad, sentía que podía respirar un poco. Tenían que dar con ese tal Banura, averiguar cuánto valían los diamantes, negociar un precio, conseguir el dinero y comenzar su nueva vida juntos.

Comenzar *su* nueva vida. La de ella. De alguna u otra manera, Dwayne iba a quedar en el pasado.

No era que él no tuviera ningún mérito, tampoco. Tenía un cuerpo fabulosamente firme y musculoso y si pudiera dejar de follar como si esperara que el guardia entrara en la celda en cualquier momento, podría tener cierto potencial en esa área. Y había resultado ser el compañero perfecto para ayudarla cuando ella se enteró del asunto del transportador de diamantes. Tuvo las agallas –o la falta de cordura, dependiendo de cómo uno lo mirara- para ayudarla a armar el plan, conseguir la pistola de dardos tranquilizadores, conducir la limusina. De acuerdo, tal vez no tuvo los cojones para cortarle la mano al tío ese. No se puede pedir todo.

Pero ella lo había necesitado para acceder a las cajas de seguridad. Y ahora lo necesitaba para ponerse en contacto con Banura.

Pero después de eso... pues Dwayne no era lo que Jan estaba buscando en un hombre. El único hombre al que quería ver en el futuro era el que le llevaría los tragos a su cabaña.

Una cosa era cierta, David era mucho más inteligente que Dwayne. No se podía negarlo. Lo suficientemente inteligente como para trabajar para un periódico mejor que el *Standard* de Promise Falls. Unos años antes había recibido un oferta para mudarse a Toronto y trabajar para el periódico más importante del país. Pero a Jan la idea de mudarse a Canadá la ponía nerviosa. Sus credenciales falsas eran absolutamente sólidas, pero la idea de cruzar la frontera con una identidad falsa la inquietaba. Le había dicho a David que no le parecía bueno mudarse tan lejos de sus padres y él se había reconciliado con su manera de verlo.

Una vez que tuviera el dinero, Jan volvería a conseguirse otra identidad e invertiría en un pasaporte de óptima calidad –de primera clase- y luego se marcharía de Estados Unidos. Tal vez ese tal Banura pudiera conseguirle información sobre alguien que trabajara bien en ese sentido. Luego se marcharía a Tailandia o a las islas Filipinas. A algún sitio donde el dinero durara para siempre. Joder, tal vez alcanzaría para siempre allí mismo en los Estados Unidos, pero siempre estaría mirando por encima del hombro, sin poder relajarse nunca.

David, pobre infeliz.

Él creía que era un reportero avezado, pero ¿qué tan avezado se podía ser en el *Standard?* No era precisamente amante del riesgo. Siempre hacía la jugada segura. Se aseguraba de que hubiera baterías nuevas en los detectores de humo y un filtro limpio en la caldera. Pagaba las cuentas a tiempo. Cuando se soltaba una teja, subía al techo –o le pedía ayuda a su padre y subían ambos- y la clavaba bien. Recordaba los aniversarios y el Día de San Valentín y a veces le traía flores sin ningún motivo.

El tío era perfecto, coño.

El marido perfecto.

El padre perfecto.

No pienses en ello.

Dwayne, que conducía hacia el sur por la calle Washington y miraba por el parabrisas los nombres de la calles, se movió en el asiento y soltó un gas.

—¿Dónde mierda queda Hobart? —preguntó.

Hallaron la casa. Pequeña, de una planta y media, con revestimiento exterior blanco. Dwayne aparcó en la entrada detrás de una camioneta

familiar Chrysler.

—¿Ves? —dijo—. El tío es listo, no llama la atención. Podría permitirse un puto Porsche, pero luego los vecinos dirían: "¿Eh, de dónde saca el dinero para tener un coche como ese?" Y podría vivir en una casa más grande ¿no crees? Pero, ves, sabe mantener un perfil bajo.

—¿Cuál es el sentido de hacerte rico si vas a tener que vivir como has vivido siempre? —quiso saber Jan.

Dwayne negó con la cabeza, como si la pregunta fuera demasiado profunda.

—No lo sé. Tal vez tiene otra casa en las Bahamas o algún sitio así.

Dwayne tenía la mano en la puerta. La mitad de los diamantes seguían en su bolsillo, mientras que Jan tenía su parte en el bolso.

—Me indicó que entremos por la puerta trasera —dijo Dwayne, con un movimiento de cabeza hacia el final de la entrada para coches, que pasaba por el costado de la casa.

—¿No te preocupa que entremos con todo lo que tenemos? —preguntó Jan—. ¿Y si decide robárnoslo? ¿Qué haremos?

—Eh, es un hombre de negocios —respondió Dwayne—. ¿Crees que va a arruinar su reputación aprovechándose de un cliente de ese modo?

Jan no parecía convencida.

—Bien, si estás preocupada... —Dwayne buscó debajo del asiento y extrajo una pistola pequeña, de caño corto.

—Madre santa —dijo Jan—. ¿Desde cuándo andas con eso?

—Prácticamente desde que salí de la cárcel —respondió Dwayne —. Me la dio mi hermano cuando me prestó la camioneta.

Otra cosa más que nos habría hundido si nos hubiera detenido la policía, pensó Jan. Pero saber que tenían un arma le daba algo de tranquilidad.

Dwayne buscó dentro del pequeño espacio portaequipajes detrás de los asientos y cogió una chaqueta de jean. Con movimientos torpes, se la colocó sin salir de detrás del volante y luego guardó la pistola en el bolsillo derecho.

—No quiero entrar blandiendo el arma. Pero tienes razón, es bueno tenerla. Bien, vayamos a hacernos ricos.

Descendieron de la camioneta y pasaron junto a la camioneta familiar. Dwayne giró al llegar al extremo de la casa, encontró una puerta de madera con una mirilla y oprimió un botón blanco que estaba a la izquierda. No escucharon el sonido del timbre a través de la puerta, pero instantes más tarde se oyó el ruido de un cerrojo pesado que se abría.

Un hombre alto y enjuto, con piel muy morena abrió la puerta. La camiseta que llevaba era varias tallas más grandes y un cinturón de cuerda ajustado alrededor de la cintura le sostenía los pantalones anchos y cubiertos de bolsillos. Sonrió, dejando al descubierto dos hileras de dientes amarillentos.

—Eres Dwayne —dijo.

Fantástico, pensó Jan. *Utiliza su nombre verdadero.*

—Banura —dijo Dwayne y le estrechó la mano. —Esta es... Kate —dijo, presentándole a Jan.

Ella sonrió, nerviosa. No podía ser Jan. Ni Connie. Así que sería Kate.

—Hola.

Banura le tendió la mano y los hizo pasar dentro de la casa. Una escalera estrecha llevaba hacia abajo. No había acceso, desde esa puerta trasera, a ninguna otra parte de la casa. Una vez que estuvieron dentro, vieron cómo Banura regresaba a su posición una barra maciza que ocupaba el ancho de la puerta. Los guió por la escalera, encendiendo luces al bajar.

La pared de la escalera estaba cubierta de fotos en marcos baratos, algunas en color y otras, por fortuna, en blanco y negro. La mayoría eran de jóvenes negros, algunos poco más que niños, descalzos y con ropa rota, fotografiados contra paisajes africanos inhóspitos de ruina y pobreza. Sostenían rifles, levantaban las manos en señal de victoria y sonreían a la cámara. En algunas, varios hombres posaban sobre cadáveres ensangrentados. Una que hizo que Jan apartara la mirada mostraba a un niño negro, de no más de doce años, agitando el brazo cortado de alguien como si fuera un bate de béisbol.

Banura los llevó a una habitación pequeña con una mesa de trabajo larga y muy bien iluminada. Sobre ella había un camino de terciopelo azul y encima de él, tres lupas distintas sobre brazos de metal.

—Sentaos —dijo Banura con marcado acento africano, haciendo un ademán hacia un sofá desvencijado que estaba cubierto a medias por cajas y dos sillas de tipo Ikea que probablemente costarían unos cinco dólares cada una.

—Muy bien —dijo Dwayne, dejándose caer en un pequeño espacio del sofá.

—No vas a necesitar la pistola —comentó Banura, de espaldas a Dwayne, mientras se acomodaba en el taburete frente a la mesa de trabajo.

—¿Cómo dices?

—La que llevas en el bolsillo derecho —respondió—. No te quitaré nada. Y tú no me quitarás nada a mí. Sería una gran estupidez.

—Sí, claro, comprendo —dijo Dwayne con una risita nerviosa—. Es que me gusta ser precavido ¿sabes?

Banura puso las lupas en posición y accionó un interruptor. Tenían luz incorporada.

—Veamos qué tenéis —dijo.

Jan, que había elegido no sentarse, buscó en el bolso y sacó la bolsa de tela. Dwayne se echó hacia atrás para poder introducir la mano en el pantalón y sacar su mitad. Le arrojó la bolsa a Jan, como si tener diamantes en una bolsa fuera cosa de todos los días: ella le entregó ambas a Banura.

Con delicadeza, él las abrió y las vació sobre el terciopelo negro. Examinó solamente media docena de las piedras, colocando cada una bajo la lupa con luz.

—Esta mercancía es de la buena, sabes —dijo Dwayne.

—Sí —respondió Banura.

—¿Qué te parece?

—Un momento, por favor.

—Dwayne, déjalo trabajar —dijo Jan.

Dwayne hizo una mueca.

Una vez que había terminado de examinar los seis diamantes, Banura giró en el taburete y les dijo:

—Son muy buenos.

—Pues sí, claro —repuso Dwayne.

—¿Dónde los habéis conseguido? —preguntó—. Por curiosidad, pregunto.

—Oye, Banny-Banito, amigo, ya hemos hablado de esto. No voy a decírtelo.

Banura asintió.

—Muy bien, entonces. Hay veces en que es mejor no saber. Lo que cuenta es la calidad de la mercancía. Y esta es soberbia. Y tenéis muchos.

—¿Entonces, cuánto crees que valen? —preguntó Jan.

Banura volteó la cabeza y la miró.

—Estoy en condiciones de ofreceros seis.

Jan parpadeó.

—¿Cómo dices?

—¿Millones? —preguntó Dwayne, incorporándose en el sofá.

Banura asintió con aire solemne.

—Creo que es más que generoso.

Jan jamás había esperado que les ofrecieran algo ni remotamente cercano a los seis millones de dólares. Pensó que tal vez valdrían dos o tres, pero esto… esto era increíble.

Dwayne se puso de pie, esforzándose por no parecer emocionado.

—¿Pues a qué no adivinas cuál es mi número de la suerte? —Se palmeó el trasero donde tenía el tatuaje. —Pues bien, creo que es una cifra que mi socia y yo podríamos considerar. Pero tendremos que discutirlo.

—Aceptamos —dijo Jan.

Banura asintió otra vez, luego se volvió hacia la mesa. Comenzó a seleccionar diamantes al azar y los examinó.

—La calidad es consistente —dijo.

—Fantástico —dijo Dwayne. — ¿Bien, dónde está el dinero?

Banura frunció el entrecejo sin quitar los ojos de los diamantes.

—No guardo fondos de esa naturaleza aquí —dijo—. Tendré que hacer algunos movimientos. Podéis llevaros vuestro producto y esta tarde haremos el intercambio.

—¿Aquí? —dijo Dwayne—. ¿Regresamos aquí?

—Sí —respondió Banura—. Y debo decirles que para una transacción de esta naturaleza tendré un asistente presente y no podréis entrar con esa arma.

—No hay problema, no hay problema —dijo Dwayne—. Queremos hacer todo bien.

Banura miró el reloj. Jan tuvo la impresión de que se trataba de un Timex barato.

—Regresad a las catorce —dijo.

—¿Hablamos de efectivo verdad? No quiero un cheque.

Banura suspiró.

—Lo siento —dijo Jan—. Estamos algo... emocionados, para serle franca.

—Por supuesto —dijo Banura—. ¿Tenéis planes?

—Sí —repuso Jan, sin ofrecer detalles.

—Pues claro —dijo Dwayne.

Banura recogió las piedras y las guardó todas en una bolsa, pues cabían cómodamente.

—¿Está bien así? —preguntó.

—Sí, claro —repuso Jan.

Le tendió la bolsa y Jan la cogió antes de que Dwayne pudiera ponerle una mano encima. La dejó caer en su bolso.

—A las catorce, entonces —dijo Jan.

Banura los siguió por la escalera, espió por la mirilla y luego deslizó la barra hacia atrás.

—Adiós —dijo—. Y cuando regreséis, no traigáis la pistola. No lo aceptaré.

La barra volvió a su sitio una vez que ellos estuvieron afuera.

—¡Seis millones! —jadeó Dwayne—. ¿Lo escuchaste? ¡Seis putos millones!

La abrazó.

—Todo valió la pena, cariño. Todo valió la puta pena.

Jan sonrió, pero no sentía el mismo entusiasmo que él.

Era demasiado dinero.

Tras regresar a la mesa de trabajo, Banura cogió un móvil, lo abrió y marcó un número.

Se llevó el teléfono a la oreja. Sonó una sola vez.

—¿Sí?

—Eran ellos —dijo Banura.

—¿A qué hora?

—A las dos.

—Gracias —dijo Oscar Fine y cortó.

TREINTA Y SIETE

Natalie Bondurant dijo:

—Alguien le está tendiendo una trampa o usted mató a su esposa.

—No maté a mi esposa —respondí.— Ni siquiera sé si algo le sucedió.

—Pues *algo* le ha sucedido —dijo Bondurant—. Ha desaparecido. Puede que esté viva, sí, pero *algo* le ha sucedido.

Le había contado a mi nueva abogada todo lo que sabía y todo lo que me había sucedido en las últimas semanas. Incluí las conversaciones –y paseos- con Elmont Sebastian.

Natalie estaba sentada detrás de su escritorio, apoyada contra el respaldo de su sillón. Parecía estar contemplando el techo, pero tenía los ojos cerrados.

—Creo que es algo exagerado —dijo.

—¿Qué cosa?

—Que Sebastian de algún modo lo quiera inculpar por esto. Que le haya hecho algo a ella y haya encontrado la forma de que todo lo incrimine a usted.

—Porque es demasiado esfuerzo para acallar a una voz crítica ¿no?

Ella meneó la cabeza.

—No solo por eso. No es su estilo. Por todo lo que usted me ha contado, Elmont Sebastian parece ser más directo. Primero, una motivación económica: le ofrece un empleo. Usted lo rechaza y pasa a una táctica sencilla de intimidación. Si me jodes, algo te sucederá o peor aún, algo le sucederá a tu hijo.

—Así es —dije.

—Creo que hay una respuesta más obvia —prosiguió.

—¿Algo que está delante de nuestras narices? —pregunté.

Natalie Bondurant abrió los ojos y se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre la mesa.

—Repasemos algunas cosas. El asunto de la entrada para ingresar en Cinco Montañas.

—Sí —dije.

—Hubo una compra por internet de una entrada para niños y uno para adultos —dijo.

—Exacto.

—Usted es el único que parece estar al tanto del estado de ánimo

depresivo de su esposa. Jan dijo que fue al médico, pero no fue.

—Correcto.

—Nadie vio a Jan desde el momento en que abandonasteis esa tienda en Lake George. Ella no fue con usted a la casa de los abuelos a recoger al niño. Ella le cuenta no sé qué historia al dueño de la tienda sobre que no sabía por qué usted la había llevado allí.

—Supuestamente.

Natalie pasó eso por alto.

—Y Duckworth no le mintió: han encontrado pelo y sangre en el maletero del coche, además de una factura reciente en la guantera por la compra de un rollo de cinta americana, lo que es un artículo bastante útil para tener a mano si se está pensando en secuestrar a una persona y deshacerse de ella.

—Yo no compré ninguna cinta —dije.

—Pues alguien lo hizo —repuso Natalie—. ¿Y adivine qué encontraron en el historial de su ordenador?

Parpadeé.

—No lo sé. ¿Qué?

—Sitios web que daban consejos de cómo deshacerse de un cadáver.

—¿Cómo lo sabe?

—Tuve una conversación con el detective Duckworth antes de que usted llegara. Sobre su obligación de revelarme toda la información y todo eso.

—Es una locura —dije—. En ningún momento investigué nada de eso.

—Le dije a Duckworth que los planetas parecen haberse alineado a su favor, y que ese debería ser el primer indicio de que se trata de una trampa que le han tendido a usted.

—¿Él cree que me han tendido una trampa?

—Claro que no. Cuanto más obvia la pista, más les gusta a los policías. También está el asunto de la póliza de seguro de vida de su esposa que usted sacó recientemente.

—¿Qué? ¿Y eso cómo lo sabe?

—Debo admitir que Duckworth es competente. Hábleme de esa póliza.

—Fue idea de Jan. Le pareció que era sensato y estuve de acuerdo.

—Idea de Jan —repitió Natalie y asintió.

—¿Qué? —dije.

—¿Usted no lo entiende, verdad?

—¿Qué es lo que no entiendo? ¿Qué estoy metido hasta las cejas en problemas? Sí, claro que lo entiendo. Y que no hable con la prensa. Ahora también entiendo eso.

Ella negó con la cabeza.

—¿Cómo de bien conoce a su esposa, David?

—Realmente bien. Muy bien. No pasas más de cinco años con una persona sin conocerla bien.

—Excepto que ni siquiera sabes cómo se llama. Claramente su nombre no es Jan Richler. Jan Richler murió cuando era niña.

—Tiene que existir una explicación.

—No lo dudo. Pero, ¿cómo de bien puede conocer a su esposa si ni siquiera sabe quién es?

La pregunta quedó colgando en el aire varios segundos.

Finalmente, dije:

—Tal vez Duckworth está cubriendo al FBI. Jan puede ser una testigo protegida. Quizá declaró en contra de alguien en un juicio y nadie puede admitir que tuvo que adoptar otra identidad.

—Le dijo esto a Duckworth —dijo ella.

Asentí.

—Cuando se lo dije, no pareció creer ni una sola palabra. Yo ya le había contado acerca de la depresión de Jan, pero esa historia se hacía pedazos cada vez que hablaba con alguna otra persona.

—Por lo que tal vez ni siquiera verificó este asunto con el FBI.

—No lo sé.

—¿Cómo explica usted el hecho de que es el único que vio un cambio en el estado de ánimo de su esposa?

—No lo sé. Tal vez era el único con quien podía mostrarse tan sincera.

—¿Sincera? —exclamó Natalie—. Estamos hablando de una mujer que desde el día en que lo conoció le ha ocultado su verdadera identidad.

No supe qué responder a eso.

—¿Y si todo esto de la depresión fue fingido? —preguntó.

Tampoco supe qué responder a eso.

—Una actuación, solo para usted.

—Continúe —dije, despacio.

—Bien, rebobinemos un poco. Olvídese de todo esto del FBI y la vida nueva con nombre nuevo. El FBI no tiene que andar buscando identidades de gente que murió en la infancia para pasárselas a otras personas. Las inventa de la nada. Tienen formularios en blanco para todos los documentos que alguien podría necesitar. ¿Quieres ser Susy Chocolate? No hay problema. Te confeccionamos una identidad como Susy Chocolate. Entonces, lo que estoy preguntando es esto: ¿se le ha ocurrido que su esposa puede haberse buscado una nueva identidad por sí misma?

Tardé unos segundos en responder.

—Lo he pensado, pero no encuentro una razón por la que haría algo así.

—David, no me sorprendería que en este mismo momento la policía esté consiguiendo una orden de arresto para usted. Encontrar el cadáver de Leanne Kowalski a pocos kilómetros de donde lo vieron con su esposa los puso en alerta máxima. Lo único que anhelaban era encontrar un cadáver y ahora lo tienen. No piense que solo porque no se trata del de su esposa, se detendrán. Es probable que piensen que usted mató a Jan, que Leanne lo descubrió o lo vio y entonces la mató también a ella. Ya ni siquiera les resulta necesario encontrar el cadáver de su esposa. De algún modo armarán un caso utilizando el de Leanne. Puede que usted haya escondido mejor el cadáver de Jan, pero metió la pata y entró en pánico e hizo un pésimo trabajo con el de Leanne. Si yo fuera policía, así es cómo armaría el caso.

—¡No maté a Leanne! —dije.

Natalie movió una mano, como si no quisiera escucharlo.

—Está en problemas y sólo se me ocurre una persona que podría haberlo metido en ellos.

De pronto, sentí la cabeza muy pesada. La dejé caer por un instante, luego la levanté y miré a Natalie.

—Jan —dije.

—Exacto —dijo—. Ella fue la que compró las entradas para Cinco Montañas. Ella fue la que le vendió –solamente a usted- la historia de que estaba deprimida. ¿Para qué? Para que cuando algo le sucediera, esa fuera la historia que usted le contara a la policía. Una historia que se vería cada vez más sospechosa a medida que la policía la investigara. ¿Quién tenía acceso a su ordenador para dejar un rastro de pistas sobre cómo deshacerse de un cadáver? ¿Quién podría con toda facilidad haber dejado pelo y rastros de su propia sangre en el maletero de su coche? ¿Quién entró en la tienda de Lake George y le dijo al dueño que no sabía por qué el marido la estaba llevando de excursión al bosque? ¿Quién lo convenció a usted de que contratara un seguro de vida, por lo que si ella moría, usted recibiría trescientos mil dólares?

No respondí.

—¿Quién no es la persona que dice ser? —prosiguió Natalie—. ¿Quién adoptó la identidad de una niñita que fue arrollada por un coche hace décadas?

Sentí que la tierra comenzaba a tragarme.

—¿Quién coño es realmente su esposa y ¿qué hizo usted para hacerla enfadar de tal manera que haya querido incriminarlo por su asesinato?

—No hice nada.

Natalie Bondurant puso los ojos en blanco.

—No hay un marido en todo el planeta cuya esposa no haya pensado en matar en algún momento u otro. Pero esto es diferente. Esto lleva las cosas a otro nivel por completo.

—¿Pero, por qué? —quise saber—. O sea, si ya no me amaba, si quería terminar con el matrimonio ¿por qué no se marchó, simplemente? ¿Por qué no me dijo que todo había terminado y se largó? ¿Por qué hacer algo tan complicado como lo que usted está sugiriendo?

Natalie lo pensó.

—Porque hay más detrás de esto. Porque no le alcanza con irse. No quiere que nadie la busque. No quiere que nadie sepa que está viva. Nadie va a buscarla si piensa que está muerta.

—Pero yo iba a buscarla —objeté—. Tenía que saber que yo iba a hacer todo lo posible por encontrarla.

—Difícil hacerlo desde una celda en la cárcel —dijo Natalie—. Y si la policía cree que tiene el caso cerrado, ¿qué les importa no tener un cadáver? Lo tienen a usted y el trabajo de ellos termina allí. Y Jan queda libre, viviendo su nueva vida en algún sitio.

Me quedé sentado, aturdido, en el sillón de cuero de Natalie.

—No lo puedo creer —dije—. No puede haber tramado todo eso. —Me costaba comprenderlo. —¿Y el viaje a Lake George? ¿Cómo podía saber que yo iría allí el viernes para encontrarme con esa fuente?

Natalie se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? ¿Y quién demonios se llevó a Ethan en Cinco Montañas? ¿Quién provocó esa distracción? ¿Qué tiene que ver Leanne Kowalski en la historia? No tengo la menor idea. Pero ahora mismo, sobre la base de lo que usted me ha contado, lo único que tiene sentido es que su esposa esté detrás de todo esto. Quería escapar y utilizarlo como chivo expiatorio. Quería cubrirse con usted. Y si no le importa que lo diga, pues está haciendo un trabajo fantástico.

—¿Pero por qué me haría esto? —susurré. Pero había una pregunta más importante aún. —¿Por qué se lo haría a Ethan?

Natalie se cruzó de brazos y lo pensó un instante.

—Tal vez —dijo—, porque no es una buena persona.

TREINTA Y OCHO

—Algo no está bien —dijo Jan.

Estaban sentados en un McDonald's sobre la calle Pearl. Dwayne había pedido dos Big Mac gigantes, un batido de chocolate y una porción grande de patatas fritas. Jan sólo había pedido café y no lo había tocado.

—¿Qué es lo que no está bien? —preguntó Dwayne, con la boca llena.

—Es demasiado.

—¿De qué hablas?

—Es demasiado dinero.

Jan vio patatas fritas, pan y salsa especial cuando Dwayne abrió la boca para decir:

—Si no quieres tu mitad, me la quedo yo.

—¿Por qué nos ofrecería tanto dinero desde el primer momento? —preguntó ella.

—Tal vez —respondió Dwayne, siempre con la boca llena—, porque sabía que los diamantes valen mucho más y en realidad nos está estafando.

Una mujer de aproximadamente la misma edad que Jan, con un niñito de la mano, se sentó a dos mesas de distancia. El chaval, de unos cuatro o cinco años, se sentó en el extremo del asiento y balanceó las piernas a unos cuarenta centímetros del suelo. Jan observó cómo la madre le colocaba una Happy Meal delante y desenvolvía la hamburguesa con queso. El niño se introdujo una patata frita en la boca como si fuera un sable y se inclinó hacia atrás, mientras la empujaba lentamente dentro de su boca.

Jan estaba volviéndose hacia Dwayne otra vez cuando escuchó que la mujer decía:

—No hagas tonterías, Ethan.

Jan giró la cabeza como un látigo. ¿Había escuchado bien?

La mujer dijo:

—¿Puedes abrir la leche, Nathan o quieres que te lo haga yo?

—Yo puedo —respondió el niño.

—Te preocupas demasiado —dijo Dwayne—. Hace años que esperamos este momento y ahora te pones nerviosa.

—Es que no me esperaba esa cantidad de dinero —respondió Jan en voz baja—. Venga, es mercadería caliente. No te darán precio

minorista por ella, ni siquiera mayorista. Lo mejor que puedes esperar es tal vez el diez por ciento del valor, o tal vez el veinte.

—Seguramente eso sea lo que nos está ofreciendo —dijo Dwayne —. Lo que tenemos puede valer mucho, mucho más de lo que imaginamos.

—Ni siquiera miró todos los diamantes —dijo Jan—. Solo miró algunos.

—Tomó un muestreo al azar y quedó impresionado —declaró Dwayne con firmeza; cerró la boca alrededor del pajita y succionó con fuerza. —Joder, lo espeso que está este batido.

La madre le dirigió una mirada.

—Cuida el lenguaje —dijo Jan. Miró a la mujer y sonrió como para disculparse. La mujer se veía molesta. Nathan no parecía haber escuchado nada. Sosteniendo la hamburguesa con queso con ambas manos, le dio el primer mordisco.

—Cálmate —dijo Dwayne—. ¿Acaso crees que el chico nunca ha escuchado esa palabra?

—Puede que no —susurró Jan—. Si ella es buena madre y se fija con quién pasa tiempo y no le permite ver nada inadecuado por televisión...

Recordó cómo se había puesto David cuando su madre le había permitido a Ethan ver *Padre de Familia*. Una sonrisa se le dibujó en los labios durante un instante.

—¿Qué? —dijo Dwayne.

—Nada —respondió, y volvió a concentrarse en el presente—. No me gusta, nada más.

—De acuerdo —dijo Dwayne, y tragó antes de hablar—. ¿Cuál es el problema, exactamente? De acuerdo, supón que nos ofrece más de lo que esperabas. ¿Qué te preocupa? ¿Qué luego se arrepienta y nos persiga para que le devolvamos parte del dinero?

—No, no creo que vaya a pedirnos que le devolvamos parte del dinero —dijo Jan—. ¿Viste las fotos que tenía en la pared?

Dwayne negó con la cabeza.

—No, no noté nada.

Jane pensó: *Son muchas las cosas que no notas*.

Dwayne miró el reloj.

—Dentro de un par de horas, recogeremos nuestro dinero. Estaba pensando que para matar el tiempo, podríamos ir a algún sitio que venda embarcaciones, para ver.

—Quiero buscar una joyería —dijo Jan.

—¿Qué? Si quieres un puto diamante, quédate con uno de los que tenemos. Son tantos que Banny-Banito ni se va a dar cuenta que falta uno.

La mujer volvió a mirar a Dwayne. Él le devolvió la mirada y se disculpó de manera exagerada:

—Disculpa.

—No quiero comprar nada —dijo Jan—. Quiero una segunda opinión.

La mujer cargó el almuerzo de su hijo en la bandeja y se cambió a otra mesa del otro lado del restaurante.

Dwayne meneó la cabeza y dijo:

—Si no expones a tus hijos a algunas cosas se criarán sin saber enfrentar el mundo.

—Esto es una estupidez —dijo Dwayne cuando aparcaron delante de la Joyería Ross, una tienda con barrotes de hierro en las ventanas y la puerta.

—Quiero que alguien los vea —dijo Jan—. Si alguien de aquí examina algunos y nos dice que valen una cifra equis, entonces sabré que lo que nos están ofreciendo no es un disparate.

—Y si descubrimos que valen todavía más, cuando regresemos tendremos que renegociar —acotó Dwayne—. Le diremos que el precio ha aumentado.

Jan seguía con los brillantes en su bolso.

—Ni se te ocurra huir por una puerta trasera —dijo Dwayne—. La mitad de esos diamantes es mía.

—¿Por qué huiría ahora que alguien nos ha ofrecido seis millones por ellos?

—¿Te dije que es mi número de la suerte?

Solamente cien veces.

Jan descendió de la camioneta, abrió la puerta exterior de la tienda y entró en un pequeño vestíbulo. Una segunda puerta estaba cerrada con llave. A través de los barrotes y del cristal, Jan podía ver la tienda, pero no podía ingresar. Detrás del mostrador había una mujer de unos cincuenta o sesenta años, bien vestida, con un peinado inflado. Pulsó un botón y de pronto su voz sonó en el vestíbulo.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Necesito una estimación rápida —dijo Jan.

Se oyó un zumbido y Jan abrió la puerta. Una vez dentro, se aproximó al mostrador.

—¿Qué es lo que necesita que tasemos? —preguntó la mujer con amabilidad.

Jan colocó el bolso sobre el mostrador y discretamente cogió media docena de diamantes de la bolsa que estaba dentro. Abrió la mano y se los mostró a la mujer para que los examinara.

—Quería saber si podría darme una idea del valor que tienen.

¿Hay alguien aquí que pueda hacerlo?

—Sí, yo lo hago —dijo la mujer—. ¿Es por temas de seguro? Porque en ese caso, lo que hacemos es que me los deja, yo le doy un recibo y cuando regresa en una semana le entrego un certificado de tasación...

—No, no necesito nada de eso. Solo necesito que los vea y me dé su opinión.

—Entiendo —dijo la mujer—. Muy bien, entonces. Veamos qué es lo que tiene.

Sobre el mostrador de cristal había una especie de calendario de escritorio, de cuarenta por cincuenta: un fondo blanco con una cuadrícula y números. Se colocó un lente especial contra el ojo, movió la lámpara del mostrador para que apuntara al calendario y le pidió a Jan que le colocara los diamantes sobre la superficie iluminada.

La mujer se inclinó, los estudió, levantó un par de ellos con una especie de pinza larga y los examinó de cerca.

—¿Qué opina? —preguntó Jan.

—Permítame verlos todos —respondió la mujer. Una por una, examinó las seis piedras, sin hablar ni emitir sonido.

Cuando hubo terminado, preguntó:

—¿Dónde los obtuvo?

—Pertenecen a mi familia y me los han legado.

—Comprendo. Sonaba como si tuviera más en el bolso.

—Algunos más, sí —dijo Jan—. Pero son todos muy parecidos.

—Así es —dijo la mujer.

—¿Cuál es su opinión, entonces? O sea, ¿en cuánto los tasaría? Individualmente, claro.

La mujer suspiró.

—Permítame enseñarle algo.

Depositó uno de los brillantes sobre una de las rayas negras del calendario, con el lado más plano hacia abajo.

—Mire la piedra directamente desde arriba. —Jan se inclinó hacia adelante y obedeció. —¿Ve cómo la raya negra que está debajo atraviesa la piedra?

Jan asintió.

—Sí.

La mujer se volvió y tomó algo de un cajón delgado que estaba en un gabinete en la pared. Un diamante. Lo colocó sobre la línea negra junto a la piedra de Jan. Los dos diamantes se veían idénticos.

—Bien —dijo la mujer—, dígame si ve la misma raya en esta piedra.

Jan volvió a inclinarse hacia adelante.

—No —dijo—. No la veo.

—Eso es porque los diamantes reflejan y refractan la luz de una manera única, ninguna otra piedra ni sustancia lo hace del mismo modo. La luz rebota en tantas direcciones allí dentro que no se puede ver a través del diamante.

Jan sentía una creciente inquietud.

—¿Qué está diciendo? —preguntó—. ¿Qué mis diamantes son de calidad inferior?

—No —respondió la mujer—. No estoy diciendo eso. Lo que tiene aquí no es un diamante.

—No es cierto —dijo Jan—. Sí que lo es. Mírelo, se ve idéntico al suyo.

—Tal vez para usted. Pero lo que tiene aquí es zirconia cúbica. Es una sustancia hecha por el hombre y se asemeja mucho al diamante, sin duda alguna. Hasta la utilizan para publicidades en las revistas del mercado de diamantes. —Como prueba de lo que decía, cogió una que estaba sobre un gabinete y dio vuelta las páginas. Todas mostraban fabulosas fotografías de diamantes. —Ese es falso, ese es falso. Este, también. Los costos de seguridad para las sesiones fotográficas serían astronómicos si se utilizaran diamantes verdaderos para todo.

Jan no estaba escuchándola. Había dejado de escuchar cuando la mujer dijo que lo que tenía no eran diamantes.

—No es posible —dijo como para sí.

—Sí, claro, imagino que debe de ser un golpe si su familia le ha hecho creer que son diamantes verdaderos.

—O sea que esta piedra —dijo Jan, señalando el diamante verdadero y anticipándose mentalmente— no se rompería si la golpeara con un martillo, pero la mía, sí.

—En realidad, ambas se romperían —dijo la mujer—. Los diamantes se astillan.

—Pero mis diamantes, mi cúbica...

—Zirconia cúbica.

—Pues debe de tener algo de valor —dijo Jan, sin poder disimular la desesperación en su voz.

—Sí, claro —respondió la mujer—. Diría que unos cincuenta centavos por piedra.

TREINTA Y NUEVE

Barry Duckworth detuvo el coche en el arcén. Cincuenta metros más adelante se veían vehículos policiales aparcados a ambos lados de ese camino asfaltado de dos sentidos al noroeste de Albany. Había sido construido al costado de una colina densamente arbolada. El terreno caía desde la izquierda, luego, más allá del arcén donde se había detenido Duckworth, descendía abruptamente hacia más bosque.

Fue allí donde un ciclista que pasaba vio algo. Una camioneta deportiva.

Cuando llegó el primer equipo de rescate, utilizaron cuerdas para llegar hasta el coche sin correr peligro. Los miembros del equipo sabían que iba a ser difícil subir a una persona herida hasta la ambulancia, pero finalmente eso no fue un problema.

No había nadie en el Ford Explorer y nada que indicara que un ocupante había sufrido heridas dentro del coche. No había sangre, ni pelo en el parabrisas rajado.

Un control de las patentes reveló que el Explorer pertenecía a Lyall Kowalski, de Promise Falls. Muy pronto la policía local se enteró de que la esposa del dueño del vehículo había desaparecido. Y fue entonces cuando alguien dio aviso a Barry Duckworth.

La noche antes, unas doce horas antes de enterarse de la aparición del Explorer, Duckworth se había apersonado en casa de los Kowalski para informar a Lyall que su esposa, Leanne, había sido encontrada en una tumba poco profunda cerca de Lake George.

El hombre gimió y se golpeó la cabeza contra la pared hasta lastimársela; su perro comenzó a aullar.

Duckworth no se puso en contacto con Lyall cuando se enteró de la aparición del coche. Decidió ir hasta allí, verlo con sus propios ojos y recabar toda la información posible antes de informárselo a él.

Desde la cima de la colina podía ver el camino que había trazado el Explorer. La hierba estaba aplastada y se veía la tierra en algunas partes. El coche había rozado un par de árboles mientras se desbarrancaba, a juzgar por la corteza que les faltaba. Un pino altísimo había puesto fin al recorrido cuando el Explorer lo chocó de lleno.

Lo primero que pensó Barry fue: ¿Eh?

¿Qué estaba haciendo allí ese vehículo? En un mapa, Promise Falls estaba en el centro, Lake George estaba hacia el norte y Albany,

hacia el sur. ¿Cómo había terminado el coche de Leanne en el fondo del barranco si su cuerpo había aparecido en Lake George?

—Alguien arroja el coche aquí con la esperanza de que nadie lo encuentre —se dijo, pero deja el cuerpo de Leanne casi a la vista para asegurarse de que sí lo encuentren.

Los policías locales, que habían bajado hasta el coche varias veces antes de la llegada de Duckworth, dijeron que habían encontrado una factura de una gasolinera en el suelo, con fecha del sábado por la tarde. Una Exxon que estaba al costado de la autopista interestatal, al norte de la ciudad. Duckworth anotó la ubicación y luego se aseguró de que todos comprendieran que el Explorer estaba relacionado con un homicidio y que era de suma importancia enviarlo a un laboratorio forense en cuanto encontraran la forma de subirlo por la colina.

Cuando Duckworth conducía hacia la Exxon, sonó su móvil, interrumpiendo sus pensamientos sobre qué clase de dulces podrían vender en la gasolinera. Estaba pensando que tal vez compraría un pastelito cremoso Twinkie. Hacía semanas que no comía un Twinkie.

—¿Sí?

—Hola, Barry. ¿Cómo va todo?

—Natalie. ¿Qué tal, querida? —Él y Natalie Bondurant a menudo eran antagonistas, pero ella le caía bien.

—Muy bien, Barry. ¿Y tú?

—No podría estar mejor. ¿Tu cliente ya ha decidido confesar?

—Ay, no, Barry, lo siento. Tengo una pregunta para ti.

—Suéltala.

—¿Cuándo tus esbirros registraron la casa de los Harwood, tomaron huellas dactilares?

Barry se rascó la oreja con el teléfono.

—No —respondió—. Buscaban señales de violencia, pero no huellas.

—¿Por qué?

—Natalie, oficialmente no es la escena de un crimen. Buscábamos otras cosas. Como lo que encontramos en el ordenador.

—Cualquiera podría haber llevado a cabo esas búsquedas, Barry.

Él pasó por alto su comentario y preguntó:

—¿Por qué te interesan las huellas dactilares?

—Quiero las de la esposa —dijo—. Si no tienes planeado obtenerlas, entonces enviaré a alguien a la casa para que las tome.

—No resultará sorprendente que la casa esté llena de las huellas de la esposa, Natalie —dijo Barry, con cautela.

—Quiero comprobar si están en alguna base de datos. Quiero saber quién es realmente.

—Entonces te has comprado la historia de tu cliente. ¿Es la que dice que su esposa es un testigo protegido o acaso ahora cambió y cree que un extraterrestre ha tomado posesión de su cuerpo?

—Nunca verificaste ese asunto del FBI ¿verdad?

—Para que lo sepas, sí, hice averiguaciones. Si es testigo, no quisieron decirlo.

—¿Y qué me dices de este nombre falso que utilizaba? ¿Investigaste eso?

Barry no lo había hecho, pero antes que admitirlo, respondió:

—Que haya sido otra persona no significa que el marido no la haya liquidado.

—Estás meando fuera del tarro con esto, Barry. ¿Tu barriga imponente no te ha permitido verlo, todavía?

—Un gusto hablar contigo, como siempre, Natalie —dijo Barry y cortó la llamada.

Ese último comentario de ella le había quitado todo el placer de pensar en un Twinkie. Lo peor era que algo sentía, dentro de esa barriga imponente.

CUARENTA

No recuerdo haber hecho el trayecto desde el despacho de Natalie Bondurant. Cuando salí del edificio estaba tan impactado por su interpretación de los sucesos recientes que sentía como si estuviera en coma, pero pudiera caminar. Estaba traumatizado, conmocionado, horrorizado.

Jan me había tendido una trampa.

Al menos eso era lo que parecía. Tal vez, no dejaba de repetirme, existía alguna otra explicación. Algo que no me obligara a reevaluar la vida que había vivido en los últimos cinco años. Algo que no transformara a Jan de una esposa y madre amorosa a una manipuladora sin corazón.

Pero a la parte de mí que estaba acostumbrada a trabajar con los hechos a medida que se presentaban –una parte que había estado reprimiendo últimamente- le costaba rechazar de plano la teoría de Natalie.

Si uno aceptaba la premisa de que yo tenía algo que ver con la desaparición de Jan, como sin duda hacía el detective Duckworth, la evidencia circunstancial era contundente. Mi historia sobre que Jan había estado deprimida y podía haberse quitado la vida no resistía un análisis minucioso. Cuanto más se desarmaba esa historia, más parecía que yo la hubiera inventado.

Y de pronto, me convertía en el principal sospechoso.

Jan me había tendido una trampa.

Esas seis palabras sonaron incesantemente en mi cabeza durante el trayecto hasta mi casa. De algún modo, sin tener conciencia de lo que hacía, había sacado las llaves del bolsillo, había puesto en marcha el coche de mi padre y había cruzado de un extremo de Promise Falls al otro. Estacioné en la entrada, abrí la puerta y entré en mi casa.

Nuestra casa.

Dejé caer las llaves de papá sobre la mesa que estaba junto a la puerta y de pie allí, en la casa, la sentí de pronto completamente diferente, como un sitio al que había entrado por primera vez. Si todo lo que había sucedido aquí durante los últimos cinco años estaba construido sobre una mentira –la falsa identidad de Jan- ¿acaso era esto un hogar? ¿O se trataba de una fachada, de una pieza de escenografía, de un escenario en el que se había estado representando una ficción día tras días?

—¿Quién coño eres, Jan? —le pregunté a la casa vacía.

Subí la escalera y me dirigí a nuestro dormitorio, que con tanto cuidado había ordenado después de que la policía lo había puesto patas arriba. Me quedé al pie de la cama y contemplé la habitación: el armario, la cómoda, las mesas de noche.

Comencé por el armario empotrado. Lo abrí y saqué todas las pertenencias de Jan. Arranqué blusas, vestidos y pantalones de las perchas y las arrojé sobre la cama. Luego ataqué los estantes, y arrojé jerséis y zapatos por toda la habitación. No sé qué estaba buscando. No sé qué esperaba encontrar. Pero sentía la necesidad de sacar todas las pertenencias de Jan y arrojarlas, desordenarlas, exponerlas a la luz.

Cuando terminé con el armario, saqué todos los cajones de la mitad de la cómoda que era de Jan. Volqué el contenido sobre la cama; gran parte cayó al suelo. Ropa interior, calcetines, medias. Hice una pila con los cajones vacíos y luego ataqué febrilmente los artículos que estaban sobre la cama.

Estaba descargando furia más que buscando algo. ¿Por qué me había hecho esto? ¿Por qué se había ido? ¿De qué estaba huyendo? ¿Hacia qué huía? ¿Por qué le resultaba tan importante desaparecer que estaba dispuesta a entregar mi cabeza para hacerlo? ¿Quién era el hombre que se había llevado a Ethan en Cinco Montañas? ¿Por eso se había marchado? ¿Por otro hombre?

Y la pregunta a la que volvía una y otra vez: ¿quién demonios era Jan?

En forma abrupta, abandoné la habitación, dejándola en mucho peor estado que la policía, y bajé las dos escaleras hasta el sótano. Cogí un destornillador grande y un martillo y luego volví al primer piso, subiendo de a dos escalones por vez.

Abrí el armario de ropa blanca, saqué todo lo que estaba a nivel del suelo, me puse de rodillas y comencé a arrancar los zócalos. Inserté la punta del destornillador donde la madera se unía a la pared y lo golpeé con el martillo.

Me dediqué a la tarea sin ningún tipo de delicadeza.

Una vez que separé parcialmente la madera de la pared, inserté la parte curva del martillo en el hueco y tiré con fuerza. La madera se quebró. Lo hice en todo el armario: rompí todos los zócalos y los arrojé al pasillo detrás de mí.

Tras terminar con ese armario –y no haber encontrado nada- comencé con el que estaba en la habitación de Ethan. Arrojé los juguetes y zapatos que pudieran ser un obstáculo y arranqué todos los zócalos alrededor de la base del armario. No encontré nada allí tampoco, por lo que hice lo mismo en nuestro dormitorio, y tampoco obtuve resultados.

Recorrí la planta superior y observé los daños que había causado.

Esto recién comenzaba.

De rodillas, otra vez, comencé a golpear las tablas del suelo de toda la casa, buscando señales de que alguna estuviera floja o suelta. Despegué la alfombra del pasillo del primer piso y comencé por allí. Un par de tablas tenían aspecto de que podrían haber sido movidas, de modo que introduje el destornillador entre ambas y las levanté. La madera se quebró cuando arranqué los clavos.

Metí la nariz en el hueco que había creado y luego tanteé con la mano. Nada.

Cuando terminé de levantar algunas tablas en el piso superior, bajé a la planta baja. Moví las alfombras y seguí golpeando las tablas del suelo, despegando algunas aquí y allí. Luego arranqué los zócalos del armario del vestíbulo de entrada. En la cocina, vacié todos los cajones. Moví la nevera e investigué detrás, vacié los recipientes de harina y azúcar, revisé todas las bolsas plásticas de un cajón de la despensa. Levanté las tapas de ollas que usábamos poco. Me subí a una silla y busqué en la parte superior de todos los gabinetes de la cocina.

Nada.

Luego tuve una idea y junté todas las fotografías enmarcadas de la casa. Fotos de Ethan. Jan. Jan y yo, los tres. Una foto de mis padres en su trigésimo aniversario.

Les quité el marco a todas, luego la foto, revisé si había algo insertado entre la fotografía y el cartón de relleno.

Nada.

En la sala, ataqué los cojines, les quité las fundas, volteé las sillas, luego el sofá, desgarré la tela que cubría el fondo, introduje la mano y me corté la palma con un gancho.

Cuando había revisado todos los sitios posibles en la planta principal, bajé al sótano.

Eso significaba abrir innumerables cajas llenas de objetos. Libros viejos, recuerdos familiares –solamente de mi lado- pequeños electrodomésticos que ya no usábamos, bolsas de dormir para campamentos, recuerdos de mis días en la universidad.

Como en el resto de la casa, busqué febrilmente, con desesperación, desparramando todo lo que tocaba.

Y no encontré una puta cosa.

Tal vez ese certificado de nacimiento que había estado oculto detrás del zócalo en el armario de arriba había sido lo único que había en la casa. La única cosa que Jan había ocultado aquí. O si había habido más, se las había llevado con ella.

El certificado de nacimiento y el sobre.

El sobre contenía una llave. Una llave rara, no la clásica llave de una puerta. Una llave diferente.

Entonces comprendí de qué debía de tratarse. De la llave de una caja de seguridad.

Antes de conocerme, Jan había guardado algo en un sitio seguro. Y le había llegado el momento de ir a recuperarlo.

Dejándonos a mí y a Ethan.

Lentamente, recorrí la casa y observé el desastre que había hecho. Parecía como si hubiera explotado una bomba en la casa.

No quedaban demasiados sitios donde sentarse, salvo la escalera. Apoyé el trasero en uno de los escalones más bajos, hundí la cara entre las manos y me eché a llorar.

Si Jan había muerto, mi vida estaba hecha añicos.

Si estaba viva, y me había traicionado, la situación no era mucho mejor.

Si Natalie Bondurant tenía razón en sus suposiciones, Jan estaba viva y para salvar mi propio pellejo, iba a tener que encontrarla.

Pero eso no significaba que quisiera que volviera.

Mientras me secaba las lágrimas de las mejillas, tratando de ver a través de ellas, busqué algo en todo esto que fuera bueno. Algo que me diera esperanza, algún motivo para seguir adelante.

Ethan.

Tenía que seguir adelante por Ethan.

Tenía que llegar al final, averiguar qué sucedía y mantenerme fuera de la cárcel por Ethan.

No podía permitir que perdiera a su padre. Y yo no tenía intención de perder a mi hijo.

CUARENTA Y UNO

Cuando Jan salió de la joyería y subió a la camioneta, no dijo nada. Pero Dwayne intuyó que algo no estaba bien. La cara de Jan parecía tallada en piedra y le temblaba la mano al coger la manilla para cerrar la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Qué te han dicho?

—Vámonos —dijo Jan.

—¿Dónde?

—A cualquier parte. Vámonos.

Dwayne encendió el motor, puso el coche en movimiento y salió delante de un Lincoln que se vio obligado a frenar.

—¿Qué coño pasa? —preguntó, mientras conducía—. Tienes cara de haber visto un fantasma. O de estar constipada. —Al ver que Jan no reía, agregó: —Venga, va, estoy tratando de hacer una broma. ¿Qué te han dicho en esa tienda?

Jan se volvió y lo miró.

—Todo ha sido para nada.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Todo. Lo que hicimos, la espera, todo. Ha sido todo para nada.

—Joder, Connie, ¿te importaría decirme de qué coño estás hablando?

—No tienen ningún valor.

—¿Qué?

—¡Son falsos, Dwayne! —le gritó Jan—. ¡Son no sé qué mierda cúbica de no sé qué! ¡No son diamantes! ¡No valen nada! ¡Comprendes lo que te estoy diciendo?

Dwayne clavó los frenos en la mitad de la calle. Detrás de él, sonó una bocina.

—¿Qué coño dices? —preguntó, con el pie sobre el freno.

—¿Estás sordo, Dwayne? Te lo diré lentamente para que lo entiendas. No…Tienen… Valor.

La cara de Dwayne enrojeció; el Lincoln se detuvo a la par de ellos y un hombre gritó:

—¡Oye, infeliz! ¿Dónde aprendiste a conducir?

Dwayne sacó una mano del volante, buscó el arma debajo del asiento, se volvió y la apuntó por la ventanilla.

—¿Por qué no vienes a darme una lección? —le gritó.

El conductor del Lincoln pisó el acelerador. El coche se alejó con

un chillido de neumáticos.

Dwayne se volvió hacia Jan, arma en mano.

—Cuéntamelo todo.

—Le mostré a la mujer media docena de diamantes. Los elegí al azar. Dijo que eran todos falsos.

—Eso *no* es posible —dijo Dwayne, apretando los dientes.

—Te estoy repitiendo lo que dijo ella. ¡No tienen ningún valor!

—Estás equivocada —dijo él.

—No soy yo la que lo dice —explicó Jan—. Se calzó un lente con una puta lupa y los examinó a través de ella.

Dwayne sacudía la cabeza con fuerza.

—Está equivocada. La hija de puta está tramando algo. Pensó que si decía que no valían nada podía ofrecerte poco dinero por ellos. Eso hizo.

—No, no —dijo Jan—. No me hizo ninguna oferta. No...

—No te la hizo *ahora* —dijo Dwayne—, pero te apuesto que está esperando que regreses y digas: ¿Cuánto me daría por ellos, mil dólares, quinientos?

Jan le gritó en la cara:

—¡No entiendes! ¡No son...!

Él se abalanzó hacia ella y con la mano izquierda –en la derecha sujetaba el arma- la cogió del cuello y la empujó contra el apoyacabeza.

Jan se ahogó.

—Dwayne...

—Escúchame bien. No me importa una mierda lo que te dijo una vieja estúpida allí dentro. Tenemos un tío que está dispuesto a darnos seis millones por estos diamantes y estoy más que dispuesto a aceptar su oferta a pesar de todo lo que digas.

—Dwayne, no puedo respi....

—O tal vez... déjame adivinar. ¿Acaso te dijo que los diamantes valían más, en realidad? ¿Pero a ti se te ocurrió que saldrías de allí y le contarías al bueno de Dwayne que no valían nada, para que yo dijera a la mierda con todo, y me fuera mientras que tú regresabas y negociabas un precio aún mejor y te guardabas todo el dinero? Siempre tuve una pequeña sospecha de que ese era tu juego.

Jan luchaba por respirar; Dwayne mantenía la presión sobre su cuello. Trató de pegarle en los brazos para soltarse pero eran como barras de acero.

—Engañaste a tu maridito durante todos estos años, así que ¿cómo de difícil podía resultar engañarme a mí por unos días, ¿verdad? Esperas a que me liberen, consigues la otra llave, coges los diamantes y luego buscas la forma de quedarte con todo el dinero y borrarme de

la foto.

Jan sintió que se desvanecía.

—¿Crees que soy tonto? —preguntó Dwayne, con la cara contra la de Jan, envolviéndola en su aliento caliente con olor a McDonald's. —¿Piensas que no sé lo que estás haciendo?

Jan parpadeó y su cabeza cayó hacia un costado.

Dwayne apartó la mano.

—A la mierda con esto —dijo—. Cambiaré estos diamantes por los seis millones y cuando tenga el dinero decidiré cuánto te corresponde.

Jan tosió, intentando recuperar el aliento. Se llevó una mano al cuello y la mantuvo allí mientras Dwayne ponía la camioneta en marcha y se lanzaba a toda velocidad por la calle.

Era lo más cerca que había estado de morir. Dos pensamientos le habían cruzado por la cabeza cuando creyó que todo terminaba.

Podría hacerlo. Podría matarlo.

Y: *Ethan.*

Dwayne conducía en círculos, esperando a que se hicieran las dos de la tarde y fuera hora de volver por su dinero. Jan estaba sentada en silencio a su lado, aguardando a tener la certeza de que se había calmado.

Por fin, susurró:

—Tienes que escucharme.

Él movió la lengua contra la parte interna de la mejilla, sin mirarla.

—Solo quiero que escuches. Haz lo que quieras, pero escúchame. — Dwayne no le ordenó que se callara, de manera que siguió hablando. —Si algo parece demasiado bueno para ser verdad, es probable que sea porque es cierto.

—Ay, por favor.

—Sé que piensas que estoy mintiendo sobre lo que dijo la mujer de la tienda. Pero digamos que te estoy diciendo la verdad. Si es así, ¿por qué Banura los examinó y dijo que eran de excelente calidad?

Dwayne negó con la cabeza.

—Pues si no estás mintiendo, entonces esa mujer no sabe nada.

—Es su trabajo —dijo Jan—. Se dedica a eso.

Dwayne lo pensó.

—Entonces tal vez Banura no sabe nada.

Ahora fue Jan la que negó con la cabeza.

—Es su trabajo, también.

Dwayne soltó un bufido.

—Pues si ambos saben tanto ¿cómo puede ser que uno de los dos esté equivocado? Claramente, uno de los dos no tiene ni puta idea de

lo que habla.

—Creo que ambos conocen su trabajo —dijo Jan—, pero uno de ellos está mintiendo. Y no tiene sentido que la que mienta sea la mujer de la tienda.

—Podría tenerlo. Si hubieras decidido venderle todo por pocos dólares, nos habría estafado como la mejor.

—No lo creo.

Dwayne entornó los párpados.

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué el amigo Banny-Banito nos está mintiendo?

—Sí.

—¿Sobre la cifra que nos va a dar? ¿Crees que una vez que estemos allí nos dará tres millones en lugar de seis?

—No pagará nada por piedras que no tienen valor —respondió Jan. Mientras lo decía no lo podía creer. Todo el tiempo dedicado a esperar...

El rostro de Dwayne volvió a oscurecerse; se estaba enfureciendo otra vez. Jan comprendía lo que sucedía. Él estaba tan cerca del dinero que podía olerlo. No quería que nadie le arruinara su sueño.

—Si no tienen valor, entonces ¿por qué no nos lo dijo cuando los vio? —quiso saber Dwayne—. ¿Para qué hacernos pasar por todo esto y decirnos que regresemos a las dos?

—No lo sé —respondió Jan.

—Te lo diré —dijo Dwayne—. Porque no es seguro andar con tanto dinero encima. Seguramente tuvo que ir a algún sitio a buscarlo. O hacer que alguien se lo traiga. Tal vez tiene una caja de seguridad, también y tuvo que ir a buscar el dinero. Es eso.

De pronto, Dwayne giró el volante hacia la acera.

—Dame un diamante —dijo.

—¿Qué?

—Cualquiera. Solo dame uno.

Jan buscó dentro del bolso, extrajo una piedra pequeña de la bolsa de tela y se la entregó a Dwayne. Él cerró la mano, descendió de la camioneta, fue hasta la acera junto a la ventanilla de Jan. Se inclinó, colocó la piedra sobre la acera, se enderezó, luego pisó la piedra con el talón de su zapato. Cuando levantó el pie, la piedra había desaparecido.

—Mierda —dijo—. ¿Dónde coño fue a parar?

Revisó la suela de su zapato y encontró la piedra insertada en la suela de goma. Apoyó una mano sobre la camioneta, quitó la piedra de la suela y se la mostró a Jan.

—Allí tienes, mira —dijo—. Está perfecta.

Jan sabía que la prueba no demostraba nada, pero también

comprendía que a estas alturas era imposible convencer a Dwayne.

Él le entregó la piedra antes de rodear la camioneta y subir a su asiento.

—Cuando me compre la lancha, te usaré como ancla —le dijo a Jan.

CUARENTA Y DOS

Para Oscar Fine, se trataba de rehabilitar su imagen.

Por supuesto, también se trataba de respeto. Respetarse a sí mismo y hacer que los demás lo respetaran.

Indudablemente, se trataba de vengarse.

Pero más que nada, se trataba de redimirse. Necesitaba redimirse. Tenía que acomodar las cosas, restaurar algo de su orden personal y la única manera de hacerlo era encontrar a la mujer que lo había dejado sin mano.

Era más que una lesión, más que una desfiguración física. Era una humillación. Oscar Fine siempre había sido el mejor. Si buscabas resultados, llamabas a Oscar Fine. Era un proveedor de soluciones. Se encargaba de todo.

Y no la cagaba.

Hasta que la cagó. Y cómo.

Lo peor era que en aquel entonces supo que había algo raro. Por eso mismo trasladó un maletín lleno de piedras falsas. Estaban preocupados por una filtración y temían que su sistema de ingresar joyas en el país y luego en los diversos mercados estuviera en peligro.

La idea había sido de Oscar Fine. Dijo que transportaría un cargamento falso. Dejadme hacer el recorrido habitual, les dijo, pero ingresad las piedras verdaderas de algún otro modo, por una ruta que no se haya utilizado con anterioridad. Si alguien me intercepta, si roban las piedras o si el cargamento resulta dañado de algún modo (Oscar Fine había imaginado una situación en la que tal vez tuviera que enviar a alguien, con maletín y todo, al fondo del puerto de Boston) no nos quedaremos sin mercancía.

Para hacerlo más teatral, se enganchó al maletín con una esposa. En circunstancias normales, trasladaba las piedras en un bolso deportivo. Andar con una esposa era como llevar un letrero que decía “Asaltadme.”

Las gemas estaban dentro de varias bolsas de tela. Una de ellas tenía un transmisor con GPS cosido dentro del forro. Si alguien lo interceptaba, les daría la combinación para que pudieran abrir el maletín y llevarse las piedras. Luego solo tendría que verificar dónde iban, utilizando el receptor del tamaño de un móvil que tenía en el bolsillo.

Sus jefes no estaban tan convencidos.

—¿Y si directamente te matan?

—Me necesitan para la combinación. Y pienso mostrarme magnánimo. No ganan nada si me matan.

Oscar Fine se dio cuenta de inmediato que había algo raro cuando llegó la limusina y el conductor no descendió a abrirle la puerta; tuvo que abrírsela él mismo.

Bien, pensó, *les seguiré el juego. Al fin y al cabo, para eso estoy aquí.*

De manera que abrió la puerta trasera y allí estaba ella. Una mujer pelirroja, sentada en el extremo opuesto, guapa, con mucho pintalabios, una blusa escotada, minifalda y medias negras transparentes, tacones de prostituta. De inmediato se dio cuenta de que algo no estaba bien, se trataba de una trampa, era todo mentira; casi sonrió ante lo poco profesional que era todo.

—Dijeron que merecías una bonificación —dijo la mujer.

Sí, claro, ni que fuera a suceder. Pero les permitiría pensar que lo estaban engañando. Pronto aparecería la pistola, él les daría el código y el maletín, se bajaría en cualquier sitio.

Qué mala suerte aquel dardo tranquilizador.

Salió de donde estaba sentado el conductor. Le dio debajo del pecho derecho, perforó la ropa y se le clavó en la piel.

Hijo de puta.

El efecto fue casi instantáneo. Cuando comenzó a trastabillar, la mujer se abalanzó sobre él, cogió el maletín y tiró. Como estaba esposado a él, cayó hacia adelante, sobre el asiento trasero.

Esto no es bueno, se dijo. No es bueno en absoluto. Comenzó a perder el control de los brazos y las piernas. Ni siquiera pudo protegerse de la caída. Pero el tapizado de cuero le brindó un aterrizaje blando.

Comenzó a decir: "¡¿Qué coño...?!" pero solo pudo murmurar algo ininteligible.

¿Cómo no se había preparado para algo así? A pesar de que el dardo lo había inmovilizado y aturdido, y le costaba hablar, no había perdido la capacidad de pensar. *Nadie se me adelanta, nunca,* pensó. *De pronto, parezco un aficionado.*

Comenzó a preguntarse cómo seguiría eso. No había dudas de que querrían el maletín. Y estaba más que dispuesto a darles cada piedra de zirconia cúbica que contenía. Pero si no podía hablar, ¿cómo coño iba a revelarles la combinación?" El maletín tenía una cerradura junto a la manija. Una serie de cinco números que tenían que alinearse para que se abriera. No tenía llave.

No lograba ver al conductor, pero sí había podido mirar a la mujer con atención.

Al ver que no podían abrir el maletín ni quitarle la esposa, ambos

comenzaron a gritarse. Primero, Oscar oyó un tintineo metálico. Habían traído herramientas. Varias de ellas estaban en el suelo. Lo cogieron de la muñeca, se la revisaron, la soltaron. La volvieron a coger. Le revisaron los bolsillos, el interior de la chaqueta. La mujer tomó su teléfono y el receptor de GPS y se los guardó en el bolsillo.

Luego encontró el arma que llevaba adosada al tobillo.

—Joder —dijo, y la tomó también.

Después empezaron los gritos; le pedían la combinación. Él trató de responder, pero las palabras no brotaban. Tenía conciencia de lo que sucedía a su alrededor, pero no podía hablar ni moverse.

Le pareció que sentía un cosquilleo en los dedos, como si estuviera a punto recuperar la sensación. Tal vez lo que contenía el dardo no era tan potente.

Está fuera de combate, dijo la mujer.

Busca una llave, dijo el conductor.

Ya te lo he dicho, le he revisado los bolsillos y no hay ninguna llave, dijo la mujer.

¿Y la combinación? Tal vez la anotó en alguna parte, o la guardó en la cartera, dijo el conductor.

La mujer: ¿Piensas que es idiota? ¿Qué va a anotar la combinación y llevarla encima?

Corta la cadena, entonces, repuso el conductor. *Nos llevamos el maletín y vemos más tarde cómo lo abrimos.*

Es mucho más fuerte de lo que pensé, dijo la mujer. *Me tomará una hora cortarla.*

El conductor: *¿No puedes quitarle la esposa por la mano?*

La mujer: *¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Voy a tener que cortarla.*

Pero si acabas de decir que te tomará años hacerlo, dijo el hombre.

La mujer: *No estoy hablando de la esposa*.

Oscar Fine intentó mover los brazos a pura fuerza de voluntad. Había comprendido lo que pensaban hacer.

Se sorprendió al darse cuenta de que la que iba hacerlo era la mujer.

Intentó formar la palabra “Aguarda.” Si sólo pudieran esperar a que pasara algo del efecto del tranquilizante. No al punto en que él se convirtiera en una amenaza para ellos, sino solamente lo necesario para que pudiera articular las palabras y números que necesitaban para abrir el maletín.

Tal vez entonces cambiarían de idea y no le amputarían la mano.

—Agu… —dijo.

—¿Qué ¿ —dijo la mujer.

—Aguu… —repitió.

Ella meneó la cabeza y se quedó mirándolo. Su expresión cambió, como si se hubiera colocado una máscara. Si sobrevivía al suplicio, Oscar jamás olvidaría esa cara.

—Perdona —dijo la mujer.

Y comenzó a cortar.

La amputación fue tan horrenda, tan traumática que aunque lo lógico hubiera sido que Oscar se desvaneciera, tuvo el efecto opuesto: lo despertó de los efectos del tranquilizante.

Una vez que la mujer y el hombre se dieron a la fuga con el maletín, Oscar logró juntar fuerzas como para quitarse la corbata y con la mano que le quedaba, atársela unos centímetros por encima del muñón. Un recuerdo le pasó por la mente, algo que había visto en uno de los informativos matutinos, sobre un chico que había ido a explorar en un cañón y quedó atrapado cuando le cayó una roca sobre la mano. Pasó días sin que lo encontraran y terminó amputándose la mano con el cortaplumas.

Puedo ser ese chico, pensó Oscar Fine. *Joder, ya han hecho la mitad del trabajo.* La mujer había hecho lo más difícil. Lo único que le quedaba por hacer era cortar el flujo de sangre.

Con las pocas reservas de voluntad que le quedaban, comenzó a ajustar los extremos de la corbata alrededor de la muñeca, intentando frenar el chorro de sangre.

No alcanzaba. La sangre seguía brotando.

Iba a morir.

Si hubiera tenido el móvil, habría pedido ayuda. Pero la mujer se lo había llevado. No tenía fuerzas para abrir la puerta, ponerse de pie e intentar hacerle señas a alguien para que se detuviera.

Aquí terminaba todo.

—Salga del coche, por favor.

¿Eh?

Golpes en la ventanilla.

—¡Hola! ¡Policía! No puede aparcar la limusina aquí. Salga del coche, por favor. No voy a pedírselo de nuevo.

No les fue de mucha ayuda a los policías.

No los vi, dijo.

No mencionó el maletín.

Dijo que no tenía idea de por qué le habían cortado la mano.

Suponía que lo habían confundido con otra persona. Nadie tendría motivos para hacerme algo así, dijo. Deben de haber pensado que era otra persona.

La policía no le creyó una palabra.

Y Oscar Fine lo sabía. A la mierda con ellos.

Lo más increíble fue que alguien asaltó al otro transportador, el que llevaba los diamantes verdaderos. Y él no la cagó. Le disparó al sujeto y antes de que muriera, le hizo confesar que alguien dentro de la organización los había traicionado.

El ataque a Oscar Fine, al parecer, surgió de la nada.

Sus jefes le dijeron que no se preocupara, que lo cuidarían.

Le cubrieron los gastos médicos, a pesar de que él se negaba a aceptarlo. ¿Por qué tenían que pagar por eso si el que la había cagado era él? Pero insistieron. Tardó meses en recuperarse. A pesar de que los paramédicos habían encontrado la mano en el suelo del coche, los médicos no pudieron volver a colocársela.

Sí, claro que sintió dolor. Pero más que nada, Oscar Fine sintió vergüenza.

La había cagado en un trabajo. Habían sido más inteligentes que él. Había permitido que otros pagaran sus gastos médicos.

Todavía puedo seguir trabajando, dijo. No les estoy pidiendo retirarme. No te preocupes, le dijeron ellos. Cuando te necesitemos, te llamaremos y te pagaremos la tarifa del momento.

Sabía que no lo llamarían nunca. No se podía confiar en alguien que no sabía retener todas las partes de su cuerpo.

Entonces les dijo: los próximos cinco trabajos os los haré gratis. Solamente decidme qué necesitáis. Y sus empleadores pensaron: pues veamos si el tío puede volver a subirse al caballo.

Y lo hizo.

De muchas maneras, aun con una mano menos, se convirtió en mejor de lo que había sido antes. Menos soberbio, más cauteloso.

Menos misericordioso. No es que en algún momento hubiera sido blando. Pero en ocasiones, escuchaba realmente cuando alguien suplicaba por su vida. No porque algo fuera a cambiar, claro, pero Oscar Fine pensaba que tal vez eso los hacía sentirse mejor. Les daba un atisbo de esperanza, aunque fuera solamente por unos segundos.

Ahora se limitaba a llevar a cabo el trabajo.

Y no hubo un solo instante, en los últimos seis años, en que no estuviera buscándola. Mirando caras, paseando la mirada por la multitud, buscando en internet. Solamente tenía una pista. Un nombre: Constance Tattinger. Se lo había dicho por la fuerza esa zorra de Aldanna, la que le había revisado el bolso cuando la había dejado sola en el coche durante unos minutos. Era la única que podía saber algo sobre su trabajo, además de sus empleadores.

Le resultaba necesario saber con quién podía haber hablado. Y antes de morir, Aldana le dio aquel nombre.

La única Constance Tattinger que pudo rastrear había nacido en Rochester, pero sus padres se mudaron cuando era pequeña tras un incidente en el que una amiguita fue arrollada por un coche que salía de una entrada. De allí se mudaron a Tennessee, luego a Oregon, luego a Texas. La chica se había ido de su casa a los dieciséis o diecisiete años y sus padres le dijeron a Oscar Fine, en el suelo de la cocina de su casa de El Paso, que nunca la habían vuelto a ver.

Él estaba seguro de que decían la verdad, atados como estaban a las sillas de la cocina y con Oscar sosteniendo un cuchillo contra la garganta de la mujer. Fue una pena que no tuvieran información útil para darle.

Los degolló a ambos.

Oscar Fine se figuró que ella se habría cambiado el nombre desde el episodio de la mano. Eso dificultaba las cosas, pero él no se dio por vencido. Estaba seguro de que ni ella ni su cómplice habían tratado de deshacerse de los diamantes falsos. Oscar Fine y el resto de la organización para la que trabajaba habían advertido a todos sus conocidos que estuvieran en alerta por si aparecían. Esa cantidad de diamantes –verdaderos o no- llamaba la atención.

Pasaron años sin que nadie intentara convertirlos en dinero.

Tal vez sabían que eran falsos, pensó Oscar. Pero aun así, suponía que de todos modos tratarían de vendérselo a algún desprevenido.

Algo debió de salir mal. Un cambio de planes. Imaginó todo tipo de situaciones. Pero en ningún momento renunció a la esperanza de que algún día lo intentaran.

Cuando vio la cara de Jan Harwood –fresca y limpia, esta vez- por la televisión, lo supo.

Era *ella*.

Constance Tattinger.

Y sabiendo la clase de persona que era, lo que era capaz de hacer, supuso que estaría sana y salva. Era una chica que sabía cuidarse. Oscar Fine apostó a que estaría necesitando efectivo.

Fue entonces cuando Oscar Fine comenzó a hacer llamadas.

—Te lo agradezco, de veras —le dijo Oscar Fine a Banura, sentado en el taller del sótano.

—No hay problema, amigo —respondió Banura—. El imbécil me llamó Banny-Banito.

—Qué grosero —dijo Oscar Fine.

—Exacto.

—¿Estás seguro de que se trata de las piedras que he estado buscando?

—No tengo ninguna duda.

—¿Y cuánto piensan que vas a darles?

—Seis.

Oscar Fine sonrió.

—Apuesto a que se le paró cuando escuchó esa cifra.

Banura asintió.

—Sí. Pero la chica parecía algo... no lo sé.

—¿Incrédula?

—Sí, eso. Pensé que tal vez había exagerado con la cifra.

—No te preocupes —dijo Oscar Fine y miró el reloj—. Ya son casi las dos.

Banura sonrió:

—Que comience el espectáculo.

CUARENTA Y TRES

Sonó el teléfono de la cocina. Yo estaba sentado en la escalera desde hacía un rato, sintiendo lástima por mí mismo, sin saber qué hacer ahora que había destrozado la casa y no había encontrado nada.

Me levanté y caminando con cuidado para no pisar las tablas que había levantado, fui hasta la cocina.

—Hola —dije. Miré el visor del teléfono, pero el nombre y el número de la persona que llamaba estaban bloqueados.

—Que te pudras en el infierno —dijo una mujer.

—¿Quién habla?

—No nos gusta tener asesinos de mujeres en el vecindario, así que cuídate.

—Gracias por tu apoyo. Apuesto a que pensaste que cuando llamaras no aparecería tu número. Ahora la que se va a tener que cuidar eres tú.

—¿Qué? —Cortó de inmediato.

Eso le daría algo en qué pensar.

Acababa de colgar el auricular cuando volvió a sonar. Tal vez la mujer se había dado cuenta que lo mío había sido una bravuconada. Pero esta vez, apareció un número en el visor, aunque no un nombre, de modo que respondí.

—¿Señor Harwood?

—Soy yo —respondí.

—Soy Annette Kitchner. Soy productora del programa *Buenos días, Albany*. Nos gustaría mucho tenerlo en el programa. No tendría que venir a los estudios, con gusto iríamos a conversar con usted sobre su situación actual y a darle la oportunidad de contar su versión.

—¿Y qué versión sería esa? —pregunté.

—Tendría la oportunidad de refutar las acusaciones de que tuvo algo que ver con la desaparición de su esposa.

—A menos que usted sepa algo que yo no sé —repuse—, no he sido acusado de nada.

En mi cabeza, escuché a Natalie Bondurant diciendo: *Cuelga de una vez, idiota.*

Así que colgué.

Di otra vuelta a la casa pasando por encima de las tablas levantadas, los zócalos arrancados, los cojines que estaban en el suelo y me pregunté qué demonios me había pasado. Había perdido la

cabeza durante casi una hora.

Escuché que alguien intentaba abrir la puerta principal, que yo había cerrado con llave tras entrar en la casa. Fui hasta allí.

—¿David? —Era mi padre, que gritaba desde afuera.

Corrí el cerrojo y abrí la puerta. Los ojos de él se agrandaron cuando vio el desastre.

—Dios mío, David, ¿qué demonios ha sucedido aquí? —dijo, mientras entraba—. ¿Has llamado a la policía?

—Está todo bien, papá —respondí.

—¿Bien? Tienes que dar aviso a la policía...

—Lo hice yo, papá. Fui yo.

Me miró, boquiabierto.

—¿Qué diablos te pasa?

Lo guié por entre el desorden hasta la cocina.

—¿Quieres una cerveza, o algo? —le pregunté.

—Hay miles de dólares en daños aquí —dijo, mientras contemplaba el azúcar y la harina derramados sobre la encimera, las cajas de cereales vacías—. Y el seguro no te lo cubrirá si lo has hecho tú. ¿Te has vuelto loco?

Abrí la nevera. Seguía separada de la pared, pero no la había desenchufado.

—Tengo una lata de Coors aquí. ¿La quieres?

Papá meneó la cabeza, me miró y extendió la mano.

—Vale, sí. —Cogió la lata, la destapó y bebió un trago. —La cerveza no me cae tan bien como antes, no sé si me entiendes, pero tomaré media lata.

Encontré otra lata oculta detrás de un envase de zumo de naranja y la abrí. Tras beber largamente, miré a mi padre y dije:

—Pues, nada, he estado pensando en hacer algunos arreglos en la casa. ¿Te gustaría ayudarme?

Papá seguía demasiado aturdido como para disfrutar de la broma. Tal vez se debía a que en realidad no era una broma.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó.

—Pensé que Jan podía haber escondido algo más en la casa. Escondió el certificado de nacimiento y una llave en un sobre detrás de un zócalo del primer piso, por lo que pensé que podría haberlo hecho en alguna otra parte.

—Hostias —dijo papá—. ¿Qué creías que encontrarías, exactamente?

—No lo sé —repuse—. No tengo idea.

El teléfono volvió a sonar. Lo miré, no reconocí el número de la llamada entrante. Sonó dos veces y papá dijo:

—¿Vas a atender? —Al ver que no respondía, agregó: —¿Y si es tu

esposa?

Atendí. No esperaba que fuera Jan. Imaginaba que recibiría algún otro insulto.

—Hola.

Reconocí la voz.

—El señor Sebastian desea hablar contigo. —Era Welland.

Suspiré.

—Sí, claro.

—Por teléfono, no. Afuera.

Corté, sin prestar atención a la mirada curiosa de mi padre y salí por la puerta. Bajé los escalones y fui hasta la limusina que ya me estaba resultando más conocida de lo que deseaba. En lugar de seguirme, papá fue arriba, sin duda para verificar cuánto tendría que ayudarme con los daños.

Cuando me aproximé a la acera, Welland, con el mismo aspecto de matón de siempre, oculto tras unas gafas oscuras, dio la vuelta al coche para recibirme. Las ventanillas de la limusina estaban polarizadas y no podía ver ni siquiera la silueta de Sebastian en el interior.

Welland extendió la mano hacia la manija de la puerta trasera para abrírmela.

—No voy a subir ni voy a ir a ningún sitio —dije—. Si quiere hablar conmigo, que baje la ventanilla.

Welland parecía preparado para aceptar eso, ya que golpeó la ventanilla suavemente con un nudillo y un segundo después, esta se abrió. Sebastian se inclinó levemente hacia adelante en el asiento para poder verme.

—Buenos días, David.

—¿Qué quiere?

—Lo mismo que quería la última vez que hablamos. Quiero saber quién se iba a encontrar contigo. Esperaba que hubieras hecho algunos progresos en este aspecto.

—Ya se lo he dicho. No lo sé.

—Pues tienes que averiguarlo —dijo Sebastian con voz serena—. Esa mujer, quienquiera que sea, es una amenaza para mi organización. Saber que alguien está dispuesto a divulgar información privada no me permite avanzar al ritmo deseado.

—Estoy muy ocupado —dije—. Pero tengo una idea para usted.

Las cejas de Sebastian se elevaron.

—Puede irse bien a la mierda.

Sebastian asintió con aire solemne, no dijo nada más y volvió a subir la ventanilla. Una vez que eso lo hubo aislado del resto del mundo, Welland me miró.

—No te lo volverá a pedir —dijo.

—Mejor —repuse.

—No —dijo Welland—. No es mejor. Significa que el señor Sebastian está dispuesto a *pasar a mayores.*

Se ubicó detrás del volante de la limusina y se alejó silenciosamente por la calle. Me quedé mirando el vehículo hasta que giró y luego regresé a la casa.

Cuando entré, escuché a papá haciendo ruido arriba.

—¡Papá! —llamé.

—¿Qué?

—¿Qué estás haciendo?

—Tratando de ver cómo vamos a hacer para reparar todo esto. Joder, sí que lo has dado todo.

Lo encontré en el pasillo del primer piso, a cuatro patas sobre una parte del suelo donde yo había arrancado una tabla.

—No puedes dejar que Ethan se encuentre con esto —dijo papá—. Hay cientos de sitios donde podría engancharse el pie y lastimarse en serio. Asoman clavos por todas partes. Mierda, David, sé que estás con muchos problemas, pero has arruinado un piso de madera realmente bueno.

Eso no me importaba, pero sí me preocupaba que la casa ahora fuera peligrosa para mi hijo.

—Fue una estupidez de mi parte —admití.

Papá estaba recogiendo las tablas y colocándolas a un lado.

—Por prueba y error, supongo que podré darme cuenta cuál tabla va dónde. Pero en algunos sitios vas a tener que comprar madera nueva. Y tomará unos días. Iré a casa a buscar las herramientas.

—No es necesario que lo hagas ahora —dije.

Papá se volvió hacia mí y gritó:

—¿Y qué coño quieres que haga? ¡Dímelo! ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Me apoyé contra una pared, sintiéndome derrotado.

—Por Dios, qué idiotez has hecho —dijo, mientras caminaba por el pasillo hacia el armario de ropa blanca, buscando clavos.

—Allí fue donde comencé —dije—. En ese armario encontré el sobre.

—Pero no encontraste nada más —refunfuñó mi padre.

Levantó un trozo de zócalo blanco que yo había arrancado de dentro del armario, lo hizo girar para ver si tenía clavos y dijo:

—Pues mira tú.

—¿Qué? —dije.

—¿Qué es esto?

Me acerqué. Era un sobre, similar al que había encontrado antes,

pegado con cinta al dorso del zócalo. Cuando había arrancado las tablas, yo había buscado en el espacio detrás de ellas, pero no imaginé que podían tener algo pegado.

Papá quitó la cinta. Estaba amarillenta y quebradiza. Cuando despegó el sobre, me lo alcanzó. Estaba cerrado. Lo rompí por un extremo, soplé y extraje una hoja de papel que estaba plegada en tres partes.

La desdoblé.

Era otro certificado de nacimiento, a nombre de una niña llamada Constance Tattinger.

—¿Qué es? —dijo papá.

—Un certificado de nacimiento —respondí.

—¿De quién?

—No estoy seguro —dije, despacio—. Había oído ese nombre. Al menos el nombre de pila, Constance. No hacía mucho, en los últimos días.

—¿A nombre de quién está, a ver? —dijo papá.

—Papá —dije, levantando una mano para hacerlo callar—. Por favor. —Traté de pensar.

Había oído ese nombre en casa de los Richler. Constance era el nombre de la amiguita de Jan. La niña que había estado jugando con ella en el jardín cuando Horace Richler retrocedió con el coche a demasiada velocidad.

La niñita que había empujado a Jan Richler debajo del coche.

Volví a mirar el certificado de nacimiento, buscando la fecha de nacimiento de Constance Tattinger.

15 de abril de 1975. Unos pocos meses antes que la fecha que figuraba en el certificado de Jan Richler.

Leí el resto del documento. Constance Tattinger había nacido en Rochester. Sus padres se llamaban Martin y Thelma.

—Dios mío —dije.

—¿Qué? —dijo papá.

—Todo concuerda.

—¿De qué hablas?

—Si fueras Constance Tattinger de adulta y necesitaras una nueva identidad, y estuvieras buscando a alguien que falleció de niña, te ahorrarías mucho tiempo eligiendo a alguien que ya conocías.

—¿Constance qué?

—No solo a alguien que ya conocías —dije—. Sino a alguien en cuya muerte estuviste involucrada.

—No sé de qué coño estás hablando —dijo papá.

Necesitaba confirmar esto. Fui hasta el teléfono, busqué el número de los Richler en Rochester y llamé.

—¿Hola? —Gretchen Richler.

—Señora Richler —dije—. Habla David Harwood.

—Ah, sí.

—Siento molestarla, pero necesito hacerle una pregunta.

—Si —dijo con voz cansada.

—Usted mencionó el nombre, creo, de la niñita que estaba jugando en vuestro jardín cuando... ocurrió el accidente.

—Constance —dijo, haciendo que el nombre sonara como hielo.

—¿Cómo era el apellido?

—Tattinger —respondió sin vacilar.

—¿Sabe usted qué fue de su familia? ¿Mencionó que se mudaron, verdad?

—Así es. No mucho después.

—¿Sabe dónde se mudaron?

—No tengo ni idea —repuso.

—Conoce a alguien de Rochester que podría saberlo?

—No, la verdad es que no. —Hizo una pausa. —¿Por qué lo pregunta?

No deseaba revelarle a Gretchen Richler cosas de las que no tenía plena certeza, de manera que me evadí.

—Estoy investigando todos los ángulos posibles, señora Richler, nada más.

—Entiendo. —Otra pausa. —¿Ha encontrado a su esposa, señor Harwood?

—No todavía —repuse.

—Suena esperanzado.

Fue mi turno de hacer una pausa. Finalmente, dije:

—Sí.

—Piensa que está viva.

—Así es. Pero todavía no comprendo las circunstancias detrás de su desaparición.

—Entiendo —repuso.

—Gracias, señora Richler. Le estoy muy agradecido. Discúlpeme por haberla molestado. Por favor, dele mis saludos a su esposo.

—Tal vez pueda hacerlo cuando él regrese del hospital —dijo Gretchen Richler con frialdad.

—¿Cómo dice? ¿Le ha sucedido algo a su esposo?

—Trató de quitarse la vida esta mañana, señor Harwood. Creo que su visita y las noticias que trajo fueron demasiado para él.

CUARENTA Y CUATRO

—No voy a entrar —dijo Jan—. No pienso bajar a ese sótano.

Estaban sentados en la camioneta, aparcados en la entrada cerca de la casa de Banura en Braintree, estado de Massachusetts. Un par de casas más abajo, se veía un Audi negro junto a la acera.

—Oye —dijo Dwayne—, ¿es porque perdí la calma hace un rato? ¿Es por eso?

¿Perdiste la calma? Casi me matas, pensó Jan.

—Si es por eso, lo siento de verdad —dijo con tanta exageración que ella se dio cuenta de que no era cierto. —Estamos a minutos de convertirnos en millonarios ¿sabes? Hay que mantenerse enfocados en el premio.

—Vigilaré aquí afuera —dijo Jan—. Si hay un problema, haré sonar la bocina. —Dwayne le dirigió una mirada cargada de sospecha, a lo que Jan añadió: —¿Qué? Los diamantes los tienes tú y el dinero te lo darán a ti. ¿Qué voy a hacer yo? ¿Largarme?

Eso lo tranquilizó.

—Supongo que no. —Parecía pensativo.

La verdad era que Jan había estado pensando en largarse. No le importaba un rábano lo que pudiera sucederle a Dwayne, pero necesitaba saber cómo terminaría todo eso. Si todavía quedaba alguna posibilidad, aun una en un millón, de que estuviera equivocada, de que hubiera dinero para ella en este asunto, no podía marcharse.

—¿Y si Banny-Banito decide inspeccionar de nuevo las piedras? —preguntó Dwayne—. ¿Y si esta vez no pasan la inspección?

—¿Cómo es esto, ahora me crees? —dijo Jan—. ¿Crees lo que me dijo esa mujer?

Dwayne de pronto parecía menos seguro de sí mismo, como atrapado.

—No lo sé. —Meneó la cabeza como para alejar las dudas. —No, esto va a salir bien. Todo va a estar bien. Él vio los diamantes, le gustaron, nos ofreció dinero. Con eso me basta. Si quieres quedarte aquí afuera como una cobarde, no tengo problema.

—Qué bien —dijo Jan—, porque es exactamente lo que pienso hacer.

Dwayne miró el reloj. Faltaban cinco minutos para las dos.

—No debería tardar mucho, a menos que me pida que cuente el dinero. ¿Cuánto crees que me tomaría contar seis millones?

—Mucho tiempo.

—No quiero que me estafe.

—Si tiene el dinero en un bolso, tómalo. Iremos a alguna parte a contarlo y si nos ha estafado, volveremos a hacerle una visita. —No creía ni un segundo en lo que decía. Si se largaban de esta casa con una cifra razonable, no pensaba regresar. No quería volver a ver esas fotos en la pared. La imagen de ese niño -Banura, probablemente- blandiendo un brazo cortado. Le hacía pensar que tal vez tenía más en común con él de lo que deseaba admitir.

—Vale, de acuerdo. —Dwayne cogió la bolsa de diamantes, abrió la puerta de la camioneta; las llaves tintinearon en la ignición cuando se dispuso a descender.

—Aguarda —dijo Jan—. Lleva el arma.

Dwayne la miró con desdén.

—Ya oíste lo que dijo ese hombre. Me dijo que no llevara armas a su casa. Fue muy claro al respecto.

Jan se inclinó por encima del asiento y busco debajo de él. Sacó el arma.

—En serio, deberías llevarlo. —No estaba preocupada por Dwayne. Pero si se desataba el caos en ese sótano, era mejor que Dwayne se los cargara antes de que alguno saliera a buscarla a ella, que casi no tenía experiencia con armas. Al menos Dwayne sabía apuntar y disparar.

—Relájate —dijo Dwayne. Apoyó ambos pies en el suelo, cerró la puerta y dijo por la ventanilla abierta. —Piensa en dónde iremos a celebrar. Pienso emborracharme como una cuba.

Mientras Dwayne tomaba por el lado izquierdo de la casa, Jan pasó al asiento del conductor y mantuvo el arma en el asiento junto a ella.

—Permíteme preguntarte esto —le dijo Banura a Oscar Fine—. Sé que los diamantes no te importan nada, pues no valen una mierda; sospecho, por lo tanto, si no te molesta que te lo diga, que todo esto tiene algo que ver con eso.

Banura señaló el muñón del brazo izquierdo de Oscar Fine.

—Sí —repuso él—. Es así.

—O sea que estos dos son los que te lo hicieron.

—Ella, la mujer —respondió Oscar—. La describiste a la perfección.

Banura asintió.

—Debe de haberte dolido como la mierda.

Oscar Fine asintió. No le agradaba hablar del tema.

—He visto mucho de eso en mi país de origen. Allí es más común

que aquí.

—Lo imagino. He visto tus fotografías.

Banura asintió.

—Tenía once años.

—Hacer algo así a los once años… debe de ser algo que te queda dentro —dijo Oscar.

Banura parecía pensativo.

—Sí. —No era fácil hablar de esas cosas con alguien a quien le habían cortado una mano.

Se oyeron unos golpes a la puerta en la planta baja. Oscar Fine se posicionó a un lado de donde terminaba la escalera mientras que Banura subía a atender. Oscar Fine sacó el arma de dentro de la chaqueta y la sujetó con firmeza en la mano derecha.

Oscar Fine escuchó cómo Banura corría la barra y abría la puerta.

—Hola —dijo Banura.

—Qué tal —dijo Dwayne.

—Levanta los brazos, por favor. —Banura lo palpó de armas.

—Confía en mí —dijo Dwayne—. Dijiste que no viniera armado y no lo hice.

—¿Dónde está tu amiga? —preguntó Banura.

—Esperándome en la camioneta —respondió Dwayne—. No es demasiado temprano ¿verdad? ¿Tienes el dinero?

—Todo está dispuesto —dijo Banura, mientras cerraba la puerta y volvía a colocar la barra en su sitio. —Has traído la misma cantidad de diamantes, espero.

—Que sí, joder. —Dwayne rió. —Sería de lo peor, aceptar una oferta generosa de tu parte y luego volver con la mitad de las piedras.

Banura rió con él mientras bajaban la escalera. Cuando Dwayne ingresó en el sótano, miró hacia la derecha y vio a Oscar Fine, de pie, con el brazo izquierdo en el bolsillo y la mano derecha extendida, apuntándole directamente a la cabeza con un arma.

—Eh, venga, ¿qué mierda es esto? —exclamó Dwayne. Dirigiéndose a Banura, dijo: —Oye, dijiste que traerías a un socio o no sé qué, y todo bien por mi parte, pero no tienes por qué amenazarme.

—¿Me recuerdas? —preguntó Oscar Fine.

—¿Eh? ¿Eres su banquero o guardaespaldas o qué? No quiero ningún problema. Solo vine a buscar lo que me debe.

Banura se había ubicado al pie de la escalera, bloqueando el paso, por si Dwayne decidía huir.

—Te pregunté si me recordabas —dijo Oscar Fine.

—No tengo la más puta idea de quién eres —repuso Dwayne.

El hombre de la pistola sacó el brazo izquierdo del bolsillo. Dwayne miró hacia abajo, tal vez esperando ver otra arma, luego notó

la mano faltante.

Empalideció de inmediato. Un instante después, la entrepierna de sus jeans se oscureció.

—Hombre, no me mees el suelo —se quejó Banura, aunque debía de saber que un charco de orina en el sótano iba a ser la menor de sus preocupaciones dentro de unos minutos.

—Eso me da a entender que me recuerdas —dijo Oscar Fine, señalando con el arma la entrepierna de Dwayne.

—Sí —dijo Dwayne.

—Dime cómo te llamas.

—Dwayne. Dwayne Osterhaus.

—Pues bien, Dwayne Osterhaus, es un gusto conocerte por fin. Aunque no nos vimos cara a cara, entiendo que eras el conductor.

—Deberías haber tenido una combinación, o algo —dijo Dwayne —. Todo hubiera sido diferente. No hubiéramos tenido que... bueno, ya sabes... lo de la mano.

—Me fue difícil comunicarte la combinación una vez que me disparaste el dardo —dijo Oscar Fine.

—Lo siento de verdad, hermano, te lo juro —dijo Dwayne—. Y sé que te desvaneciste y eso, pero entiendes que yo no fui el que lo hizo, lo sabes, ¿verdad?

—Recuerdo a la que lo hizo —dijo Oscar—. ¿Dónde está?

Dwayne vaciló.

Oscar Fine dijo:

—Por favor, Dwayne, debes de entender hacia dónde va esto. Te conviene colaborar. Mira, permíteme enseñarte algo. Levantó el brazo izquierdo. El puño de la camisa estaba doblado alrededor del muñón y Oscar Fine se levantó la manga con el dedo índice que tenía alrededor del gatillo.

—No, no, está bien —dijo Dwayne.

—No, es un gusto para mí —dijo Oscar Fine—. Empujó la tela hacia atrás y mostró el muñón desparejo, pero cicatrizado.

—Ay, Jesús —dijo Dwayne.

—Pues no te puede ayudar —repuso Oscar Fine—. Satisfecho de que Dwayne hubiera visto el muñón, volvió a bajar la manga y ocultarlo. —¿Eres zurdo o diestro?

La mancha en los pantalones de Dwayne se agrandó. Oscar Fine repitió la pregunta.

Dwayne tragó saliva.

—Diestro.

—Entonces te cortaré la izquierda. No tiene sentido hacerlo más difícil de lo que tiene que ser. Y confío en que Banura tenga algo que me permita hacer un corte más limpio del que me hicisteis a mí.

Dwayne tenía gotas de sudor en la frente.

—No es necesario que hagas nada de eso. Si me dejas ir, te diré todo lo que quieras saber.

—¿Dónde está ella?

—En la camioneta.

—¿Por qué no vino contigo?

—Está nerviosa —dijo Dwayne.

—¿Por qué?

—Piensa que el señor Banura nos ofreció demasiado dinero. Comenzó a sospechar. Así que llevó algunos diamantes a que alguien los tasara y le dijeron que no tienen valor.

Oscar Fine asintió.

—Y sin embargo, tú estás aquí.

Dwayne parecía al borde del llanto.

—Porque le creí al señor Banura.

—Así que ahora es “señor” Banura —comentó Banura—. ¿Ya no es Banny- Banito?

—Eh —dijo Dwayne, con una sonrisa nerviosa—. No quise faltarte el respeto.

—Así que ella imaginó que algo no estaba bien —dijo Oscar Fine —. ¿Sospecha que yo estoy aquí?

—En ningún momento lo dijo. Está asustada, nada más. —Dwayne se secó las lágrimas de los ojos, más animado. —Tengo una idea. No me cortas la mano, me dejas marcharme e iré a la camioneta, le diré que hay un problema, que parte del dinero está en alguna moneda rara, como euros o dólares canadienses y que tiene que ayudarme a contarla; la traeré aquí y entonces podrás dejarme ir. Porque te lo juro, yo no quería cortarte la mano. Yo decía que fuéramos a algún sitio a buscar herramientas más pesadas. Las que habíamos traído no servían para cortar la cadena. ¿Sabes a qué me refiero? Yo quería conducir la limusina a algún sitio donde pudiéramos tomarnos nuestro tiempo y hacer las cosas bien para que no salieras lastimado. Pero ella se dejó llevar por el momento y enloqueció, pero quiero que sepas que yo me oponía totalmente a aquello. Oscar Fine asintió, como sopesando la propuesta.

—Entonces tú me la traes, y yo dejo que te marches.

Dwayne asintió febrilmente y esbozó una sonrisa nerviosa.

—Sí, eso. Quiero colaborar contigo.

—Tengo algunas preguntas —dijo Oscar Fine.

—Sí, claro, no hay problema.

De hecho, Oscar Fine tenía bastantes preguntas. Dónde habían estado en los últimos seis años. En quién se había convertido Constance Tattinger. Dónde había estado viviendo y con quién.

Dwayne trató de mostrarse lo más dispuesto posible. Le contó a Oscar Fine todo lo que sabía.

—Has sido muy atento —dijo Oscar Fine.

—Sí, bueno, es lo menos que puedo hacer, sabes, en las circunstancias. —Dwayne intentó con otra sonrisa. —¿Qué te parece, entonces, la traigo aquí y dejas que me marche?

—Creo que no —dijo Oscar Fine y le disparó a Dwayne Osterhause en el centro de la cara—. No hay ninguna razón por la que no pueda salir y hablar con ella yo mismo.

CUARENTA Y CINCO

Oscar Fine se disculpó con Banura.

—He dejado un desastre y me hago completamente responsable de ello.

Banura miraba la sangre y los restos de masa cerebral que manchaban la pared detrás de donde había estado Dwayne. La bala le había ingresado por la cabeza y había salido por la parte posterior.

—He visto cosas peores —dijo Banura.

Oscar Fine tomó un trozo de papel de la mesa de Banura y escribió un número.

—Llama a ese número y diles que el señor Fine te dijo que ellos se encargarían de todo. Vendrán y pondrán todo en orden. Limpieza y traslado.

—Te lo agradezco —dijo Banura.

—Pero aguarda unos minutos hasta que tenga a la otra —dijo, y Banura asintió.

—¿Hay otra salida? —preguntó Oscar Fine—. Alguien podría estar vigilando esta puerta.

—No —respondió Banura—. Esto está separado del resto de la casa, el único modo de acceso es por la puerta trasera. Hay una escalera en la otra parte de la casa. Pero tiene cámaras.

—Enséñamelas.

Banura guió a Oscar Fine a la mesa, donde además de sus herramientas de joyero había un teclado y un monitor ultra delgado. Banura pulsó un par de teclas y de pronto la pantalla quedó dividida en cuadrantes iguales; cada uno ofrecía una visión diferente de la propiedad.

—Hay una cámara con gran angular montada a cada lado de la casa —dijo.

Oscar Fine se inclinó hacia adelante y observó el extremo superior derecho, que brindaba una visión de la calle delante de la casa, con la entrada a la derecha. Vio la camioneta, pero debido al ángulo y el reflejo de la luz sobre el parabrisas, resultaba difícil distinguir si había alguien dentro. No se veía nadie del lado del pasajero y el brillo era demasiado como para ver si había alguien detrás del volante.

—Hum —dijo.

La cámara montada en la puerta posterior no mostraba a nadie en el jardín, que parecía estar vacío adrede. No había cobertizo ni árboles

de tronco ancho. Solo un jardín plano de césped seco delimitado por una cerca de madera de un metro ochenta de alto.

Banura señaló el cuadrante inferior izquierdo.

—¿Ves eso?

Oscar Fine no lo había visto.

—¿Qué?

—Estaba...mira.

En la imagen superior derecha, la camioneta estaba retrocediendo.

En el momento en que Dwayne desapareció por el costado de la casa, Jan pensó: *Me largo de aquí.*

En su cabeza imaginaba las diferentes *posibilidades de lo que podía estar sucediendo.*

Banura era un idiota y no tenía ni idea de diamantes. Poco probable.

La mujer de la tienda era una idiota y no tenía ni idea de diamantes. Ídem.

Banura sabía que eran falsos, no le gustaba que lo estafaran e iba a darles una lección cuando volvieran. Era posible, pero ¿por qué aguardar hasta las dos de la tarde? ¿Por qué no les había dado la lección con anterioridad.

Banura necesitaba tiempo para poner algo en movimiento. Parecía probable. Pero Jan no creía que tuviera algo que ver con reunir el dinero.

¿Podría haber estado en contacto con Oscar Fine? Después de todos esos años, ¿podría él haber seguido esparciendo el rumor, recordándoles a todos los que estaban en el negocio que estuvieran alertas por si aparecía una gran cantidad de diamantes falsos? ¿Y una mujer en especial que se ajustaba a su descripción?

Ay, no jodas, se dijo a sí misma.

Tenía la mano sobre la llave, y estaba lista para girarla. Lo único que tenía que hacer era encender el motor, poner el coche marcha atras, coger la interestatal y poner la máxima distancia posible entre ella y los alrededores de Boston.

¿E ir adónde?

En todos esos años, había tenido un plan. Marcharse de Promise Falls, y dirigirse al Paraíso. Pero necesitaba el dinero de esos diamantes para comprarse el billete.

No tienen ningún valor.

Había esperado todo ese tiempo para conseguir lo que anhelaba, sin detenerse a pensar un momento que quizá ya tenía bastante.

Que esa vida falsa era una vida de verdad.

Una casa de verdad.

Un marido de verdad.

Un hijo de verdad.

Había dejado todo por esto. Una posibilidad remota de tener el dinero suficiente como para vivir el resto de su vida como quería ella, jugando solo para ella. Todo para poder irse a esa mítica playa. Ni siquiera había pensado dónde sería. ¿En Tahití? ¿Tailandia? ¿Jamaica?

¿Acaso importaba?

Y cuando llegara allí, podría soñar con decirle a su madre y especialmente a su padre: *Que os parta un rayo. Estoy aquí, viviendo la vida soñada, y vosotros no.*

Ahora mismo, la playa se le antojaba muy lejana.

Estaba sentada en una camioneta en las afueras de Boston, esperando que el infeliz de su ex novio apareciera con seis millones de dólares, y preguntándose si todo su mundo estaba a punto irse a la mierda.

Apartó los dedos de las llaves y buscó dentro del bolso. Oculta en un bolsillo lateral había una fotografía arrugada y gastada. La sacó y la abrió con cuidado; era liviana y frágil como una hoja caída de otoño. Contempló el rostro de su hijito.

—Lo siento —susurró. Dejó la fotografía sobre el asiento.

Permaneció allí otro momento, con la mano sobre las llaves, lista para largarse. Pero una parte de ella seguía preguntándose: ¿Y si es cierto?

¿Y si por alguna casualidad Dwayne tenía razón?

Todo le decía que estaba equivocado. Pero, ¿y si salía de allí con el dinero y ella ya no estaba?

Necesitaba saber cómo estaban las cosas.

Dejó las llaves puestas y salió de la camioneta, no sin antes coger la pistola que Dwayne se había negado a llevar. Tomó por el costado de la casa y se acercó a la puerta.

No golpeó. Solo se quedó mirándola. Queriendo que se abriera. Queriendo que no se abriera.

Desde dentro se oían ruidos leves, ahogados por la pesada puerta. El sonido de una voz, aguda, quejosa. El tipo de sonidos que haría Dwayne.

Pudo discernir algunas frases.

—... te lo juro, yo no... yo quería... herramientas más pesadas... ¿sabes a qué me refiero? Yo quería conducir la limusina...

Jan no necesitaba oír más. Dwayne la había traicionado. Estarían a punto salir a buscarla. En cualquier momento, se abriría esa puerta.

¿Debería esperar y dispararle al que saliera? No, no era buena idea permanecer allí. Lo más probable era que terminara ella con una bala en el cuerpo. Se alejó de la puerta, se apretó contra la pared de la

casa y al hacerlo, levantó la mirada y vio la pequeña cámara montada debajo del alero.

Había pasado tanto tiempo ubicando todas las cámaras en Cinco Montañas que debió de haber visto esta antes. Si había una allí, seguramente las había a cada lado de la casa.

Tal vez ya sabían que estaba allí, esperando junto a la puerta.

Tenía que huir.

Echó a correr, dobló la esquina de la casa, cogió la manilla de la puerta del conductor con la mano izquierda; en la derecha sostenía la pistola. Subió de un salto a la camioneta, dejó caer la pistola sobre el asiento y encendió el motor.

El motor no arrancó en el primer intento.

Cuando giró la llave por segunda vez, vio que una figura asomaba desde detrás de la casa. Un hombre con chaqueta larga; en la mano derecha llevaba un arma y le estaba apuntando.

El motor se encendió; Jan puso la camioneta marcha atrás y pisó el acelerador antes de mirar si no había nadie detrás. Pasó el brazo derecho por encima del asiento, se volvió, salió de la entrada a la calle y giró el volante.

El parabrisas estalló.

Por una fracción de segundos, miró hacia atrás, en dirección al disparo y vio al hombre con el arma.

Vio el brazo izquierdo sin la mano en el extremo.

Un Chevy azul que venía por la calle tocó la bocina cuando la parte posterior de la camioneta se le vino encima. El conductor la esquivó y gritó: "¡Imbécil!", para luego seguir su camino.

Cuando Jan frenó y puso la marcha hacia delante, Oscar Fine volvió a disparar. El Disparo no dio contra la camioneta, pero Jan intuyó que la bala entró por la ventana del pasajero y salió por la puerta del conductor.

Oscar corría por la calle, con expresión decidida. Jan giró el volante otra vez y pisó el acelerador, pasando a pocos centímetros de Oscar Fine con el paragolpes delantero. Él giró con tanta violencia para esquivarlo que cayó al suelo.

La pistola seguía en el asiento junto a ella, pero no había tiempo para utilizarla. ¿Además, qué clase de disparo podría hacer, con las dos manos sobre el volante y Oscar Fine directamente detrás de ella?

Pasó a toda velocidad junto al Audi negro, que seguramente era el coche de él. Pero Oscar Fine estaba a unos veinte metros de distancia. Para cuando llegara hasta allí, se subiera y lo pusiera en marcha, ella ya podía estar a dos calles de allí.

Tal vez esa ventaja fuera suficiente.

Oyó un ruido agudo y metálico, detrás de su cabeza. Parecía como

si una bala hubiera dado contra la camioneta, encima de la ventana trasera.

Eso solo hizo que condujera más rápido. Miró por el espejo retrovisor, vio que el hombre corría hacia el coche negro. Fue la última imagen que tuvo de él antes de girar hacia la derecha y alejarse a toda velocidad.

En ningún momento notó que en medio de todo el alboroto, el viento había levantado la fotografía de Ethan y la había hecho salir volando por la ventanilla.

Oscar Fine estaba a punto de iniciar la persecución, cuando vio un papel flotando en el aire.

Casi se alegró de tener una excusa para no subirse al coche y lanzarse detrás de Jan Harwood. Las persecuciones por lo general terminaban mal. Un choque. La atención de la policía. Y con solamente una mano, a Oscar Fine se le dificultaban las maniobras rápidas.

Si había podido dar con ella una vez, la encontraría por segunda vez. Sobre todo tras todo lo que Dwayne le había revelado. Dejó que la puerta se cerrara y caminó por la calle para levantar el papel. Le pareció que era solo un cuadrado blanco, pero cuando se inclinó, lo levantó y lo dio vuelta, vio que se trataba de una fotografía.

Una foto de un niñito sonriente. Oscar Fine la guardó en el bolsillo.

Fue entonces cuando cayó en cuenta de que si iba a salir de la ciudad, tendría que llamar a alguien para que le diera de comer a su gato.

CUARENTA Y SEIS

Poco después de mi conversación con Gretchen Richler, recibí una llamada inesperada.

Levanté el teléfono antes de que terminara de sonar por primera vez.

—¿Hola?

—¿Señor Harwood? —Una voz de mujer. Algo en ella me resultaba familiar.

—¿Sí?

—Usted ya no puede estar a cargo de esta historia.

—¿Qué? ¿Quién habla?

—Le envié la información sobre la factura del hotel del señor Reeves. Para que pudiera escribir sobre eso. ¿Por qué no escribió un artículo?

Tardé un segundo en concentrarme.

—Él le devolvió el dinero a Elmont Sebastian —respondí—. Mi editora decidió que eso daba por tierra con la historia.

—Pues entonces dele la lista a otra persona, a alguien que la pueda escribir. Llamé al periódico y me dijeron que usted estaba de permiso o suspendido porque su esposa ha desaparecido. No se ofenda, pero no quiero que nadie que pueda haber matado a su esposa trabaje sobre esta historia.

—¿Lista? ¿De qué habla? ¿Qué lista?

La mujer del otro lado de la línea soltó un suspiro.

—La que le envié por correo.

Palpé el bolsillo de mi chaqueta y toqué los sobres que había guardado allí tras pasar junto a mi buzón cuando me marchaba del *Standard*. Los saqué de allí. Uno era un recibo de sueldo, otro era un comunicado de prensa de una empresa de jabón y el tercero era un sobre blanco dirigido a mí, con letras mayúsculas, sin remitente. Lo abrí, extraje una hoja de papel y la desplegué.

—¿Señor Harwood?

—Aguarde —dije, mientras leía lo que estaba escrito sobre la hoja. Era una lista manuscrita de nombres de miembros del concejo de Promise Falls, con sumas en dólares junto a cada nombre. Iban desde cero a U$D 25.000.

—¡Madre mía! —exclamé—. ¿Esto es cierto? ¿Esto es lo que Elmont Sebastian le ha estado pagando a esta gente?

—¿Lo está viendo ahora por primera vez? —dijo la mujer—. A eso me refiero. Por eso alguien más debería estar investigando este asunto. Ese hijo de puta de Elmont me ha jodido la vida demasiadas veces y quiero verlo caer. Si quiere una historia, hable con las mujeres de las cárceles de la corporación Star Spangled y pregúnteles si les gusta que todos los días los empleados varones las manoseen y que a nadie de la plana mayor le importe una mierda.

O sea que la mujer trabajaba para Elmont. Y encima de todo, tenía razón, en vistas de mi actual situación. Otra persona debería estar escribiendo esta historia.

—¿Por qué no fue a Lake George?

—¿Qué? —dijo ella—. ¿De qué habla?

—Del correo electrónico que me envió. Para que nos encontráramos allí.

—No sé a qué se refiere —dijo ella—. No voy a encontrarme con usted ni con nadie cara a cara. ¿Acaso me cree estúpida?

Cortó.

Me quedé sentado allí un momento, guardé el papel en el sobre y lo volví a meter en el bolsillo. En cualquier otro momento, esto me hubiera hecho el día, pero en este momento, conseguir una buena historia no era una prioridad.

Pero una cosa que había dicho la mujer me quedó grabada en la mente. Ella no me había escrito para encontrarnos en Lake George. Otra persona me había engañado para que fuera allí. Era todo parte de la trampa. Coincidía perfectamente con la teoría de Natalie Bondurant.

Jan.

Pasé gran parte del resto del día tratando de averiguar todo lo posible sobre Constance Tattinger. No tenía demasiada información con la que comenzar. Debió haber una familia Tattinger en Rochester en los años setenta y ochenta, pero después, según Gretchen Richler, se habían mudado de allí.

Le expliqué a papá que tenía que trabajar; él dijo lo mismo. Iba a comenzar a reparar todos los daños que yo había causado en la casa.

Llamó a mi madre y le explicó, en voz baja, lo que había sucedido y que pensaba quedarse en casa el resto del día, si a ella no le parecía mal. Significaría que tendría que encargarse de Ethan sin ayuda.

Mamá dijo que no había problema. Pidió hablar conmigo.

—Dime cómo estás —dijo.

—Enloqueciendo poco a poco, pero por lo demás, bien —respondí.

—Tu padre dice que has hecho un desastre en la casa.

—Sí. Y me sentí un idiota por eso, hasta que papá encontró algo que yo no había visto. Creo que tengo una pista sobre Jan.

—¿Sabes dónde está?

—No, pero creo que sé quién es. Necesitaría un ordenador. Tengo que buscar gente de apellido Tattinger.

—Tu padre ha dicho que vendrá a casa a buscar herramientas. Le daré mi ordenador portátil, también.

Le agradecí y dije:

—Ha sucedido algo malo y me siento responsable por ello.

Mamá aguardó.

—Horace Richler… ha intentado suicidarse. Yo revolví el avispero. Y enterarse de que había alguien –mi esposa- que estaba utilizando el nombre de su hija fue demasiado para él.

—Estás haciendo lo que tienes que hacer —dijo mamá—. Lo que le sucedió a la hija de ese hombre no es culpa tuya. Lo que Jan pueda o no haber hecho, tampoco es tu culpa. Debes llegar a la verdad y puede que eso sea difícil para algunas personas.

—Lo sé. Pero son buena gente, los Richler.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo mamá.

Le recordé a papá que trajera el ordenador portátil de mamá. Él ya estaba haciendo una lista de las cosas que necesitaba y agregó “ordenador” al final.

—Regresaré en unos minutos —dijo.

Llamé a Samantha Henry al periódico.

—¿Puedes hacerme un favor? —le pregunté.

—Dime —repuso.

—Necesito que averigües con la policía y en cualquier otro sitio que puedas, todo lo que consigas sobre el nombre Constance Tattinger.

—Deletréamelo.

Obedecí.

—¿Y quién es la tal Constance Tattinger?

—Prefiero no decirlo —repuse.

—Ah, qué bien —dijo—. Estás suspendido, la policía cree que mataste a tu mujer, nosotros estamos escribiendo sobre ti, uno de nuestros propios empleados, y tú quieres que yo te busque información sin decirme por qué.

—Sí, digamos que sí —respondí.

—Vale —dijo Sam—. ¿Puedes darme algo más, además del nombre? ¿Fecha de nacimiento?

—15 de abril de 1975.

—¿Algo más?

—No. Nació en Rochester. Creo que sus padres se mudaron

cuando era niña.

—Te llamaré si averiguo algo.

—Gracias, Sam. Estoy en deuda contigo.

—Y cómo —repuso—. Si tuviéramos algo de ética periodística por aquí, esto me preocuparía.

—Una cosa más —dije—. ¿Recuerdas la historia sobre Sebastian y Reeves en la que he estado trabajando?

—¿Sí?

—Es tuya. Tengo algo que terminará de llevarla a la primera plana. Una lista de pagos de sobornos hechos a varios concejales.

—¿Qué?

—No puedo quedarme sentado sobre esta información y no sé cuándo regresaré. Esta historia tiene que ser publicada cuanto antes. Y deberías hacerlo tú. Tengo la lista conmigo y te la daré la próxima vez que nos veamos, para que veas si puedes encontrar la forma de verificar las cantidades.

—¿Dónde conseguiste la lista?

—Te lo diré después ¿vale? Debo irme.

—Sí, claro —dijo Sam—. Te lo agradezco de verdad. Buscaré toda la información que pueda sobre lo que me pediste.

—De acuerdo —dije, y corté.

Papá volvió antes de que pasara una hora. Trajo su caja de herramientas, una sierra, trozos de zócalos que debía de tener guardados en el garaje desde la creación del mundo y subió al primer piso. Poco después, comencé a escuchar golpes.

Tomé el ordenador de mamá, lo encendí y comencé a buscar las guías telefónicas en internet. No había tanta gente de apellido Tattinger en los Estados Unidos –unas tres docenas- y solamente cinco personas con la inicial “M.Tattinger”. Vivían en Buffalo, Boise, Catalina, Pittsburgh y Tampa.

Comencé a llamar.

Me respondieron en los números de Buffalo y Boise. El Tattinger de Buffalo era Mark y el de Boise, Miles.

Yo buscaba un Martin.

En ambos casos, pregunté si conocían a un Martin Tattinger que con una esposa llamada Thelma, tenían a una hija llamada Constance.

No y no.

Nadie respondió en los números de Catalina y Pittsburgh y el teléfono de Tampa había sido desconectado.

Pensé que podría conseguir hablar con más personas al final del día, cuando regresaran del trabajo. Mientras tanto, intenté averiguar a qué escuela podrían haber asistido Jan Richler y Constance Tattinger; no habrían llegado más allá de preescolar o primer grado juntas.

Estudié un mapa de Google de la zona donde habían vivido los Richler, busqué los nombres de escuelas primarias cercanas y anoté los números.

Cuando comencé a llamar, caí en la cuenta de que era agosto. Las escuelas estarían vacías durante algunas semanas más. Pero también sabía, a través de amigos que eran maestros, que el personal muchas veces ya estaba allí preparándose para el inicio de clases.

En la primera escuela di con una vice directora, pero me explicó que su escuela no existía a mediados de la década del 80, pues había sido construida en los años noventa.

Mientras aguardaba a que alguien respondiera en la segunda escuela, traté de recordar la conversación que había tenido con los Richler en su casa. Gretchen había estado hablando sobre cómo la muerte de su hija había afectado a todos, hasta a su maestra de preescolar.

Había mencionado un nombre. ¿Stevenson? Algo así.

Atendió una mujer mayor.

—Secretaría, habla Diane Johnson.

Le dije, en primer lugar, que me alegraba de encontrar gente en la escuela y luego me lancé con la historia sobre que necesitaba información sobre una niña Constance Tattinger que había asistido a la escuela –por un período breve- en los años ochenta.

—¿Quién habla? —preguntó.

No quería decir mi nombre, puesto que hasta CNN había transmitido la desaparición de Jan y mi cara y mi nombre habían aparecido en todos los canales de televisión. Pero seguramente mi nombre y mi teléfono aparecían en el visor del teléfono de Diane Johnson.

—Soy David Harwood —dije—. No fui a la escuela en la zona de Rochester, pero estoy tratando de rastrear a Constance o a sus padres por una emergencia familiar. —Remarqué las últimas palabras, esperando que sonaran lo suficientemente serias como para que Diane Johnson quisiera ayudarme y no hiciera muchas preguntas.

—Pues, eso fue el año antes de que yo ingresara a trabajar aquí, por lo que no puedo decirle que recuerde el apellido.

—Creo que solo asistió a preescolar —dije—. Sus padres se mudaron y la cambiaron de escuela. Era amiga de una niña llamada Jan Richler.

—Ah, un momento —dijo Diane Johnson. Ese nombre sí lo conozco. Tenemos una placa dedicada a su memoria en el pasillo, justo aquí fuera de la oficina. Es la niña que murió arrollada por un coche.

—Exacto.

—Conducía su padre. Creo que salía de la entrada a la casa.

—Sí, así es.

—Qué tragedia. Aunque no trabajaba aquí todavía, tengo algunos recuerdos. Se decía que a la niña la empujaron debajo del coche.

—Sí —repuse—. Es la chica a la que intento rastrear. Constance Tattinger.

—Cielos, fue hace tanto tiempo.

—Como imagina, es difícil tratar de encontrar al alguien cuando solo se tiene información tan antigua.

—No sé realmente cómo puedo ayudarlo.

—¿Tiene algún registro con información sobre Constance? ¿Dónde pueden haberse mudado?

En el fondo, se oyó un timbre que duró varios segundos. Cuando terminó, Diane Johnson dijo.

—Están probando todos los timbres, hoy. —Luego: —No tenemos registros tan antiguos. Podrían estar en la oficina central, pero no sé si le darían esa información.

—Ah —dije.

—¿Recuerda el nombre de su maestra?

Me esforcé por recordar.

—Me viene a la mente algo como Stevenson.

—Ah. ¿Podría ser Stephens? Con P y H?

—Es posible.

—Tina Stephens era la maestra de preescolar cuando llegué. Estuvo aquí un par de años y luego se cambió a otra escuela.

—¿Conoce el nombre de esa escuela?

—No lo tengo en mente, pero es posible que haya enseñado en media docena de escuelas desde entonces. Los maestros cambian mucho de escuela.

—Tal vez si llamo a la oficina central…

—Lo que sí le puedo decir es que se casó… déjeme pensar. Conoció a un hombre buenísimo. Trabajaba para Kodak, creo. Pero claro, medio mundo ha trabajado para Kodak en algún momento u otro.

—¿Recuerda su nombre?

—Aguarde, hay otra persona en la oficina aquí que podría saber. —Oí que dejaba el receptor. Mantuve el mío apretado contra la oreja mientras papá martillaba y serruchaba arriba.

Diane Johnson regresó y dijo:

—Pirelli. —Me lo deletreó. —¿Cómo los neumáticos, sabe? Nunca escuché de esos neumáticos. Solo conozco los Goodyer, pero eso es lo que me han dicho. Frank Pirelli.

Anoté el nombre.

—Gracias —dije—. Ha sido usted muy amable.

No tardé en encontrar a "F.Pirelli" en la guía de Rochester y llamé. El teléfono sonó tres veces antes de pasar al contestador automático. "Hola. Este es el número de Frank y Tina Pirelli. No podemos atender ahora pero por favor, deje su mensaje."

No dejé ningún mensaje. Comenzaba a sentir que estaba pedaleando en el aire.

El día transcurría lentamente.

En un momento, papá dijo que necesitaba comer algo, así que salió y volvió con un par de bocadillos rellenos con albóndigas y queso provolone. Nos tomamos un descanso y los comimos sentados a la mesa de la cocina.

—Gracias —le dije.

—No es para tanto —dijo papá—. No son más que unos bocadillos.

—No me refiero a ellos.

Papá se puso incómodo y abrió la nevera para ver si había más cerveza.

A última hora de la tarde, no mucho después de que hubiera intentado con el número de Catalina por segunda vez, sin suerte, sonó el teléfono. Mamá dijo:

—Ethan quiere hablar contigo. —Unos ruidos en el teléfono, luego: —¿Papá?

—Hola, chiquitín, ¿cómo estás?

—Quiero volver a casa.

—Pronto lo harás —dije.

—Nana dice que tengo que quedarme aquí todo el día.

—Así es.

—Pero estoy aquí hace días y días.

—Ethan, solo han sido dos.

—¿Cuándo vuelve mami?

—No lo sé —repuse—. ¿Te estás portando bien con Nana?

Vaciló.

—Sí.

—¿Qué has hecho?

—Nana me regañó porque saltaba en la escalera.

—¿Nada más?

—No. Ahora estoy jugando con el bate.

—¿El bate?

—El bate de "coque".

Sonreí.

—Ah, ¿estás jugando al *croque*t con Nana?

—No. Ella dice que pegarle a la bocha le hace doler la espalda.

—¿Y cómo juegas solo, entonces?

—Le pego a la bocha por entre los alambres. La envío súper lejos.

—Muy bien —dije—. ¿Nana está preparando algo para la cena?

—Creo que sí. Huelo algo. ¡Nana! ¿Qué hay para cenar? —Escuché que mamá hablaba. Luego Ethan dijo: —Un estofado. —Susurró: —Tiene zanahorias.

—Pues intenta comer solo una zanahoria. Te hace bien. Hazlo por Nana.

—Vale.

—¿A qué hora tendrá Nana lista la cena?

Ethan volvió a gritar otra pregunta.

—A las siete —dijo.

—Te veré entonces, ¿sí?

—Vale.

—Te quiero —dije.

—Yo también —respondió.

—De acuerdo. Nos vemos, chiquitín.

—Nos vemos, papá.

Y cortó.

Volví a intentar con el número de la familia Pirelli.

—¿Hola? —Una mujer.

—Hola —dije—. Estoy buscando a Tina Pirelli.

—Soy yo.

Intenté disimular mi entusiasmo.

—¿Hablo con Tina Pirelli que era maestra de preescolar en Rochester?

—Exacto. —Una nota de sospecha en su voz. —¿Quién habla?

—Me llamo David Harwood. Estoy intentando encontrar a alguien que creo que fue alumna suya, durante un breve tiempo, en aquellos años.

—¿David qué?

—Harwood. Llamo desde Promise Falls.

—¿Cómo obtuvo mi número?

Le conté, brevemente, los pasos que había seguido para dar con ella.

—¿Y a quién está tratando de encontrar? —preguntó.

—A Constance Tattinger.

Hubo un repentino silencio del otro lado de la línea.

—La recuerdo —dijo luego Tina Pirelli, en voz baja—. ¿Por qué está tratando de encontrarla?

Yo había pensado en inventar una historia, pero decidí que era mejor decir la verdad.

—De adulta se convirtió en mi esposa —dije—. Y ha desaparecido.

Oí que Tina inspiraba repentinamente.

—¿Y piensa que yo podría saber dónde está? No la he visto en treinta años, desde que era una niñita.

—Comprendo —dije—. Pero cuando sus padres se mudaron de Rochester, ¿dijeron dónde iban? —Como no había tenido suerte rastreando a Martin Tattinger dentro de los Estados Unidos, me preguntaba si se habrían mudado a Canadá o al extranjero.

—En aquellas circunstancias —dijo Tina Pirelli—, no hablaban demasiado con nadie. Simplemente se mudaron.

—¿Las circunstancias eran... el accidente?

—Su esposa se lo contó, entonces —dijo ella.

—Sí —mentí.

—Pobre Constance, todos la culpaban. Aunque era solo una niña. Sus pares la sacaron de la escuela y tiempo después se mudaron. No tengo idea de dónde. Lo siento. ¿Dijo que había desaparecido?

—Sí, desapareció sin más —repuse.

—Debe de ser terrible para usted —comentó.

—Lo es, sí.

—Solo conocí a Constance durante un par de semanas. El accidente fue en septiembre. Pero era una buena niña. Callada. Y la vi una sola vez tras el accidente.

—¿Y cómo la encontró en esa oportunidad?

Tina Pirelli tardó tanto en responder que pensé que se había cortado la comunicación.

—Era como si hubiera dejado de sentir —respondió.

Llamé al número de Pittsburgh de M. Tattinger.

—¿Hola? —Un hombre. Parecía de unos sesenta años o mayor.

—¿Hablo con Martin Tattinger? —dije.

Al ver que no respondía de inmediato, se lo volví a preguntar.

—No —dijo—. Soy Mick Tattinger.

—¿Martin Tattinger vive allí?

—No. Debe de tener mal el número.

—Lo siento —dije—. Pero tal vez pueda ayudarme. Me llamo David Harwood. Llamo desde Promise Falls, al norte de Albany. Estoy tratando de encontrar a Martin Tattinger, casado con Thelma. Tienen una hija Constance, y la última información que tengo es que vivían en Rochester, pero eso fue hace tiempo. ¿Por casualidad usted no es pariente de ellos, ni sabe cómo podría localizar a Martin?

—El Martin Tattinger a quien busca es mi hermano —respondió con aspereza.

—Ah —dije, esperanzado.

—Thelma y él se mudaron mucho, y terminaron en El Paso.

No había encontrado ningún Tattinger con número de El Paso.

—¿Tiene su número de teléfono?

—¿Por qué asunto lo busca? —preguntó Mick Tattinger.

—Es por su hija, Constance —dije, pero esta vez, no revelé mi relación con ella—. Hay motivos para creer que está en problemas y estamos intentando contactar a sus padres.

—Pues eso va a ser difícil —dijo Mick.

—¿Por qué?

—Están muertos.

—Ah —dije—. Lo siento. No sabía que habían fallecido.

Mick soltó un bufido.

—Sí, claro, fallecido. Bonita manera de decirlo.

—¿Cómo dice?

—Los asesinaron.

—¿Qué?

—Les cortaron la garganta. Estaban atados a las sillas de la cocina.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—¿Hace unos cuatro o cinco años? No es que haya marcado la fecha en el calendario, tampoco, no sé si me entiende.

—¿Atraparon al que lo hizo? —pregunté.

—No —dijo Mick Tattinger—. ¿Qué sucede con Connie?

—Constance... Connie ha desaparecido —dije.

—Sí, bueno, eso no es nada nuevo. Hace años que ha desaparecido. Martin y Thelma, antes de morir, hacía años que no sabían nada de ella. Se largó a los dieciséis o diecisiete años. No la culpo, tampoco. ¿Me dice usted que ha desaparecido?

—Eso parece.

—Joder —repuso—. ¿Dónde demonios está? Seguramente ni siquiera sabe que sus padres han muerto.

—Puede que tenga razón —dije.

—Tal vez le haga bien saberlo —dijo Mick Tattinger. Martin era mi hermano, pero era un cabrón intratable. Estábamos distanciados desde hacía años. Él y Thelma no eran candidatos al premio a los Padres del Año, ¿me entiende? Él era irascible y ella bebía y andaba por allí, dándole pena a la tristeza; qué par de personajes. Pero de todos modos, no significa que merecieran lo que le sucedió. Martin tenía un taller mecánico en El Paso. Hasta donde sé, no tenía problemas. ¿Entonces por qué aparece alguien y los mata? No se trató de un robo.

—No lo sé —dije en voz baja.

—¿Pero Connie está viva? Mire usted por dónde. Me figuraba que también estaría muerta.

—¿Por qué lo dice?

—No lo sé. Esa chica estaba jodida ¿sabe? Por algo que sucedió cuando era niña, pero no tiene sentido entrar en detalles.

—La chica que murió arrollada en la entrada de su casa.

—Ah, veo que ya lo sabe, entonces. Martin era un cabrón antes de eso, pero tras el accidente, todo empeoró. Trabajaba para un concesionario que pertenecía al tío de la chica muerta. Él se vengó con Martin y lo echó. Martin culpó a Connie, cosa que hasta un cierto punto podría ser comprensible, pero era solo una niña ¿no? Pero nunca dejó de culparla. Buscó otro empleo en otro concesionario en otra ciudad y terminó pagando los platos rotos cuando alguien entró y robó varias herramientas. No fue Martin, pero la gerencia creyó que sí, y lo echaron. Ahora lo habían echado de dos trabajos y las cosas empeoraron. Finalmente consiguió otro trabajo, pero no importaba lo que sucedía, siempre le echaba la culpa a Connie, como si ella fuera su amuleto de la mala suerte. —Mick hizo una pausa, tratando de recordar algo. —No puedo recordar cómo la llamaba. Tenía un apodo para ella.

—Hindy —sugerí.

—Sí, eso. Por “Hindenburg”.

—¿Y ella cómo lidiaba con eso?

—Las pocas veces que los vi juntos, era bastante extraño.

—¿En qué sentido?

—Era como… como si ella estuviera en otra parte.

—¿Cómo dice?

—Como si no estuviera allí. Como si estuviera imaginando que estaba en otra parte o que era otra persona. Creo que era su manera de sobrevivir.

Yo escuchaba, asintiendo con la cabeza.

—¿Quién dijo usted que era? —preguntó y le volví a decir mi nombre—. Si encuentra a Connie, dígale que se ponga en contacto conmigo, ¿me haría ese favor?

—Sí, claro —respondí.

—¿Es usted investigador privado, o algo así?

—Reportero —dije—. Soy reportero.

Papá bajó a la cocina.

—Ya debe de ser la hora de la cena —dijo, y miró el reloj. Eran las 18:40. —¿A qué hora dijo tu madre que teníamos que ir?

—¿Eh? —dije.

—¿Qué te ocurre? Parecería que has visto un fantasma.

—Algo así —repuse.

Sonó el teléfono. Miré el visor. Mamá. O tal vez Ethan, que había

aprendido hacía un tiempo a utilizar el marcado rápido en el teléfono de sus abuelos.

Atendí.

—¿Hola?

—¡No lo encuentro! —dijo mamá, con voz temblorosa—. ¡No encuentro a Ethan!



PARTE CINCO

CUARENTA Y SIETE

Durante casi media hora, Jan condujo sin rumbo. Hacía algunos kilómetros y giraba a la izquierda. Recorría algunos más y giraba a la derecha. Subía a la autopista interestatal, bajaba en la segunda salida. Esperaba que cuanto más al azar fueran sus decisiones, más difícil resultara seguirla.

No notó la presencia de ningún Audi negro por el espejo retrovisor. Cuando tomó por la autopista y pudo ver casi dos mil metros hacia atrás, al no ver señales del Audi comenzó a sentirse más tranquila de que Oscar Fine no la estaba siguiendo.

Pero tampoco era un gran consuelo.

Si la había encontrado una vez, era probable que la encontrara de nuevo.

A los otros conductores debía parecerles una demente: tenía los ojos muy abiertos y el pelo enmarañado a causa del viento que entraba por las ventanillas y por el parabrisas roto. Iba aferrada al volante con todas sus fuerzas, no solo para mantener el control sino para no temblar.

Estaba conmocionada.

Dwayne debía de estar muerto. Era imposible que Oscar Fine le hubiera permitido salir de ese sótano con vida.

La pregunta era ¿cuánto había hablado Dwayne antes de morir?

¿Sabía Oscar quién era ella?

¿Sabía Oscar quién había sido ella en el pasado?

¿Lo sabía desde antes de que Dwayne entrara en la casa para cambiar sus diamantes falsos por seis millones?

Piensa, se dijo, mientras se dirigía hacia el oeste por la autopista estatal. *Piensa.*

De algo estaba segurísima: Banura los había entregado. Tras examinar lo que Dwayne y Jan tenían para vender, debió de haberle dado aviso a Oscar Fine. ¿Pero por qué estaría Oscar en alerta, después de tanto tiempo? ¿Acaso durante los últimos seis años habría estado recordándoles a todos los comerciantes de diamantes que se mantuvieran en alerta por si aparecían esas piedras falsas, como forma de rastrearlos a ella y a Dwayne?

Era posible. Pero también era posible que algo hubiera disparado recientemente la búsqueda de Oscar y lo hubiera hecho reanudarla con más ímpetu.

¿Habría visto la noticia de la desaparición de Jan? Aun si lo había hecho, las fotografías la mostraban como Jan Harwood y Jan Harwood no se parecía en nada a la chica que le había tendido una trampa en la limusina. Pero tal vez, cuando alguien te corta la mano, recuerdas más detalles que el color del cabello y de la sombra de ojos…

Jan soltó el volante el tiempo suficiente como para darle varios puñetazos. Todo, todo lo había jodido.

¿Por dónde comenzar?

Ese estúpido robo, en primer lugar. Meterse con Dwayne Osterhaus. Ser tan pero tan idiota como para no darse cuenta del valor de lo que habían robado. Regresar a casa de Banura a pesar de saber que lo que ofrecía era demasiado bueno para ser verdad.

Haber dejado atrás lo que tenía.

Bajó la mirada al tablero y vio que la camioneta casi no tenía gasolina. Ahora tenía un problema práctico que solucionar. Tomó la siguiente salida, donde había muchas gasolineras y locales de comida rápida. Cargó treinta dólares de gasolina y luego cruzó la calle y aparcó en un McDonald's.

Pasó delante del mostrador de pedidos y fue directamente al lavabo, se precipitó dentro de un compartimiento y vomitó sin llegar a levantar la tapa del asiento. Apoyó las manos contra las paredes para mantener la estabilidad. Sudaba y se sentía mareada.

Volvió a vomitar.

Hizo correr el agua del retrete y permaneció allí dentro, secándose la cara con papel higiénico. Cuando recuperó la compostura, abrió la puerta, se dirigió al lavabo y se mojó la cara con agua para refrescarse. Una mujer que estaba ayudando a su hija a lavarse las manos miró a Jan con expresión desconfiada.

Ella intuyó lo que pensaba. *Esta mujer está loca.*

No había toallas de papel, solo esos secadores de aire caliente y lo que menos deseaba Jan era echarse aire caliente en la cara. De manera que salió del baño y del restaurante con la cara empapada.

Se apoyó contra la pared de ladrillos del restaurante, sin dejar de vigilar la camioneta y el tráfico, en alerta por si veía un Audi. Permaneció allí una media hora, como paralizada, sin saber qué hacer.

Un empleado del restaurante que vaciaba cubos de basura le preguntó si podía ayudarla. No por un sentido de solidaridad, sino para que Jan se marchara. Volvió a la camioneta y se quedó sentada unos instantes detrás del volante.

Sonó un móvil y Jan se sobresaltó. Ni siquiera tenía teléfono. Entonces recordó el que le había robado del bolso a una mujer en la gasolinera. Buscó dentro de su propio bolso, encontró el móvil y miró

el número en el visor.

Nadie sabía cómo ponerse en contacto con ella ¿verdad?

Pero Dwayne había utilizado el teléfono para llamar a Banura. Seguramente la llamada había quedado registrada en el móvil de Banura.

—¿Hola? —dijo Jan.

—¿Quién habla? —dijo una mujer—. ¿Usted tiene mi teléfono? He pasado toda la mañana buscándolo y…

Jan partió el móvil, como si le quebrara la columna vertebral, bajó de la camioneta y arrojó ambos pedazos a un cubo de basura.

Cuando regresó a la camioneta, estaba temblando.

Y pensando. Pensando hacia atrás hasta el instante mismo en que empujó a la hija de los Richler bajo el coche que salía.

¿No había sido ese, acaso, el comienzo de todo? Si no hubiera hecho eso –y sabía Dios que no había tenido intención de que sucediera lo que sucedió- sus padres no se habrían tenido que mudar. Y entonces el trabajo de su padre no se hubiera desbarrancado y él tal vez no la habría detestado tanto y ella no habría sentido desesperación por irse de casa tan joven ni se hubiera involucrado con un tío como Dwayne Osterhaus y…

No, no había querido matar a la hija de los Richler. Estaba enfadada, nada más. Por algo que Jan Richler había dicho. Constance Tattinger sentía celos de Jan Richler. De las cosas que tenía. De cómo sus padres la adoraban. Gretchen y Horace Richler le compraban muñecas Barbie y zapatos bonitos y en su cumpleaños le permitían pedir pollo frito de la cadena Kentucky. Hasta le habían comprado un collar con un colgante de una magdalena. Era el collar más bonito que Constance había visto y deseó tenerlo desde el momento en que posó la mirada sobre él.

Un día, cuando Jan Richler lo llevó a la escuela y se lo quitó momentáneamente porque sentía picazón en el cuello, Constance Tattinger introdujo la mano en el bolsillo del abrigo de su amiga y se lo robó. Jan Richler lloró y lloró cuando no lo encontró y se convenció de que Constance se lo había quitado. Dos días más tarde, en el jardín delantero de los Richler, le dijo a Constance lo que pensaba que ella había hecho y Constance, furiosa y a la defensiva, alejó a la niña de un empujón.

Justo delante del coche que retrocedía.

Durante todos esos años, la mujer que se apropiaría de la identidad de Jan Richler conservó ese collar. Muchas veces sintió la tentación de deshacerse de él, pero nunca pudo hacerlo. No era que sintiera cariño por él. En absoluto. El collar era un recuerdo de algo terrible que había hecho. Representaba no solamente el momento en

que había terminado la vida de Jan Richler sino también el instante en que la vida de Constance Tattinger había cambiado para siempre.

La sacaron de la escuela.

Sus padres se mudaron.

Su padre comenzó a guardarle rencor.

El día en que se apropió de ese collar fue el día que determinó que ella se iría de su casa a los diecisiete años y jamás volvería a hablar con sus padres. En ocasiones se preguntaba qué habría sido de ellos. Y luego comprendió que en realidad, no le importaba.

Se aferró al collar por lo que significaba. Un momento decisivo en su vida. Aunque fuera malo.

Mucho tiempo después, Ethan lo vería en su joyero y le preguntaría si podía quedárselo –adoraba las magdalenas- y su madre diría que no, que no era algo que usaran los varones; entonces él le pidió que ella lo usara durante un viaje a Chicago.

Ella accedió a hacerlo aquel día y luego jamás volvió a usarlo.

Sentada allí en la camioneta, pensó en todas esas cosas, en su vida, en Ethan, en David. Pensó en la vida que había tenido con ellos y…

Concéntrate.

La mujer que se hacía pasar por Jan meneó la cabeza. Ya habría tiempo de sentir lástima por sí misma, de sumergirse en ella como en un baño caliente.

Algo más urgente la inquietaba.

Tenía muchos motivos para creer que Oscar Fine sabía que ella había estado viviendo como Jan Harwood los últimos años. Podría haberse enterado por Dwayne o tal vez haberlo adivinado tras ver la noticia de su desaparición.

Si sabía que era Jan Harwood, no tardaría en adivinar dónde vivía.

Si ella fuera Oscar Fine, se dijo, ¿acaso no iría directamente a Promise Falls?

Extendió la mano para tomar la fotografía de Ethan que había sacado del bolso hacía solo una hora.

No estaba allí.

Jan puso la llave en la contacto y encendió el motor. Sin siquiera darse cuenta de lo que hacía, condujo en dirección al sitio al que había llamado su hogar en los últimos cinco años.

Tenía que regresar.

Y llegar allí antes de que lo hiciera Oscar Fine.

No hizo ninguna parada en el viaje de regreso a Promise Falls, a pesar

de que cerca de Albany vio que le quedaba menos de un cuarto de depósito de gasolina. Sentía que le alcanzaría.

Se preguntó dónde estaría Ethan. Era lógico pensar que debido a la situación en que ella había dejado a David, el niño no estuviera en su casa. David, si no había sido detenido todavía, seguramente estaría en la comisaría de policía o reunido con un abogado o recorriendo la zona como un demente tratando de adivinar qué le había sucedido a ella.

Jan casi rió cuando le vino la idea a la cabeza: *Cómo me gustaría poder hablar con David sobre todo esto.*

Tenía plena conciencia de que no sería posible. No habría espacio para el perdón, aunque lo único que tenía que hacer era acercarse a la comisaría y demostrar la inocencia de él. Las cosas que ella había hecho… no eran algo que se puede dejar atrás para volver a comenzar. Tal vez, algún día, aparecería alguna prueba que liberaría a David de toda responsabilidad. Que así fuera.

Para ese entonces, Ethan y ella estarían muy lejos.

Ethan era su hijo. Estaba decidida a emerger de todo este asunto con algo que le pertenecía.

Lo más probable era que estuviera con Nana y Abu.

Esa sería su primera parada.

CUARENTA Y OCHO

Barry Duckworth regresaba en coche de Albany a última hora de la tarde; cuando estaba cerca de los límites de la ciudad de Promise Falls, sonó su móvil.

Su última parada había sido al norte de la ciudad, en la gasolinera Exxon donde quienquiera que había estado al volante del Ford Explorer de Lyall Kowalski –y Duckworth no tenía ni idea si había sido su esposa, Leanne u otra persona- había comprado gasolina. El recibo que habían hallado en el vehículo indicaba que la compra había sido en efectivo, lo que tenía sentido, puesto que Lyall Kowalski le había dicho a Duckworth que las tarjetas de él y de su esposa habían sido canceladas.

Cuando llegó a la estación, mostró una fotografía de Leanne a los empleados que habían estado trabajando aquel día, pero nadie recordaba haber visto a Leanne Kowalski ni el Explorer, a pesar de que ella había tenido que entrar en la tienda a pagar. Duckworth no se sorprendió. Con los cientos de clientes que pasaban por allí por día, había pocas probabilidades de que alguien recordara a Leanne. Si bien Duckworth conocía, por el recibo, la hora exacta de la compra, no había filmación de seguridad para revisar. El equipo estaba roto.

Para cerciorarse, les mostró también fotografías de Jan Harwood y David Harwood. Tampoco tuvo suerte con ellas.

De manera que volvió a su coche y emprendió el regreso a casa. Le daba tiempo para pensar.

Desde el principio había intuido que David Harwood estaba involucrado en todo esto. Siempre se investiga al marido primero, de todos modos. Y eran tantas las partes de su historia que no se sostenían. La supuesta depresión de su esposa era una de ellas. La entrada que nunca se compró. La prueba aportada por Ted, el dueño de la tienda en Lake George. Y si uno buscaba un motivo, estaba aquel seguro de vida por U$ 300.000. Justo el tipo de red de seguridad que un tío que trabajaba en un periódico –o en cualquier otra parte, hoy en día, para el caso- se alegraría de tener.

Todo daba la impresión de que Harwood había llevado a su esposa a Lake George y la había matado. Al fin y al cabo, nadie la había visto desde aquel momento, sin contar al niño, Ethan. Pero desde el descubrimiento del cadáver de Leanne Kowalski, Duckworth había estado teniendo dudas sobre su teoría inicial. Cuando David Harwood

había mirado dentro de esa tumba poco profunda y había visto a Leanne, Duckworth había estado vigilando de cerca su reacción.

El detective no estaba esperando lo que vio.

Genuina sorpresa.

Si David Harwood había matado a esa mujer y la había enterrado allí, podría haber fingido que se sentía horrorizado. Podría haber representado el papel de un hombre devastado. Y hasta lágrimas; mucha gente sabía fingir lágrimas. El detective hubiera esperado cualquiera de esas reacciones.

¿Pero por qué Harwood se había mostrado tan sorprendido?

Duckworth vio esa sorpresa en su cara durante un segundo. Se le agrandaron los ojos. Se quedó helado. Estaba clarísimo. El cadáver de Leanne Kowalski no era el que se había estado preparando mentalmente para ver.

Eso le decía un par de cosas a Barry Duckworth. Harwood no era el asesino de Kowalski. Y tampoco era muy probable que hubiera matado a su esposa.

Si Harwood había matado a Jan Harwood y se había deshecho de su cadáver en otro sitio, no habría reaccionado de esa manera. Habría sabido que el cadáver que tendría que ver no pertenecía a su esposa. Aun si hubiera matado a Kowalski y hubiera sabido que ella estaba allí, podría haber fingido sorpresa, pero eso es todo lo que habría sido: una representación. Lo que Duckworth había visto era genuino, real.

Y también estaba la cuestión del Explorer.

Harwood podría haber tenido tiempo de matar a Leanne Kowalski entre el momento en que llevó a su esposa a Lake George y la excursión a Cinco Montañas al día siguiente, pero Duckworth no podía entender cómo el Explorer había ido a dar a Albany y había terminado en el fondo de un barranco. ¿En qué momento había podido Harwood hacer una cosa así? ¿Cómo había podido hacerlo solo? ¿No habría necesitado que alguien condujera el Explorer y otra persona llevara el coche en el que regresaría a Promise Falls?

A Duckworth ya no le estaba gustando tanto Harwood como principal sospechoso de todo aquello. Tal vez hubiera algo de cierto en lo que el reportero alegaba respecto de que su esposa había adoptado un nombre nuevo y una identidad nueva, después de todo. Al principio le había resultado absurdo, pero ahora sentía la obligación de echarle un vistazo. Volvería a averiguar los nombres de esas personas a las que Harwood había ido a ver en Rochester. Para ver qué tenían para decir.

Comenzaba a tener una sensación distinta en el fondo de esa barriga que Natalie Bondurant había denostado.

Y fue entonces cuando sonó su móvil.

—Habla Duckworth.
—Sí, Barry, soy Glen.
Glen Dougherty. El jefe de Barry. El jefe de policía de Promise Falls.
—Jefe —dijo.
—En circunstancias normales no sería yo el que te llamaría por esto, pero acaban de enviarme unos resultados de laboratorio y me preguntaba si ya los tendrías.
—Estoy en la carretera.
—La desaparición de Jan Harwood. Estás a cargo de ella.
—Exacto —respondió Barry.
—Solicitaste análisis de pelo y muestras de sangre halladas en el maletero del coche del marido.
—Así es.
—Tenemos los resultados. Ambos pertenecen a la mujer desaparecida; coinciden con las muestras que tomaste de la casa cuando la hiciste registrar.
—Comprendo.
—Opino que debes avanzar con esto —dijo el jefe—. Por lo visto, este cretino transportó su cadáver en el maletero.
—Tal vez —dijo Duckworth.
—¿Tal vez?
—Hay cosas que no me gustan —dijo el detective.
—Creo que ya tienes suficientes pruebas contra este cabrón. Es hora de interrogarlo y hacerlo sudar. Una vez que le expliques esto, se entregará.
—Sí, puedo llevarlo a la comisaría e interrogarlo, pero no estoy seguro.
—Mira, Barry, no voy a decirte lo que tienes que hacer. Pero te diré una cosa: están poniéndome bastante presión por este caso. La gente del puto parque de atracciones, la oficina de turismo y el alcalde. Además de esa rata de Reeves. Dios, cómo odio a ese tío. En conclusión, Cinco Montañas trae mucho dinero, no solo para el parque en sí, sino para la zona. Si la gente comienza a creer que alguien anda raptando niños por allí, dejarán de ir. Y por lo visto, este tío puede haber inventado la historia de que quisieron llevarse a su hijo. ¿Me entiendes?
—Por supuesto —dijo Duckworth.
—Si estuviera en tu lugar, lo traería a la comisaría para volver a interrogarlo.
—Ha contratado a Natalie Bondurant.
—Pues hazla venir a ella también, desde luego. Una vez que vea lo que tienes contra su cliente, es posible que le aconseje que acepte

algún trato.

—Comprendido —respondió Duckworth—. Lo…

Pero el jefe había cortado la comunicación.

Duckworth sentía algo diferente en las entrañas. Y la sensación no le gustaba en absoluto.

CUARENTA Y NUEVE

Papá y yo fuimos hacia allí en dos coches, lo más rápido que pudimos. Mamá estaba en el porche, esperándonos, y corrió hacia el camino de entrada cuando llegamos.

Estaba junto a mi puerta cuando descendí.

—No lo enc...

—Comienza desde el principio —dije, mientras papá salía del otro coche y venía hacia nosotros.

Mamá se tomó unos segundos para recuperar el aliento.

—Había estado entrando y saliendo del jardín todo el día. Pegándole a las bochas de croquet de aquí para allí.

—Continúa.

——Yo estaba ocupada en la cocina y en la casa y salía a verlo cada pocos minutos, pero el ruido que hacía al pegarle a las bochas me mantenía al tanto de lo que estaba haciendo. Y de pronto me di cuenta que ya no escuchaba ese ruido ni tampoco lo había oído entrar en la casa, así que salí para asegurarme de que no estuviera haciendo nada extraño, como tocar las herramientas de tu padre en el garaje. Y no pude encontrarlo.

—Papá —dije—. Llama a la policía.

Él asintió y se dirigió a la casa.

Mamá me tomó de los hombros.

—Perdón, perdón, David, lo siento tanto, yo...

—Mamá, está bien. Ya...

—Te juro que lo estaba vigilando, solo lo perdí de vista durante unos minutos. Estaba...

—Mamá, lo que tenemos que hacer ahora es buscarlo. ¿Has hablado con los vecinos?

—No, no. He estado buscando por todas partes. Pensé que podría haberse escondido en la casa, debajo de una cama o algo así, para hacerme una broma. Pero no lo encuentro por ningún sitio.

Señalé las casas de al lado y de en frente.

—Ve a golpearles la puerta. Yo revisaré la casa una vez más. Ve.

Mamá se volvió y corrió hacia la casa de la izquierda mientras yo subía los escalones y entraba en la casa.

—Se llama Ethan Harwood —estaba diciendo papá por el teléfono —. Tiene cuatro años.

—¡Ethan! —grité—. ¡Ethan, estás aquí?

Revisé el sótano primero, detrás de la caldera, el trastero debajo de la escalera. Un niño de cuatro años podía esconderse en muchos sitios. Recordé que cuando era pequeño, buscaba las maletas de mis padres y me acostaba dentro. En una oportunidad, la traba de una de ellas se cerró y mamá me escuchó gritar antes de que me quedara sin aire.

El recuerdo hizo que buscara todas las maletas de debajo de la escalera y las sacudiera.

Al ver que Ethan no estaba dentro de ninguna de ellas ni en ninguna otra parte del sótano, subí y me encontré en la cocina con papá que acababa de terminar la llamada.

—Dijeron que enviarían un coche en un rato —me informó.

—¿Un rato? ¿Un *rato*?

Papá estaba angustiado.

—Eso es lo que dijeron. Me preguntaron hacía cuánto que había desaparecido y cuando les dije que hacía menos de una hora no parecieron preocuparse demasiado.

Hice a papá a un lado, cogí el teléfono, que todavía estaba tibio y llamé al 911.

—Oiga —dije, cuando di con la persona que había hablado con mi padre—, no necesito que alguien venga *en un rato* a ayudarnos a encontrar a mi hijo. ¡Necesitamos que venga ahora mismo!

A mi padre, le dije:

—Ve a ayudar a mamá a preguntarle a los vecinos.

Por segunda vez en pocos minutos, papá se volvió y obedeció.

Corrí arriba, abrí los armarios, miré debajo de las camas. Había un acceso al altillo, pero estaba demasiado alto como para Ethan, aun si utilizaba una silla.

—¡Ethan! —grité—. ¡Si estás escondido, sal ahora mismo o habrá problemas!

Nada.

Para cuando salí de la casa, había una docena de vecinos en la calle. La visita de mis padres los había hecho salir para ver qué sucedía y cómo podían ayudar.

—¡Escuchadme, todos! —grité—. ¿Podéis escucharme un segundo?

Dejaron de hablar entre ellos y me miraron.

—Se trata de mi hijo Ethan, a quien seguramente habéis visto mucho por aquí en los últimos dos años. No podemos encontrarlo. Estaba en el jardín trasero de mis padres y ha desaparecido. ¿Podríais por favor revisar vuestras propiedades, los jardines, los garajes? Si alguno de vosotros tenéis piscina, por favor, revisadla primero.

Mi madre parecía estar a punto de desmayarse.

Algunos asintieron con la cabeza como aceptando que era buena idea, pero no mostraban ninguna prisa.

—¡Hacedlo ahora! —grité.

Comenzaron a dispersarse, salvo un hombre de veintitantos años, alto pero flácido, sin afeitar y con una gorra de tractorista.

—¿Qué has hecho, Harwood? —dijo—. ¿No te alcanzó con deshacerte de tu esposa? ¿También te deshiciste del niño?

Algo se quebró en mí.

Me abalancé hacia él, lo cogí de la cintura y lo derribé sobre el jardín delantero de una casa. Todos los vecinos que se alejaban para iniciar la búsqueda de Ethan se inmovilizaron para ver el espectáculo. Sentado a horcajadas sobre el hombre, le di un puñetazo en el costado de la boca, que comenzó a sangrar de inmediato.

—¡Hijo de puta! —dije—. ¡Eres un reverendo hijo de puta!

Antes de que pudiera darle otro puñetazo, papá me rodeó con los brazos desde detrás.

—¡Hijo! —dijo—. Basta.

—¡Imbécil! —exclamó el hombre; rodó de costado y se tocó la boca para comprobar si sangraba.

—¡Por favor, buscad a Ethan! —gritó papá. Una vez que me quitó de encima del hombre, se inclinó hacia él y le dijo: —Y tú vete a tu casa antes que te patee el trasero yo también.

El hombre se levantó, se quitó el polvo de la ropa y antes de alejarse, me miró y dijo:

—Ten cuidado, Harwood. Te atraparán.

Le di la espalda, sintiendo calor en la cara. Papá se me acercó.

—¿Estás bien?

Asentí.

—Tenemos que seguir buscando.

A pesar de que mamá dijo que ya lo había hecho, papá y yo volvimos a revisar el jardín y el garaje. Los arcos de croquet estaban clavados en el césped desordenadamente y se veían bochas de madera rayadas por todas partes. Uno de los mazos estaba caído sobre el césped. Lo levanté, como si pudiera contarme algo y volví a dejarlo caer al suelo.

—¡Ethan! —grité, en el atardecer—. ¡Ethan!

En el extremo de la calle de mis padres, y unos cien metros a la derecha, había una tienda 7-Eleven. ¿Podría haber ido Ethan hasta allí, pensando en comprarse unas magdalenas? ¿Se habría atrevido a hacer algo así? ¿Habría tenido dinero encima?

Eché a correr.

—¿Dónde vas? —gritó mi padre.

—¡Enseguida vuelvo!

Tardé un minuto en llegar a la tienda. Ingresé de manera tan estrepitosa que el hombre detrás del mostrador debió pensar que iba a asaltarlo.

Sin aliento, le pregunté si había entrado allí un niñito en la última hora, solo, buscando magdalenas. El hombre negó con la cabeza, pero dijo:

—Entró una mujer, sí, a comprar magdalenas, pero no un niño.

Corrí de regreso a casa de mis padres. Ambos estaban afuera.

—¿Alguna novedad? —pregunté.

Los dos negaron con la cabeza.

—¿Dónde podría haber ido? —preguntó papá—. ¿Dónde crees que iría?

—¿Habrá intentado ir a tu casa? —acotó mamá.

Me quedé mirándola.

—Hostias —dije—. Eso es brillante. Se lo pasaba preguntándome si podía volver a casa. Tal vez decidió echar a andar hacia allí. —Recordé la vez que había salido por la puerta, amenazando con irse a casa.

Aunque solo tenía cuatro años Ethan tenía muy buen sentido de la ubicación y me corregía desde su sillita cada vez que yo tomaba un camino que no era el más directo para ir a casa de mis padres. Probablemente sería capaz de llegar a casa, aunque estaba a unos cinco kilómetros de distancia. La idea de que cruzara todas esas calles...

—Tenemos que hacer el camino hasta allí —dije.

—No lo vi cuando veníamos hacia aquí —dijo papá.

—Pero no estábamos buscando —objeté—. Estábamos tan apurados que tal vez no lo vimos.

Tenía las llaves del coche de papá en la mano y me estaba dirigiendo hacia él cuando un vehículo policial sin identificación se acercó a toda velocidad.

—Bien —dije—. La policía.

El coche aparcó junto a la acera, bloqueando la entrada de mis padres y Barry Duckworth descendió del coche; me miraba fijamente.

—¿Lo enviaron *a usted?* —dije—. Pensé que enviarían un coche patrulla y agentes uniformados. Pero...da igual.

—¿Qué? —preguntó.

—¿No ha venido por Ethan?

—¿Qué le ha sucedido a Ethan? —preguntó Duckworth.

El alma se me fue a los pies. La caballería no había venido al rescate, después de todo.

—Ha desaparecido —respondí.

—¿Cuándo?

—En la última hora, tal vez un poco más.

—¿Llamó para informarlo?

—Mi padre llamó, sí. Oiga, necesito que mueva el coche de allí. Tal vez Ethan quiso volver a casa.

Duckworth no hizo ningún movimiento para regresar al coche.

—Tenemos que hablar —dijo.

—¿Qué ocurre? —Pensé que tal vez tenía noticias de Jan, o de Ethan. —¿Qué ha sucedido?

—Nada. Pero necesito que venga a la comisaría. Quiero repasar algunas cuestiones. —Hizo una pausa. —Lo mejor es que su abogada se encuentre con nosotros allí.

Lo miré, boquiabierto.

—¿Pero me está escuchando? Mi hijo ha desaparecido. Voy a ir a buscarlo.

—No —respondió Duckworth—. No lo hará.

CINCUENTA

Mi primer impulso fue de comenzar a gritar, pero sabía que si reaccionaba de manera exagerada Barry Duckworth bien podía arrojarme al suelo y esposarme en cuestión de segundos. De manera que traté de hablar sin levantar la voz y con serenidad.

—Detective Duckworth, creo que no entiende —dije—. Ethan puede estar por allí solo, tratando de atravesar la ciudad, cruzando calles peligrosas. Tiene cuatro años, por Dios.

Duckworth asintió, lo que me dio esperanzas de que hubiera comprendido.

—¿Ha revisado la casa y afuera en el...?

—Hemos buscado por todas partes. Los vecinos están buscando en sus propiedades. Pero podría estar tratando de regresar a casa y necesito ir a verificar.

—Cuando lleguen otros agentes podrán montar una búsqueda sistemática —dijo Duckworth—. Podrán transmitir la información y todos los vehículos policiales se pondrán a buscar a su hijo. Es algo que se les da muy bien.

—No lo dudo, pero es mi hijo y si me hace el favor de mover su coche de la entrada, intentaré encontrarlo por mi cuenta.

Duckworth apretó la mandíbula.

—Tengo que llevarlo a la comisaría, señor Harwood.

El aire a nuestro alrededor se cargó de electricidad, como si estuviera a punto estallar una tormenta.

—No es un buen momento —respondí.

—Lo entiendo —dijo el detective—, pero son las órdenes que he recibido.

—¿Me va a arrestar?

—Recibí instrucciones de llevarlo a la comisaría para que lo interroguen. Le sugiero ponerse en contacto con Natalie Bondurant. Podría encontrarse con nosotros allí.

—No pienso ir —dije.

—No se lo estoy pidiendo —dijo Duckworth con firmeza.

—Venga —dijo papá—. Él y mamá estaban detrás de mí. —¿Qué hace? Déjelo ir a buscar a Ethan.

—Lo siento, señor, pero esto no es de su incumbencia —dijo Duckworth.

—¿Que no es de mi incumbencia? —exclamó papá, con furia en la

voz—. Estamos hablando de mi nieto. ¿Usted tiene el atrevimiento de decirme que no es de mi incumbencia?

Duckworth parpadeó; la primera señal de que tal vez comprendiera que esto no estaba saliendo bien.

—Como acabo de decir, señor, cuando lleguen los demás agentes, podrán realizar una búsqueda minuciosa.

Papá levantó los brazos con impotencia.

—Dígame, ¿los ve aquí a los demás agentes? ¿Eh? ¿Cuánto tiempo tendremos que esperar? ¿Y si Ethan está en peligro ahora mismo? ¿Qué va a hacer mi hijo, sentarse a responder a sus preguntas estúpidas mientras su niño corre peligro? ¿Qué coño es tan importante que tiene que hablar con él justo ahora?

Duckworth tragó saliva. En lugar de mirar a papá, me habló a mí.

—Señor Harwood, ha habido novedades sobre la desaparición de su esposa que debemos revisar con usted.

—¿Qué novedades?

—Hablaremos en la comisaría.

Yo no pensaba ir allí. Intuía que si Duckworth lograba meterme allí dentro, no volvería a salir. Por un buen tiempo.

—¡Ey! —gritó alguien desde el otro lado de la calle.

Todos nos volvimos. Era el tío de la gorra de tractorista, al que le había dado un puñetazo en la boca. Todavía tenía sangre en el mentón.

—Eh! —gritó por segunda vez, dirigiéndose a Duckworth—. ¿Es usted policía?

—Sí —respondió el detective.

—Ese gilipollas me atacó —dijo y me señaló a mí.

Duckworth ladeó la cabeza y me miró.

—Es cierto —repuse—. Estábamos pidiendo a todos los vecinos que nos ayudaran a buscar a Ethan y él… me acusó de matar a mi hijo. Y a mi esposa. Perdí la cabeza.

Duckworth se volvió hacia el hombre.

—Un agente llegará pronto y le tomará declaración.

—¡Qué declaración ni qué mierda! —dijo el hombre, y cruzó la calle hacia nosotros. —Tiene que esposarlo ahora mismo. ¡Tengo testigos!

Aun delante de Duckworth, el hombre estaba dispuesto a volver a pelear; se acercó y me señaló con el dedo. Me clavó el dedo en el hombro. Yo no lo había notado cuando lo derribé, pero esta vez pude oler el vaho a alcohol.

Duckworth le retiró el brazo de inmediato y dijo con firmeza:

—Señor, por favor retírese, aguarde allí a que llegue la policía y le tomarán declaración.

—He visto a este tío en el informativo —dijo el hombre—. Es el que mató a la esposa. ¿Por qué no está detenido? ¿Eh? Si hicierais vuestro puto trabajo como corresponde, él no andaría suelto atacando gente como lo hizo conmigo.

A Duckworth no le quedó opción: se apartó de mí y se concentró en el sujeto:

—¿Cuál es su nombre?

—Axel. Axel Smight.

—¿Cuánto ha bebido esta noche, señor Smight?

—¿Eh? —Adoptó una expresión ofendida.

—No mucho. ¿Y eso qué mierda tiene que ver? Acaso si bebí, ¿no me corresponde protección policial?

—Señor Smight, voy a decírselo por última vez. Aguarde allí a que llegue la policía.

—¿No va a detenerlo, entonces? ¿Qué más necesita? ¡Me atacó, se lo estoy diciendo! —Se llevó la mano a la barbilla ensangrentada. —¿Qué coño cree que es esto? ¿Un batido de frutilla? ¡El cabrón me pegó en la boca!

Duckworth echó hacia atrás su chaqueta, dejando al descubierto un par de esposas que llevaba enganchadas al cinturón.

—¡Venga, va! —dijo Axel Smight—. ¡Por fin hace algo! ¡Espose a ese gilipollas!

Duckworth, con más pericia y velocidad de lo que su tamaño podría sugerir, sujetó a Smight, lo hizo girar y lo aplastó contra el capó del coche policial. Cogió el brazo izquierdo de Smight, se lo flexionó detrás de la espalda, le esposó la muñeca y luego cogió el brazo derecho para hacer lo mismo.

No me quedé a ver el resto del procedimiento. Eché a correr hacia el coche de mi padre, inserté la llave y encendí el motor. Si salía por el césped parecía que tendría el espacio justo para pasar junto al coche de Duckworth e irme.

—¡Señor Harwood! —gritó Duckworth, mientras trataba de sujetar a Axel Smight, que se retorcía contra el capó.

—¡Pedazo de idiota! —gritó Duckworth.

No sabía por qué me decía eso, pero no me quedé a averiguarlo. Saqué el coche a la calle, hice chirriar los neumáticos y me alejé a toda velocidad.

A pesar de que normalmente hubiera mantenido la velocidad para dejar atrás esa escena, tras girar en la esquina aminoré la marcha y miré hacia ambos lados de la calle, buscando a Ethan.

—Venga —dije en voz baja—. ¿Dónde demonios estás?

Era difícil observar las dos aceras y también el tráfico delante de

mí. En un par de ocasiones me vi obligado a frenar abruptamente para no embestir algún coche. Cuando me disponía a girar para tomar la calle de mi casa, sonó el móvil. Acerqué el coche a la acera y me llevé el teléfono a la oreja.

—¿Sí?

—Dave, habla Sam.

—Hola —dije.

—¿Dónde estás? Suenas agitado.

—Estoy algo ocupado, Sam —dije.

—Necesito que vengas al periódico —dijo ella.

—Imposible —repuse, mientras caminaba pegado al costado de la casa. Ethan no tenía llave, al menos no que yo supiera. Supuse que era posible que se hubiera llevado la que mis padres tienen colgada de un clavo en su casa.

—Es realmente importante —suplico Samantha Henry.

De pie en el medio del jardín trasero, grité:

—¡Ethan!

—¡Mierda, acabas de hacerme estallar el tímpano! —dijo Sam.

Utilicé la llave para abrir la puerta trasera y si bien no esperaba que mi hijo estuviera dentro, lo llamé de todos modos.

No hubo respuesta.

—¿Dave? —dijo Sam—. ¿Dave, me estás escuchando?

—Sí —repuse.

—Necesito que vengas al periódico.

—Sam, no es un buen momento. ¿Por qué asunto es?

—Elmont Sebastian —respondió Sam—. Está aquí. Quiere hablar contigo.

Sentí que un escalofrío me recorría la espalda. Recordé la historia del prisionero de la Hermandad Ariana a quien le había disparado un choque eléctrico a los genitales con la pistola Taser. El tío apodado el Compa. El que Sebastian había hecho llorar cuando le sugirió que algo podría sucederle a su hijo de seis años si no se atenía a sus reglas.

CINCUENTA Y UNO

Oscurecía cuando llegué al aparcamiento del *Standard*. Vi la limusina de Elmont Sebastian en un extremo, cerca de las puertas que daban a la zona de producción del periódico, donde estaban ubicadas las imprentas. No había nadie a la vista.

Estacioné a una decena de metros de la limusina y descendí. Welland apareció desde detrás del asiento del conductor y me hizo señas para que subiera al asiento trasero.

—No, gracias —dije. Él abrió la puerta de todos modos. Yo esperaba ver a Sebastian y estaba allí, sí, pero junto a él vi a Samantha Henry. Tenía aspecto de haber estado llorando.

Se movió hacia la puerta para salir del coche y me dijo:

—Lo siento mucho, de veras.

—¿Qué cosa?

—Lo hice… lo hice por mi hija.

—¿De qué hablas?

—¿Es necesario que te diga lo difícil que está la situación? Tengo cuentas que pagar. Estoy criando a una hija. Sé que estaba mal, David, pero ¿qué mierda se supone que tengo que hacer? Dímelo ¿quieres? ¿Terminar en la calle? Y los periódicos están en decadencia, de todos modos. No tienen futuro. Es solo cuestión de tiempo hasta que todos nos quedemos sin trabajo. Mientras tanto, tengo que cuidar de mí y de mi hija. El señor Elmont me ha ofrecido trabajar para Star Spangled Corrections.

—¿Escribiendo comunicados de prensa o como guardia de medianoche? —pregunté. Por lo que había podido averiguar de mi fuente, a las mujeres no les iba demasiado bien en el imperio de Sebastian.

—Subdirectora de relaciones con los medios —respondió; intentó mantener en alto la cabeza, pero no lo logró.

—Fuiste tú —dije—. Tú viste el correo electrónico antes de que yo lo borrara. —Había tenido tiempo de hacerlo. Cuando llegó el mensaje anónimo, yo fui a tomar café antes de tomar la decisión de borrarlo. —Te metiste en mi computadora y le contaste a Sebastian lo del correo.

—Te dije que lo sentía —respondió—. Y le conté que estás tratando de dar con una mujer llamada Constance Tattinger, que es seguramente quien te envió esa lista. De eso te quiere hablar. —Se

volvió y se alejó; subió a su coche y se marchó.

Sentí calor en la cara.

—Ven, sube —dijo Sebastian, palmeando el asiento de cuero—. Ayúdame con esto y tal vez todavía encuentre un puesto para ti. Puede que no sea en relaciones con los medios. Eso se lo he prometido a la señorita Henry y soy hombre de palabra. Pero serías la persona perfecta para redactar nuestros proyectos. Escribes con buen estilo.

—¿Tiene a mi hijo? —pregunté.

—¿Cómo dices? —Un músculo se movió junto a su ojo.

—Si lo tiene, dígamelo. Si quiere algo a cambio, dígame qué es. Usted es el que tiene los naipes. Le diré todo lo que sé. —Me senté en el coche, manteniendo la puerta abierta y dejando un pie sobre el asfalto.

—Muy bien, entonces —dijo—. Cuéntame sobre Constance Tattinger. Le pediste a la señorita Henry que la investigara. ¿Es tu fuente? No termino de comprender, pues nunca oí hablar de ella. Nadie con ese nombre trabaja para mí ni para la ciudad de Promise Falls.

—No es la fuente —respondí—. Hasta donde sé, Constance Tattinger es mi esposa.

Sebastian entornó los párpados.

—No te sigo. ¿Por qué tendría tu esposa una lista de nombres de...

—No comprende. Llamé a Sam por dos cosas distintas. Supongo que cuando ella lo llamó, pensó que estaban relacionadas entre sí.

Sebastian se arrellanó en el asiento de cuero y suspiró.

—Debo admitir que estoy algo confundido. Pensé que el nombre de tu esposa era Jan.

—Jan Richler es el nombre que usaba cuando nos conocimos, pero creo que su nombre de nacimiento es Constance Tattinger. He estado tratando de averiguar todo lo posible sobre ella, esperando que me llevara a encontrarla. Estoy seguro de que fue ella la que planeó el encuentro en Lake George. Era una trampa.

Elmont Sebastian tenía aspecto de estar con dolor de cabeza.

—O sea que tu esposa no es la fuente, pero piensas que es la que te envió un correo diciendo que tenía toda esa información sobre mi compañía para darte?

—Sí.

—¿Pero por qué haría una cosa así? —preguntó Sebastian.

—No tiene importancia —dije—. Al menos en lo que se refiere a usted. No sabe nada de su compañía ni de lo que está haciendo para comprar los votos del concejo. Bien, ¿dónde está mi hijo?

—No tengo la menor idea —respondió Sebastian—. Y tampoco me importa.

Me sentí desinflado. Por más aterrador que le hubiera resultado a Ethan que estos dos personajes se lo hubieran llevado, tenía esperanzas de que lo utilizarían para negociar.

—Es verdad, entonces. No tiene a Ethan —dije.

Sebastian negó con la cabeza fingiendo pesar.

—Tantos años gestionando prisiones y creo que nunca tuve un convicto con más problemas que tú.

Guardé silencio por un instante.

—Si no sabe nada de mi hijo, entonces hemos terminado —dije, y bajé la otra pierna al asfalto.

—No estoy de acuerdo —dijo Sebastian—. Más allá de quién sea tu esposa, te enviaron algo por correo. Algo que no tiene por qué estar en tu poder.

La lista que tenía en el bolsillo, de la que como un tonto, le había hablado a Sam.

—Creo que se equivoca —dije, ya fuera del coche.

Habría sido fácil entregarle el sobre. Ya bastantes preocupaciones tenía en ese mismo momento. Podría haberle dado lo que quería y haberme alejado. Pero también sabía que existía una posibilidad de que pudiera, tal vez, salir entero de este infierno por el que estaba pasando y retomar mi trabajo como reportero. Si no en el Standard, en algún otro periódico. Y si lo hacía, quería destruir a Elmont Sebastian.

Y eso no iba a suceder si le entregaba lo que tenía en el bolsillo.

—David, en serio, tienes que considerar la posición en la que te encuentras —dijo Sebastian.

Welland estaba rodeando el coche. Cuando llegó a la puerta abierta, él y Sebastian cruzaron una mirada. Sebastian dijo:

—Si no vas a entregármela, tendré que pedirle a Welland que me la consiga.

Huí.

Welland extendió el brazo como un látigo y me cogió de la muñeca, pero yo me moví tan rápido que me pude liberar. Mientras corría, busqué las llaves en el bolsillo, pensando, ingenuamente, que tal vez podría subir al coche antes de que Welland me atrapara.

Escuché que se me acercaba y abandoné la idea; corrí, en cambio, hacia el edificio del *Standard*. Welland resoplaba como un toro furioso detrás de mí. Si bien era más fuerte y corpulento que yo, no era veloz e intuí que le sacaba ventaja.

Subí los cinco escalones que llevaban a la puerta trasera y la abrí antes de que Welland pudiera atraparme, pero no tuve tiempo de cerrarla. Me tomó por sorpresa el ruido de las imprentas, un zumbido pesado, fuerte que se me alojó directamente en el centro del cerebro. A esa hora de la noche, solo una de las tres máquinas estaba en

funcionamiento, imprimiendo algunas de las secciones del fin de semana. Las otras dos imprentas se encenderían dentro de un par de horas, cuando en la sala de redacción terminaran de armar la primera edición.

A esas alturas, yo corría como un demente, tomando cualquier camino que se me presentaba. Adelante y a la derecha vi una escalera de metal empinada que llevaba a una de las tablas que corría a lo largo de las imprentas y las cruzaban por el medio.

Me aferré a las barandas tubulares y subí a toda velocidad. Por encima del ruido ensordecedor, escuché que varios empleados me gritaban para que descendiera. Podían soportar que Madeline entrara allí para controlar las reparaciones de las máquinas, pero yo era solo un reportero idiota.

Una vez que estuve sobre las tablas, vi que unos quince metros de pasarela se extendían delante de mí. Miré hacia atrás, esperando ver a uno de los tipógrafos o a Welland en la escalera, pero nadie apareció.

Sin embargo, el griterío no había cesado.

Me detuve un instante, preguntándome si me habría quitado a Welland de encima. Pensé en retroceder, pero decidí que sería más seguro seguir en la misma dirección, hacia la escalera que estaba al final de las imprentas.

A mi izquierda, la imprenta funcionaba a toda máquina; cintas interminables de papel impreso pasaban a velocidad de rayo, subiendo y bajando por el gigantesco aparato. Cada pocos metros había una abertura, donde las tablas cruzaban al otro lado.

Comencé a avanzar nuevamente, deslizando las manos sobre la baranda; allí lo vi. Al final de la pasarela apareció Welland en la cima de la otra escalera.

—Mierda —dije, aunque casi no me escuché por el ruido de la imprenta.

Di media vuelta, planeando retroceder, pero de pie donde yo había estado unos segundos antes estaba Elmont Sebastian. No era un jovencito, pero había subido los escalones muy rápido. Se miró la mano, manchada con residuos de tinta que quedaban en la barandilla. Se miró el traje con preocupación, seguramente preguntándose si lo habría arruinado.

Decidí que tenía mejores probabilidades de pasar a empellones junto a él que si me dirigía hacia donde se encontraba Welland.

Eché a correr en dirección a Sebastian. Él se plantó firmemente en el suelo, pero yo no aminoré la marcha. Lo golpeé de lleno, pero antes de caer al suelo, me cogió del cuello y caímos juntos.

—¡Hijo de puta! —gritó. ¡Dámela!

Rodamos sobre las tablas. Levanté una rodilla e intenté golpearle

la ingle o el estómago. Debí dar en alguno de los dos blancos, ya que me soltó el cuello lo suficiente como para que pudiera comenzar a incorporarme.

Pero Sebastian se puso de pie casi tan rápido como yo y se abalanzó sobre mi espalda. El placaje me arrojó hacia un lado, hacia una de las pasarelas que cruzaba las imprentas. Las planchas de papel impreso pasaban como rayo a ambos lados, las palabras e imágenes borrosas por la velocidad.

Cuando caí hacia un costado Sebastian fue a dar contra la baranda. Estaba de frente a ella y con el impacto, su cuerpo se asomó por encima de la misma. Extendió los brazos delante de sí, pero no había de dónde aferrarse.

Pero algo se aferró a él.

Sucedió tan rápido que si alguien lo hubiera filmado en video y tuviera la oportunidad de reproducirlo en cámara lenta, seguiría siendo imposible ver cómo se desencadenaron los hechos.

Lo que sucedió, básicamente, es que la mano derecha De Sebastian golpeó contra la cinta de la imprenta que pasaba como un rayo, lo que le impulsó el brazo hacia arriba y dentro de la máquina que se movía a toda velocidad. Sebastian no tuvo tiempo de reaccionar.

La prensa le arrancó el brazo en un segundo. Y simplemente, desapareció.

Elmont Sebastian gritó y se desplomó sobre las tablas, tanteando con el brazo izquierdo en busca del derecho.

Bajé la mirada, mudo y horrorizado y no pude evitar pensar en el chiste de Ethan.

¿Qué cosa es negra y blanca y está toda salpicada de rojo?

Welland se me acercó por detrás, vio a su jefe y dijo:

—Ay,Jesús.

Sebastian se sacudió durante un par de segundos, luego quedó inmóvil. Tenía los ojos abiertos y fijos, pero yo no tenía certeza de que estuviera muerto. Todavía.

—Tenemos que llamar a una ambulancia —le dije a Welland.

Me puse en movimiento, sabiendo que nadie podría escucharme si hablaba por teléfono en medio del rugido de la imprenta, que no se había detenido.

Welland me cogió del brazo. No de la forma en que lo había hecho con anterioridad, no de manera amenazante. Solo para detenerme.

—No —dijo.

—¡No le queda mucho tiempo! —grité.

—Esperemos un poco —dijo.

—¿Pero qué coño dices?

Abajo, los tipógrafos señalaban y gritaban. Desde donde estaban,

yo no sabía si podían ver lo que le había sucedido a Sebastian.

—Lo dejaremos ir —dijo Welland.

—¿Qué?

—El hijo de puta no debería haberme disparado la Taser en los cojones ni haber amenazado a mi hijo.

Me quedé mirándolo, mudo.

Welland añadió:

—No nos llevamos a tu hijo. Jamás le hubiera permitido hacerlo.

CINCUENTA Y DOS

Alguien había apagado la rotativa. Perdía velocidad y el ruido se iba desvaneciendo.

Welland –o mejor dicho el Compa- pasó junto a mí por la pasarela.

—Me largo —dijo.

Sonaba una alarma y los empleados de la sala de imprenta subían a las pasarelas desde todas las direcciones.

—¿A dónde vas? —le pregunté a Welland. Aun en medio de ese caos, yo estaba pensando cómo iba a explicar que Elmont Sebastian, presidente ejecutivo de Star Spangled Corrections había sido desmembrado en la sala de prensa del *Standard* de Promise Falls.

—Hay gente que puede ayudarme a desaparecer —respondió—. Tú cuéntalo cómo quieras. —Levantó la mirada y señaló. —Esas parecen ser cámaras. Seguramente ha quedado todo grabado. Nadie podrá culparte. Y para cuando me empiecen a buscar a mí, habré desaparecido.

No me dedicó ni una sola palabra más. Era una presencia maciza e intimidante y ninguno de los empleados le bloqueó el paso cuando se dirigió a la escalera y descendió en el estilo de los marinos, sentado sobre la barandilla, con los pies hacia fuera. Vi que corría hacia la puerta y luego desapareció.

Uno de los tipógrafos, que me reconoció como empleado del periódico, preguntó:

—¿Qué sucedió? —Luego vio a Sebastian y apartó la mirada de inmediato. —Ay, mierda.

—Llama a una ambulancia —dije—. No creo que sea de utilidad, pero...

—He visto como algunos perdieron dedos, pero madre mía, nunca vi algo así. —Gritó a alguien que estaba abajo que llamara al 911.

Yo no deseaba quedarme allí a tener que dar explicaciones. Me dirigí a la escalera, bajé y cuando estaba a punto salir por la puerta que daba al aparcamiento, vi que Madeline Plimpton venía hacia mí. Miró más allá de mí y se dirigió a uno de los tipógrafos.

—Cuéntame todo.

—Pregúntele a él —dijo él hombre.

Madeleine me miró.

—Tenía entendido que estabas utilizando las vacaciones

adeudadas.

—Elmont Sebastian está allí arriba —dije, señalando hacia los rodillos. —Si no está muerto todavía, lo estará antes de que llegue alguien. Espero que venderle tierras para una cárcel no haya sido tu único plan para mantener el periódico a flote.

—Dios mío —dijo—. ¿Por qué...?

—Puede que haya quedado filmado —dije—. Ruego a Dios que sí. —Pasé junto a ella para dirigirme a la puerta. —Y creo que te debo una disculpa. Sam Henry fue la que leyó mis correos. Nos traicionó a ti, a mí y a todo el periódico. No sé cuánto tiempo le queda al *Standard,* pero Sam no debería pasarlo aquí.

—David, comienza desde el principio.

Negué con la cabeza.

—Ethan ha desaparecido. Tengo que irme.

—Ethan... ¡por Dios, David! ¿Qué está sucediendo? —dijo Madeline—. Vuelve ahora mismo y ...

No escuché el resto, porque la puerta se cerró detrás de mí. La limusina de Sebastian había desaparecido. Welland, sabiendo que las autoridades irían tras él muy pronto, iba a tener que deshacerse de ella lo antes posible. Tras subir al coche y encender el motor, tuve que pensar un instante hacia dónde debía dirigirme. Lo que había sucedido me había dejado sacudido y desorientado.

La llamada de Samantha Henry diciéndome que fuera al *Standard* me había impedido registrar mi casa para buscar a Ethan. Había abierto la puerta y lo había llamado, pero no había ido de habitación en habitación.

No había esperado que estuviera allí. La casa estaba cerrada y Ethan no tenía llave, a menos que, como pensé antes, hubiera cogido la de mis padres.

No recordaba haber cerrado la casa tras la llamada de Sam. Era posible que si Ethan no tenía llave y no hubiera estado en casa cuando yo estuve allí, pudiera haber entrado más tarde.

Lo más lógico era hablar con mis padres para ver si había sucedido algo desde que me había marchado con tanta prisa. Saqué el teléfono y vi que había un mensaje. No lo había escuchado con el estruendo de las rotativas.

Lo escuché.

—“Señor Harwood, habla el detective Duckworth. Mire, estoy dispuesto a pasar por alto lo sucedido, pero quiero que sepa que hablo en serio. Tiene que venir a la comisaría. Voy a llamar a su abogada y decirle que lo haga presentarse. No quiero joderle la vida, señor Harwood. Hay cosas de este caso que no tienen sentido, cosas que están a su favor. Pero necesitamos ponerlas en claro ahora mismo si...

En cuanto borré el mensaje, el teléfono me sonó en la mano.

—¿Sí?

—Dígame que no ha hecho lo que la policía dice que ha hecho —suplicó Natalie Bondurant.

—A menos que usted tenga noticias sobre mi hijo —respondí—. No tengo tiempo para hablar.

—Escúcheme bien —dijo—. Solo está empeorando su situación…

Puse fin a la llamada y pulsé el marcado rápido de la casa de mis padres. Mamá respondió en cuanto sonó.

—¿Ha aparecido Ethan? —quise saber.

—No —susurró mamá—. Hablaba como si hubiera estado llorando cuando sonó el teléfono y estuviera intentando recuperar la compostura. —¿Dónde estás? El detective se fue y ahora ha vuelto. Creo que fue hasta tu casa, no te encontró y ahora ha regresado. Creo que si apareces te arrestará.

—Tengo que seguir buscando —dije—. Si te enteras de algo, de *cualquier cosa,* házmelo saber.

—Lo haré —respondió.

Guardé el teléfono en el abrigo y salí del aparcamiento, con dirección a mi casa.

Me preocupaba que Duckworth o cualquier otro policía de Promise Falls estuviera vigilando mi casa, de manera que dejé el coche a la vuelta de la esquina y caminé hasta allí. No vi vehículos sospechosos en la calle. Después de un tiempo, comienzas a reconocer los vehículos de tus vecinos y sus amigos. Nada fuera de lo común me llamó la atención.

Di la vuelta a la casa y entré por la puerta trasera. Como sospechaba, la había dejado sin llave.

Ingresé en la cocina. La casa estaba a oscuras y no quise encender una luz temiendo que hubiera alguien afuera a quien no había visto. Tuve que dejar que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad para poder ver dónde iba. Podía manejarme a oscuras, pero todavía había muchas tablas del suelo sin colocar. La casa estaba llena de peligros y de pronto me vino a la mente que si Ethan había vuelto a casa, podría haberse lastimado el pie en uno de los huecos donde faltaban las tablas.

—¡Ethan! —grité—. ¡Soy papá! ¡Todo está bien! ¡Ya puedes salir!

Me quedé escuchando, allí, junto a la puerta; contuve el aliento, esperando oír algún movimiento en la casa.

—¿Ethan? —volví a gritar.

Dejé escapar un largo suspiro de decepción. Y entonces me pareció escuchar el crujido de una tabla encima de mi cabeza, en la zona del dormitorio de Ethan.

Atravesé la cocina, pisando con cuidado. Papá había apilado a un costado todas las tablas que yo había levantado, y les había quitado los clavos, pero no había cubierto los huecos largos y estrechos que quedaban en el suelo.

Caminé por la sala hasta la escalera y subí despacio, a oscuras.

—¿Ethan? —dije.

La puerta de la habitación de Ethan estaba entreabierta. Esquivando los huecos en el suelo del pasillo, llegué hasta ella y la abrí.

La luz de la farola de la calle entraba por la ventana.

Vi una sombra contra el extremo de la cama. Alguien estaba allí, alguien demasiado alto como para ser Ethan.

Tanteé la pared hasta que encontré el interruptor y encendí la luz.

Era Jan.

El impacto que me provocó verla allí, de pie, fue menor que el que me causó ver que en la mano tenía un arma, con la que me estaba apuntando.

—¿Dónde está Ethan? —preguntó—. He venido a buscar a Ethan.

CINCUENTA Y TRES

Los cajones de la cómoda de Ethan estaban abiertos y su ropa estaba desparramada sobre la cama, junto a un bolso de viaje blando que guardábamos en su armario.

No recordaba a Jan con peor aspecto. Tenía el pelo desgreñado, los ojos rojos. Habían pasado solamente dos días desde que la había visto por última vez, pero parecía haber perdido cinco kilos y envejecido diez años. El arma le temblaba en la mano.

—Baja esa pistola, Jan —dije—. Tal vez preferirías que te llamara Constance, pero me cuesta imaginarte como alguien que no sea Jan.

Ella parpadeó. El arma no se movió.

—O tal vez me equivoco y Constance tampoco es tu verdadero nombre.

—No —susurró—. Es mi nombre.

—Creo que ahora entiendo por qué nunca quisiste presentarme a tus padres —dije—. Un par de padres era falso, el otro estaba muerto.

Sus ojos se agrandaron.

—¿Qué?

—¿Martin y Thelma? ¿Tus padres verdaderos? —Algo en sus ojos me decía que era así. —¿No te enteraste? Los mataron hace unos años. Los degollaron, en realidad.

Si la noticia la afectó, no lo demostró.

—¿Dónde está Ethan? —preguntó.

—No está aquí —respondí.

—¿Está con Don y Arlene?

—No —dije.

—Ay, no... —dijo—. No, no...

Di un paso hacia ella.

—Baja esa pistola, Jan.

Ella negó con la cabeza.

—No, tiene que estar aquí —dijo, como aturdida—. He venido a buscarlo. Nos iremos juntos.

—Aun si estuviera aquí —dije—. Jamás, pero jamás, te permitiría llevártelo. Dame el arma. —Me acerqué más.

—Tenemos que encontrarlo —dijo Jan.

—Lo sé —repuse—. Pero no vas a ir a buscarlo con un arma.

—No comprendes —dijo ella—. La necesito, necesito la pistola.

—Conmigo no la necesitas —respondí y di un paso más hacia ella

—. ¿Qué crees que voy a hacerte? Soy tu esposo.

Jan ahogó una risita.

—Creo que te gustaría hacerme bastantes cosas. Pero no eres tú el que me preocupa.

—¿De quién hablas?

—Mis padres están muertos, entonces —dijo, pasando por alto mi pregunta; su mente iba hacia otra parte y sus ojos tenían una mirada algo demencial—. Debe de haber creído que sabían algo. Debe de haber pensado que le dirían dónde estaba. Seguramente los mató cuando no pudieron decirle nada.

—¿Hablas del que mató a tus padres? ¿A él le temes?

—Hice algo malo —dijo Jan—. Hice algo...

—¿Qué hiciste? ¿De qué se trata todo esto? —Ya estaba a medio metro de ella.

—Todo ha sido para nada —dijo—. Los diamantes no eran reales.

—¿Diamantes? —dije—. ¿Qué diamantes?

—No tenían valor, puta madre, no tenían valor. —Otra risita ahogada. —Es como una gigantesca broma cósmica.

La cogí de la muñeca.

Pensé que tal vez me permitiría quitarle el arma tras un forcejeo, pero en cuanto intenté arrebatársela reaccionó para liberarse. No la solté. Con la mano izquierda, me pegó en el costado de la cara. Levanté el brazo derecho y le aparté el brazo, sin soltarle la mano derecha. Con la mano libre comenzó a rasguñarme, hundiéndome las uñas en la mejilla, pero en lugar de querer bloquearle esa mano, me acerqué más a ella y le sujeté la otra con ambas manos, redoblando la presión para hacerle soltar el arma.

Giré para hacer fuerza con el cuerpo y aplasté a Jan contra la pared, lo que la dejó sin aliento. Si bien el movimiento pudo haberla debilitado, también hizo que apretara el gatillo.

El disparo, un estruendo ensordecedor en el pequeño dormitorio de Ethan, fue a dar al suelo. Di un respingo, pero no la solté. Le golpeé la muñeca contra la pared. Una vez, dos. La tercera vez, la pistola cayó al suelo. Temí que volviera a dispararse, pero rebotó de manera inofensiva contra el zócalo.

Solté la mano de Jan y me abalancé hacia el arma, pero en el momento en que me volví, ella se arrojó sobre mi espalda.

—¡No! —gritó.

Rodé y la apreté contra el marco de metal de la cama de Ethan. El travesaño se le clavó en la espalda y ella emitió un grito de dolor. Avancé, como un cangrejo, para atrapar el arma, la cogí, luego rodé y la apunté hacia Jan.

—Dispara de una vez, David —dijo, sin aliento, mientras se

incorporaba sobre manos y rodillas—. Méteme una puta bala en la cabeza. Sería más fácil.

—¿Quién eres? —grité, sosteniendo el arma con ambas manos—. ¿Quién coño eres?

—Ella se puso de pie, se sentó sobre el costado de la cama y hundió la cabeza entre las manos. Tras unos segundos, levantó la mirada; le caían lágrimas por las mejillas.

—Soy Connie Tattinger —dijo—. Pero también... Jan Harwood. No importa quién sea, soy la madre de Ethan. —Hizo una pausa. —Y fui tu esposa. Durante un tiempo

—¿Y qué ha sido todo esto? —quise saber—. ¿Estos últimos cinco años, qué han sido? ¿Una maldita broma?

Ella negó con la cabeza.

—No, una broma no. Estuve... Estaba esperando. Y ocultándome.

—¿Esperando qué? ¿Ocultándote de quién?

Jan inspiró varias veces, se pasó un dedo debajo de la nariz y dijo:

—Asaltamos un envío de diamantes.

—¿Qué? ¿Asaltamos? ¿Quiénes?

Jan hizo a un lado las preguntas con un movimiento de la mano.

—Hace seis años. Luego condenaron a mi compañero por otra cosa. Los diamantes estaban a salvo en un lugar seguro, pero tendríamos que esperar unos años para recuperarlos. El hombre a quien se los robamos... nos ha estado buscando, me ha estado buscando a mí durante todo este tiempo.

Yo intentaba comprender; años de mentiras y engaños resumidos en unas pocas oraciones. Me concentré en algo que Jan había dicho:

—Pero dijiste que no tenían valor. ¿Por qué querría recuperarlos este hombre?

Ella juntó valor para continuar.

—Por lo que le hice.

Aguardé.

—Le corté la mano —dijo—. Para quitarle el maletín al que estaba esposado. —Soltó un resuello. —Sobrevivió.

Quedé tan aturdido que bajé el arma y la apoyé en el suelo a mi lado, al alcance de la mano.

—No sé quién eres —dije.

Ella asintió.

—No, es verdad. Nunca lo supiste.

—¿Dónde sucedió todo esto? —pregunté.

—En Boston —respondió.

—Entonces después tuviste que ocultarte —dije—. Y viniste a Promise Falls.

Asintió, con los ojos brillosos de lágrimas.

—Y te casaste conmigo. ¿Por qué? ¿Por qué la necesidad de hacerlo?

Ella no encontraba las palabras. Intenté ayudarla.

—Para camuflarte ¿verdad? Pensaste que podría ayudarte a mezclarte entre la gente. ¿Quién iba a decir que la amable vecina recién casada tenía algo que ver con un robo de diamantes?

Ella volvió a asentir.

—¿De verdad era necesario tener un hijo para completar la imagen? —dije—. ¿Eso ha sido Ethan para ti? ¿Parte de una fachada?

—No —susurró.

Meneé la cabeza. Tenía más preguntas.

—A ver, déjame entender: cuando tu socio saliera de la cárcel, recuperaríais los diamantes?

—Sí —respondió—. Esperábamos recibir mucho dinero por ellos.

—Lo suficiente como para marcharte y vivir feliz para siempre —dije.

Ella cerró los ojos y asintió de nuevo.

—Y yo, como un tonto, creía que ya eras feliz. Por Dios, qué idiota soy.

Jan tragó saliva, se secó una lágrima y dijo:

—Pero no valían nada. El hombre a quien le corté la mano, que se llama Oscar Fine, había hecho circular la noticia. Cuando fuimos a ver al tío este, a quien Dwayne conocía...

—¿Dwayne?

—Es el que robó los diamantes conmigo —respondió—. Dwayne conocía a un hombre que nos los iba a comprar. Pero él debe de haberle dado aviso a Fine. Cuando volvimos en busca del dinero, Fine estaba allí. Seguramente, mató a Dwayne. Y quiso matarme, pero pude escapar.

Apoyé la cabeza contra la puerta del armario de Ethan.

—¿Qué sucedió con el suelo? —preguntó Jan—. ¿Por qué están levantadas todas las tablas?

—Encontré el certificado de nacimiento de Jan Richler —dije—. Detrás del zócalo en el armario de la ropa blanca.

—Imposible —respondió—. Me lo llevé conmigo.

—Lo encontré hace mucho tiempo, pero lo dejé en su sitio. Después de que desapareciste, me pregunté qué más podrías haber escondido. Encontré el otro, el verdadero. ¿Por qué no te llevaste también ese?

—Necesitaba el otro sobre por la llave que contenía —respondió—. No pensé en llevarme ambos. Entonces...¿estabas enterado del asunto de los Richler?

—Sabía de su existencia, sí, pero no fui a verlos hasta después de

que desapareciste. Me enteré de la muerte de su hija.

Jan apartó la mirada.

—Supongo que te resultó muy útil para conseguirte una identidad nueva —dije con sarcasmo, sin poder evitarlo—. Conocer a alguien que había muerto en la infancia. Así que solicitaste una copia del certificado de nacimiento y...

—No —me interrumpió.

—¿Cómo? Pero si yo encontré...

—Era el original. Intenté solicitar una copia pero no tenía toda la información que me pedían. Así que observé la rutina de los Richler durante varios días, verifiqué cuándo hacían las compras y entré en la casa cuando no estaban. La gente por lo general guarda esos documentos en un mismo sitio. Un cajón de la cocina o del dormitorio. Solo me tomó una hora encontrarlo. Una vez que lo tuve en mi poder, todo lo demás, el carné de conducir, la seguridad social, fue pan comido.

Me sentí impresionado, pero solo por un instante.

—¿Tienes idea de lo que le has hecho a esa gente? Bastante con lo que sucedió cuando eras niña.

Jan me dirigió una mirada penetrante; evidentemente comprendía que yo sabía que había empujado a la otra niña delante del coche.

—Pero utilizar el nombre de la niña ahora, tantos años más tarde, eso....

—De acuerdo, sí, soy una mierda —dijo—. Soy venenosa. Cualquiera que entra en contacto conmigo, termina mal. Jan Richler, sus padres, mis padres, Dwayne.

—Yo —dije—. Ethan.

Jan volvió a mirarme y luego apartó los ojos.

—Todo el asunto de la depresión, eso fue magistral —dije.

—Mi madre —susurró Jan—. Pasó casi toda su vida deprimida. No puedo culparla, teniendo en cuenta el malnacido con el que estaba casada. Solo la tomé de modelo, pero sin el alcohol.

—Pues nada, me tendiste una trampa magnífica. Yo era el chivo expiatorio perfecto ¿verdad? Tu público cautivo. Cuando desapareciste, todo indicaba que yo mentía. Que quería hacerles creer que te habías quitado la vida, por lo que la policía sospecharía que yo te había matado. La excursión a Lake George, las mentiras que le dijiste al dueño de la tienda. Todo me señalaba. Y fuiste tú la que envió ese correo electrónico.

Un ligero asentimiento.

—Esa mujer ya se había puesto en contacto contigo. Yo sabía que te lo creerías —dijo.

—Y las entradas que compraste por internet. ¿Cómo entraste en el


parque?

—Pagué en efectivo —susurró.

—¿Dwayne fue el que se llevó a Ethan? ¿Para que yo tuviera una historia inverosímil que contarle a la policía y te diera tiempo de escapar?

—Lo siento —susurró.

—Ay, por favor —dije—. ¿Cómo lo lograste?

—En la mochila tenía una muda de ropa y una peluca. Cuando partiste en busca de Ethan, fui al lavabo y me cambié, luego salí a pie del parque.

Mis dedos encontraron la pistola que estaba en el suelo.

—Hay más —dijo en voz baja—. Sitios de internet que supuestamente visitaste, sangre en el baúl, un recibo de cinta americana...

—Sí —repuse—. Lo sé. Y me convenciste de que contratara un seguro de vida. Dime una cosa: la sangre. ¿Te cortaste la muñeca, de verdad?

—No. Me hice un pequeño corte en el tobillo para poder dejar algo de sangre en el maletero.

—Eres realmente increíble —dije—. Lo que no comprendo, lo que tal vez nunca comprenda es ¿por qué lo hiciste?

Jan volvió a secarse la nariz con el dedo.

—Si pensaban que estaba muerta, no me buscarían —dijo—. Aun si no encontraban el cadáver, si sospechaban que me habías matado...

—No hablo de eso —dije—. Te pregunté por qué.

Me miró, sin entender.

—¿Cómo pudiste hacer algo así? ¿Cómo pudiste hacerme algo así a mí? ¿Hacerle algo así a Ethan?

Jan movió los ojos, buscando una respuesta. Abruptamente, sus ojos se inmovilizaron, como si la respuesta hubiera estado delante de ella.

—Quería el dinero —respondió.

CINCUENTA Y CUATRO

—¿Qué pensabas que iba a suceder? —pregunté—. ¿Una vez que terminara preso por haberte matado?

—Pensé que tal vez, como no aparecería el cadáver, te dejarían libre —dijo—. Pero que igual pensarían que te habías deshecho de mí y no me buscarían.

—¿Y si me condenaban?

—Tus padres cuidarían de Ethan —respondió—. Lo aman. Estaría a salvo con ellos.

—Pero tenías que imaginar —dije—, que si no iba a la cárcel, no descansaría hasta encontrarte.

—Alguien ya había estado buscándome —dijo Jan—. Y no me encontró hasta ahora. Pensé que podría resolver eso una vez que tuviéramos el dinero de los diamantes.

La palabra “tuviéramos” disparó algo en mí.

—Ese tal Dwayne —dije—. ¿Estabas enamorada de él?

No necesitó tiempo para pensarlo.

—No —respondió—. Pero me era útil.

Asentí.

—Como yo. —No pude evitar preguntar: —¿Y a mí? ¿Me amaste alguna vez?

—Si te dijera que sí, ¿me creerías, acaso? —repuso.

—No —le aseguré—. ¿Y Leanne? ¿Cómo terminó muerta?

Jan meneó la cabeza, cansada.

—Eso no estaba en los planes. Pero Dwayne y yo nos topamos con ella cerca de Albany. Me vio en la camioneta, se acercó, me preguntó qué hacía allí, quién era Dwayne. Dwayne hizo lo que tenía que hacer. Nos deshicimos de su choche y la llevamos hasta Lake George, en la camioneta, debajo de la cubierta de la caja.

—Eso significó desandar mucho camino.

—Tuve la idea —dijo, con la mirada baja— de que si dejábamos el cadáver allí, serviría para... seguir construyendo el caso en tu contra.

Volví a tocar la pistola y la levanté con cuidado.

—Nunca te conocí, ni por un minuto —dije.

Me miró.

—Es cierto, no me conociste.

—¿Por qué lo tuviste?

—¿Qué?

—¿Por qué tuviste a Ethan? Cuando quedaste embarazada, ¿por qué continuaste con el embarazo? ¿Por qué no te hiciste un aborto?

Se mordió el labio.

—Pensaba hacerlo —respondió. Tener un hijo nunca fue parte del plan. No podía creerlo cuando quedé embarazada. Pensé que había tomado precauciones, pero... Pasaba las noches en vela, convencida de que pondría fin al embarazo. Hice unas llamadas, visité una clínica en Albany. Pedí una cita. —Se secó las lágrimas de los ojos. —No pude hacerlo. Quería tenerlo. Quería tener un hijo.

Ahora el que meneaba la cabeza era yo.

—Eres increíble. ¿Sabes lo que eres?

Aguardó.

—Un monstruo. Una psicópata. El diablo con faldas. Yo te amaba. Te amaba de verdad. Pero todo lo tuyo fue una actuación, nada fue real. Ni por un puto minuto.

Jan intentó encontrar las palabras para responder.

—Regresé por amor —dijo.

—¡Qué va!

—Regresé por Ethan —dijo—. Respecto a ti, me dije que encontrarías la forma de defenderte. Pero con Oscar Fine buscándome, buscando formas de vengarse de mí, comprendí que tenía que buscar a Ethan para protegerlo. Es mi hijo. Me *pertenece*. Soy su madre, por Di....

Yo ya había escuchado suficiente.

Cogí la pistola, apunté y disparé; la fuerza del arma me impulsó la mano hacia atrás.

Jan gritó al oír el estruendo.

La bala dio en la pared por encima de la cabecera de la cama de Ethan, unos buenos setenta centímetros a la izquierda de Jan. Se volvió y vio el agujero en la pared.

—Esa es la clase de madre que creo que eres —dije.

Temblando, Jan respondió:

—Es cierto. Vine por él, vine a buscarlo. Pasé primero delante de la casa de tus padres, no lo vi, luego vine aquí. Estaba oscuro, de manera que entré, decidí recoger sus cosas y llevármelo cuando llegaras a casa.

—Por Dios, Jan, ¿qué pensabas hacer? ¿Secuestrarlo a punta de pistola? ¿Apuntarme con el arma y llevártelo a rastras? ¿En serio ibas a hacer eso?

Jan meneaba la cabeza.

—No lo sé.

—Pues esto termina aquí, Jan. Todo termina aquí. Tienes que entregarte. Tienes que confesarle a la policía lo que has hecho, cómo

me incriminaste. Si amas a Ethan, la única manera de demostrarlo, a estas alturas, es darme la posibilidad de criarlo. Tú irás a la cárcel. No hay forma de evitarlo. Seguramente por mucho, mucho tiempo. Pero si hablas en serio, si amas a tu hijo, tienes que arreglar las cosas para que su padre pueda estar presente en su vida.

Una especie de calma pareció invadirla.

—De acuerdo —dijo en voz baja—. De acuerdo.

—Pero lo primero que tenemos que hacer —dije—. Es encontrarlo.

Fue como si le hubiera arrojado agua fría. De pronto, volvió a estar plenamente alerta.

—¿Encontrarlo? ¿No sabes dónde está? ¿Ha desaparecido?

—Esta tarde, sí. Estaba jugando con el mazo de croquet en el jardín y mamá no lo escuchó...

—¿Cuándo? —preguntó Jan, con desesperación—. ¿Cuándo se dio cuenta de que no estaba?

—Tarde. A eso de las cinco o seis de la tarde.

Jan parecía estar calculando algo mentalmente.

—Puede haber llegado allí para esa hora —dijo.

—¿Dime, hablas de este tal Oscar? —pregunté.

Asintió.

—Creo que sabe dónde he estado viviendo, quién he sido en estos últimos seis años. Por las noticias o se lo dijo Dwayne, antes de que lo matara. Fine pudo haber tenido tiempo de venir hasta aquí. Conduce un Audi negro, un coche veloz. Pudo haber llegado a Promise Falls antes que yo. Yo salí de la autopista y di varias vueltas, tratando de calmarme.

—Dios mío, Jan, ¿pero cómo sabría dónde encontrar a Ethan?

—¿Crees que es tonto? No tiene más que buscar tu nombre. Encontrará esta dirección, la dirección de tus padres y además...

—¿Además qué?

La cara de Jan se arrugó como si fuera de papel.

—Es posible que tenga una fotografía de Ethan.

Todo era abrumador, vertiginoso. Encontrarme con Jan, enterarme de su pasado, tomar conciencia de que Ethan no solo podía haber desaparecido, sino que también podía estar en peligro real. Cuando me disponía a levantarme del suelo, mi mano dio contra el borde filoso de una tabla de madera con forma de estalactita.

—Ay, mierda —dije. Como no confiaba en Jan, metí la pistola debajo de mis nalgas mientras me quitaba una astilla con el pulgar y el índice. Comenzó a brotarme sangre de la herida.

Jan no hizo ningún movimiento en dirección al arma, de manera que volví a cogerla cuando me levanté.

—El tío este —dije—, al que le cortaste la mano. ¿Qué haría con Ethan si lo tuviera?

Jan se estremeció.

—Creo que haría cualquier cosa —respondió—. Cualquier cosa que fuera necesaria para vengarse de mí.

La expresión “ojo por ojo” me vino a la mente. Pero no pensé en ojos. Pensé en la sensación de la mano de Ethan dentro de la mía.

—¿Tienes forma de comunicarte con este hombre? —pregunté, desesperado—. ¿Alguna forma de encontrarlo? ¿Para que podamos planear algo? ¿Llegar a algún tipo de acuerdo?

—Tal vez esté dispuesto a cambiar a Ethan por mí —respondió Jan.

No había nada en ese plan que no me agradara, al menos de momento. Pero no me parecía que fuera nuestra única opción.

—Llamaré a Duckworth —dije.

—¿Quién?

—El detective que ha estado intentando dar contigo y también acusarme de haberte asesinado. Podrá hacer correr la voz. Poner a toda la policía detrás de Oscar Fine. Puedes darles una descripción, y decirles el tipo de vehículo que conduce. Si la policía lo encuentra, encontrarán a Ethan. No creo que vaya a hacerle daño antes de dar contigo. Seguramente piensa que mientras tenga a Ethan vivo, tendrá influencia sobre ti.

Resignada, Jan asintió.

—Tienes razón. Tienes razón. Llámalo, llama al detective. Le contaré todo lo que necesita saber para encontrar a Ethan. Le diré todo lo que necesite para ayudarlo a encontrar a Oscar Fine, si eso nos llevará a Ethan.

Saqué el móvil.

Jan me tocó el brazo.

—No pretendo que me perdones.

Aparté el brazo.

—No me digas, ¿en serio? —dije.

Abrí el teléfono y comencé a revisar las llamadas entrantes para dar con el número del detective Duckworth. Justo cuando pulsaba para hacer la llamada, una voz dijo:

—Deja eso.

Levanté la mirada. Había alguien en la puerta de la habitación de Ethan.

Un hombre con una sola mano.

CINCUENTA Y CINCO

—Suelta el arma y el teléfono —me ordenó Oscar Fine, apuntándome con la suya. Tenía un cañón largo, ligeramente más ancho en el extremo. Supuse que se trataba de un silenciador. Ya habíamos disparado dos veces en esta habitación. Con suerte, los vecinos habrían escuchado y dado aviso al 911.

Mi arma estaba apuntando al suelo y tuve la certeza de que estaría muerto antes de poder mover el brazo para utilizarla. De manera que la dejé caer al suelo, junto a mi pierna y arrojé el teléfono, todavía abierto, sobre la cama.

—Patéala hacia aquí —dijo Oscar Fine—. Con cuidado.

Empujé el arma con el pie hacia él. Estuvo a punto de caer en uno de los huecos del suelo. Sin quitarnos los ojos de encima, se arrodillo y utilizando el muñón y el arma como palillos chinos, recogió la pistola y la guardó en su bolsillo.

Jan había empalidecido. Jamás la había visto tan asustada ni vulnerable. Tal vez, si hubiera habido un espejo cerca, habría dicho lo mismo de mí. *Es el final*, decía la expresión de ella. *Todo ha terminado.*

—¿Dónde está mi hijo? —pregunté.

Oscar Fine no me miró. Sus ojos estaban fijos sobre Jan.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo.

—Por favor —dijo Jan—. Te equivocas de persona.

Él esbozó una sonrisa burlona.

—Ay, por Dios. Muestra un poco más de dignidad de la que mostró tu novio al final. ¿Sabes lo que hizo? Se meó encima. El pobre infeliz se meó encima. Tengo la impresión de que tú eres un poco más aguerrida. Al fin y al cabo, fuiste tú la que me amputó la mano. Él iba en el asiento delantero. ¿Se meó en esa ocasión, también?

Jan se humedeció los labios. Supuse que tenía la boca tan seca como yo.

—Deberías haber tenido la llave encima. Si hubieras tenido una llave, podríamos habernos llevado el maletín sin hacerte daño.

Oscar Fine se mostró solemne por un instante.

—Eso no te lo puedo discutir. Pero ya sabes lo que dicen sobre el diario del lunes. —Sonrió y dijo, sin ninguna ironía en la voz: —Tienes que jugar la partida con los naipes que te tocan.

Jan movió la cabeza hacia mí y dijo:

—Déjalo ir, por favor. Dile dónde está nuestro hijo para que pueda

ir a buscarlo. Es solo un niño. Por favor, no lo hagas pagar por lo que te hice. Te lo suplico. ¿Ethan está afuera? ¿Está en tu coche?

Oscar Fine movió la lengua dentro de su boca, como si estuviera sopesando algo.

Y luego, en un segundo, levantó el brazo y el arma que tenía en la mano hizo¡fut!

—¡No! —grité—. ¡Dios, no! ¡Jan!

El disparo la arrojó hacia atrás, contra la pared. Jan abrió la boca, pero no emitió sonido. Se miró la mancha roja sobre el pecho, levantó la mano derecha y se la tocó.

Corrí hacia ella, traté de sostenerla mientras se desmoronaba contra la pared. La sostuve, tratando de no mirar el rastro de sangre que dejaba tras ella. Sus ojos ya estaban vidriosos.

—Todo va a estar bien —dije.

La parte delantera de la blusa que llevaba ya estaba empapada con sangre. Jan respiraba entrecortadamente.

—Ethan —susurró.

—Lo sé —repuse—. Lo sé.

Miré a Oscar Fine, que no se había movido desde que había disparado. Daba la impresión de estar en paz.

—Tengo que llamar a un ambulancia —dije—. Mi esposa.... Está perdiendo mucha sangre.

—No —dijo.

—Va a morir —insistí.

—Es la idea —repuso Oscar Fine.

Con dificultad, Jan levantó la cabeza, lo miró y con gran esfuerzo, dijo:

—Ethan. ¿Dónde está Ethan?

Oscar Fine negó con la cabeza.

—Pues no tengo la menor idea —repuso—. Pero si quieres, con gusto lo buscaré. Una vez que lo encuentre, ¿dónde te gustaría que enviara sus manos? —Me dirigió una sonrisa apesadumbrada. —No será a ti, claro.

—No lo tienes —dije.

—Me encantaría tenerlo —respondió Oscar Fine.

Los ojos de Jan se cerraron. La abracé contra mí. No sabía si todavía respiraba.

En la distancia, escuchamos una sirena.

—Mierda —dijo Oscar Fine. Miró el teléfono abierto sobre la cama, meneó la cabeza con fastidio, se inclinó y lo cerró. Suspiró mientras el ruido de la sirena –parecía ser solamente una- se tornaba más fuerte. Unos segundos después, escuché pasos en el porche de entrada.

—Cambio de planes —dijo Oscar Fine. Movió en cañón del arma hacia mí. —Ven.

Solté a Jan y crucé la habitación, pasé delante de Oscar Fine y salí por la puerta. Él me seguía de cerca. Sentía el cañón de la pistola contra la espalda.

—Mantente bien cerca —dijo.

Desde la planta baja, escuché que Barry Duckworth gritaba:

—¿Señor Harwood?

—Aquí arriba —dije, sin gritar, pero en voz alta como para que pudiera escucharme.

—¿Se encuentra bien? —Debajo de nosotros, se encendían luces.

—No. Y mi esposa ha recibido un disparo.

—Ya he llamado a la ambulancia —repuso Duckworth, al pie de la escalera. Oscar Fine y yo estábamos detrás de la baranda del pasillo, a punto de girar y bajar.

Duckworth, con el arma en la mano, miró hacia arriba; perplejo, se preguntó quién podría ser el hombre detrás de mí.

Oscar Fine dijo:

—Le dispararé si no nos permite salir de aquí a ambos.

Duckworth, apuntando hacia arriba con el arma, se tomó unos momentos para evaluar la situación.

—Habrá una docena de policías afuera dentro de dos minutos —dijo.

—Pues entonces tenemos que darnos prisa —dijo Oscar, empujándome para que descendiera de a un escalón por vez—. Baje el arma o le dispararé a Harwood ahora mismo.

Duckworth, al ver el arma contra mi espalda, bajó la pistola, pero no la soltó.

—Entréguese —dijo.

—No —respondió Fine. Habíamos descendido la mitad de la escalera—. Retroceda, por favor.

Duckworth retrocedió un par de pasos hacia la puerta de entrada.

Llegamos a la planta baja. Manteniéndome delante de él como un escudo, Oscar Fine comenzó a empujarme hacia la cocina, con intención de hacerme salir por la puerta trasera. Tal vez tuviera el coche a un par de calles de aquí; tendríamos que cruzar el jardín y por entre las casas vecinas para llegar hasta allí.

Duckworth observaba con impotencia. Me miró a los ojos.

Estábamos debajo de la baranda cuando vi que Duckworth miraba hacia arriba.

Oscar Fine y yo estiramos el cuello al mismo tiempo.

Era Jan. Estaba detrás de la baranda, asomada hasta la cintura por encima de ella. Una gota de sangre me cayó sobre la frente como

lluvia tibia.

—No vas a lastimar a mi hijo —dijo.

Y entonces su cuerpo se impulsó hacia adelante. No se apoyó sobre la baranda, sino que se lanzó por encima de ella.

Cuando comenzó a caer, vi que sostenía firmemente, con las dos manos, la tabla de madera filosa como un puñal con la que yo me había hecho un corte en la mano.

Cayó junto a la escalera, apuntando hacia delante con la tabla de madera.

Oscar Fine no tuvo tiempo de reaccionar antes de que el extremo puntiagudo y filoso diera en el punto donde el cuello se une a los hombros. La fuerza de la caída de Jan le clavó la tabla en el tórax y combinada con el peso del cuerpo de Jan, lo derribó en un segundo.

Ninguno de los dos se movió después de eso.

CINCUENTA Y SIETE

Jan y Oscar Fine fueron declarados muertos en cuanto llegaron los de emergencias. Una vez que pasó el pánico inicial, no pude volver al vestíbulo y ver los restos enredados de mi esposa y su asesino.

Pasé casi una hora con Barry Duckworth, explicándole todo lo mejor que pude. A grandes rasgos, básicamente. Muchos detalles, yo no los sabía y era probable que no llegara a saberlos nunca.

Intuí que me creía.

Pero me urgía hablar con él de otra cosa antes que de eso.

—Ethan no ha aparecido —dije—. Jan estaba segura de que Oscar Fine se lo había llevado, pero arriba, justo antes de que sucediera todo, él dijo que no tenía idea de dónde estaba.

—¿Cree que mentía? —preguntó Duckworth—. ¿Qué lo decía para fastidiarlo a usted?

—No, no lo creo —repuse—. Si hubiera tenido a Ethan creo que habría disfrutado restregándonoslo en la cara.

Pero para cerciorarnos, encontramos un Audi negro, registrado a nombre de Oscar Fine, a una calle de distancia. Revisamos el asiento trasero y el maletero buscando indicios de que Ethan hubiera estado allí.

No hallamos nada.

—Tenemos a todos trabajando en esto —me aseguró Duckworth, cuando estábamos sentados ante la mesa de la cocina—. Todos los miembros disponibles del departamento de policía están buscando a su hijo. Hemos llamado a gente que estaba en su día libre. Estamos llevando a cabo una búsqueda calle por calle.

—Y si la desaparición de Ethan... ¿y si no tuvo nada que ver con todo esto? —pregunté—. ¿Y si se fue por allí? ¿O algún degenerado hijo de puta pasaba por el vecindario y...?

—No importa —dijo Duckworth—. Estamos haciendo todo, explorando todas esas posibilidades. Estamos entrevistando a todos los vecinos de la calle de sus padres y de la suya, yendo puerta por puerta ahora mismo.

Nada de eso me hacía sentir mejor.

—Lo hizo por Ethan —dije—. Y por mí.

—¿Qué cosa? —dijo Duckworth.

—Ella juntó fuerzas suficientes para matar a ese hombre para que yo pudiera criar a Ethan.

—Creo que sí —dijo Duckworth.

—Me dijo que no esperaba que la perdonara —dije.

—Tal vez, si pudiera preguntárselo ahora...

No respondí y me quedé mirando la mesa.

Mamá y papá llegaron enseguida después. Hubo abrazos y llanto y al igual que había hecho con Duckworth, traté de contarles lo que sabía sobre los acontecimientos de los últimos tres días.

Y de los últimos seis años. Y aun antes de eso.

—¿Dónde podría estar Ethan? —preguntaba mamá—. ¿A dónde iría?

Mientras Duckworth supervisaba la escena del crimen, nos quedamos los tres sentados a la mesa, sin saber qué hacer.

Estábamos cansados, deprimidos, aterrados.

Una parte de mí estaba de duelo.

En algún momento, cerca de la medianoche, sonó el teléfono. Atendí.

—¿Hola? —dije

—¿Señor Harwood?

—¿Sí?

—He hecho algo terrible.

Llegué allí a las tres de la mañana.

Al principio el detective Duckworth presentó objeciones. En primer lugar, no quería que yo abandonara la escena del crimen. En segundo lugar, si yo sabía quién se había llevado a mi hijo, si lo habían raptado, Duckworth tenía que enviar a la policía.

—No sé si puede llamárselo un rapto —dije—. Al menos no de momento. Es complicado. Solo permítame ir a buscar a mi hijo. Sé dónde está. Deje que lo traiga a casa.

Lo pensó un momento y finalmente me dijo:

—Bien, vaya. —Me dijo que intentaría facilitarme las cosas con las autoridades de la autopista, para que no me detuvieran por exceso de velocidad.

Cuando me detuve delante de la casa de los Richler, sobre la avenida Lincoln, en Rochester, las luces estaban encendidas. No fue necesario que golpeara a la puerta. Gretchen estaba de pie, esperándome y la abrió cuando yo subía los escalones del porche.

—Déjeme verlo —dije.

Ella asintió. Me llevó arriba y abrió la puerta de lo que supuse era el dormitorio que compartía con su esposo, que no estaba allí. Ethan estaba bajo las sábanas, con el cabeza sobre la almohada, profundamente dormido.

—Lo dejaré dormir un poco más —dije.

—Preparé café —dijo Gretchen—. ¿Quiere una taza?

—Sí —dije, y la seguí escaleras abajo—. ¿Su esposo está...?

—Sigue en el hospital —respondió—. Lo han trasladado al ala psiquiátrica, creo que así la llaman. Lo tienen en observación.

—¿Creen que se repondrá?

—Hay que esperar y ver —dijo—. Con suerte, debería volver a casa dentro de unos días, aunque... no sé cómo se las arreglará solo.

Llenó dos tazas con café y las dejó sobre la mesa de la cocina.

—¿Le apetecen unas galletas? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—El café estará muy bien.

Gretchen Richler se sentó frente a mí.

—Sé que lo que hice estuvo mal.

Soplé el café, tomé un sorbo.

—Cuénteme qué sucedió.

—Pues, en primer lugar, nos pusimos a mirar esa fotografía que nos dejó, la que muestra a su esposa. El collar que llevaba. Tiene un dije con una magdalena.

—¿Sí?

—Pertenecía a nuestra hija. Lo perdió justo antes de morir. Acusó a Constance de habérselo robado. Cuando se lo vi a su esposa, comprendí todo enseguida y lo supe.

—Es la única vez que recuerdo que lo haya usado —dije—. Lo tenía en su joyero, pero nunca lo usaba. Justo antes de ese viaje, Ethan lo encontró. Adora las magdalenas y le pidió que se lo pusiera.

—La última vez que usted llamó, justo después de que Horace intentara quitarse la vida, cuando usted dijo que creía que su esposa seguía viva, que tal vez la encontraría... pues... perdí un poco la cabeza.

—La escucho —dije.

—Me enfurecí. Allí estaba esta mujer, que le había quitado la vida a mi hija, no una, sino dos veces. No podía dejar de pensar en eso, en lo que nos había hecho. Quería que supiera cómo se sentía.

Asentí y tomé otro sorbo de café caliente.

—Pensé... pensé que se lo merecía. Que si ella podía arrebatarnos a una niña, llevarse su vida y después robarle su identidad, algo malo tenía que sucederle para que comprendiera. Entonces con Horace en el hospital, conduje hasta Promise Falls. Encontré la casa de sus padres y vi a su hijo jugando en el jardín. Le dije que era su tía Gretchen y que finalmente era hora de que volviera a casa.

—Y él se fue con usted.

—Exacto. Estaba tan contento de volver a su casa que no dudó de mí un segundo.

—¿No le resultó extraño que apareciera una tía de la que nunca había oído hablar?

Gretchen negó con la cabeza.

—No lo cuestionó nunca.

—Así que subió al coche con usted —dije.

Ella asintió.

—Yo había aparcado a la vuelta de la esquina, antes de llegar a casa de sus padres, y había comprado golosinas para mantenerlo contento. Emprendimos el viaje hacia aquí y me dijo que no estaba yendo en la dirección correcta. Tuve que decirle que antes de que lo llevara a casa, tendría que quedarse conmigo un rato.

—¿Y cómo lo tomó?

Gretchen se quebró y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Se echó a llorar. Le dije que no llorara, que todo estaría bien, que no tendría que quedarse demasiado tiempo conmigo.

—¿Qué planeaba hacer? —le pregunté.

Gretchen me miró a los ojos.

—No lo sé.

—Pues debe de haber tenido alguna idea.

—En camino hacia Promise Falls, lo había decidido. Iba a... pensaba....

—No le habría hecho daño.

No pudo mirarme a los ojos.

—Espero que no. Fue como si por unas horas hubiera estado poseída, o algo así. No era yo misma. Quería desquitarme, vengarme. Pero cuando lo vi, cuando lo tuve en el coche...

—No pudo hacerlo —dije.

—Es un niñito precioso —dijo y me miró—. De verdad que lo es. Debe de estar orgulloso de él.

—Lo estoy —repuse.

—Pero una vez que me lo llevé, no supe qué hacer.

—Entonces regresó a Rochester.

Asintió con tristeza.

—Estoy muy avergonzada de mí misma. Se lo aseguro.

—No tiene idea de lo que nos ha hecho pasar —le dije.

—Lo sé.

—Mi madre, no sé si podrá perdonarse alguna vez haber perdido de vista a Ethan.

—Le pediré perdón. Lo haré. ¿Acaso cuando condenan a alguien, no le dan una oportunidad para hacer una declaración? ¿No le permiten decirle algo a la familia?

Me sentía tan cansado.

—No creo que sea necesario —dije.

Gretchen parecía confundida.

—No comprendo. Rapté a su hijo. Tienen que castigarme por eso.

Extendí el brazo sobre la mesa y le cubrí la mano con la mía.

—Creo que ya habéis sido castigados lo suficiente. Usted y su esposo. —Hice una pausa. —A manos de mi mujer.

—Aun si usted no desea que me arresten, tal vez ella sí —dijo Gretchen.

—No —respondí—. No lo hará. Está muerta.

Gretchen ahogó una exclamación.

—¿Qué? ¿Cuándo...?

—Hace unas cuatro horas —repuse—. Su pasado... uno de sus pasados, digamos, vino en su busca. Así que ya no hay nadie de quien vengarse. Ella ya no está. Y para serle franco, tal vez haya salvado a Ethan llevándoselo cuando se lo llevó.

—Pero eso no me exonera —dijo Gretchen.

—Lo único que me importa ahora, en este momento, es que mi hijo esté bien y que no esté en peligro. Haré lo posible para convencer a la policía de que no la acusen. No colaboraré si me piden que declare.

—Le preparé la cena —dijo Gretchen, sin prestarme atención—. Después de un rato, se tranquilizó, y le preparé pasta con queso.

—Eso le gusta.

—Sabía que tendría que llamarlo. Iba a hacerlo mañana por la mañana. Pero sabía que usted no podría dormir sin saber dónde estaba, entonces decidí llamarlo hoy mismo.

—Me alegro. —Retiré la mano de encima de la de ella. —Me gustaría llevarme a mi hijo, ahora.

—Si desea dormir en el sofá otra vez y marcharse por la mañana, puede hacerlo.

—Gracias por el ofrecimiento —dije—, pero no acepto.

Gretchen me acompañó al piso superior. Me senté en el borde de la cama. Ethan se movió, rodó hacia un lado.

—Ethan —susurré, acariciándole el hombro—. Ethan.

Abrió los ojos lentamente, parpadeó varias veces para acostumbrarse a la luz que entraba desde el pasillo.

—Hola, papi —dijo.

—Es hora de irnos —dije.

—¿Vamos a casa? —preguntó, esperanzado.

—Todavía no, por un tiempo —respondí. Tal vez nunca. —Seguramente a casa de Nana y Abu. Pero me quedaré contigo.

Hice a un lado la sábana. Estaba vestido; los zapatos estaban en el suelo, junto a la cama.

—No tenía pijama para darle —dijo Gretchen en tono de disculpa.

Asentí. Mientras ayudaba a Ethan a incorporarse, Gretchen me alcanzó los zapatos. Se los calcé y ajusté las tiras de Velcro.

—Ella es la tía Grechen —dijo Ethan.

—Así es —respondí.

—Me buscó por la casa de Nana.

—Sé que te preparó pasta con queso.

—Sí.

Una vez que tuvo los zapatos puestos, lo levanté en brazos, dejé que apoyara la cabeza sobre mi hombro y bajé la escalera.

—Espero que Horace se recupere —dije, mientras Gretchen me abría la puerta.

—Gracias —dijo—. Pero debe preocuparse por su hijo. Palmeó la cabeza de Ethan. —Adiós, cariño.

—Adiós, tía Gretchen —respondió él, frotándose los ojos.

Lo llevé al coche de papá y lo senté en la sillita del asiento trasero. Cuando estaba a punto encender el motor, Ethan preguntó:

—¿Encontraste a mami?

—Sí —respondí.

—¿Está en casa? —quiso saber.

Aparté la mano de la llave, descendí y subí al asiento trasero. Cerré la puerta y me acurruqué junto a Ethan. Le tomé las manos.

—No —dije—. Se ha ido. No volverá con nosotros. Pero tienes que saber que te ama más que a la vida misma.

—¿Está enfadada conmigo? —preguntó.

—No, claro que no —dije—. Nunca se enfadaría contigo. —Hice una pausa, luego encontré las palabras que deseaba. —La última cosa que hizo, la hizo por ti.

Ethan asintió, cansado, lloró un poco, luego bostezó y volvió a quedarse dormido. Permanecí junto a él, abrazándolo. Seguíamos así, allí, cuando salió el sol por la mañana.

AGRADECIMIENTOS

Comencemos por los libreros. No tendríais este libro en vuestras manos –o en vuestro lector electrónico- sin ellos. Estoy muy agradecido por el entusiasmo que han demostrado las personas que han convertido su amor por los libros en su trabajo. No importa cuántos anuncios veáis o cuántas reseñas leáis, una novela nunca se vende tanto como cuando un librero os la coloca entre las manos y os dice: “Debería probar con esta.”

Gracias.

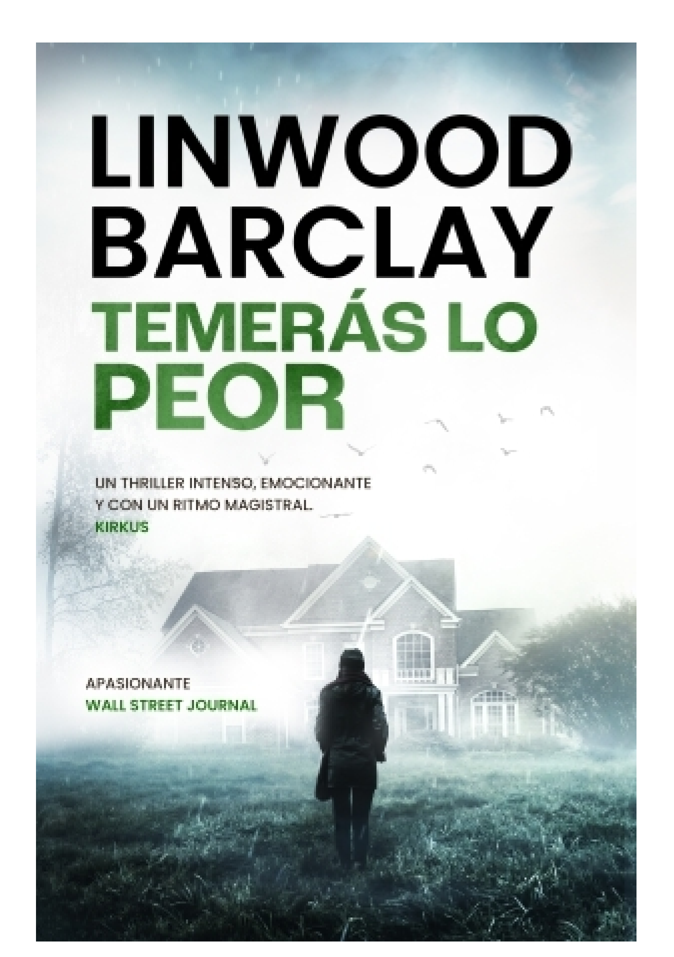
No habría llegado a ninguna parte sin mi buena amiga y agente, Helen Heller. Sabe cuál historia es buena y cuál es mala y nunca teme decirme cuál de las dos estoy escribiendo. Su instinto y sus consejos son invalorables.

Estoy muy agradecido con Gina Centrello, Nita TAublib, Danielle Perez y todo el equipo de Bantam por su dedicación y su apoyo.

Keith Williams, de Williams Distinctive Gems, me enseñó sobre diamantes. En el Centro de Prensa Vaugh, donde se imprime el *Toronto Star* –que me dio trabajo por veintisiete fabulosos años- Sarkis Harmandayan y Terry Veri me recordaron amablemente el funcionamiento de las prensas.

Hablando de periódicos, me gustaría agradecerles a ellos también. Casi todo lo que sé proviene de leerlos y trabajar para ellos. Actualmente están en dificultades. Si terminan convirtiéndose exclusivamente en periódicos digitales, que así sea, pero tenemos que pagarlos, o las historias que deben ser contadas no se contarán.

Y como siempre, nada de esto tendría importancia sin Neetha, Spencer y Paige.


LINWOOD
BARCLAY
TEMERÁS LO
PEOR
UN THRILLER INTENSO, EMOCIONANTE
Y CON UN RITMO MAGISTRAL.
KIRKUS
APASIONANTE
WALL STREET JOURNAL

Temerás lo peor

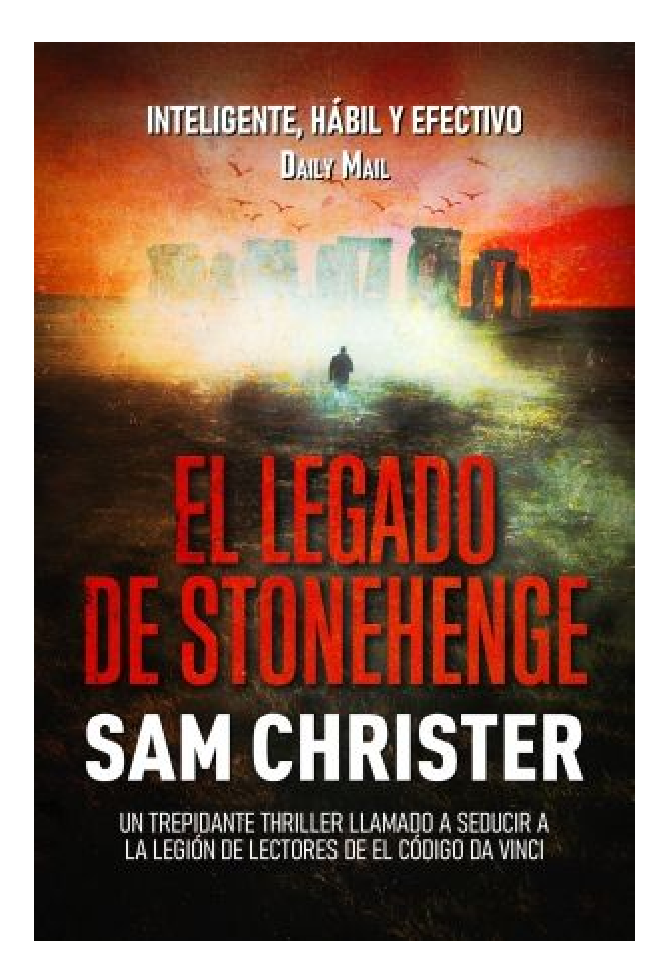
Barclay, Linwood

9788742812044

300 Páginas

Su hija ha desaparecido. Y eso es solo el comienzo. Una noche, tu hija no vuelve a casa de su trabajo de verano. Vas allí a buscarla. Nadie la ha visto. Pero se pone peor. Nadie la ha visto nunca. ¿Entonces adónde ha estado yendo todos los días? ¿Y dónde está ahora? El peor día de la vida de Tim Blake comenzó cuando le preparó el desayuno a su hija Sydney, de diecisiete años. Syd estaba viviendo con él por el verano mientras trabajaba en el hotel Just Inn Time, aunque Tim no sabía cuál era su trabajo allí. Él tenía esperanzas de que el tiempo de calidad que pasaba con su hija la ayudaría a procesar su divorcio. Cuando Sydney no llegó a casa en el horario habitual, pensó que habría ido al centro comercial con sus amigos. Al ver que no atendía el teléfono, comenzó a preocuparse. Cuando ella no volvió a casa, Tim entró en pánico. Y cuando los empleados del hotel Just Inn Time le informaron que Sydney Blake no trabajaba ni había trabajado nunca allí, comenzó a sentir que su vida caía en picada. Si ella no había estado trabajando en el hotel todos los días ¿qué había estado haciendo? ¿Algo que no podía -o no quería- contarle a su padre? Para encontrar a su hija, Tim no solamente debe rastrearla; tiene que averiguar quién era ella realmente y qué puede haberla hecho marcharse de su vida sin dejar rastros. Solamente una cosa le hace pensar que lo peor no ha sucedido todavía: el hecho que unas personas muy peligrosas parecen tan ansiosos como él por dar con Sydney. La pregunta es: ¿quién la encontrará primero?

Cómpralo y empieza a leer


INTELIGENTE, HÁBIL Y EFECTIVO
DAILY MAIL
EL LEGADO
DE STONEHENGE
SAM CHRISTER
UN TREPIDANTE THRILLER LLAMADO A SEDUCIR A
LA LEGIÓN DE LECTORES DE EL CÓDIGO DA VINCI

El legado de Stonehenge

Christer, Sam

9788742810040

420 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Reino Unido, época actual. Ocho días antes del solsticio de verano, es hallado el cadáver de un hombre en los alrededores del monumento de Stonehenge.

En la piel tiene las marcas de unos extraños símbolos. Unas horas más tarde, un famoso cazador de recompensas se suicida en su propia casa, dejando una críptica carta a su hijo, el arqueólogo Gideon Chase. Tras el revuelo mediático, una policía y Chase se verán inmersos en una trama de sociedades secretas y una antiquísima logia, devota, durante siglos, de Stonehenge.

Alentada por un nuevo y carismático líder, la logia ha vuelto a los rituales con sacrificios humanos en un intento desesperado por descubrir el secreto de las piedras del monumento megalítico?

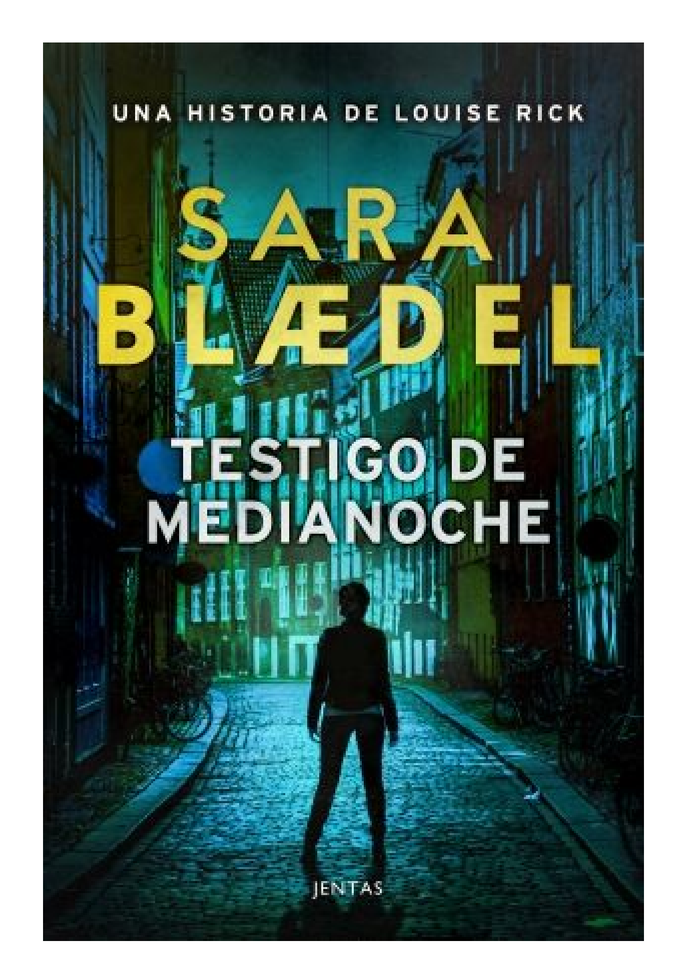
Lleno de códigos, símbolos, suspense y detalles fascinantes sobre la historia de uno de los monumentos más misteriosos del mundo, *El enigma Stonehenge* es un trepidante thriller llamado a rivalizar con *El código Da Vinci*.

"Trepidante y muy bien escrita"
Daily Mail

"Si os apetece adentraros en una fantástica historia acerca de un misterio irresoluble y con personajes cercanos y realistas, *El enigma Stonehenge* es una muy buena elección."
Tras la lluvia literaria

Cómpralo y empieza a leer


PAUL CLEAVE
LIMPIEZA MORTAL
CLEAVE UTILIZA LAS
PALABRAS COMO ARMAS LETALES
NEW YORK TIMES
JENTAS BOOKS


UNA HISTORIA DE LOUISE RICK
SARA
BLÆDEL
TESTIGO DE
MEDIANOCHE
JENTAS

Testigo de medianoche

Blædel, Sara
9788742811610
300 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

MÁS DE CUATRO MILLONES DE EJEMPLARES VENDIDOS EN EL MUNDO. Louise Rick, la detective de homicidios novata, debuta en este emocionante best seller internacional: el número uno que lanzó la increíble carrera de la escritora Sara Blædel hasta alcanzar los tres millones de ventas. Una joven aparece estrangulada en un parque y un periodista ha sido asesinado en el patio trasero del Hotel Royal de Copenhague. La detective Louise Rick se encarga del caso de la joven, pero muy pronto se ve envuelta en la resolución del otro homicidio: su mejor amiga, la periodista Camilla Lind, conocía al hombre asesinado. Louise intenta evitar que su amiga se involucre demasiado, pero Camilla nunca ha sido de las que se pierden una historia interesante. Y esta vez, Camilla puede haber ido demasiado lejos.... Emocionalmente fascinante y llena de giros inesperados, El testigo de medianoche es la mejor pista para comprender el fenómeno internacional Sara Blædel.

Cómpralo y empieza a leer


UNA HISTORIA DE LOUISE RICK
SARA
BLÆDEL
UNA MENTIRA
PIADOSA
JENTAS BOOKS

Una mentira piadosa

Blædel, Sara

9788742812310

350 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una mujer es perseguida por una lamentable decisión que tomó en los primeros años de su adolescencia y, ahora, se ve envuelta en una trama profundamente emocional y de tenebrosa atmósfera. Esto es lo nuevo que nos trae Sara Blædel, la gran estrella internacional de los superventas.
La detective Louise Rick descansa en una playa de Tailandia cuando su padre, lleno de espanto, la llama por teléfono. Mikkel, el muy querido hermano de Louise, ha intentado suicidarse. Está desolado. Su esposa se ha ido sin decirle una sola palabra.
Louise vuelve de inmediato a casa, a Osted, el pequeño y aislado pueblo danés donde creció y donde Mikkel sigue viviendo. Pero, mientras averigua más cosas de Trine —devota esposa y madre de dos pequeños— y su estado de ánimo durante los días previos a su partida, más se inclina a preguntarse si verdaderamente tenía intenciones de abandonar a su hermano. O si ha sucedido algo mucho más tenebroso. La policía local apunta a Mikkel como el principal sospechoso de la desaparición de Trine; entretanto, Louise se esfuerza por limpiar el nombre de su hermano. Sin embargo, se enfrentará a verdades incómodas: los pueblos siempre esconden secretos; el pasado te persigue eternamente. Y las mentiras nunca son inofensivas.

Cómpralo y empieza a leer